

El proletariado contra la "Unión Sagrada"

El "eurocomunismo"
combatido desde las posiciones
del PORE y la IV Internacional

Aníbal
Ramos

ANTI-CARRILLO



CRITICA
comunista

ANÍBAL RAMOS

ANTICARRILLO

**EL PROLETARIADO
CONTRA
LA UNIÓN SAGRADA**

CRÍTICA COMUNISTA

© 1980 by Arturo Van Den Eynde
PRINTED IN SPAIN
UNIGRAF, S.A., FUENLABRADA (Madrid)

Depósito Legal: M-25356-1980
ISBN: 84-300-2813.7

INTRODUCCIÓN

La noche del 24 de enero de 1977 un grupo de pistoleros franquistas, instigados y armados desde el aparato de Estado, asesinaron a los abogados laboristas de Atocha. A la mañana siguiente la voz se corría por todas las fábricas. En Getafe y Torrejón comenzaron los paros mucho antes de que llegase la primera consigna sindical. Luego, mientras llegaban las convocatorias de los dirigentes oficializando los paros de protesta, la voz que corría hablaba ya de huelga general. Las manifestaciones, lo mismo que las huelgas, se sucedieron de una punta a otra del país durante los días 26 y 27. El entierro de los abogados fue una manifestación gigantesca de cólera sorda. Y tensa; de aquellas que han precedido tantas veces en la historia a las grandes explosiones revolucionarias. La tensión política creciente desde los últimos sangrientos meses de la vida de Franco parecía ir a descargarse en la última semana de enero de 1977.

Pero no fue así. Todo el mundo esperaba el enfrentamiento, en las calles y en las fábricas, pero el enfrentamiento fue aplazado. La burguesía y los dirigentes oportunistas de la oposición trabajaron todavía esta vez más de prisa que los obreros revolucionarios. También el día 25, el día de los rumores y las huelgas espontáneas, el día en que todo parecía posible, se firmó la primera declaración común del Gobierno franquista y la oposición. La nota oficial decía: “Tanto el presidente del Gobierno como los miembros de la Comisión (la “comisión negociadora” de la oposición) convinieron en la oportunidad de dirigir un llamamiento a la serenidad y a la responsabilidad cívica.”

Era la “Unión Sagrada” de los gobernantes y los gobernados, de los opresores y los oprimidos, de los franquistas y los demócratas, de los criminales y sus víctimas. O, mejor, “la Unión Sagrada” de los herederos de Franco y los dirigentes oportunistas que se alzaban sobre las masas obreras en ascenso. Era la “reconciliación nacional” y era la traición. La dirección de las Comisiones Obreras desautorizó oficialmente las octavillas que llamaban a la huelga general; sus activistas recibieron la consigna de referirse oscuramente a los “riesgos” de una marcha del Ejército sobre Madrid, para disuadir a los obreros más dispuestos a luchar. El día 28 los quince partidos de la llamada “oposición democrática” hicieron una declaración para “reafirmar su voluntad de seguir en la tarea de serenar los ánimos y crear un clima de convivencia nacional que permita acelerar el proceso hacia el establecimiento de la democracia”.

De un golpe, el movimiento de las masas se encontró sin dirección, y la provocación de Atocha, en lugar de desencadenar la respuesta revolucionaria de las masas, estaba siendo utilizada para defender y facilitar una “reconciliación”. Probablemente esa fue desde el principio la intención de los franquistas que enviaron a sus matones al despacho laborista de Atocha. Pero antes que la enorme respuesta de las masas pudiese canalizarse hacia una pacificación, tenía que darse otro paso político.

A la izquierda del PCE existían otros grupos con peso específico nada desdeñable, cuyo crecimiento se aceleró en los últimos años de Franco. La atención de los obreros podía volverse hacia ese lado. El día 30 de enero la mayoría de esos grupos “de extrema izquierda” (de hecho, todos salvo el PORE) firmaban la declaración de Barcelona en la que decían: “Los partidos abajo firmantes (...) reafirman que sólo el

restablecimiento de todas las libertades democráticas y nacionales, y sobre todo la amnistía sin restricción, permitirán avanzar hacia la democracia y un clima de tolerancia democrática.” Y firman, entre otros, el PT, la LCR, el MC, la ORT, el PC m-l y la OCBR. La tolerancia democrática aparecía por primera vez como aspiración de los grupos conocidos hasta entonces como revolucionarios.

Con esas firmas la “Unión Sagrada” añadía algunos eslabones importantes a su cadena, y esta se enroscaba en el cuello de la movilización obrera. Más o menos por los días de esa declaración, los miembros de la LCR recibían la consigna de terminar la larguísima y durísima huelga de la ROCA, y el movimiento de solidaridad que había levantado a su alrededor. Apoyándonos sobre esa huelga y ese movimiento, nosotros, los del PORE, luchábamos, condenábamos la “Unión Sagrada” que se estaba formando, resistíamos en la medida exacta de nuestras fuerzas; los hechos prueban que no eran aún las suficientes para ahorrar a los trabajadores un largo camino de decepciones y de desorientación. La sucesión de acontecimientos entre finales de enero y principios de febrero fue tan rápida que los participantes apenas podían darse cuenta de que todos los días se ponía una piedra sobre otra en el edificio político de esa “Unión Sagrada”.

El 9 de febrero se establecieron plenas relaciones diplomáticas entre la Unión Soviética y el régimen español: Washington y Moscú se daban la mano en España. Era una carrera, una carrera contra la revolución. Ese mismo mes, Carrillo, Marchais y Berlinguer se reunían en Madrid para dar un carácter oficial al “eurocomunismo”, es decir, a la ofensiva política de un sector del aparato stalinista internacional contra las conquistas de la conciencia de la clase trabajadora de Europa. Más o menos entonces concluía Carrillo su libro “Eurocomunismo” y Estado: un contraataque teórico y político, una ola de reacción comenzaba en el interior del movimiento obrero en avance, para desarmarlo.

Y así, en unas pocas semanas decisivas, las que siguieron a la matanza de Atocha, se definió un régimen mediante una provocación de los franquistas, una traición de los dirigentes obreros, una reconciliación de la oposición con los herederos de Franco y una campaña de revisión teórica del marxismo. Todo lo demás, los tres años siguientes, sólo han consistido en los esfuerzos de la clase obrera y de los revolucionarios para separarse de ese régimen y combatirlo, para romper esa “Unión Sagrada” y volver a la ruta de la movilización revolucionaria. Y entre esos esfuerzos quiero colocar a este libro.

Fue también en los días que siguieron a Atocha cuando Michel Varga, que estuvo en Madrid y Barcelona para unas conferencias sobre la revolución húngara de 1956, me propuso iniciar con un libro la lucha de fondo contra la “Unión Sagrada” y sus teorías. Luego, las necesidades de la acción y las dificultades de la empresa me obligaron a retrasar el comienzo, a interrumpirlo varias veces y a gastar tres años antes de tener un texto adecuado para la lucha. De modo que va a publicarse cuando los tiempos están a punto de cambiar de nuevo.

Los tiempos que comenzaron después de Atocha parecen casi agotados cuando finalmente se celebra el juicio de los asesinos fascistas. Dice la prensa que José Bono, acusador privado en nombre de las víctimas, declaró en su alegato final, dirigiéndose a los pistoleros fascistas sentados en el banquillo de los acusados: “Gracias a los que vosotros matasteis, y a otros como ellos, hoy no se os pide la pena de muerte.” Muchos obreros habrán pensado con amargura al leer esas líneas que quizá es esa una de las pocas “conquistas” de tres años de “Unión Sagrada” en torno a la Monarquía. Esas frases de conciliación de jueces y abogados en el juicio de los asesinos de Atocha sueñan ya a hueco. Nos vuelven a parecer más próximos aquellos últimos esperanzados,

duros y revueltos tiempos de la lucha contra Franco, histérico y agonizante, y del 1976 en que las masas empezaban a llenar las calles, con la juventud a su cabeza, para conquistar un mundo. Se barrunta ya la hora en que esos tiempos volverán y serán superados con nuevas luchas. ¿Y en medio? Un gran paréntesis, raíz de todas las confusiones e indecisiones del momento actual. Las teorías y políticas que han dominado ese paréntesis lamentable son las que combate este libro, para que esas sombras no sigan dominando las próximas acciones de los vivos.

El trabajo subterráneo de la maduración revolucionaria de las conciencias obreras y de las condiciones sociales ha minado el edificio de la “Unión Sagrada”. Sus mismos cimientos internacionales, que están en la alianza de Moscú con Washington, se cuartejan. Muchas de las ilusiones levantadas por el acuerdo de Carrillo con los franquistas en 1977 no movilizan ya a nadie. ¿Demasiado tarde, entonces, para un antídoto contra el veneno oportunista? Nada de eso. El veneno de estos tres años ha penetrado las articulaciones del movimiento obrero, y sus previsibles acciones espontáneas, en los próximos años, podrían extenderlo peligrosamente a todo su organismo. La conciliación entre la lucha proletaria y la “democracia” imperialista, predicada por el aparato del PCE, sería todavía más peligrosa en una revolución que bajo la “Unión Sagrada”. Las teorías y la política de Carrillo tienen que ser combatidas, demolidas conscientemente por los trabajadores revolucionarios, mientras se van agrupando en un partido realmente proletario. Este “anti-Carrillo” pretende abrir el debate en las filas obreras para que cristalice la lucha de estos tres años contra el oportunismo, y contribuya al avance del proletariado revolucionario. No es ni el primer libro contra el oportunismo de Carrillo, ni el primer análisis del llamado “eurocomunismo”. Pero es el primero que intenta ir a fondo en tres direcciones: en primer lugar, hasta las raíces pequeño-burguesas de todas las teorías de moda de conciliación del marxismo con la “democracia” imperialista; en segundo lugar, hasta la demostración de las conexiones reales entre estas teorías y los intereses del Kremlin; en tercer lugar, hasta desenmascarar a todos los demás cómplices políticos del oportunismo de Carrillo, incluidos los más “izquierdistas”.

Unas líneas aún sobre los problemas editoriales de este texto. El destino “natural” le señalaba para aparecer en la colección CRÍTICA del grupo Grijalbo, la misma colección que editó los libros de Santiago Carrillo. Pero esa no era la opinión de los editores, quienes –debo reconocerlo– me advirtieron antes de leer el original de que la independencia de su CRÍTICA estaba limitada por la política del PCE-PSUC. Xavier Folch me respondió que la colección CRÍTICA no rechazaba toda crítica a Carrillo, pero en el caso poco probable en que se publicase una, debería ser la crítica de “un teórico”. Me permito traducir que no debería ser de ningún modo la crítica de un revolucionario trotskista.

Otros editores sencillamente no se atrevieron por motivos bien políticos, bien comerciales, bien por ambos a la vez, a ocuparse de lanzar el libro. Esos editores lloran por la “libertad de expresión” y por la “crítica situación de la industria del libro”, mientras intentan vivir de los subsidios del Estado burgués. Están condenados a la quiebra por cobardía política o comercial, y quizá sea buena cosa no tener que marchar con ellos en una empresa destinada a lectores obreros.

He tenido, pues, que inventarme un ejemplar de la inexistente colección CRÍTICA COMUNISTA, y en esta forma presento a los obreros y a los jóvenes revolucionarios este libro de lucha del proletariado contra la teoría y la política de la “Unión Sagrada” de burgueses y stalinistas.

Febrero de 1980
ANÍBAL RAMOS

I

CARRILLO CONTRA LENIN. CRUZADA ANTICOMUNISTA DEL PCE

De nuevo la revolución proletaria

Toda época de avance revolucionario de las masas ha sido históricamente precedida de una época de efervescencia teórica, política e ideológica, es decir, de una lucha de ideas, de tendencias, de fracciones. Los bolcheviques solían decir que no había ninguna cuestión práctica de la revolución rusa que no hubiese sido planteada, debatida y, en parte al menos, clarificada previamente en la lucha de fracciones que se extiende desde los primeros años del siglo hasta la crisis de la dirección bolchevique en abril de 1917, en la que Lenin se enfrenta al resto de la dirección para orientar al partido hacia la toma del poder en octubre.

Ocurre también que esa efervescencia teórica que precede al avance revolucionario, que le abre camino, no siempre consiste en un visible *avance y rearme* de las conciencias y de los programas. Más frecuentemente, los avances y rearmes de la vanguardia parecen *escondidos* bajo los esfuerzos masivos de la reacción y de sus ideólogos por desarmar preventivamente a la clase revolucionaria que va a irrumpir en la arena política. Todo lo que es no sólo burgués, sino sencillamente conservador —y en esta categoría entra hasta el lógico sentimiento de la indefensión de los oprimidos obligados a la lucha— levanta una última ola de reacción teórica, política e ideológica que amenaza con ahogar la conciencia revolucionaria en germen. Antes de que el movimiento de las masas trabajadoras tome conciencia de sí mismo, de sus posibilidades, de su fuerza, de sus necesidades políticas, antes de que la revolución se conozca a sí misma, todos los elementos conservadores burgueses y “obreros” libran esa última batalla ideológica de la contrarrevolución: la *revisión* de las tradiciones y principios revolucionarios, de todo soporte ideológico para las posibles luchas de los trabajadores.

Precisamente la revolución de los obreros no puede avanzar sin esa conciencia de sí misma, de su independencia frente a las otras clases, de su programa. El revisionismo es la tentativa de disolver esa conciencia en los intereses de la burguesía, en las ideas e ilusiones de la pequeña burguesía, en los intereses de las burocracias conservadoras incrustadas en el movimiento obrero durante los períodos de paz o de reacción. Hoy la presencia latente de la revolución proletaria constituye el dato objetivo más poderoso de la vida actual, de la evolución política y económica de la sociedad, de la actitud concreta de los Gobiernos y de las fuerzas y direcciones políticas. Los cimientos de la sociedad actual están socavados por esa revolución que intenta abrirse paso hacia la superficie cuando todos los parásitos beneficiarios del orden actual creían haberla erradicado. Pero esta vez tarda en ser alumbrada; la crisis se prolonga y la salida no se ve. La crisis actual la reconocen todos, lo domina todo. En realidad es la espuma superficial de la ola revolucionaria que empieza a ascender de las profundidades de la situación obrera, de su historia y de sus duras experiencias. La crisis es la crisis prerrevolucionaria, y su desarrollo está determinado por la presencia latente y la maduración de esa revolución proletaria aún no alumbrada, por la lucha sin cuartel de sus enemigos por

hacerla abortar, y por los esfuerzos de los trabajadores y de su vanguardia para orientarse en la confusión y contradicciones de esta etapa crítica. En concreto, para orientarse ante la ola de revisionismo, de ataques reaccionarios contra la conciencia revolucionaria y de clase. Comencemos por decir que, precisamente en esta situación, la “opinión pública” y el llamado “sentido común” niegan lo único que lograría explicar las cosas e indicar hacia dónde conducen y cómo prepararlas; niegan que la realidad actual sea la de la maduración de una nueva e inminente revolución proletaria.

La “opinión pública” en general, y la de nuestros días en particular, es una “opinión” creada y mantenida artificialmente por los grandes medios de los Gobiernos y de las oposiciones políticas más o menos “respetables”, por sus órganos de prensa y por los aparatos instalados en los sindicatos obreros, es decir, por las distintas clases de parásitos sociales propios de la etapa imperialista del capitalismo. Esta “opinión”, además de no representar la verdad de las cosas, ni siquiera representa tampoco la confusa idea que el pueblo se forma de su propia situación social y política. Simplemente es un arma de guerra de la burguesía y de sus ayudantes pequeño-burgueses contra la conciencia de clase. De una manera general, las masas adquieren y definen su conciencia de sus intereses y fines a través de luchas, de organizaciones de combate independientes, de la prensa obrera, es decir, de todo lo que gira en torno a la construcción de su partido y de su dirección revolucionaria. Pero en nuestros días los partidos mayoritarios entre las masas obreras y populares, si alguna vez las representaron efectivamente, pierden de manera acelerada toda relación con el punto de vista teórico y práctico de la clase obrera, y se integran paso a paso a las instituciones del régimen burgués, y en particular como instrumentos selectos de destrucción de la conciencia revolucionaria de las masas trabajadoras. La aparición de condiciones revolucionarias, de luchas radicales no hace más que precipitar esta transformación de los partidos obreros dirigidos por aparatos burocráticos. Las mismas circunstancias y experiencias que empujan a las masas a la lucha, galvanizan el espíritu conservador y los reflejos reaccionarios de las cimas dirigentes de su movimiento, ligadas por mil intereses al régimen burgués. Esos partidos, en otro tiempo vehículos siquiera pasivos de la conciencia y la independencia de la clase, se vuelven máquinas de propaganda revisionista disgregadora de la conciencia obrera y revolucionaria. Y lo que resulta de los esfuerzos combinados de la burguesía y de las direcciones políticas y sindicales que se han convertido en agencias burguesas para el engaño de los obreros es lo que habitualmente se conoce como “opinión pública”, lo que condiciona y forma el “sentido común”.

Posiblemente nunca esta opinión oficial hizo tantos esfuerzos como ahora para presentar como locos, fanáticos o alucinados a quienes continúan llamando a las cosas por su nombre, diciendo la verdad, aferrándose a los principios del proletariado revolucionario, y que desenmascaran así el mundo artificioso de mentiras y prejuicios que intenta confundir el significado de las experiencias de lucha de los obreros. Y nunca esta opinión oficial fue tan unánime en declarar que la revolución es un hecho erradicado o erradicable de la vida social de nuestros días. Los partidos llamados “comunistas” son los que ponen más énfasis en esta idea: “¡ya no hay Palacios de Invierno que tomar!”, dicen Carrillo y compañía desde las gradas del Palacio de la Zarzuela; los renegados del trotskismo, los Mandel, Krivine, sus amigos españoles de la LCR, etc., corean: “no hay alternativa revolucionaria *creíble*”..., y la propaganda burguesa no tiene más trabajo que reproducir y difundir a gran escala los llamamientos a la desmoralización que lanzan los supuestos portavoces de la clase revolucionaria. La punta de lanza es el libro de Carrillo “*Eurocomunismo*” y *Estado*, cuyo primer significado es *oficializar el revisionismo* en los partidos stalinistas. El libro comienza, efectivamente, por una calurosa defensa del revisionismo como método, para aislar como a locos o inadaptados

a los revolucionarios de vanguardia que se apoyan sobre los principios y se esfuerzan por educar en ellos a la juventud obrera y ganar al conjunto de las masas. Dice Carrillo:

“... Pero se olvida, también, que ha habido un *revisionismo* revolucionario, marxista.”¹

Y a continuación cita un famoso pasaje de Marx en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, que compara las revoluciones burguesas con las proletarias. De las primeras dice que mientras se dedican a crear algo nunca visto, conjuran temerosas en su auxilio a los espíritus del pasado, sus formas, las tradiciones conservadoras; de las segundas...

“En cambio las revoluciones proletarias se autocritican constantemente, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado para recomenzarlo desde el principio, se burlan con conciencia y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos...”

Aquí acaba Carrillo la cita de Marx, un tanto bruscamente, para añadir de su propia cosecha:

“Es decir, las revoluciones proletarias se revisan a sí mismas, y los revolucionarios también.”²

La interpretación es más que abusiva. Pero será mejor que siga el propio Marx, a quien Carrillo dejó con la palabra en la boca. Esas revoluciones proletarias, según aquel, además...

“... parece que sólo derriban a su adversario para que este saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se forma una situación que ya no permite volverse atrás y las mismas circunstancias gritan: “Hic Rhodus, hic salta!” (que libremente podemos traducir por “¡ha llegado el momento de que midas tus fuerzas!”).”

Carrillo defiende la revisión empírica de los principios; Marx habla de juzgar implacablemente los errores del pasado, de afrontar audazmente tareas que se muestran enormes y enemigos que parecen crecerse, y de saber que llegará el momento en que solo la batalla final dirá quién estaba mejor preparado. El sentido de las formidables líneas de Marx no es el del ramplón revisionismo de los conciliadores, sino la idea de que la revolución de los obreros solo avanza a través de una *conciencia precisa* de las tareas y de los obstáculos, por grandes que sean, de la amplitud histórica de sus fines, y a través de una crítica despiadada del pasado en general y de los propios errores pasados en particular. Allí donde Carrillo termina la cita es donde Marx formula las ideas más ajustadas a los grandes problemas de la actual ofensiva obrera, en España y a escala internacional.

¹ Carrillo, “Eurocomunismo” y *Estado*, pág. 22.

² *Idem*, pág. 23.

“... parece que sólo derriban a su adversario para que este saque de la tierra nuevas fuerzas...”

Veamos la sucesión de acontecimientos, de luchas y de crisis precipitadas por la muerte de Franco. La propaganda oficial presentó esta sucesión de medidas de los de arriba, y de grandes movilizaciones de presión de los de abajo, como un *cambio de régimen*, como la salida, ¡al fin!, de cuarenta años de fascismo. Se invocaron precedentes históricos desde la Segunda República del 31 hasta la caída del zarismo en febrero del 17, o ejemplos más recientes, como el 25 de Abril portugués. Pero comparada con todos ellos, la crisis española sorprendió por su terrible frialdad, y no por las ilusiones y alegrías de un supuesto “entierro del franquismo”. Las masas dieron cada uno de sus pasos con más prudencia que precipitación o entusiasmo. ¿Es así como un pueblo entierra el fascismo? Todavía los muy primeros meses tras la muerte de Franco (*precisamente cuando el régimen no había cambiado en nada ni nadie lo pretendía*) estuvieron dominados por ese tipo de movilizaciones amplísimas en su forma, pero confusas y contradictorias en sus objetivos, que son propias de las etapas que no han tenido tiempo de desmentir las ilusiones en un cambio profundo, radical y fácil de la situación de las masas. Pero ese período de “fiesta”, de marcha pacífica hacia una luna de miel democrática entre el poder y el pueblo fue esta vez *extraordinariamente corto* y absolutamente estéril en cuanto a resultados. Y bastante frío: las palmas con las que los activistas del PCE acogían a los policías en la calle sonaron desde el principio a hueco en el silencio hostil y desconfiado de la masa obrera. Luego los tiros acabaron definitivamente con las palmas. Sólo Carrillo en persona siguió aplaudiendo a las fuerzas represivas desde tribunas oficiales. Después de aquellas primeras manifestaciones y huelgas masivas el ambiente se enfrió, se endureció, y la crisis continuó, pero marcada por un ritmo lento. Cada lucha obrera ha puesto a las masas ante la terrible verdad de que lo que parecía ser la tumba del franquismo *engendró un obstáculo aparentemente más difícil todavía*: una coalición, la “Unión Sagrada” de los franquistas y los dirigentes del movimiento obrero, que se opone a toda solución obrera mientras remienda los despojos del franquismo. “El enemigo parece sacar de la tierra nuevas fuerzas”, y la revolución duda. El levantamiento de ese monstruo “antinatural” que es la Monarquía de Juan Carlos, Carrillo y González heló el clima político. En él no se reconocieron los obreros, pero enfrentarse a él es avanzar decididamente hacia una *revolución*. A las puertas de la revolución, los trabajadores mismos parece que han querido momentáneamente descartar esta idea, porque la traición de los jefes deja una pregunta en el aire, envenenando la atmósfera mientras no llegue su respuesta: pero entonces, ¿cómo y con quién conducir esta revolución que tantas fuerzas reúne en contra suya?

Y en esto como en todo, la crisis española ha sido una cristalización de la crisis internacional, de la que constituye un eslabón importantísimo. La “Unión Sagrada”, la alianza franquistas-reformistas-stalinistas no es una particularidad, como ellos se han esforzado por justificarla a causa de una supuesta “inmadurez de la democracia”, sino la concreción nacional de los pactos internacionales entre el imperialismo y el Kremlin, tejidos a lo largo de los últimos cuarenta años. Pero también es el anuncio de las formas más reaccionarias y nunca vistas de colaboración contrarrevolucionaria entre los Estados capitalistas que se arman para la guerra civil contra las masas trabajadoras, y el aparato stalinista internacional del Kremlin, que se disgrega en una profunda crisis y que va hacia un estallido al no lograr controlar ni detener los movimientos de la clase obrera. La “reconciliación nacional” española de franquistas y “comunistas” es un mal presagio para los trabajadores de toda Europa, un elemento de confusión e incertidumbre sobre el futuro de la humanidad.

Lo mismo en España que a escala internacional, la “vaga enormidad” de los fines y obstáculos de la revolución proletaria –como dicen las líneas de Marx– es la causa que la ha mantenido un tanto escondida, titubeante antes de manifestarse abiertamente, y pese a que su presencia latente ha dominado toda la vida política. Lo que se presenta superficialmente como un reforzamiento del enemigo de clase gracias a tan amplias y apretadas alianzas es lo que hace dudar a los obreros antes de lanzarse a la batalla, en la que no queda marcha atrás. Ya no son los tiempos llenos de ilusiones todavía no desmentidas, cuando los trabajadores seguían a los burócratas stalinistas creyendo revivir los combates de Lenin, sin ver que esos burócratas organizaban sistemáticamente la derrota después de haber liquidado el partido de Lenin. Son otros tiempos, en los que la clase ha gastado cuarenta años para llegar hasta aquí, para acumular sus fuerzas después de grandes derrotas y ponerlas de nuevo en juego en la crisis del capitalismo agonizante. Es normal que los obreros sopesen las luchas sin salida, que terminan igual que empezaron, que miren con un ojo cada día más crítico a esos “dirigentes” cómodamente instalados en el régimen burgués y que incluso vean con inquietud aproximarse inevitablemente la hora de la lucha en estas condiciones. Y a las puertas de la batalla decisiva, se tienen que preguntar una y mil veces: ¿es posible que esta vez haya que enfrentarse a todos ellos, a los enemigos de siempre y a los antiguos “amigos” juntos contra nosotros?, ¿es posible que cada paso de los obreros amplíe todavía más el bloque de los que atacan, fustigan, reniegan o amenazan contra la revolución? No se puede seguir adelante sin volver sobre el pasado; todo depende de en qué consista esta vuelta, si en una revisión de los principios revolucionarios, como propone Carrillo, o en una revisión de las direcciones que condujeron a las derrotas, hecha a la luz de los principios revolucionarios.

Porque los trabajadores son víctimas de una ilusión, de una ilusión que *no les permite ver la debilidad del capitalismo y de la clase burguesa*, ver lo próximo que está su final. La ilusión viene de que los obreros no han *superado completamente* las anteriores derrotas, porque todavía no han llegado a ver que quienes parece que *traicionan hoy, que reniegan hoy, ya fueron hace cuarenta años los causantes de la derrota*. Los trabajadores creen que pierden fuerzas cuando estos dirigentes se unen a los capitalistas, creen aún que esto refuerza al imperialismo y debilita a la revolución, porque creen que esos oportunistas siguen representando a la clase, cuando son el lastre muerto que la oprime y ahoga. Y la revolución proletaria ante la “Unión Sagrada” de burgueses y stalinistas parece dudar y retrasarse por la súbita aparición de un gigante... que tan solo es una amplia y desesperada asociación de enanos apiñados para frenar el avance obrero con engaños y gesticulaciones. Las citadas líneas de Marx describían la revolución precisamente como un proceso de luchas a través de las cuales la clase se hace consciente de las dificultades y tareas, de los enemigos, se arma y se rearma contra ellos para estar lista en el momento oportuno. Desde este punto de vista, no tiene ahora más enemigos y detractores la revolución proletaria que en otras ocasiones históricas, incluso si hoy todo el mundo habla de una manera u otra *contra* la revolución y sus riesgos. Se trata más bien de que ahora la revolución comienza a ser *consciente de sus muchos enemigos*, hasta entonces emboscados entre las fuerzas proletarias, haciéndose pasar por amigos, portavoces o incluso dirigentes. Y la revolución, “sin burlarse concienzuda y cruelmente de la mezquindad de sus intentos anteriores”, y más en concreto, de haber tomado por amigos y dirigentes a los enemigos emboscados (los stalinistas y reformistas), no se preparará para ganar esta vez, como no ganó la anterior. No hay duda de que hace falta volver sobre lo andado, y de que hay dos maneras, dos direcciones para hacerlo. Dice Trotsky:

“Las grandes derrotas políticas provocan inevitablemente una revisión de los valores que se realiza, en general, en dos direcciones. De un lado, enriquecida con la experiencia de las derrotas, la verdadera vanguardia, defendiendo con uñas y dientes el pensamiento revolucionario, se esfuerza en educar nuevos cuadros para los futuros combates de masas. De otro lado, el pensamiento de los rutinarios, de los centristas, de los diletantes, asustado de las derrotas, tiende a destruir la autoridad de las tradiciones revolucionarias y, bajo apariencia de búsqueda de una ‘nueva verdad’, a retroceder profundamente.”

En 1917 los trabajadores rusos habían tomado el poder en sus manos bajo la dirección del primer partido comunista, el partido bolchevique. La instauración de la primera dictadura revolucionaria del proletariado inició esta etapa histórica que vivimos y que solo puede terminar con la victoria internacional del proletariado, a menos que pueda considerarse como un final la hipótesis de una esclavización bárbara de las masas obreras del mundo entero bajo una dictadura imperialista. Pero, precisamente a partir del desarrollo concreto de la lucha de clases en los decenios siguientes al triunfo de Octubre, la revolución socialista ha entrado en un período de titubeos, de dudas antes de lanzarse adelante, porque “parece que sólo se derribó al adversario para que este saque de la tierra nuevas fuerzas”, para utilizar otra vez las palabras de Marx que tan bien corresponden a los actuales problemas históricos. Primeramente, la revolución iba quedando aislada, circunstancialmente aislada en la URSS. La dirección del Partido y de la Internacional comunistas luchaban contra todo error o indecisión que retrasase la victoria obrera en Europa. Pero luego la misma burocracia que se había ido enquistando en el Estado y en el mismo partido, gracias al aislamiento y al atraso rusos, terminó por convertirse en el factor y el beneficiario directos de todas las derrotas en Europa, con su teoría y su práctica de “el socialismo en un solo país”. De la Revolución de Octubre parecía surgir un formidable aparato contrarrevolucionario dispuesto a entenderse con la burguesía imperialista cuando todo parecía predecir el hundimiento del capitalismo y la victoria del proletariado.

Toda la historia posterior de la lucha de clases ha estado determinada, de un lado, por esta traición, y del otro, por la lucha de los verdaderos bolcheviques, de sus continuadores, de los trotskistas de la IV Internacional por levantar de nuevo a la clase trabajadora contra esa excrecencia burocrática de la revolución que llegó a convertirse en una agencia burguesa de desorganización y desmoralización de los trabajadores de todo el mundo.

No era la primera traición histórica en la lucha del proletariado. Al apoyar la carnicería imperialista de 1914-1918, la socialdemocracia traicionó al movimiento obrero de su época. Y, sin embargo, los revolucionarios pudieron fundar inmediatamente y comenzar a construir una Internacional Comunista de masas. La diferencia histórica entre las consecuencias de la traición de los stalinistas y la de los reformistas es enorme, mucho más notable que las semejanzas entre estas dos grandes crisis del movimiento obrero internacional. Una gran masa de la juventud obrera y de la clase trabajadora en general reaccionó con energía contra la traición de los social-patriotas de la Primera Guerra Mundial, pero además esa reacción *pudo orientarse inmediatamente por la victoria proletaria de 1917*, que dio a la III Internacional el carácter de *una ruptura política y organizativa masiva* con la II Internacional. Puede decirse que la crisis de la II Internacional reformista en 1914-1920 no representó ningún retroceso para el movimiento proletario, sino *una necesaria depuración* de elementos y teorías oportunistas, de la cual surgió con fuerza la construcción de la Internacional Comunista que hacía falta para

acometer las tareas de la revolución mundial. La crisis de la II Internacional fue la *delimitación* necesaria entre el proletariado revolucionario y los elementos pequeño-burgueses que habían cohabitado con él en la Internacional Socialista y, por lo tanto, un *eslabón* necesario en la maduración revolucionaria de la clase trabajadora.

La traición stalinista no representa otro tanto. A diferencia de la socialdemocracia, el stalinismo gozaba del prestigio casi inmenso de una revolución victoriosa que encauzaba las aspiraciones de las masas cada vez que iban a la lucha. Y disponía también de un aparato realmente internacional y de un aparato de Estado. Estas poderosas armas de la revolución mundial giraron en redondo su punto de mira bajo la dirección stalinista, y luego fueron deformadas, desnaturalizadas y convertidas en los instrumentos terribles de una agencia pequeño-burguesa de la burguesía imperialista, empeñada en cerrar el paso a todo movimiento revolucionario internacional que amenace su existencia parásita y privilegiada en la URSS. Ese es el marco de la lucha de la IV Internacional para reconstruir la dirección revolucionaria y darle el programa necesario. Una lucha sin precedentes. No tiene nada de raro que hayan sido necesarias no solo experiencias terribles, como la derrota española de 1939, sino también los primeros enfrentamientos obreros contra el poder de los burócratas stalinistas del Kremlin, en Hungría y Polonia, en Checoslovaquia, y el paso de dos generaciones, para que la misma convicción de una traición stalinista se vaya abriendo paso en la conciencia de las masas, de una manera difícil y dolorosa.

Pero todavía en 1936 el proletariado español tomó por bolcheviques y por continuadores de Lenin y de la Revolución de Octubre a los representantes españoles de la contrarrevolución stalinista, a Pasionaria, a Pepe Díaz, a Carrillo mismo. He aquí, como veremos con detalle más adelante, la verdadera causa de la derrota anterior y de la confusión política actual. En ese sentido, como Marx decía, la revolución deberá “recomenzar desde el principio lo que parecía terminado”. Tendrá que *volver a Lenin* con la IV Internacional, para deshacerse de las pesadillas stalinistas que “oprimen el cerebro de los vivos”.

El esfuerzo contrario, el que cubre los errores y traiciones del pasado y, en cambio, reniega de las auténticas tradiciones revolucionarias, el que aumenta la confusión renegando de Lenin y continuando lo esencial del stalinismo en crisis, es el esfuerzo revisionista de Carrillo. Veamos sus puntos de apoyo y sus razones, antes de entrar en su contenido.

El teórico y el GPU³

Hablando acerca de las supuestas preocupaciones “teóricas” de la burocracia stalinista del Kremlin, Trotsky comparó este mísero revisionismo de los stalinistas con el viejo revisionismo socialdemócrata de Bernstein o de Kautsky. Estos últimos habrían tenido al menos el triste mérito de intentar la justificación teórica de la práctica reformista que dominaba a la socialdemocracia de su tiempo. Y Trotsky concluye la comparación diciendo que “*Stalin no revisa a Marx y a Lenin con la pluma, sino con las botas de la GPU*”.

La lucha teórica ha sido siempre un componente vital, central en el progreso revolucionario del movimiento obrero. Pero los stalinistas no solo han revisado y falsificado de la manera más burda todas las enseñanzas teóricas del movimiento proletario, y muy especialmente las de Lenin y los bolcheviques, sino que, además, en su lucha

³ Antiguo nombre de la policía política de la burocracia de la URSS, hoy KGB.

contra el marxismo, los nuevos revisionistas han otorgado a las cuestiones teóricas un papel completamente secundario, subordinado a la provocación policíaca.

En un pasado reciente y de ningún modo enterrado, el asesinato político, la prisión, la calumnia, la tortura han sido los “argumentos” favoritos de Stalin, de sus camaradas y de sus sucesores. Y desde Moscú a Barcelona. Los argumentos “teóricos” de esta revisión del marxismo venían previamente dictados por las actas de acusación de los procesos políticos stalinistas “contra el trotskismo”, “el titismo”, etc. Cuando, por ejemplo, el *Mundo Obrero* de los años 36 y 37 “argumentaba” contra el trotskismo en España, apenas daba a la lucha literaria otra función que la de preparar a la opinión obrera para la entrada en acción de la GPU stalinista con sus *argumentos de peso*: provocación, secuestro, asesinato... Ese es el aspecto de las cosas que Carrillo elude siempre que vierte sus lágrimas de cocodrilo por los viles asesinatos de Andreu Nin, de Kurt Landau, de los trotskistas Moulin y Wolf.⁴ Y, desde luego, el mal que ha hecho al marxismo, la huella sangrienta que ha dejado sobre el marxismo esta bota de la policía stalinista, ha sido *infinitamente más pernicioso, más profunda y más duradera* que la de las teorías revisionistas de los Bernstein y de los Kautsky.

En nuestros días ningún trabajador, especialmente si pertenece a la vieja generación, puede mirar hoy al marxismo sin notar la presencia turbadora, intranquilizante de esa huella repulsiva que los “chequistas” de Barcelona y Madrid, los campos de concentración de la URSS y los tanques de Hungría y Checoslovaquia han dejado sobre el marxismo, sobre el leninismo. Y en cuanto a los más jóvenes, han crecido sin poder realmente distinguir el marxismo de la mísera pseudo-doctrina burocrática de los PCs, de esa teoría acomodaticia de la conciliación servil con los burgueses y el Estado capitalista. Ya solo por tales efectos “teóricos”, hay pocos enemigos del proletariado y del comunismo tan perniciosos como estos supuestos “amigos” que son los burócratas del Kremlin y de los PCs.

Pero ¿no estarán cambiando las cosas? Pues he aquí que Carrillo, en avanzadilla de todo un sector del aparato stalinista internacional de los PCs, prueba suerte en el campo de batalla de la teoría, de los grandes principios. Como si intentase desmentir todo lo arriba dicho, aborda *la tarea sin precedentes de declarar y demostrar solemnemente la “superación” del leninismo*, y la revisión general de las conquistas teóricas y políticas de Lenin y de los bolcheviques. Carrillo cambia, pues, las botas de la GPU por la pluma del teórico; luego veremos para qué. Pero ya importa decir que, más habituado a servirse de las pesadas botas del burócrata stalinista que pisotea sus propias frases, que de la aguda pluma del “marxista”, Carrillo continúa usando esta última con los pies. Y la fuerza de su campaña revisionista no procede ni podría proceder de la altura ramplona de sus ideas. Menos aún de su novedad, ya que no hay una sola que no huela a rancio en

⁴ Andreu Nin: dirigente del POUM durante los primeros meses de la guerra civil, secuestrado, torturado y asesinado en secreto por la policía stalinista en España en 1937, bajo la protección del Gobierno republicano y de la dirección del PCE, que protegieron el asesinato, cubriendo a Nin de calumnias.

Landau: luchador antistalinista alemán, que se incorporó al lado del POUM a la revolución española, y desapareció en 1937 sin dejar más rastro que el haber sido secuestrado por la policía secreta de los stalinistas en Barcelona.

Moulin y Wolf: “Nuestros camaradas Erwin Wolf y Hans Freund (conocido bajo el nombre de Moulin) fueron raptados y asesinados por los stalinistas. El primero, ciudadano checoslovaco, llegó a Barcelona a fines de mayo del 37. Era corresponsal de un periódico inglés, *Spanish News*. La GPU no podía perdonarle el haber sido secretario de León Trotsky. Según ciertas informaciones, debió ser fusilado en la URSS (...). En cuanto a Hans Freund (Moulin), era un exiliado alemán, propagandista entregado y ardiente de la IV Internacional. Partió inmediatamente, tras el 19 de julio de 1936, para entrar al servicio de la revolución española. Trabajó primero en Madrid y luego en Barcelona. La GPU no le perdía de vista. El agente polaco de la GPU, Mink, se encargaba de vigilarlo. Desapareció el 2 de agosto de 1937, detenido por policías stalinistas.” (M. Casanova, *Cómo abrió las puertas a Franco el Frente Popular*, París, 1971.)

su libro *“Eurocomunismo” y Estado*. Su única fuerza –pero nada despreciable– está en *la terrible herida abierta en los principios revolucionarios de toda una generación de obreros* por las traiciones, los crímenes y las catástrofes organizadas por Stalin, sus ayudantes y sus actuales herederos. Y todos ellos usurpando cínicamente el nombre de Lenin para sus propios cálculos políticos e intereses de burócratas conservadores y parásitos. El mediocre revisionismo de Carrillo no abre un camino propio: se limita a seguir los pasos de los viejos revisionistas socialdemócratas, a predicar la misma postración ante el Estado capitalista y sus policías y funcionarios, a hacer la misma propaganda sobre una “democracia” burguesa en la que ha dejado de creer la propia burguesía y, en fin, a manifestar la misma hostilidad radical contra las expresiones de independencia revolucionaria de los trabajadores frente al Estado burgués. Pero si Carrillo se limita tan solo a repetir las ideas fracasadas del más vulgar y pasado revisionismo, no es este dudoso capital “teórico” el que le permite arrastrar por ahí siquiera a sus propios militantes.

Otros factores tiene a su favor, otros “argumentos”. Como el mismo Carrillo reconoce, hace ya mucho tiempo que la práctica de los PCs constituye una completa negación de los principios y tradiciones del leninismo.⁵ Pero incluso esto, que todo el mundo ha señalado, es insuficiente. Ya que si el aparato inicia hoy con tanto encono *una campaña de revisión explícita*, una verdadera *Cruzada* revisionista, no será solamente porque la práctica fuese ya desde tiempo atrás una traición, sino también y sobre todo porque esta revisión prepara sin duda una más profunda degradación política del stalinismo y de su aparato burocrático internacional, una manera más siniestra aún de colaborar con el Estado imperialista frente a la revolución obrera. Algo así han sentido esos muchos militantes del PCE a los que Carrillo no ha podido convencer de que el “abandono del leninismo” no significa nada o casi nada desde el punto de vista de la política práctica del partido. ¿A qué vendría entonces tanto ruido? La base militante presiente vagamente que esta campaña “teórica” no es solo una codificación de pasados fracasos (en realidad, auténticas traiciones), sino sobre todo la preparación de cosas más graves que el mismo aparato dirigente avanza con extrema prudencia.

En definitiva: por mucho que la Cruzada de Carrillo contra Lenin corresponda a la práctica real del stalinismo desde hace cincuenta años, la pluma de Carrillo ni siquiera hubiese podido iniciarla de haberse limitado a copiar de mala manera los viejos y desprestigiados tópicos del revisionismo pequeño-burgués de un Bernstein o un Kautsky. No sin mojar antes esa pluma en las heridas abiertas al marxismo por la bota del Kremlin; no sin hurgar en esas heridas para desconcertar a la vieja generación obrera, para separarla aún más de la juventud, para desarmarla en el terreno de los objetivos y perspectivas históricas, porque a fin de cuentas el arma “teórica” de Carrillo es presentar a los obreros *sus objetivos a través de su imagen envilecida en la URSS* por los usurpadores stalinistas de las conquistas bolcheviques, y a través de las pasadas experiencias de fracasos dirigidos por los stalinistas, como la guerra civil española. Carrillo no hubiese jamás osado levantar su pluma raquítica contra Lenin, si no fuese porque le han abierto paso, previamente y a cañonazos, los tanques de Hungría y Checoslovaquia. Incluso en plena aventura “teórica”, la pluma de los revisionistas del aparato del PC, la pluma de Carrillo y compañía, *sigue siendo tributaria y continuadora de las botas de la KGB*: no solo se complementan entre sí, sino que en realidad la pobre argumentación de Carrillo extrae su fuerza y *depende completamente* de la identificación cínica del apar-

⁵ “... hay que superar una serie de tesis clásicas del leninismo, a las que en realidad los partidos comunistas de Europa occidental han renunciado hace muchos años, aunque nunca como ahora se lo hayan planteado en el terreno de la doctrina” (Santiago Carrillo al diario *El País*, 22 de enero de 1978.)

to policiaco de la burocracia de Moscú con la herencia de Lenin. Desde este punto de vista, el teórico stalinista sigue siendo, incluso hoy, el seguidor de la GPU.

El amplio ejército de la Cruzada antileninista y la necesidad de combatirlo

Una vez situado Carrillo como teórico en el lugar que le corresponde, el de *cosechador de desmoralizaciones sembradas por los burócratas del Kremlin*, podría surgir esta cuestión: ¿hay que desdeñar entonces la campaña de revisionismo teórico de Carrillo, o de Berlinguer, y limitarse a demostrar que se trata de una continuación de los viejos ataques stalinistas contra las conquistas de la Revolución de Octubre y del bolchevismo? Semejante conclusión sería irresponsable, porque evita el significado *práctico*, el *alcance* real de esa Cruzada antileninista. En primer lugar, la campaña de Carrillo ha desencadenado una larga, dura y confusa lucha en las filas del PCE, y en todo el movimiento obrero en la medida que depende de la dirección stalinista, y el revolucionario que permaneciese *neutral* en esa lucha, en ese terreno de la lucha de clases, no merecería ese título, sino el de doctrinario incapaz. Y es que, en realidad, esos obreros del PCE que pelean para no renunciar al leninismo están bastante más cerca de la verdad concreta que los doctrinarios que se limitan a señalar desde la barrera que “el PCE es tan stalinista o tan oportunista antes de renegar de Lenin como después de hacerlo”. Porque la respuesta teórica a la campaña antileninista de Carrillo es vital para la formación de la vanguardia revolucionaria sobre una línea de independencia de clase frente al imperalismo, al Kremlin y a su colaboración contrarrevolucionaria.

En las páginas anteriores hemos partido de que la única explicación satisfactoria de la situación crítica actual, e incluso del acuerdo tan unánime que se produce en torno a la burguesía y sobre la imposibilidad de una revolución obrera, *consiste precisamente en la maduración de una nueva ola revolucionaria*, que todavía no surge claramente a causa de los factores de confusión que permanecen en las filas obreras, heredados del período histórico anterior, el de las grandes derrotas. El avance de esa nueva ola revolucionaria es contradictorio y complejo precisamente por su íntima relación con el balance de los intentos anteriores, de todas las direcciones anteriores y de sus fracasos. Y por esta razón la simple proximidad de la revolución hace apelotonarse a todas esas direcciones comprometidas, fracasadas o traidoras (o simplemente desarmadas) del lado de la burguesía y de su Estado. La Cruzada antileninista de Carrillo forma parte de este apelotonamiento de los oportunistas en las trincheras del Estado capitalista y sus alianzas; por simetría, la lucha teórica contra lo que ellos llaman “eurocomunismo” constituye uno de los factores de clarificación del balance y las perspectivas de la revolución obrera y, lógicamente, uno de los factores del avance concreto de la ofensiva de los trabajadores. Porque esa campaña llamada “eurocomunista” contra Lenin y su herencia, que es una campaña contra la dictadura proletaria, contra el internacionalismo, contra la violencia de los oprimidos, contra los Consejos obreros, es decir, por *arrebatar toda perspectiva y método de lucha propio de la clase trabajadora*, se presenta al mismo tiempo como un “balance” que saldría al paso del que las masas y sus elementos más avanzados intentan sacar de las pasadas derrotas ahora que vienen nuevas batallas. Un pseudo-balance del stalinismo, que corta todas las amarras con el leninismo y profundiza el corte de las nuevas generaciones con el espíritu y la práctica del bolchevismo revolucionario. La Cruzada antileninista no es, pues, un simple reflejo de la práctica de años y años de los PCs, sino un paso más en la degeneración burguesa de los partidos ex comunistas, ca-

muflado como pretendido balance de los anteriores esfuerzos revolucionarios y sus decepciones y traiciones.

De ahí la necesidad de emprender esta lucha teórica, y también de sacarla del marco de un gentil debate sobre la “actualidad del leninismo”, al estilo de los escritos que el profesor Mandel cocina a la atención del señor Carrillo. Nuestra lucha tendrá la finalidad de demostrar que el llamado “eurocomunismo” no es tal balance del stalinismo, y menos aún una alternativa; que se trata, como hemos de ver, de *un producto especialmente podrido de la crisis del aparato stalinista*, emanado del aparato mismo cuando su crisis alcanza un nivel explosivo en la víspera de una nueva marea revolucionaria. En el momento que el stalinismo, confrontado a la doble presión de la revolución obrera y de las reacciones defensivas del imperialismo, comienza a descomponerse, suelta por sus poros, grietas y fracciones todo *el veneno de su verdadera naturaleza profundamente antiobrera y anticomunista*; manifiesta de golpe lo íntima que ha sido su colaboración con la burguesía a lo largo de estos años, la penetración entre sus aparatos respectivos, y rinde así en su misma descomposición los últimos servicios al Estado imperialista. El ataque antileninista es uno de ellos.

Los trabajadores tienen el mayor interés *práctico* en esta lucha contra las teorías antileninistas del aparato de los PCs para descubrir en ellas tanto los *síntomas* de la previsible dislocación del aparato, de sus partidos “comunistas” y de sus dictaduras burocráticas, como también las *condiciones políticas* en que la clase afronta esta crisis del stalinismo en el camino hacia la revolución socialista. Esto define el objetivo político de nuestra respuesta a Carrillo, de nuestra lucha contra el revisionismo. Pasemos revista a las fuerzas del enemigo.

La actual Cruzada contra Lenin está constituyendo uno de los elementos del frente único de todos los oportunistas, más allá del mismo PC, contra la revolución obrera. Junto a los revisionistas del aparato stalinista se moviliza hoy todo un *ejército de revisionistas variadísimos* que parecían agazapados esperando con ansiedad el momento en que Carrillo les llamase a “ajustar cuentas” con el bolchevismo, para quitarse entonces –ahora– sus diferentes caretas y mostrarse como lo que son: pequeño-burgueses emboscados en el movimiento obrero.

Pero antes de describirlos no hay que olvidar que la misma burguesía colabora activamente en la Cruzada antileninista. Desde que Carrillo dio los primeros pasos, los publicistas del capitalismo se entusiasmaron con la idea: una revancha del imperialismo frente a la Revolución de Octubre. La prensa “demócrata” de la burguesía anima abiertamente a Carrillo y a Berlinguer, jalea al aparato del PCE contra los “leninistas” de su partido y contra los “izquierdistas”, fustiga a Cunhal por no seguir claramente el camino de Carrillo, o a Marchais por sus oscilaciones. Los burgueses se meten en el asunto, ayudando a que el aparato stalinista francés desplace a Marchais, u opinando sobre el marxismo. La prensa burguesa española abre tribunas para que los elementos más derechistas, más descaradamente dispuestos a servir al Estado burgués, presionen sobre la dirección de su partido desde columnas de la prensa capitalista. Del otro lado, la misma burguesía propicia el buen entendimiento entre Carrillo y el Kremlin, unas relaciones más flexibles que permitan al PCE servir al Estado de los franquistas españoles sin romper irreversiblemente con Moscú o hasta el punto de poner en peligro la colaboración internacional de los stalinistas con el imperialismo. En fin, el ala fascista de esta misma prensa burguesa no deja de señalar cada elemento superficial, formal, anecdótico, pero que pudiese *recordar al comunismo de Lenin en los actuales aparatos pseudo-comunistas*, para acogotar a los oportunistas exigiéndoles nuevas y más duras claudicaciones.

Pero, claro está, de la burguesía solo se podía esperar entusiasmo ante la Cruzada antileninista de Carrillo. Y de ese entusiasmo hay que hacer notar que apenas conoce el disimulo y que a veces contribuye a la desconfianza de los obreros hacia el antileninismo del aparato y sus fines. Más peligrosos son, en cambio, los diferentes matices “obreros”, de “izquierdas”, o incluso “antistalinistas” en esa tropa revisionista, pues su finalidad es precisamente arrastrar *a toda la clase trabajadora* por el camino de Carrillo, o al menos *neutralizar* a los que en este camino rompen con el PCE. Veamos las diferentes alas de este ejército en España y a sus portavoces más característicos.

En el ala que podríamos llamar “derecha” destacan sobre todo los burócratas cesantes a causa de anteriores crisis del movimiento obrero, y que hoy vagan como almas en pena a la busca de un destino. Como representante español de esta variedad (que también cuenta con el francés Garaudy, con el checoslovaco Pelikan, etcétera) tomaremos a Fernando Claudín. En su libro *Eurocomunismo y socialismo*, Claudín negocia la plena separación entre Carrillo y el Kremlin, a la vez que elabora una teoría “más consecuente” para justificar la misma política de Santiago Carrillo. Y toda un ala del PCE (numerosa en el aparato, minúscula en la base) se siente ligada a esta tendencia Claudín que acompaña a Carrillo con la intención de acercarlo a la socialdemocracia. Los lazos entre la tendencia Claudín y el aparato del PCE pasan a través de elementos pequeño-burgueses arribistas y hostiles a los trabajadores, como, por ejemplo, Solé Tura, promocionados al aparato en los últimos años.

Giremos la vista hacia el ala “izquierda” de la Cruzada antileninista, que es mucho más amplia en matices que la derecha semi-socialdemócrata. En el pasado, el “leninismo” de esta ala izquierda era bastante estridente, pues quienes la forman se pretenden “comunistas revolucionarios” o incluso “trotskistas”, según la magnitud de su cinismo. Pero su “leninismo” era *tan formal, tan hipócrita, tan burocrático* como el de Carrillo. Para estos maoístas y falsos trotskistas, el leninismo más que un lazo con el movimiento del proletariado revolucionario, con su historia y su programa, representaba (y representa en la medida que lo mantienen) *un aspecto de su sumisión al aparato stalinista de los partidos supuestamente “comunistas”*. Y esto explica que cuando Carrillo se vio en la necesidad de revolveerse contra Lenin, de renegar de los lazos formales que unen el movimiento obrero actual al pasado revolucionario de la clase trabajadora, entonces se comprobó que los “leninistas de izquierda” podían deshacerse de Lenin con una facilidad que les envidiaría el mismo Carrillo enfrentado a la base del PCE. La naturaleza pequeño-burguesa de estas tendencias sale a la superficie animada por el anticomunismo de la política y las teorías de Carrillo.

Aparentemente estas tendencias intentan acompañar a Carrillo en su Cruzada contra Lenin, para irle presionando hacia la izquierda. O al menos esa es la idea ilusoria que se hacen de su propio papel en la actual lucha de clases. Pero es ilusoria. En la realidad, *esas tendencias y grupos son más bien los rehenes que Carrillo utiliza contra su verdadera izquierda: los obreros comunistas*. Cada vez que su base obrera se revuelve contra Carrillo, este utiliza de uno u otro modo a esta pseudo-izquierda oficial para frenar o reducir el empuje de la base contra el aparato. Por ejemplo, una de las dimensiones de la preparación del IX Congreso antileninista del PCE en 1978 fue *la participación de la LCR*, que, falsamente presentada como “trotskista” por el aparato, contribuía a crear la imagen oficial de que el ataque revisionista contra Lenin tendría un supuesto carácter antistalinista, mientras que la oposición de los obreros leninistas aparecería como una especie de burocratismo. Y la LCR representó a la perfección este papel para convertir lo blanco en negro y lo negro en blanco.

En efecto, la LCR representa mejor que nadie esta tendencia que parece partir de posiciones revolucionarias para sumarse de manera contradictoria y precipitada a la

Cruzada antileninista de Carrillo, constituyendo un ala “izquierda” del frente revisionista. La LCR es la organización española del Secretariado Unificado que dirige Ernest Mandel. Es necesario situar a este grupo en unas líneas, aunque acabará ocupando buena parte de toda nuestra polémica. En la larga lucha entre el stalinismo y el trotskismo, distintas direcciones fracasaron y cedieron a un compromiso político con la burocracia stalinista. En 1950-53, la dirección Michel Pablo-Ernest Mandel traicionó los principios de la fundación de la IV Internacional y abrió en ella una profunda crisis que amenazó con liquidarla y que obligó a una larga reconstrucción del partido mundial. Más adelante, en 1960-63, la dirección Hansen-Moreno, ilusionada por la política de Fidel Castro, renunció también a defender a la IV Internacional y se unió a Mandel para formar el llamado “Secretariado Unificado de la IV Internacional”, que es en realidad una coalición centrista de los renegados del trotskismo. En fin, en 1971 y 1972 fueron las direcciones del inglés Gerry Healy y del francés Pierre Lambert quienes abandonaron la reconstrucción de la IV Internacional, que tuvo lugar finalmente en 1976, después de la claudicación de todas estas direcciones “históricas” y en el curso de una profunda renovación de las filas trotskistas. Esas direcciones se han reagrupado dentro o a las puertas del “Secretariado Unificado” que dirige Ernest Mandel, y al que representa en España la LCR. Otros grupos maoístas (PT) o de “izquierda comunista” (POUM) tienen o más amplitud o más historia que la LCR desde un punto de vista nacional. Pero la importancia del grupo de Mandel precisamente consiste en que usurpa el nombre de “IV Internacional” y, por lo tanto, *puede comprometer en la Cruzada antileninista la misma bandera de la lucha de los bolcheviques contra la traición stalinista, la bandera del partido mundial de los continuadores de Lenin contra Stalin*. El folleto de Ernest Mandel *Crítica del eurocomunismo*, y el de su discípulo español Jaime Pastor *El Estado*, son dos tentativas de sumar una supuesta “IV Internacional” a la operación revisionista de Carrillo, a la vez que critican desde la izquierda al PCE como Claudín lo hace desde la derecha, aunque –¡todo hay que decirlo!– de un modo mucho más servil.

En fin, el recuento de los efectivos de la Cruzada concluye con los viejos reformistas del PSOE y los anarquistas de la CNT. En la campaña de Carrillo contra el leninismo pueden encontrar la fuente de una nueva juventud esas viejas corrientes del movimiento obrero que habían sido arrinconadas, condenadas por la historia, superadas por el bolchevismo.

Cada una de esas corrientes es internacional: solo sus nombres y sus portavoces cambian, así como su importancia relativa en diferentes países y momentos. Y también en Europa del Este, en los países donde la burguesía fue expropiada y donde el poder pasó a las manos de la burocracia stalinista, existen todos estos matices no solo en la oposición, sino parcialmente también dentro del propio aparato stalinista. La campaña contra Lenin no tiene, pues, nada que ver con las condiciones específicas de los países capitalistas “desarrollados”, lo mismo que no es propia del continente europeo y ni siquiera se reduce a los países capitalistas en general. La campaña y las corrientes que en ella participan son, por naturaleza, internacionales, porque sus raíces se encuentran en los problemas de la lucha de clases a escala internacional y sus participantes son el conjunto de las direcciones y grupos oportunistas.

Entonces, por mísera que sea en sí misma la operación teórica de Carrillo y de sus colegas de los otros PCs, la lucha teórica revolucionaria es imprescindible. Y si es cierto que la Cruzada se alimenta menos de argumentos teóricos que de una pesada herencia de traiciones y crímenes soportados por la vieja generación de la clase obrera, es al mismo tiempo una campaña que enreda a la juventud obrera en la maraña de las ideas revisionistas de toda una cohorte de oportunistas “de izquierda”, de oportunistas “antistalinistas” que van desde los seudotrotskistas Mandel y Pastor hasta el ex miem-

bro del PCE Claudín, pasando por los anarquistas. De tal manera que todos ellos, bajo la apariencia de una “amplia y abierta discusión” (tan abierta que en ella participa directamente la misma burguesía), forman en realidad las filas de un solo ejército cuyas armas apuntan a los objetivos de falsificar el leninismo, presentar al stalinismo como una continuación de los bolcheviques y ocultar tras este engaño los fines anticomunistas y antiobreros de Carrillo.

La Cruzada antileninista, engranaje de la Unión Sagrada contra la revolución obrera

Precisamente la amplitud de esta campaña y su desarrollo internacional aclaran aún más su naturaleza y sus fines. Ya que esa amplitud desmiente cualquier intento de interpretar como una maniobra, como una operación personal de Carrillo, como una escaramuza en sus relaciones con el Kremlin, o como una táctica hacia la burguesía española *lo que además de un fenómeno internacional es un fenómeno de carácter social*, general en la actual lucha de clases. Y aunque esta campaña está capitaneada efectivamente por el sector autodenominado “eurocomunista” del aparato internacional del Kremlin, su raíz está en el enfrentamiento entre la burguesía imperialista y el proletariado. Los *primeros síntomas* de este enfrentamiento que madura han hecho cristalizar en el seno del aparato stalinista en crisis, y en todos los matices del reformismo, del anarquismo y del centrismo, esta reacción antileninista que debemos considerar *la cara ideológica* del apelotonamiento de las direcciones obreras en bancarrota alrededor de las instituciones del Estado burgués, la cara ideológica de la política de “Unión Sagrada”. Esos *primeros síntomas* han sido las movilizaciones de las masas de Europa desde 1968; son también las guerras y movimientos de liberación en los otros continentes y que agravan las dificultades de los imperialistas; son las consiguientes crisis crónicas de los Gobiernos burgueses o burocráticos y del conjunto del sistema europeo y mundial pactado entre los imperialistas y los burócratas stalinistas al final de la Segunda Guerra Mundial; son especialmente *las grandes rupturas de la juventud obrera* y, en general, de los sectores más dinámicos de la clase con el stalinismo, rupturas que han ido jalando todos los movimientos de masas en Europa, y, en fin, el fracaso estrepitoso de las tentativas *de canalizar* esos movimientos a través de “frentes populares” con el ala “liberal” de la burguesía (fracasos tras llegar al poder, como en Portugal, o antes siquiera de conquistarlo, como en Francia la Unión de la Izquierda). De aquí que, paso a paso, mientras las masas obreras en movimiento han tendido hacia la formación de *órganos obreros independientes* como los “consejos de fábrica” italianos del 69, como los “comités” españoles desde 1971, las “comisiones obreras” polacas de 1970-71, o como las “comisiones de trabajadores” portuguesas del 75, poniendo prácticamente a la orden del día *el programa leninista* de la centralización de tales órganos para la destrucción del Estado burgués (o del aparato burocrático en los Estados obreros deformados), las direcciones oportunistas que perdían el control de estos movimientos han ido enfrentándose a la movilización de las masas y entrando al servicio de los poderes actuales, realizando esas “Uniones Sagradas” nacionales que caracterizan la colaboración actual entre los burgueses europeos y los burócratas stalinistas. La Cruzada antileninista es un engranaje fundamental de la integración de las burocracias sindicales y de los partidos oportunistas a la defensa y reforzamiento del Estado del capital contra los asaltos de las masas y contra la formación de sus comités o consejos.

Sesenta años atrás, Lenin se veía obligado a restablecer y a precisar *el objetivo de los trabajadores de todos los países y de toda la época contemporánea*: destruir el

Estado de los burgueses y construir el suyo propio a través de los órganos de la revolución. Y precisamente porque la marea revolucionaria europea ya había suscitado entre los jefes del movimiento obrero de la época una reacción de oportunismo y de traición, de claudicaciones y de revisionismo, similar por su carácter, aunque inferior por su amplitud y profundidad a la de Carrillo, Claudín, Mandel, etc. Y Lenin desentrañaba así el fondo de esta reacción:

“Marxista sólo es el que *hace extensivo* el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la *dictadura del proletariado*. En ello estriba la más profunda diferencia entre un marxista y un pequeño (o un gran) burgués adocenado. En esta piedra de toque es en la que hay que contrastar la comprensión y el reconocimiento *real* del marxismo. Y nada tiene de extraño que cuando la historia de Europa ha colocado *prácticamente* a la clase obrera ante tal cuestión, no solo todos los oportunistas y reformistas, sino también todos los “kautskianos” (gentes que vacilan entre el reformismo y el marxismo), hayan resultado ser miserables filisteos y demócratas pequeño-burgueses, que *niegan* la dictadura del proletariado.”⁶

La idea central de Lenin está concentrada en esa palabra que subrayó en su texto: “*prácticamente*”. Indica que precisamente en 1917, como de nuevo en 1977-80, la maduración del proletariado y de las condiciones políticas generales para las tareas *prácticas* de la revolución es el factor que desata el revisionismo preventivo de los jefes oportunistas, y que les arranca la máscara bajo la cual han figurado demasiado tiempo en el movimiento obrero. Así, los usurpadores del leninismo, sus pretendidos continuadores, los que bajo ese título robado por la falsificación y mantenido por la represión policíaca organizaron las pasadas derrotas y decepciones del proletariado, deben ahora arrojar sus máscaras para defenderse de una nueva ofensiva revolucionaria. Sin más que cambiar la referencia a los “reformistas” por la de los *stalinistas*, y sin más que cambiar a Kautsky y sus centristas por *Mandel* y los suyos, las palabras de Lenin describen perfectamente la ola de reacción teórica y política de nuestros días como un síntoma de madurez objetiva de las tareas prácticas revolucionarias. Desde este punto de vista tenemos que abordar la lucha contra la actual campaña revisionista.

Más concretamente, esta vez los stalinistas no podían seguir “en teoría” a Lenin, mientras en la práctica seguían a su sepulturero Stalin. Porque allá por los años treinta, el terror policíaco en la URSS y la actividad de la GPU en todos los países facilitaron enormemente la tarea de presentar a Carrillo, Pasionaria y Pepe Díaz como “intérpretes del leninismo”, mientras la voz de los bolcheviques-leninistas de la IV Internacional era perseguida hasta el mismo asesinato de Trotsky. Pero desde la Hungría de 1956 y la Checoslovaquia de 1968, que vieron a los obreros levantar sus conquistas socialistas y exigir su desarrollo *contra los stalinistas y su poder burocrático*, la vieja superchería de los falsos herederos de Lenin se hunde. La lucha obrera internacional ha puesto a la GPU a la defensiva, al policía stalinista en jaque. Así se ha vuelto “teórico” el aparato del PCE, y Carrillo ha tomado la pluma para revisar formalmente a Lenin.

El ataque al leninismo es una prueba de debilidad del stalinismo en crisis, y si por esta razón Carrillo acepta gustoso la participación de Mandel o de Claudín en el debate, en la operación de revisión del leninismo, veremos también que esta ayuda es insuficiente y que la de la burguesía le es aún más necesaria. Para hacerse pasar por

⁶ Lenin, *El Estado y la revolución*, Obras Escogidas, Ed. Progreso, 1970, tomo 2, pág. 320.

leninistas estos individuos necesitaron en la España de 1936 la ayuda directa de la GPU importada de Moscú por el aparato stalinista. Ahora, para deshacerse del leninismo, les veremos recurrir en más de un caso a la protección de las leyes y de los policías franquistas, que mantienen fuera de la ley y bajo el fuego de la represión a los trotskistas del PORE. Esta nueva colaboración entre la pluma y la bota policíaca corresponde hasta cierto punto a la evolución de las relaciones de los PCs con los Estados de la burguesía, y desentrañarla será el objeto de nuestra lucha contra el revisionismo de Carrillo y de los otros cruzados del antileninismo. Comencemos.

II

EL ESTADO CONTRA LA REVOLUCIÓN

¿Qué es concretamente una revolución proletaria?

Nuestro punto de partida fue constatar la curiosa unanimidad con que los jefes de los capitalistas y los actuales jefes indignos del proletariado, e incluso esos pequeños consejeros que se sitúan *en la extrema izquierda del mundo oficial* sin romper con él, descartan la posibilidad de la revolución proletaria, su presencia latente en la vida política obrera. De ahí partimos para demostrar al trabajador que esa general *unanimidad contra la revolución* es la respuesta desesperada de todo lo viejo: del viejo mundo capitalista amenazado por la maduración actual de las condiciones para una explosión revolucionaria, y de las viejas direcciones traidoras y ya incapaces de controlar por más tiempo el movimiento de los obreros y de su juventud. Y la Cruzada antileninista surge como el “frente teórico” de esa reacción desesperada de los burgueses, de los stalinistas y de todos los oportunistas en bancarrota. Su última baza, dirigida *directamente contra la conciencia revolucionaria del proletariado*.

Pero, por el camino, una cuestión ha ido quedando en suspenso; una cuestión necesaria para entender la enorme importancia del antileninismo de Carrillo como actitud práctica. La cuestión es: ¿no se está afirmando algo *excesivo* o inexacto al declarar que todos los participantes en la Cruzada antileninista niegan la revolución?, ¿no será una simple cuestión de métodos? Y se nos podrá citar al mismo PCE, que, precisamente al renegar de su leninismo formal e hipócrita, se ha definido –con la misma hipocresía– como “revolucionario”; o bien se podría traer aquí el ejemplo de Claudín, y más todavía de Mandel, que *hablan* de la revolución en sus escritos.

Y es cierto: hablan. De una manera vaga y cada vez menos frecuente, todos o algunos de esos cruzados del antileninismo se refieren ocasionalmente a la revolución como idea o como meta general. Pero precisamente ahí está el problema, ahí está la función precisa del ataque contra el leninismo: en *negar de hecho* la revolución en sus aspectos políticos decisivos, mientras se alude a ella como una idea, como un movimiento o proceso, como cualquier cosa menos una lucha concreta y determinada. Y de lo que hablamos aquí es de la revolución *en concreto*, de la revolución obrera socialista. Desde este punto de vista de clase, Carrillo, Claudín e incluso el mismo Mandel se diferencian poco de todos esos bufones de la burguesía que proliferan hoy hablando de “revolución” a todas horas, sin más que añadirle los adjetivos de “total”, de “generacional”, de “cultural”, de “sexual”, de “antiautoritaria”... La necesidad de una revolución ha penetrado tanto la vida ordinaria a causa de la presión explosiva de la lucha de clases sobre todos los aspectos de la existencia social que su alumbramiento, *como lucha obrera consciente y organizada hacia metas concretas*, solo puede ser retrasado y combatido por sus enemigos dejando hablar a todas horas de “revoluciones” vaporosas e indeterminadas, como quien abre espitas para que se pierda una parte del vapor de la caldera, y se reduzca la presión que tendría que arrancar la máquina. Lo mismo que estas “revoluciones” consisten en cualquier forma útil de gastar las energías de la clase obrera y de su juventud, pero no en una revolución proletaria, tampoco las “revoluciones” de Carrillo, Clau-

dín o del mismo Mandel, reducidas a “un proceso”, a “una transformación”, a “un cambio cualitativo”, *se diferencian apenas, desde el punto de vista teórico, de la más tramposa de las reformas.*

Y aquí tocamos de lleno el por qué de la evidente transformación de la cuestión teórica del “leninismo” en una cuestión social, práctica, que preocupa y debe preocupar a amplios sectores obreros, y en el caso de la juventud, a sectores de masas: Lenin y los bolcheviques llevaron a la victoria a los trabajadores rusos y pusieron en movimiento a millones de obreros de todo el mundo *porque encaraban la revolución obrera de una manera concreta, exacta y práctica*, basada en todas las experiencias anteriores del proletariado internacional en las más diversas circunstancias. Y así concretaba Lenin:

“... No se trata de la oposición ni de la lucha política en general, sino precisamente de la *revolución*. La revolución consiste en que el proletariado *destruye* el “aparato administrativo” y *todo* el aparato del Estado, sustituyéndolo por otro nuevo constituido por los obreros armados.”⁷

En defensa teórica del aparato del Estado burgués, en lucha teórica contra el armamento de los obreros, es decir, *en contra de la revolución* pura y simplemente: he ahí la línea de ataque de *absolutamente todos* los participantes en el debate oficial sobre el leninismo, en la Cruzada antileninista. Porque Lenin no se ocupa de un *método* particular de hacer la revolución, sino de en qué consiste *toda* revolución obrera. Lenin afirma precisamente que la revolución *no es* la simple lucha política, que *no es* la oposición, ni un movimiento de oposición o de evolución, como Claudín y Carrillo hablan de ella. La revolución *es*, concretamente, la destrucción del Estado de los burgueses. No simplemente del “aparato de Estado represivo”⁸, como dice el jesuítico profesor Mandel y repiten sus discípulos de la LCR, sino, como dice Lenin, con sus propios subrayados, “de *todo* el aparato del Estado”; para sustituirlo por “los obreros armados”, que no es más que una fórmula especialmente popular, expresiva y comprensible para cualquier trabajador de lo que quiere decir “dictadura del proletariado”. La unanimidad de los enemigos y de los falsos amigos de la revolución proletaria, la unidad de todos sus matices diversos e incluso discordantes, se realiza sobre este punto central: dicen *no* a la destrucción del Estado burgués hasta sus cimientos, dicen *no* a la necesidad y a la tarea práctica de un Estado que sean los obreros armados.

Lo que diferencia a Santiago Carrillo de los otros cruzados del revisionismo contemporáneo es que declara, con cierta mezcla de torpeza y cinismo, *una parte* de sus intenciones, mientras que los otros, y sobre todo Mandel, se contorsionan de manera penosa en remilgos pseudo-marxistas mientras avanzan un paso tras otro hacia la conciliación con el Estado burgués a través de sus servidores reformistas y stalinistas. Carrillo va al grano, y suelta este párrafo:

“... Mientras no elaboremos una concepción sólida sobre las posibilidades de democratizar el aparato de Estado capitalista, transformándole así

⁷ Lenin, *El Estado y la revolución*, *ibid.*, pág. 384.

⁸ Ernest Mandel, en un artículo para la “Tribuna libre” (?) del diario *El País*, titulado “Leninismo, eurocomunismo y Estado”, y destinado a defender la coexistencia de las instituciones del Estado socialista con *al menos las instituciones parlamentarias* del Estado capitalista, falsifica el pensamiento de Lenin y elude la destrucción del Estado burgués diciendo: “... lo esencial sigue siendo la destrucción del aparato de Estado represivo burgués...” y, en cambio, “... la cuestión de saber si hay que conservar o no instituciones de tipo parlamentario... es absolutamente secundaria” (*El País*, 11 de abril de 1978). Volveremos más adelante sobre esta falsificación típicamente mandelista, cuyo sentido práctico es someter la revolución al parlamentarismo burgués.

en una herramienta válida para construir una sociedad socialista, sin necesidad de destruirle radicalmente, por la fuerza, o bien se nos acusará de tacticismo, o bien se nos identificará con la socialdemocracia.”⁹

¡Qué compendio de burocratismo en el contenido y en la misma forma! ¡Qué entrada a saco en el marxismo con la cínica brutalidad del stalinista que calza las botas del burócrata totalitario! Carrillo, con un desprecio absoluto por el obrero lector que se toma en serio la teoría, por el trabajador que busca en los libros el armamento riguroso de su clase para la acción..., *ni se molesta siquiera* en justificar su política a partir de una concepción, ni en basar firmemente esa concepción sobre conclusiones, sobre experiencias, sobre el análisis marxista. Nada de ello. Al contrario justamente: dice con un descaro difícil de igualar que hay que elaborar, o fabricar, o cocinar “una concepción sólida de las posibilidades de democratizar el aparato de Estado capitalista”. No dice, por ejemplo, que la lucha de clases, que sus experiencias, que otras revoluciones en la victoria o en la derrota hayan mostrado *esas* posibilidades, ni dice tampoco que el marxismo las reconozca, las comprenda. No; dice que esa “concepción” hay que “elaborarla”. Y lo dice como si se encargase un traje a medida, o como quien grita: “¡Fulanito! ¡Escribeme un editorial para *Mundo Obrero* donde se justifique mi presencia en el homenaje a las Fuerzas Armadas!” De este modo tan directo el burócrata sin pulir Santiago Carrillo arranca en su campaña revisionista: reclamando una teoría de la necesidad *de conservar y de defender* el Estado de los capitalistas, y de la imposibilidad o incluso del peligro de un *Estado de obreros armados*, renunciando, por tanto, *a la revolución*, que es eso precisamente, y reduciendo así el socialismo, como decía Lenin, a una especie de “frase electoral para cazar los votos de los obreros”, una frase inofensiva para la burguesía, desmoralizante para el proletariado.

Lenin y los bolcheviques buscaron en la realidad de la lucha de clases, en la vida obrera, los caminos de la revolución. Ante la irrupción de los trabajadores rusos en la historia, en 1917, Lenin se consagró a desnudar, a desenmascarar la verdadera naturaleza del Estado burgués, a desmontar sus ropajes “democráticos”, y toda la literatura burguesa destinada a justificarlo y a engrandecerlo, y de este modo pudo presentarlo simple y comprensiblemente a todos los trabajadores como el enemigo a vencer, como el muro a derribar; de la misma manera, dirigió la vista a las luchas obreras, viendo en sus movimientos de masas, en sus organizaciones de combate y en sus intentos de armarse y preparar las luchas, las formas embrionarias de la dictadura del proletariado, para, de este modo, animar y dirigir a los trabajadores a afrontar y a destruir ese Estado enemigo. Eso fue y es *El Estado y la revolución*. Nuestros revisionistas del PCE, de la LCR o de cualquier otra tendencia, al contrario, y como dice Carrillo, buscan “una concepción” de la conciliación con el Estado burgués. Ante un enorme empuje obrero tras la muerte de Franco que ha dejado al Estado de la burguesía en una debilidad extrema, todos ellos extienden un velo de palabrería sobre el Estado, con el que tapan la simple realidad de sus guardias civiles, de sus policías, de sus legionarios, de sus burócratas y carceleros. A la vista tienen los gérmenes de la revolución obrera latente, los *comités elegidos* que comienzan a anunciar los *piquetes* de huelga que comienza a apuntar hacia lo que serán los *consejos obreros* (la democracia socialista), y las *milicias* obreras (en general, la dictadura proletaria de la democracia socialista sobre los enemigos de clase); pero todo esto se dedican a esconderlo o, todo lo más, a intentar conciliarlo con las instituciones del Estado burgués para impedir su desarrollo. Cuando no lo atacan directamente sin tapujos.

⁹ Carrillo, “Eurocomunismo” y *Estado*, pág. 17.

“Eurocomunismo” y *Estado*, de Santiago Carrillo, y también los libros equivalentes de Claudín, de Mandel y de Jaime Pastor pueden ser considerados como intentos de resguardar, de poner a salvo, e incluso de reforzar al Estado capitalista ante cualquier asalto de las masas, y de este modo retrasar y obstaculizar el verdadero comienzo de esa revolución que late en las entrañas de la lucha de clases actual sin acabar de ser alumbrada.

Intentos oportunistas de camuflar al Estado burgués

Desde el punto de vista teórico, lo primero de todo para los cruzados del antilelinismo es embarullar la definición del Estado, que, por desgracia para ellos, Lenin redujo a una gran simplicidad.

La pequeña burguesía de tiempos de Marx, e incluso de nuestro tiempo, quiere ver en el Estado de la burguesía una encarnación de la razón, de la justicia, de los grandes principios supuestamente situados por encima de la lucha de clases. La mentalidad pequeño-burguesa de los dirigentes del PCE, de la LCR, etc., que ha pasado por la escuela de la burocracia, profesa la misma admiración supersticiosa hacia el Estado, sin más que sustituir aquella “justicia” abstracta en que creían sus abuelos por la “complejidad de funciones”, por el “papel económico”, y por otras formas de presentar al Estado burgués como algo tan complicado, tan misterioso, que tiene que quedar necesariamente fuera del alcance del trabajador. Los políticos pequeño-burgueses del siglo pasado intentaban hacer creer al pueblo trabajador que para entender “lo que es el Estado” había que ser por lo menos abogado; en nuestros días, y no solo después de que los obreros de la Comuna, y Marx y Engels y Lenin lo redujesen a su medida humana, sino incluso después de que los trabajadores rusos se hiciesen con el poder en 1917, ahora Mandel, Claudín y Carrillo pretenden que para entender “lo que es el Estado actual” hay que ser por lo menos economista.

Pero si por casualidad algún trabajador les toma realmente en serio, y ha llegado a sacar esa conclusión de “Eurocomunismo” y *Estado*, de la *Crítica del eurocomunismo*, o de *Eurocomunismo y socialismo*, es decir, de toda la literatura revisionista contemporánea sobre el Estado burgués, debe de tranquilizarse en seguida: todo lo que ahí se dice es falso, es el reflejo político de la postración ante el Estado enemigo por parte de todas las fuerzas políticas representadas en esos libros. Y ese trabajador debe ratificarse en el análisis del Estado que su propia experiencia cotidiana le enseña, sobre todo en la lucha, y que es mucho más simple y científicamente infinitamente más exacto: el Estado es “tan sólo” *una gran banda armada de servidores de los ladrones capitalistas*.

Pero Carrillo, Mandel, Pastor y Cía. dedican sus libros a embarullarlo todo hablando de “los aparatos ideológicos del Estado”, las “funciones económicas” y de “gestión”, la “complejidad” de tareas, como si su voluntad fuese arrodillar a los obreros ante una inaccesible y además respetable maquinaria que, detrás de todo este telón, porque de un telón se trata, descubre que sólo consiste en policías, burócratas, militares y carceleros; y a todos estos el trabajador, como es bien sabido, los tiene justamente por inútiles parásitos del orden burgués, cuya única base de existencia es la injusticia y la explotación que caracterizan al actual régimen social. Pues bien: la organización de esos parásitos, destacados del resto de la sociedad para constituir así una organización especial de la clase poseedora destinada a mantener por la fuerza el régimen social, eso es el Estado, independientemente de sus formas de funcionamiento y de renovación.

Lenin explicaba en *El Estado y la revolución* el origen histórico del Estado, en los siguientes términos, especialmente concretos:

“... la sociedad civilizada se halla dividida en clases enemigas y, además, irreconciliablemente enemigas, cuyo armamento “espontáneo” conduciría a la lucha armada entre ellas.”¹⁰

En resumidas cuentas, la existencia del Estado no proviene de ninguna necesidad ni función *técnica* (ni “económica” ni de ninguna otra clase), ni tampoco de causas “ideológicas”, ni siquiera de necesidades de “convivencia” en general, sino de que solo *mientras las armas son monopolizadas por la clase explotadora* esta clase puede mantener su régimen. El Estado es esa *organización del monopolio de las armas* por un cuerpo especializado y parásito de la sociedad capitalista (y el Estado obrero es la organización del monopolio de las armas por la clase obrera como clase). A su vez ese monopolio de la disposición de las armas, de la violencia, puede ser “absolutista”, o de un presidente “democrático”, o carecer de una representación personal, pero en ningún caso deja de ser una *dictadura*, es decir, la sujeción de toda la sociedad mediante el uso del *monopolio de las armas*. ¿Qué hay entonces de misterioso o de religioso en ese Estado?

Pero oigamos ahora a los embarulladores profesionales. Demos la palabra a Santiago Carrillo para comenzar:

“En esencia, la posición de Marx, Engels y Lenin sobre el Estado define a este como un instrumento de dominación de una clase sobre otras, subrayando particularmente su carácter coercitivo.”¹¹

El tramposo Carrillo pretende que Marx, Engels y Lenin han “subrayado particularmente el carácter coercitivo”, como si ese carácter coercitivo, opresor, dictatorial fuese *un aspecto entre otros aspectos, una función entre otras funciones*, un posible lado negativo a subrayar entre varios otros quizá positivos o al menos necesarios. Y semejante pretensión es una falsificación de las tesis de Marx, de Engels y de Lenin. Ya que Carrillo estaba decidido a renegar de Lenin, ¿qué necesidad tenía encima de falsificar su pensamiento? Con toda seguridad, para “renunciar” a Carrillo la presente generación no va a sentir la más mínima necesidad de deformar las ideas del secretario general del PCE, porque para eso hay que tenerlas, y no limitarse a falsificar en la más directa tradición de Stalin. En lugar de “subrayar particularmente el carácter coercitivo” del Estado, lo que los revolucionarios han definido (o, mejor, han demostrado basándose en toda la experiencia de las masas en lucha) es que el Estado es concretamente *una máquina especial de coerción* (Engels) al servicio de la clase burguesa, la organización de la coerción, de la violencia de la clase dominante en torno a sus destacamentos de hombres armados. Y para esos revolucionarios, para Marx, Lenin o Trotsky, esa *coerción*, en lugar de un aspecto, es *la función misma del Estado* y la única razón histórica de la existencia del Estado en general, es decir, de un cuerpo especial de funcionarios separados del resto de la sociedad como pretendidos y falsos “árbitros” de ella, o “representantes” de ella.

Pero de esto, del marxismo, de la realidad siempre presente en la vida obrera, y no digamos en la lucha revolucionaria, Carrillo no quiere ni hablar. Ya anuncia al principio que “... mientras no elaboremos una concepción sólida...” de la conciliación de los obreros con el aparato de Estado capitalista, la política del PCE estará seriamente amenazada por todos lados en el mundo real de la lucha de clases. Así que Carrillo prefiere hablar de Marx y Lenin como de unos marxistas “primitivos” que “subrayaron” ese ca-

¹⁰ Lenin, *El Estado y la revolución*, *ibid.*, pág. 301.

¹¹ Carrillo, “Eurocomunismo” y Estado, pág. 26.

rácter represivo, coercitivo, no se sabe si por pura manía sectaria o si por desconocimiento de la evolución del Estado capitalista. Pues en seguida Carrillo se lanza a hablar largo y tendido de unos supuestos “cambios en la estructura y en las funciones del Estado, tras Marx, Engels y Lenin”, ya que así mismo titula un apartado y de hecho todo un sector de su libro sobre el Estado. ¿No es fácil ver aquí las contorsiones del stalinista renegado de Lenin? Antes de haber propuesto que el PCE declarase superado el leninismo, lo que intentó su secretario general fue aprovecharse de que Lenin estaba muerto (con Trotsky no fue tan sencillo para esta gente), y así poder decir tranquilamente que *es el Estado* lo que ha cambiado, y no los partidos comunistas, cuando la realidad es precisamente la opuesta. Luego veremos qué cambios son esos de los que habla Carrillo, esos “cambios” que se supone que Lenin desconocía, pero dejemos aquí bien sentado que la primera de todas las afirmaciones de Carrillo en su “razonamiento” es ya la primera mentira, la primera falsificación: para Lenin como para Marx, la coerción, la violencia organizada por una clase, no es un aspecto a subrayar del Estado, sino su función, su naturaleza misma.

El método de los otros cruzados del antileninismo es idéntico: las mismas falsificaciones, las mismas trampas y las mismas expresiones. Jaime Pastor es un dirigente de la LCR, conocido como tal, un discípulo de Ernest Mandel, y todo trabajador que haya leído su folleto *El Estado* tiene como única razón de hacerlo la esperanza de que alguien que se dice “trotskista” intente restablecer el punto de vista del proletariado revolucionario, leninista, contra las falsificaciones de los dirigentes traidores como Carrillo. Nada más lejos de la verdad. La razón de la entrada en liza de Jaime Pastor (y del mismo Mandel) en la polémica sobre el Estado es la voluntad de *comprometer* ese punto de vista revolucionario, esa bandera sin mancha del trotskismo, utilizándolos para repetir en otro tono el mismo sermón reaccionario sobre el Estado que predica Carrillo. Veamos si no. Preguntemos qué es el Estado al folleto de Jaime Pastor *El Estado* (“el Estado sin la revolución”, para distinguirlo del de Lenin). Y el folleto responde:

“... tres son las funciones esenciales (del Estado)...

a) *La creación de las condiciones de la producción capitalista*, es decir, ayudar al desarrollo del modo de producción capitalista, lo que le conducirá a una creciente intervención económica.

b) *La represión* contra toda acción que amenace con poner en cuestión la “estabilidad” de la sociedad capitalista por parte de la clase explotada (...).

c) *La integración ideológica* de esa clase explotada...”¹²

Constatemos que Jaime Pastor, repitiendo una clasificación inspirada por su profesor Ernest Mandel, dice *exactamente lo mismo* que Carrillo: que el Estado burgués no consiste en una maquinaria especializada de represión, que todo Estado no es una organización de la violencia, de la coacción, que la condición de su existencia social no es la necesidad de una violencia de clase sobre la sociedad, dada la división de esa sociedad en clases enfrentadas entre sí. Nada de eso que es el marxismo es válido para Pastor. Para el dirigente de la LCR “la represión” es tan sólo una de las *tres funciones esenciales* del Estado burgués, y más concretamente *la segunda función*. ¡Suerte que Pastor sólo entra en las funciones “esenciales”, olvidándose de todas “las demás”! Pero, reconociendo tres o trescientas, la falsificación es una: *diluir, camuflar, cubrir la naturaleza*

¹² J. Pastor, *El Estado*, Madrid, 1977, pág. 13.

de maquinaria parásita de violencia de clase que es la del Estado burgués en todos los dominios de la vida social en los que interviene, presentando la *represión* como un aspecto o función entre otros varios.

Por si el lector piensa que se trata de una deformación de las afirmaciones de Jaime Pastor, veamos en otro párrafo del mismo folleto al discípulo de Mandel desarrollar la idea antimarxista de que el Estado no es un cuerpo parásito represivo y exclusivo de la sociedad de clase, sino una organización necesaria de la existencia social:

“El hecho de que el Estado surgiera en unas circunstancias históricas determinadas, de que las funciones que ejerce no necesariamente tienen que llevar a la creación de instituciones separadas respecto al conjunto de la población, es el punto de partida del análisis marxista.”¹³

Mentira: es el punto de partida del servilismo hacia el Estado burgués y de la claudicación ante la burocracia totalitaria stalinista, es el punto de vista del pequeño burgués que no puede concebir siquiera una sociedad sin gobernantes. Dejemos de lado la terminología voluntariamente vaga, imprecisa, propia del pensamiento del pequeño burgués que habla por alusiones y nunca con claridad, diciendo cosas como “en unas circunstancias determinadas” (¿cuáles?, ¿determinadas por qué?), del mismo modo que el demócrata de la clase media dice “en un contexto más amplio” o “en un pasado muy concreto” para no tener que comprometerse llamando a ese “pasado” y a ese “contexto” por sus nombres. El método es sobradamente conocido. Pero, dejando al lado esta importante cuestión de forma y entrando en el fondo del asunto, el punto de partida del análisis marxista *no es*, como pretende Pastor, “el hecho de que el Estado surgiera en unas circunstancias históricas determinadas” (suponemos, a falta de otra aclaración, que Pastor se refiere a la división de la sociedad en clases). En lo que *sí* consiste el punto de partida marxista es en que el Estado surgió *precisamente de esa división en clases*, del carácter *irreconciliable* de su lucha, y como *arma esencial* de las clases explotadoras para sojuzgar a los oprimidos.

La diferencia solo puede parecer nimia al primer golpe de vista. La diferencia entre estos dos “puntos de partida” es enorme por sus consecuencias políticas. Si, como pretende Pastor revisando el marxismo, el Estado ha surgido de una manera casual *en* la sociedad de clases, las conclusiones que inevitablemente se deslizan a partir de ahí conducen a conservar el Estado, ese gigantesco parásito social, y a reformar concretamente el Estado capitalista hoy existente. Mientras que en el segundo caso, si, como dicen Engels y Lenin, el Estado ha surgido necesariamente *de* la lucha entre clases antagónicas y como órgano de la clase opresora en su constante lucha, las conclusiones son contrarias: la extinción gradual del Estado en el proceso de la desaparición de las clases y la necesidad de destruir el Estado burgués actual y de formar un “Estado” de obreros armados como primer paso consciente de esa extinción.

Pero la finalidad descaradamente oportunista de las susodichas líneas de Jaime Pastor resalta más todavía en el resto del mismo párrafo, cuando avanza la afirmación embellecedora del Estado de que “... las funciones que ejerce no necesariamente tienen que llevar a la creación de instituciones separadas respecto al conjunto de la población...”. Aquí ya empezamos a ver que esas supuestas “funciones” económicas e ideológicas que Pastor, como Mandel, Carrillo, Claudín y todos los anti-leninistas atribuyen al Estado, han sido introducidas en sus falsificaciones para justificar al Estado en general como una institución por encima de la historia, para ocultar el carácter coercitivo y pa-

¹³ J. Pastor, *El Estado*, *ibid.*, pág. 11.

rásito del Estado burgués o al menos atenuarlo, y en todo caso para abrir una puerta a la ilusión de una reforma de sus instituciones. Pero para el marxismo el Estado *es* un cuerpo especial, separado de la sociedad, porque *así lo exigen sus funciones*, que son las de opresión de la mayoría de la población por una minoría, y en general la opresión de una clase por otra.

Pero podría entonces objetarse: ¿Y en el Estado obrero de la dictadura del proletariado? ¿También ahí el Estado se diferencia del conjunto de la población? Efectivamente: también en el Estado obrero; también en este caso es falsa la afirmación de Pastor de que “las funciones del Estado” no necesitan “instituciones separadas del conjunto de la población”. Existirá Estado precisamente en la medida en que *todavía* el proletariado se diferencie de la “población” en su totalidad, en la medida en que subsistan los restos de las otras clases, y en que sea necesario, por tanto, un órgano de lucha contra la burguesía y su herencia. Ese órgano, ese Estado, se identificará lo más posible con la base obrera, la incorporará en masa a sus tareas (y en este sentido, como dice Lenin, “ya no será propiamente un Estado”)¹⁴, combatirá los privilegios y el parasitismo en su seno, etc. Pero como órgano de clase seguirá diferenciado del “conjunto de la población” a que se refiere Jaime Pastor. He ahí la *verdadera* y revolucionaria diferencia respecto a los anarquistas: la necesidad de un órgano *de clase*, que no se puede disolver en “la población”, para vencer la resistencia de la burguesía. Salvo que ahora la clase dominante representa la inmensa mayoría de la población (que no es lo mismo que su “conjunto”). Si entender esto, el *carácter de clase* del Estado, su carácter *opresor* por definición, por ser un órgano de lucha, es imposible entender nada sobre la dictadura del proletariado y la progresiva desaparición del Estado obrero a lo largo de la construcción del socialismo. Solo hay Estado, e incluso Estado obrero, como algo separado del conjunto de la sociedad, como un órgano para la sujeción de esa sociedad a una clase.

Y entonces entenderemos mejor a dónde quiere ir Jaime Pastor cuando escribe las siguientes palabras, que parecen calcadas de algún discurso de Santiago Carrillo:

“... la alternativa que se plantea no es la de optar entre la “democracia” capitalista y la “dictadura” sea del signo que sea..., sino que la polémica debe situarse en torno a qué marco es más adecuado para el ejercicio profundo de las libertades democráticas: el de la democracia burguesa, restrictiva cada vez más de las libertades, o el de la democracia socialista, que permite un ejercicio cada vez más amplio de las mismas.”¹⁵

¡Y el dirigente de la LCR escribía esas líneas mientras la Monarquía franquista prohíbe los partidos y asociaciones que se definan por la dictadura del proletariado!¹⁶

¹⁴ “... durante la *transición* del capitalismo al comunismo, la represión es *todavía* necesaria, pero es ya la represión de una minoría de explotadores por la mayoría de los explotados. Es necesario *todavía* un aparato especial, una máquina especial para la represión: el “Estado”. Pero es ya un Estado de transición, no es ya un Estado en el sentido estricto de la palabra, pues la represión de una minoría de explotadores por la mayoría de los esclavos asalariados *de ayer* es algo tan relativamente fácil, sencillo y natural, que será mucho menos sangrienta que la represión de las sublevaciones de los esclavos, de los siervos y de los obreros asalariados y costará mucho menos a la humanidad. Y ello es compatible con la extensión de la democracia a una mayoría tan aplastante de la población, que la necesidad de *una máquina especial* para la represión comienza a desaparecer.” Lenin, *El Estado y la revolución*, *ibid.*, pág. 364).

¹⁵ J. Pastor, *El Estado*, *ibid.*, pág. 33.

¹⁶ Todavía en enero de 1979, el Estado de la Monarquía respondió a las exigencias de legalización del PORE por medio de un proceso “sobre declaración de ilegalidad” de este partido, que el fiscal inicia arguyendo, entre otras cosas: “... En el mismo artículo primero de los Estatutos y en todo su contexto el partido de referencia se declara independiente de la IV Internacional, señalando entre otros objetivos el de la “instauración de la dictadura proletaria”, lo que a su vez supone la ilicitud prevista en el artículo núme-

De tan bonita manera, Pastor borra todo punto de vista *de clase* frente al Estado, y en su lugar entona la consabida letanía del democratismo pequeño-burgués que presenta al Estado como “un marco” más o menos perfecto para el “ejercicio de las libertades”, cuando de lo que se trata es de *un arma de la lucha entre las clases*, un órgano de la clase dominante contra la clase vencida, independientemente de las formas políticas que adopte y que estarán generalmente en consonancia con la relación de fuerzas cambiantes entre esos vencedores y esos vencidos.

A fin de cuentas, ni Ernest Mandel ni su discípulo Jaime Pastor dicen cosas distintas de Santiago Carrillo. De este modo los centristas, los elementos intermedios y oscilantes en la lucha revolucionaria, participan, tal y como dijimos anteriormente, en la Cruzada antileninista del PCE, que, como vemos ahora, pretende antes que nada ocultar el Estado burgués a abatir, camuflar su maquinaria de represión y guerra civil. Porque si estuviésemos intentando demostrar que Carrillo está contra el leninismo, contra la dictadura del proletariado, este sería un viaje para el que no hacían falta alforjas: él mismo declara su antileninismo. Lo que hacía falta, en primer lugar, era demostrar esa *participación plena* de los centristas “revolucionarios”, o incluso supuestamente “trotskistas”, como Mandel y Pastor, en la Cruzada de Carrillo, al que ofrecen así un ala izquierda que debe ser desenmascarada igualmente. Y eso lo estamos viendo claramente. Y, en segundo lugar, había que mostrar que *el punto de partida* común de todo el método de Carrillo y de Pastor o Mandel es falso de raíz. Es decir, que antes de “abandonar” el leninismo, comienzan por *falsificar* sin escrúpulos las tesis bolcheviques, y los centristas como Pastor se ocupan particularmente de apoyar las falsificaciones fundamentales de Carrillo, sin más que acompañarlas de remilgos pseudo-revolucionarios a la hora de sacar las conclusiones que su propio oportunismo impone.

Porque, como veremos, Carrillo, o Mandel, o Claudín, para *defender* teóricamente al Estado burgués (o al aparato totalitario stalinista de la URSS) se apoyan en lo que Carrillo llamará los “cambios en la estructura y funciones del Estado, tras Marx, Engels y Lenin”, o en eso que Pastor llamaba las “tres funciones esenciales” del Estado; es decir, y en general, se apoyan en pretendidas *modificaciones* o *desarrollos* de las funciones estatales que según ellos justificarían un abandono del punto de vista proletario, marxista, bolchevique, o al menos una atenuación. Pero lo que hemos visto es que estos revisionistas de pacotilla, precipitada y previamente, han intentado falsificar ya el punto de partida del marxismo sobre el Estado, pretendiendo que “subraya particularmente su carácter coercitivo” (palabras de Carrillo), o que la opresión de clase por el Estado sería “la segunda de sus tres funciones esenciales” (versión de Pastor-Mandel). Hemos desenmascarado esta falsificación de partida, al establecer que, en todo caso, ni Marx, ni Engels, ni Lenin, ni tampoco Trotsky han pretendido “destacar” ningún “aspecto” ni ninguna “función” del Estado en particular, sino que han definido *al Estado mismo como una maquinaria de coerción* en la lucha de clases cuya única justificación está en que un Estado es necesario para mantener unida por la fuerza de las armas de la clase dominante a una sociedad que se encuentra dividida en clases *irreconciliablemente* enemigas.

Ahora, a partir de aquí, es posible pasar revista a esas “nuevas funciones” que los revisionistas atribuyen al Estado para camuflar su naturaleza opresora.

ro quinto del citado artículo ciento setenta y dos del Código Penal” (Madrid, 22 de enero de 1979, el Fiscal al Juzgado de Primera Instancia).

El aparato de represión y los “aparatos ideológicos”

Antes de entrar en el plato fuerte del revisionismo, que es el llamado “papel económico” del Estado, veamos rápidamente, de pasada, la “tercera función esencial”, la “ideológica”, que los cruzados antileninistas atribuyen al Estado de los capitalistas.

Carrillo dice, en la página 26 de “Eurocomunismo” y Estado:

“... Otros marxistas –entre ellos Gramsci y Althusser– se refieren también a los aparatos ideológicos, que actúan no tanto por la violencia, sino sobre las conciencias, con medios esencialmente ideológicos.”

Y Jaime Pastor, semidiscípulo de Mandel, semidiscípulo del mismo Carrillo, dice en la página 13 de su folleto *El Estado*:

“... lo que llevó a Gramsci a calificar el Estado como una “hegemonía acorazada de coerción”, como el resultado de una dictadura y una hegemonía al mismo tiempo por la clase dominante, evitando así análisis unilaterales que se limitaran a señalar el papel únicamente represivo del Estado...”

¡Extraordinaria identidad entre el pseudo-trotskista y el secretario general del PCE! Y lo más extraordinario es que no pocos de estos oportunistas, a fuerza de repetir y repetir todos ellos los mismos tópicos mentirosos, acaban por creer que son las más evidentes y palmarias verdades. Solo porque cuando uno de ellos lanza al aire tales patrañas, recibe como un eco las mismas patrañas recitadas por otro oportunista. Así creen ver una confirmación de sus “ideas” en el simple hecho de que todos ellos han abrevado durante los últimos treinta años en la charca descompuesta del stalinismo en crisis. Lo peor es que esa unanimidad de corrientes políticas aparentemente distintas, llega a desorientar a los trabajadores a pesar de sus experiencias. Cuando el partido de los revolucionarios es una fuerza aún relativamente débil, no es fácil para los obreros ver que aquello en lo que “todo el mundo”, o, mejor dicho, todos los partidos y grupos oportunistas, están de acuerdo, *es precisamente lo más falso* de todo lo que cada uno de ellos dice por separado.

Y eso ocurre en el problema decisivo de la revolución proletaria y el Estado. Si el lector compara las dos breves citas de Carrillo y Pastor, observará la gran unidad en todos sus extremos: a) primero, en que ambas pretenden *debilitar el carácter de dictadura de clase*, de máquina de opresión, que es la misma naturaleza del Estado: así utiliza Pastor la confusa expresión “hegemonía” contra la inequívoca fórmula leninista de dictadura de clase; b) segundo, en que ambas utilizan esa idea de la “hegemonía ideológica” conscientemente en contra de la posición de Lenin, que aparece presentada como unilateral precisamente porque es una posición clara y consecuente.¹⁷

Todo trabajador conoce los esfuerzos considerables que la burguesía dedica a engañar y a confundir a los trabajadores, a desarrollar todas las formas de superstición para conciliar a los explotados con su suerte o al menos para neutralizar su rebeldía.

¹⁷ A esto podría añadirse también la común referencia a Gramsci, para corregir a Lenin. Es la última moda intelectual de ese mundillo. Gramsci no está tan comprometido, en tanto que teórico, como un Stalin o un Dimitrov, e incluso un Togliatti, lo que le permite a Carrillo y a los stalinistas, lo mismo que a Pastor, encontrar un terreno común de discusión, en el que no molesten las “desagradables” presencias de Stalin y Trotsky. Pero el concepto mismo de “hegemonía” fue elaborado por Gramsci con la vana finalidad de hacer compatible la posición comunista de la dictadura del proletariado, con el oportunismo stalinista.

Pero esto es tan evidente y tan general que tendremos que ir un poco más lejos para saber por qué Carrillo y Pastor utilizan estas generalidades en tanto que *corrección* de la caracterización marxista del Estado como máquina de represión y dictadura de clase. Lo que es falso, concretamente, es presentar al Estado como un aparato de influencia o de hegemonía “ideológica” que se mantendría por la capacidad de la misma burguesía para influir sobre la clase obrera. Partiendo de esta idea falsa, Carrillo quiere sustituir la necesidad de destruir el Estado burgués y la necesidad de un Estado de obreros en armas, por una supuesta “conquista ideológica” del aparato estatal. Pastor no va tan lejos, pero casi.

Se trata, para los revolucionarios leninistas, de organizar a los trabajadores frente al Estado y contra él, de formar en la lucha los pilares mismos del Estado obrero (las redes de Comités, de Consejos o “Cortes obreras”). Carrillo, en cambio, en la medida en que intenta influir sobre el poder, sustituye esa lucha de clases por las maniobras para ganar a la Iglesia, a los militares, a los policías o las redacciones de los diarios burgueses y a los funcionarios del Estado. Volveremos sobre esta cuestión desde el punto de vista del método revolucionario. Ahora veamos sus bases teóricas. Lo primero que esconde Carrillo, al igual que Pastor, es aquello sobre lo que habría que insistir precisamente: que de entre todas las especies de envenenamiento ideológico de la opinión pública por los medios burgueses de propaganda (escuela, prensa y televisión, púlpito), la más considerable es la que los capitalistas consagran a presentar al Estado y a la nación burguesas como encarnación del interés general y como su guardián desinteresado, a ocultar su carácter opresor de clase. Es decir: el contenido de toda la propaganda burguesa estatal, religiosa y privada va a ocultar la máquina de guerra civil del Estado y sus parásitos tras frases huecas sobre “el respeto a la persona”, el “interés nacional”, la “protección de la libertad”, etc., hasta que llega el momento en que dejan caer las frases y enseñan el hocico de sus cañones. Y, al contrario, el papel de la lucha ideológica revolucionaria consiste precisamente en mostrar, detrás de cada frase hueca sobre el Estado y su función social, esa máquina especializada de represión de clase que es la auténtica función “social” del Estado.

Entonces, en este cuadro de discusión que es el único válido, ¿qué representan las frases de Carrillo y Pastor sobre el papel “ideológico” del Estado y los “aparatos ideológicos” de la burguesía?: ¿un intento de *combatir* la propaganda burguesa que camufla al policía detrás del verbo pomposo del periodista o del cura, o, al revés, un intento de *ayudar* a la propaganda burguesa a esconder al policía, al carcelero y al militar ante los ojos de los trabajadores? La pregunta se responde por sí sola.

Aunque los problemas de la lucha proletaria sigan sin resolverse, pendientes y acumulados frente a la actual revolución, nada de lo que hoy ocurre podría entenderse sin reconocer en la continuidad de las batallas y experiencias del proletariado internacional que imprimen su huella y su herencia, ciertas conclusiones que marcan la evolución actual. Y así, esas experiencias de lucha a veces tan terribles y tan irrepetibles como el 1936-39 o como la reciente derrota chilena, al poner muy en guardia a las masas de todo el mundo ante el Estado burgués, han creado dificultades crecientes a los propagandistas de la burguesía para llegar a disfrazar su Estado de lobos con la piel de cordeiro de la “democracia” imperialista. Hablar hoy, a la manera de Jaime Pastor, de “hegemonía” ideológica burguesa, es siniestro: la más completa decadencia es lo que caracteriza a esta clase. La burguesía ha llegado a un punto en que apenas puede presentar por sí misma una idea o una ideología cualquiera medianamente atrayente tras la que ocultar la trastienda de policías y parásitos de su Estado cada día y en cada país más pesado y

más odiado.¹⁸ De aquí que la propaganda burguesa evolucione en una doble dirección: reforzando el papel de la vieja Iglesia católica, cogiéndose a este aparato organizado desde la Edad Media e integrándolo a los dispositivos del Estado, alimentándolo con nuevos medios para desarrollar la superstición más primitiva; de otro lado, recurriendo a la ayuda creciente de las cimas corrompidas del movimiento obrero, los Carrillos y compañía, que pasan a cumplir, desde dentro de las filas obreras, la función de destructores de la conciencia de clase, ocultando los objetivos y métodos de la revolución proletaria y protegiendo política y teóricamente al Estado capitalista de una manera que los propios burgueses no podrían hacer después de fracasos tan terribles para las masas como el del 36 o el de Chile.

Esa historia de los “aparatos ideológicos” no es más que un truco para desviar la atención respecto *al enemigo principal*, la máquina opresora burguesa, de la cual los propagandistas burgueses (y los pseudo-obreros) son un apéndice. Por lo anteriormente dicho, la burguesía decadente ha ido *concentrando sus energías y recursos en el desarrollo de la burocracia militar y policíaca del Estado*. Esta es la historia concreta de todos los Estados en la época imperialista, y, por lo tanto, la contraria a la sugerida por los cruzados del antileninismo. Todo joven sabe lo difícil que es hoy acceder a cualquier nivel de educación (al fin y al cabo, de educación en las ideas de la burguesía), y lo fácil que se está poniendo la “carrera” de policía, que siempre amplía plantilla. Más aún, desde la muerte de Franco, sus sucesores han inclinado la relación entre los recursos que se destinan a enseñanza y los que se destinan a represión, *mucho más todavía* a favor de la policía, el ejército y las cárceles: esas son las nuevas escuelas del Estado burgués moderno, monárquico o republicano, “dictatorial” o “democrático”. La evolución es similar en todo el mundo, y deja en muy mal lugar a la teoría de la “hegemonía ideológica” del Estado burgués. En el terreno de la prensa o de cualquier medio de propaganda, incluida la privilegiada televisión del Estado, la burguesía muestra una avaricia creciente que compensa su largueza a la hora de engordar a los parásitos de la represión; e incluso los elevadísimos gastos estatales de propaganda desde la televisión, desde la escuela o desde el púlpito, se distribuyen dependiendo estrechamente de la eficacia de sus propagandistas para embellecer la imagen y justificar la tarea de los policías y los militares. El Estado moderno, el de la decadencia del capitalismo y los intentos revolucionarios del proletariado, no se caracteriza por sus esfuerzos para “conquistar ideológicamente” a la población, sino para defenderse de ella y reprimirla. Y en este marco subordina la cultura al aparato de la Iglesia, y esta última a la burocracia del Estado. Pero, en fin, esos campeones del antileninismo con su actual campaña “ideológica”, con los libros de Carrillo y Pastor, Claudín y Mandel, ocupan la primera fila en la justificación propagandística del Estado y de la “democracia” de los imperialistas, en la extensión de las ideas que desarman la revuelta de los oprimidos.

La única gota de verdad en esa historia de los “aparatos ideológicos” o “funciones ideológicas” consiste en que la burguesía oculta, hasta la hora de la batalla decisiva, la realidad del Estado como máquina de guerra civil, para coger desarmados a los obreros, y que por ello dispone de funcionarios de uniforme, de civil o sotana (más o menos modernizada) a quienes se mantiene para que tiendan un telón de palabras y supersticiones sobre el bien común, la gestión social, la convivencia, la providencia, etc., para resguardar su aparato represivo en los “tiempos de paz”. Pero esta gota de verdad se

¹⁸ Aunque ciertas ideas pequeño-burguesas sobre el Estado, tales como la independencia nacional, el terror individual o el anarquismo han adquirido fuerza de atracción entre la juventud, son fenómenos tan episódicos como importantes, y, desde luego, los explica el gran vacío de la juventud cuando la crisis del imperialismo y de sus Estados se combina con una reacción contra las tradiciones proletarias, que parte precisamente de las direcciones oficiales del movimiento obrero.

vuelve un chorro de mentiras cuando resulta que Carrillo y Pastor, con sus mismas frases sobre los “aparatos ideológicos”, en lugar de desenmascarar la propaganda de la burguesía, se convierten ellos mismos en los principales “ideólogos” de la *difuminación* y *ocultación* de la naturaleza del Estado. Si hay que hablar de aparatos “ideológicos” de la burguesía, habría que incluir en este caso a los estados mayores de los partidos llamados “comunistas” y “socialistas”. Pero, entonces, lo mismo que si se trata de la Iglesia católica, la palabra “ideológicos” ocultaría que en ambos casos sus intereses no tienen nada de espirituales, y que sus fines son directamente políticos, aunque unos cumplan su función en la Iglesia y la escuela, y los otros, por su origen, la cumplan en el interior del movimiento obrero organizado.

Esta es la segunda falsificación: considerar que el *cemento* de unión, el *poder* o la *finalidad* de los aparatos de propaganda burgueses serían ideológicos, y que podrían ser no solo ideológicamente conquistados, sino incluso “vuelto” contra la misma burguesía. Pero el cemento de unión es bien material, como lo es su poder: son los subsidios estatales y privados de la burguesía, es decir, ante todo, *su concreta relación con el Estado capitalista*; su finalidad viene determinada por esta fuente de sus suministros y de su poder. Es incluso infantil pretender, como Carrillo y Pastor, que Lenin no comprendió el papel del Estado en la sumisión “ideológica” de la población. Lo que ocurre es que Lenin, como Marx, a) incluye este papel *entre sus aspectos represivos*, mientras que los antileninistas lo utilizan para *atenuar* el carácter opresor del Estado; b) consideran que este papel propagandístico no se apoya en la fuerza de las ideas, sino en la fuerza material y política de los curas y los propagandistas burgueses, garantizada por la policía, mientras los antileninistas invierten la realidad como si el poder burgués se apoyase en la influencia de sus pocas ideas, y c) los marxistas, por esta razón, luchan por eliminar los asideros económicos y políticos de las *fuerzas de represión intelectual* del Estado (protección y financiación de la Iglesia, la enseñanza y los medios de propaganda de masas privados, control policíaco y religioso de los medios de enseñanza y propaganda estatales), mientras que los oportunistas intentan entenderse con ellas.

Entre los materiales preparatorios de su libro *El Estado y la revolución*, Lenin cita unas líneas de Marx referentes a la Comuna de París (en *La guerra civil en Francia*), donde el problema de los aparatos “ideológicos” se trata en toda su importancia, pero en sus reales y materiales dimensiones, refiriéndose al más organizado de todos esos aparatos, a la Iglesia, del que dice Marx:

“Una vez suprimidos el ejército permanente y la policía, que eran los elementos de la fuerza física del antiguo gobierno, la Comuna estaba impaciente por destruir la fuerza espiritual de represión, el “poder de los curas”, decretando la separación de la Iglesia del Estado y la expropiación de todas las iglesias como corporaciones poseedoras.”

¿Marx y Lenin no conocían el problema, o es que lo conocían demasiado bien, como el del “poder de los curas”? Dejemos, pues, el camuflaje “ideológico” del Estado y veamos ya el “económico”.

¿Tiene el Estado un “papel económico”?

Todos los revisionistas acaban utilizando, a la manera de artillería pesada contra el análisis de clase del Estado burgués, lo que ellos llaman su “papel económico”. Ese supuesto “papel económico” les ayudaría considerablemente a presentar al Estado como

una especie de administrador de la sociedad, que hoy, desgraciadamente, está en manos de la burguesía, pero que por su papel técnico o “económico” podría igualmente ser utilizado por los trabajadores, sin más que algunas depuraciones, algunas reformas, etc. Es infalible: ¿cómo distinguir y localizar a un oportunista admirador de la burocracia estatal, partidario de la conciliación con el Estado capitalista, y por mucho que se esconda y disimule tras una fraseología marxista? Es muy sencillo: se le distingue en que siempre destaca ese supuesto “papel económico” del Estado. En la enumeración de las “tres funciones esenciales” que hace Jaime Pastor, siguiendo a Mandel, precisamente esta sería la número uno; para Santiago Carrillo este “papel económico” sería el principal de los “cambios en la estructura y funciones del Estado tras Marx, Engels y Lenin”. Claudín viene a decir más o menos lo mismo: los oportunistas son en todo caso muchísimo más numerosos que sus ideas.

Pero ¿hay o no hay un “papel económico” del Estado? Porque es evidente que la actual decadencia del capitalismo en su época imperialista, de los monopolios y la agudización de la lucha de las clases, ha ido llevando al Estado a una creciente intervención en todos los terrenos de la vida social. En el terreno de la producción, del comercio y las finanzas, de los salarios y del empleo, su intervención se ha hecho constante, creciente y masiva, es decir, constituye un rasgo del capitalismo de los monopolios, desde que estos dominan la vida económica y al Estado mismo, fundiéndose con él, con sus cimas dirigentes. Pero esta intervención no presenta *ningún* cambio en el papel del Estado burgués, no solo en general en cuanto a órgano de la clase explotadora, sino tampoco en cuanto a su separación y oposición frente a la sociedad, en cuanto a su naturaleza coercitiva y parasitaria, y ni siquiera puede por eso hablarse propiamente de un papel “económico” para aludir a la naturaleza de la intervención estatal en la vida económica. Precisamente la expresión “papel económico”, o, como dice Jaime Pastor, “función de ayudar al desarrollo del modo de producción capitalista”, tiende a esconder *la naturaleza misma de esa intervención*.

En efecto, la intervención del Estado, en las condiciones de trabajo, en los salarios y precios, controlando grandes sectores de la economía, interviniendo tal o cual rama, nacionalizando empresas, no define en absoluto *ni el papel del Estado en general, ni tampoco cuál es el carácter o la función precisa de esta intervención estatal en la vida económica*. Así, el Estado que carga con sectores deficitarios, que interviene para controlar salarios, que financia empresas y servicios, moviliza grandes recursos financieros y de producción, como todo trabajador sabe, mediante una expoliación especial y forzada de las familias trabajadoras, por devaluaciones, inflación, impuestos sobre el trabajo, de tal manera que saquea sus pobres recursos privados para sostener los grandes negocios capitalistas, los monopolios, las fortunas de los parásitos latifundistas y, en general, para defender de una manera brutal los intereses de las clases que poseen el Estado y que hacen de ello su principal negocio, un negocio parásito desde el mismo punto de vista de la economía burguesa. ¿Puede eso llamarse un papel “económico”, o una “ayuda al desarrollo” de la clase que sea? Todo lo contrario, el carácter de esa intromisión (intromisión para el burgués que añora los tiempos imposibles de la libre competencia) es *político*, es el bandidismo de los propietarios más poderosos, es una violación de lo que constituye el funcionamiento “normal” de la producción y del comercio, precisamente porque el capital en su decadencia sólo puede sobrevivir sometido a la rapiña de los monopolios asegurada por la brutal, constante y masiva intervención política y policíaca del Estado en la vida económica, que así también en este terreno se convierte en un parásito social como órgano especial de violencia de una clase para estrujar hasta lo posible a todos los oprimidos.

Donde los oportunistas hablan de papel “económico” del Estado habría, pues, que hablar del papel político, coercitivo, que el Estado de la burguesía desempeña en el terreno de la producción para sostener los negocios de las clases poseedoras, en la época del capitalismo decadente, doblando la explotación por el patrono con una expoliación constante de la población trabajadora por la política “económica” de los gobernantes capitalistas. No es lo mismo. Donde los oportunistas atribuyen al Estado una “ayuda al desarrollo”, habría que atribuirle el desarrollo y el fomento del parasitismo económico de las altas clases explotadoras a través de la injerencia de *su* Estado en la vida económica. Tampoco es lo mismo, sino justamente lo contrario. Y, al igual que la organización estatal de la llamada “convivencia ciudadana” es la violencia opresora de un cuerpo de parásitos al servicio de los explotadores, también lo que los oportunistas presentan como “papel económico” del Estado es la *extensión* de esa violencia organizada contra la población, de ese parasitismo, a las condiciones de producción y comercio, a fin de prolongar la supervivencia parásita de la burguesía decadente de nuestros días y de los restos de las antiguas clases poseedoras.

¿Puede entonces quedar duda alguna respecto a las intenciones de los cruzados del antileninismo, con su fraseología hueca sobre las “funciones” variadas o nuevas del Estado burgués? *Todos los revisionistas sin excepción* pretenden reducir el carácter de clase del Estado, su carácter opresor y parásito (y tanto más opresor y parásito cuanto más prolonga la vida de la sociedad capitalista), a un aspecto entre otros, junto a otras funciones que por su naturaleza “ideológica” o de “gestión económica” anularían o atenuarían la necesidad de destruirlo. Y eso lo afirman, cuando *en todos los terrenos*, y en todos los tiempos, y cada día más, el carácter violento y parásito del Estado burgués aparece como su propia naturaleza, su propia sustancia.

Carrillo llega a afirmar la idea peregrina de que Lenin no pudo conocer este “nuevo tipo” de Estado, este Estado con un “papel económico”. Pastor no lo afirma: lo deja entender. Pero el paso cualitativo hacia una masiva intervención del Estado en la producción coincidió, por vía de consecuencia, con la concentración del capital en los monopolios, que encontraron en el Estado burgués un instrumento especial centralizado a utilizar para sus fines de bandidaje y rapiña de los mercados nacionales e internacionales. La política de la Primera Guerra Mundial acondicionó ampliamente al aparato estatal para interferir toda la vida económica al servicio de los monopolios, y para fusionar las cimas del Estado con las del capital financiero. Lenin no sólo conoció, sino que analizó y desenmascaró este supuesto “papel económico” del Estado burgués de la época del capital monopolista o imperialista. Salvo que para Lenin no se trataba de una “nueva función”, como la llama hoy Carrillo, sino de una nueva extensión de la función de máquina de guerra de clases que Lenin analizó como naturaleza del Estado. En su folleto *La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla* escribe:

“... Y ¿qué es el Estado? Es la organización de la clase dominante; en Alemania, por ejemplo, la organización de los terratenientes y capitalistas. Por eso, lo que los Plejanov alemanes (Scheidemann, Lensch, etc.) llaman “socialismo de guerra” no es, en realidad, más que un capitalismo monopolista de Estado en tiempo de guerra, o, dicho en términos más sencillos y más claros, un presidio militar para los obreros y un régimen de protección militar para las ganancias de los capitalistas.”¹⁹

¹⁹ Lenin, *ibid.*, pág. 276.

Tras la guerra, esa misma intervención se haría permanente y creciente, y Lenin la señalaría como un elemento característico del capitalismo monopolista, un rasgo permanente del Estado imperialista. Carrillo se ridiculiza a sí mismo al atribuir a Lenin un desconocimiento del problema. Al contrario, Lenin define con una gran claridad el papel del Estado en la economía al llamarlo, contra los Carrillos de su época, *un régimen de protección militar de las ganancias de los capitalistas*, de los propietarios del Estado, su violenta intromisión militar en la producción. Esta definición no ha hecho más que ganar actualidad desde Lenin hasta nuestros días. La creciente intervención estatal en terrenos cada vez más amplios de la vida económica no ha cambiado *este sentido* de la intervención. Basta ver que, paso a paso, las leyes especiales contra las huelgas, las congelaciones salariales por decreto, las militarizaciones de ramas enteras de la industria, la industria militar o dependiente “de la defensa”, los planes de “nacionalización” de industrias y su reglamentación por el Estado capitalista, los planes de “reestructuración” de sectores con liquidación de cientos de miles de puestos de trabajo, etc., han ido extendiéndose a todos los países. Al principio, los grandes saltos en la intervención estatal burguesa de la economía surgieron ligados a supuestas “necesidades de guerra” en la guerra imperialista. Pero la misma guerra era una expresión del dominio del capital monopolista y de la entrada del capitalismo en una época de absoluta decadencia y reacción frente a la amenaza constante de la revolución proletaria. La intervención estatal de la economía, y en el mismo sentido descrito por Lenin, no ha sido solo un rasgo de las guerras y de la adaptación del Estado a las guerras, sino del funcionamiento cotidiano del régimen capitalista. Si el Estado siempre ha sido un parásito social, un parásito que los poseedores han necesitado para mantener sujetos a los desposeídos, la actual decadencia del capitalismo lleva obligatoriamente a un superdesarrollo de este parásito que sólo la revolución obrera podrá destruir. Mientras tanto, su creciente intervención en las condiciones de producción es, como podríamos decir generalizando la expresión de Lenin para adaptarla a los tiempos “de paz”, una protección policiaca de las ganancias de los capitalistas, una tendencia a organizar la producción social como la producción en un penal para obreros.

Pero, por si aún les quedase un resquicio a los oportunistas, veamos si se puede, al menos, hablar propiamente de “papel económico” o de “gestión” en el Estado obrero que acumula, como órgano del proletariado revolucionario, todos los resortes claves de la economía en sus manos. Y, sin embargo, desde el mismo *Manifiesto comunista*, Marx y Engels presentan al Estado obrero, incluso en el terreno de “la economía”, como una *dictadura de clase*, como una maquinaria de la guerra de clases, y no como un “administrador” ni un “gestor”:

“... El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas.

Esto, naturalmente, no podrá cumplirse al principio más que por *una violación despótica* del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción, es decir, por la adopción de medidas que desde el punto de vista económico parecerán insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se sobrepasarán a sí mismas y serán indispensables

como medio para transformar radicalmente todo el modo de producción...”²⁰ (El subrayado es de Lenin.)

¿Cómo atribuir entonces a Marx, Engels y Lenin no ya un desconocimiento, sino ni siquiera una subestimación del papel del Estado en la producción a menos que se tenga la manifiesta intención de ocultar conscientemente que para Marx y Lenin este papel no es una negación, sino una extensión de su naturaleza *dictatorial de clase*? Y lo es de tal modo, que incluso para aumentar las fuerzas productivas, el Estado obrero es, ante todo, una máquina para “ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital”, e incluso la tarea de aumentar la suma de las fuerzas productivas está ya planteada en el *Manifiesto comunista* como una lucha política, como un esfuerzo consciente para hacerlo “con la mayor rapidez posible”. Incluso se dice explícitamente que las decisiones del Estado, además de constituir una “violación despótica” del derecho burgués, parecerán contradecir “el punto de vista económico”, es decir que su lógica no es económica, sino *política y de clase*. Interviniendo en la “economía”, el papel del Estado obrero no es el de un “gestor”, sino ante todo el de una *dictadura de clase* y un medio de interferir la única economía existente, la capitalista, y que sólo un gran desarrollo de las fuerzas productivas podrá superar, y sólo a escala mundial. Cuando, en tales condiciones, la necesidad de esta dictadura desaparezca, cuando la “administración de las cosas” sustituya al “gobierno de los hombres”, entonces no se tratará tampoco de un Estado administrador, ni con un papel económico, ni reconciliado con la sociedad, sino sencillamente de la desaparición del Estado por innecesario. Una sociedad de productores libres podrá, por fin, liberarse del Estado en general, de esa vieja maquinaria que será la última herencia de la sociedad de clases.

Pero después de ver el problema en su forma general vamos a dar de nuevo la palabra al secretario general del PCE para desenmascarar el conjunto de su razonamiento, si es que se puede llamar tal a la voluntad manifiesta y declarada de fabricar una teoría revisionista cualquiera para defender al Estado capitalista. Recordemos su punto de partida, ya citado antes, para luego seguirle paso a paso:

“En esencia, la posición de Marx, Engels y Lenin sobre el Estado define a este como un instrumento de dominación de una clase sobre otras, subrayando particularmente su carácter coercitivo.”

²⁰ El *Manifiesto del Partido Comunista*, de Marx y Engels, en la traducción de Ed. Progreso, Moscú. Pero Carrillo no falsifica solamente ideas, sino falsifica incluso las citas. En la pág. 185 de su libro reproduce la cita anterior del modo siguiente: “Esto, naturalmente, no *podía* cumplirse al principio más que por una *violación...* del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción.” Como el lector puede comprobar, se trata de la misma traducción de las líneas del Manifiesto, pero con *dos modificaciones, dos falsificaciones*:

1ª. Donde Marx dice “esto no *podrá* cumplirse al principio”, es decir, después de la toma del poder, Carrillo ha cambiado la palabra por “esto no *podía* cumplirse al principio”, como si la frase se refiriese al pasado, a una época pasada...

2ª. Los tres puntitos discretos que Carrillo mete en “una *violación...* del derecho de propiedad” ¡corresponden a la palabra *despótica* del texto de Marx y Engels, es decir, *violación despótica* del derecho de propiedad! ¿No es esto una falsificación consciente y cínica de Marx y Engels para presentárselos al lector como vulgares demócratas pequeño-burgueses? Pero si se intentase defender al falsificador Carrillo poniendo en cuestión la traducción usual de Ed. Progreso de Moscú, veamos la de W. Rocés, miembro de la dirección del PCE: “Claro está que, al principio, esto sólo *podrá* llevarse a cabo mediante una acción *despótica* sobre la propiedad...” (los subrayados son míos, A. R.). La traducción es diferente, pero también habla en *futuro* y también dice *despótica*, de modo que Carrillo es sencillamente un falsificador sin vergüenza.

Tómese nota de que Carrillo ha *separado*, de manera misteriosa y sin la menor explicación, la naturaleza de “instrumento de dominación de una clase”, de un lado, y su “carácter coercitivo”, del otro, como si para Marx, Engels y Lenin no fuesen *la misma cosa*, y como si la maquinaria de coerción que es el Estado fuese nada más *el aspecto* “particularmente subrayado” por aquellos marxistas “toscos y primitivos” que, a diferencia de Santiago Carrillo, no llegaron a conocer las funciones del Estado tan bien o al menos tan desde dentro: no hay que olvidar que el secretario general del PCE ha llegado a investigar al Estado incluso desde las fiestas de gala en el Palacio de la Zarzuela.

Así, Carrillo, sin demostrar nada, ha dejado caer ya que la “dominación” de la burguesía a través del Estado no es una coerción, una violencia organizada, sino seguramente una influencia “ideológica” o una “gestión económica”. Ya hemos visto la falsedad de tal posición. Pero, apoyándonos en tales falsedades, dice ahora Carrillo:

“... en cambio hoy el Estado aparece, cada vez más claramente, como el Estado *gestor* en todos los terrenos...”²¹

Donde ya vemos en qué tenía que parar todo lo anterior. Porque ahora no sólo el Estado sería un gestor económico, sino, además, un “*gestor* en todos los terrenos”. ¿Por qué? ¿Cómo? Que nadie se moleste en buscar en el libro y los escritos de Carrillo y los otros dirigentes del PCE el rastro de una explicación. Se trata de un milagro: ¡el milagro de las funciones “económicas” e “ideológicas”, que finalmente llegan a convertir al parásito social en un órgano social, a la maquinaria de guerra civil en un instrumento de gestión social, al vampiro policíaco burgués en un “ángel de la guarda”! Se trata, pues, de la reconciliación (por el momento, *teórica*) de la sociedad oprimida con el Estado opresor. Carrillo, al aplaudir el paso de la Guardia Civil durante el desfile del “Día de las Fuerzas Armadas”, pretendía ser el agente práctico y el símbolo vivo de esa reconciliación “histórica”. Sólo que la terrible frialdad con que esa sociedad oprimida recibe tales gestos de Carrillo le convirtió más bien en algo así como un agente... del orden público. Y las cosas son como son: ¡no hay un trabajador en todo el país que no considere eso como un insulto! Cosa que, por cierto, combina muy mal con la teoría del Estado “gestor”.

“*Gestor* en todos los terrenos”: es decir, gestor económico, pero también “gestor del orden público”, gestor del “interés nacional”, gestor cultural, y así sucesivamente. Carrillo se apresura a añadir a cada ocasión que el Estado, de todos modos, al estar controlado por los monopolios, sirve al capital monopolista. Pero esto es ya secundario para sus fines, que son los de negar la destrucción revolucionaria del Estado y asumir plenamente su defensa *en tanto que supuesto posible instrumento de la reconstrucción del socialismo*. Y para llegar hasta aquí, con falsificaciones y sin intentar probar nada de nada, ni aportar pruebas o experiencias de ninguna clase, su “método” consiste en hacer aparecer la utilización del Estado por el capital monopolista como *algo circunstancial, accidental, reformable*. Al fin y al cabo, viene a decir Carrillo, incluso controlado por los monopolios, el Estado burgués ya no sería el parásito, el instrumento especializado de violencia de una clase. Bastaría, pues, con arrancar a los monopolios el control sobre *esta misma máquina*; ya no haría falta destruirla y sustituirla por los obreros armados y sus Consejos de trabajadores. Siguiendo un camino de tergiversaciones pseudo-teóricas *directamente opuesto* al camino de la evolución *real* del Estado imperialista, Carrillo ha terminado por “transformarlo” en un órgano social. Pero, más aún, esa transformación se habría realizado en todo el mundo en los últimos decenios, es decir, bajo dirección

²¹ Carrillo, “Eurocomunismo” y Estado, pág. 32.

del capital imperialista. Y en España, en el colmo de los colmos, esta “transformación” del Estado se habría realizado pasando por un golpe fascista, una guerra civil y una posguerra terribles, y por cuarenta años de opresión de una dictadura militar-fascista...

Desde luego, semejante esfuerzo “teórico” merecía la recompensa de haber sido el primer secretario general de un PC que alcanza en Palacio a besar la mano de *su* reina. Si no un cambio en las “funciones” del Estado, ¡al menos un cambio en las devociones de los stalinistas!

El año de la Constitución

Carrillo, Jaime Pastor, Mandel (podríamos añadir también a Claudín) desarrollan esas posiciones, sin embargo, con tal unanimidad y tal simultaneidad que numerosos trabajadores se desorientan, pues no pueden menos que preguntarse si no habrá algo de razón en lo que tanta gente dice.

Por eso hace falta además contrastar con la realidad inmediata esa cruzada de defensa del Estado burgués. Cada trabajador debe comparar los argumentos de aquella gente con la política actual de todos los gobiernos capitalistas, y no queda entonces más remedio que admitir que Carrillo no se deja engañar por errores ni apariencias, sino que engaña de manera deliberada y cínica para cubrir la política actual de los explotadores. Y, en cuanto a Pastor y Claudín, no se revelan aquí como individuos arrastrados por el aspecto momentáneo de la política estatal burguesa, sino como gente capaz de negar la realidad más evidente para cualquier obrero, con tal de mantenerse en un terreno de colaboración con el PCE de Santiago Carrillo.

Durante los meses en que iban saliendo al mercado los libros “*Eurocomunismo*” y *Estado*, de Carrillo, *El Estado*, de Pastor, *Eurocomunismo y socialismo*, de Claudín, *Crítica del eurocomunismo*, de Mandel, intentando ahogar en revisionismo todas las experiencias obreras, ocurrían y ocurren importantes cosas (aquí sí se puede hablar de “modificaciones”, aunque no alteren la naturaleza fundamental) en el Estado burgués. En Europa y en todo el mundo, país por país, comienzan a aparecer las “leyes antiterroristas”, las policías especiales, los convenios internacionales de represión policíaca conjunta “contra el terrorismo”. Las partidas presupuestarias destinadas a la policía engullen cada día una proporción mayor del gasto público; las técnicas policíacas se perfeccionan con los medios más modernos, sus plantillas se amplían y, sobre todo, se amplía y se legaliza su impunidad. Todos los gobiernos colaboran legal e ilegalmente en una actividad policíaca sin fronteras, y las bandas de mercenarios fascistas montadas o protegidas por el Estado se convierten en instrumentos corrientes de las provocaciones del poder burgués. El control policíaco comienza a cribar el acceso a un puesto de trabajo, a los estudios, mientras la burguesía se esfuerza en todas partes por crear o resucitar leyes contra el ejercicio de los más elementales derechos políticos o sindicales por parte de los funcionarios y los trabajadores de las empresas nacionalizadas. En el ejército, los cuerpos especiales y profesionalizados van concentrando el armamento moderno y entrenándose sistemáticamente para la guerra civil, mientras que la represión política sobre el soldado de quintas se va haciendo más frecuente en toda Europa.

De todo este evidente arsenal de guerra civil que la burguesía perfecciona para contrarrestar la ofensiva proletaria actual, la verdadera punta de lanza son las legislaciones “antiterroristas”: en definitiva, convenios internacionales y leyes nacionales que dan *carta blanca al terror policíaco* para violar las propias leyes de la burguesía en beneficio de la represión contrarrevolucionaria sin cuartel.

Al ver la utilización inmediata de esas legislaciones, una cosa salta a la vista: la represión policíaca de los grupos realmente partidarios del terrorismo individual, por odiosa que sea siempre para los oprimidos esa represión, y por criminal que llegue a ser gracias a estas leyes especiales²², es al mismo tiempo una excusa. Una excusa para extender la represión a movimientos de masas de la juventud que defienden sin condiciones a sus luchadores o que intentan expresarse políticamente a través de sus simpatías por los terroristas, sobre todo frente a las traiciones de los dirigentes oficiales del movimiento obrero. Pero, cada vez más, también una excusa para caracterizar de “terroristas” los piquetes de huelga, los organismos de autodefensa obrera y aun las acciones de masas “ilegales”, tales como la huelga con ocupación de empresas o el boicot, de tal manera que se pueda desencadenar sobre ellos la más brutal represión. Y, desde luego, el “antiterrorismo” es una excusa para utilizar, en la represión de los revolucionarios leninistas, esos métodos especialmente estudiados para asegurar la impunidad de los crímenes de Estado. Estas son tan solo las finalidades inmediatas, las que vemos y ve a diario cada trabajador, cada joven luchador. Más allá de esta primera finalidad, y situándolo en el marco del constante desarrollo del aparato militar y policíaco de un Estado que ha alcanzado ya dimensiones desconocidas en la historia del capitalismo, el llamado “antiterrorismo” inicia la preparación del Estado de los capitalistas para una guerra civil contrarrevolucionaria.

Pongamos ahora a los revisionistas sobre este telón de fondo dibujado por *la concreta evolución del aparato estatal burgués* durante el tiempo en que ellos escribían y publicaban sus libros. Veamos, en el Estado español, esta evolución en un año crucial, en el que se elabora y se aprueba la Constitución de la Monarquía, que, al fin y al cabo, es hija legítima de estas teorías, de la “reconciliación” entre los franquistas y los dirigentes de la oposición. Veamos concretamente el rearme terrorista del Estado burgués, sacudido por la crisis franquista y la muerte de Franco. Solo así se evidencia la magnitud de la montaña de falsificaciones acumuladas por Carrillo, Pastor, Mandel, Claudín y compañía. Pero, además, así desaparecen las dudas que podían subsistir de que todos ellos corrigen a Lenin *para cubrir la operación de los burgueses* que, en vez de un “Estado gestor”, preparan un Estado *terrorista* frente a la revolución obrera que madura.

Una breve contrastación de las diferentes medidas “antiterroristas” de la Monarquía, en relación con la posición del PCE, a lo largo del año 1978, aclarará aún más esta evidente subordinación de Carrillo al reforzamiento terrorista del aparato represivo del Estado. El año 77, en el Estado español, terminaba con los asesinatos de manifestantes en Málaga y Tenerife, al disparar la policía sobre las masas. Desde los primeros días de 1978, las persecuciones de militantes vascos, canarios, de revolucionarios trotskistas y de luchadores anarquistas comenzarán de nuevo a llenar las cárceles que nunca llegaron a estar vacías. Comienza el Consejo de Guerra contra los actores del grupo teatral “Els Joglars”. En Alemania e Italia están en discusión las primeras leyes “antiterroristas”, y en diversas reuniones internacionales se organiza la colaboración policíaca a escala europea (a la que se irá sumando la burocracia de Europa del Este a partir de la entrega a la policía alemana federal por parte de Bulgaria de un grupo terrorista). Las provocaciones organizadas desde el mismo aparato estatal se suceden unas a otras para ampliar el radio de acción de la represión, y en seguida esas provocaciones conectarán y se engarzarán con la preparación política del IX Congreso antileninista del PCE.

Enero de 1978. Un misterioso “robo de armas” de la base militar de El Paní es atribuido por la policía al PORE, hasta que se ve obligada a cejar en la persecución de

²² Como el vil e impune asesinato legal de Baader y sus camaradas, disfrazado de “suicidio”, en las cárceles de la socialdemocracia alemana, una de las fuerzas políticas que ha trabajado más en esta profundización *terrorista* del aparato represivo del Estado burgués.

sus militantes, y a renunciar al Consejo de Guerra emprendido, echando tierra encima²³, desde que el PORE lanza una campaña para demostrar que es una provocación organizada por el mismo aparato estatal de la Monarquía. El 11 de enero la Guardia Civil mata a tiros a un militante de ETA en Pamplona, y miles de obreros paran y se manifiestan durante los días siguientes.

Ese mismo día la prensa publica que Tamames pide “un militar como ministro del Interior”. El PCE se verá obligado a desautorizar a su dirigente, pero el Ejército iniciará poco después un Consejo de Guerra a la revista del PORE, *La Aurora*, por su enérgica toma de posición contra este intento de siniestra asociación en la represión por parte del Ejército franquista y del PCE de Carrillo.

15 de enero: nueva provocación. Cuatro empleados mueren en un incendio provocado en la sala de fiestas de Barcelona “Scala”. La policía intentará responsabilizar a las Juventudes Libertarias y CNT, desencadenando contra ellas la represión, aunque los hechos llevan el sello de la manipulación policíaca.²⁴ Una semana después, el Comité Central del PCE anuncia formalmente que su próximo Congreso “renunciará al leninismo”.

25 de enero: nueva provocación con el mismo sello policíaco: la muerte, por explosión de una bomba, del ex alcalde de Barcelona Viola y su mujer. La policía lo utilizará en todo caso contra los nacionalistas catalanes. Carrillo, inmediatamente, dará una nueva luz al “abandono del leninismo”, al justificarla “... ahora que se llaman marxistas-leninistas los asesinos de Barcelona, los terroristas desestabilizadores...” (*El País*, 28 de enero). Aquí falta poco ya para que la Cruzada antileninista se convierta en un llamamiento a la represión de los defensores del leninismo.

Marzo. A finales de mes, y preparado mediante toda la anterior operación de provocaciones, el Consejo de Ministros acuerda crear una Unidad Especial antiterrorista, un cuerpo de policía sustraído a toda ley y a todo real control, con las manos libres para la represión sin limitaciones legales. Tres días después, el PC presenta al Congreso de Comisiones Obreras de Euskadi una resolución llamando a que “los trabajadores se manifiesten rotundamente contra las actividades de ETA”.

Pero a lo largo de la preparación del IX Congreso del PCE, que se reunirá finalmente en abril para renegar solemnemente del leninismo y lanzar la nueva línea de “movilización contra el terrorismo”, la oposición crece en todas las organizaciones del PC, y especialmente en Cataluña y Asturias. La dirección invita a la LCR a asistir de modo oficial, y con la presencia de estos supuestos “trotskistas”, el IX Congreso antileninista se lanzará por la pendiente del apoyo al reforzamiento terrosita de los medios de represión del Estado. “Consolidar la democracia” es la frase oficial: pero su exacto contenido es la desmovilización de las masas, es el desorganizarlas, el tolerar la represión e incluso el apoyar y animar a la burguesía para que amplíe constantemente el arsenal represivo del Estado heredado de Franco.

Abril. Una verdadera marea de nuevos Consejos de Guerra amenaza a militantes de todas las organizaciones y a diferentes publicaciones que ponen en cuestión al Ejército franquista o al Rey coronado por Franco.

²³ ... y un muerto. Ya que en el curso de las operaciones de oscurecimiento de las pistas de la provocación muere “accidentalmente”, pero herido de bala y en circunstancias altamente sospechosas que los militares y policías no han llegado a aclarar, *uno de los testigos*, el soldado Carlos Guillén Navarrete (ver, por ejemplo, *Mundo Diario* del 20 de junio del 78).

²⁴ *Dos años después*, una de las acusadas, Teresa Fabres, tuvo que ser puesta en libertad sin cargo alguno, mientras la prensa publicaba la existencia de un provocador, desaparecido mientras tanto, al que CNT acusaba, con nombre y apellidos, de ser un agente de la policía (ver *El País* del 30 de enero del 80).

Mayo. Cuando la Guardia Civil mata en Guernica a militantes de ETA, todos los obreros vascos van a la huelga general, y sus manifestaciones se prolongarán durante una semana. El IV Congreso del PORE (sección de la IV Internacional) tiene que enfrentarse a la prohibición expresa del Gobierno, para poder reunirse, y que desafiar la represión de la policía que impidió el acceso de los participantes al primer local de la convocatoria. Simultáneamente, en el Congreso de las Comisiones Obreras de Cataluña, el PCE presenta una “dura condena del terrorismo” que provoca el abandono espectacular del Congreso por parte de varias decenas de delegados obreros. A los miembros del PORE, previamente expulsados por el aparato sindical, se les negará la palabra y el mismo acceso al local. Los miembros de la LCR presentes en el Congreso evitan todos estos problemas cruciales, evitan la lucha con la dirección del PCE.

Junio. El Gobierno presenta un proyecto de Ley para legalizar la violación de domicilios, la detención arbitraria, secreta e indefinida (es decir, la tortura), la violación de la correspondencia, las escuchas telefónicas, etc., en los llamados “casos conexos con el terrorismo” a juicio de la misma policía, y que en realidad se extiende a toda lucha contra el Estado, sus instituciones, su régimen monárquico, sus fuerzas represivas y su “orden público”. Lo que para Franco requería declarar un “Estado de Excepción”, o cubrirse con el secreto y realizarse ilegalmente, se convierte en *la legalidad permanente* de sus sucesores.²⁵ Como un eco de esas medidas, el día 21 Camacho presenta su informe al Congreso estatal de las Comisiones Obreras. La prensa burguesa destaca de este informe en sus titulares: “CCOO deben luchar resueltamente contra el terrorismo”. Los esfuerzos simultáneos del PCI de Berlinguer por sacar a la calle a los obreros italianos “en defensa del Estado democrático” durante el secuestro y tras la muerte de Aldo Moro, ayudan a Carrillo y a Camacho a justificar su línea de colaboración de los sindicatos en la defensa del Estado.

Pero hay que esperar hasta el 30 de junio, hasta que un comando de ETA mata a José María Portell en un dudoso acto de terrorismo, para que el PCE se atreva por primera vez a convocar una manifestación en Madrid. Anunciada “contra el terrorismo” y con apoyo de CCOO, UGT y SU, no llega, sin embargo, a reunir siquiera mil participantes según los testigos más favorables. Los sindicatos se resisten a seguir el camino que Carrillo les traza. Luego vendrán las provocaciones policíacas, auténticas masacres premeditadas, de Pamplona, San Sebastián, Rentería, con sus enfrentamientos de masas indignadas y los disparos de la policía sobre la multitud, con su saldo de asesinatos legalizados, con saqueos y pillaje a cuenta de la policía... La dirección de Comisiones, casi en seguida secundada por la misma LCR de Mandel y Pastor, dedicará sus esfuerzos a “calmar los ánimos”. En Cataluña, por ejemplo, el Secretariado de Comisiones publica una declaración “denunciando con la mayor energía los métodos de ETA”, y se opone a las acciones masivas de protesta contra el crimen de la policía. La LCR, entre remilgos y medias palabras de crítica al PCE, concentra su fuego contra los jóvenes manifestantes que quieren proseguir e intensificar la protesta, y se dirige a ellos en su revista, tratándolos de “lumpen”, en un evidente truco para atenuar las responsabilidades y traiciones del PCE de Carrillo.

El 21 de julio mueren en Madrid, a tiros, dos altos jefes militares. ETA reivindica este atentado, que huele, sin embargo, a provocación. Pero, en todo caso, servirá de

²⁵ Lo que demuestra que la dictadura de Franco se basaba sobre todo en el peso de la derrota del 39, y que cuando las masas se recuperaron de sus consecuencias, *fue entonces* cuando los sucesores de Franco y sus nuevos aliados “demócratas” han tenido que dedicarse a *reforzar* el aparato represivo “insuficiente” dejado por el sangriento “caudillo”, hasta extremos nunca antes vistos. Los fantoches del periodismo “democrático” justifican este hecho diciendo que “la democracia es más difícil de defender que la dictadura”, cosa que al parecer conduce a militarizar esa pseudo-democracia de la Unión Sagrada.

batuta para dirigir el coro de diputados de las Cortes, ese mismo día, en la aprobación de una Constitución reaccionaria, prácticamente dictada por los militares y que mantiene y refuerza el aparato policíaco-burocrático-militar del franquismo. Simultáneamente, los diputados votan la “ley especial antiterrorista”, a la que todo trabajador sensato considerará como *la verdadera constitución*: la arbitrariedad del terrorismo policíaco hecha ley. En tan histórica sesión de las Cortes, el diputado Carrillo pronuncia las siguientes y no menos históricas palabras, que dicen mejor que ninguno de sus libros a dónde quiere llegar el secretario general del PCE cuando su antileninismo pasa de la teoría a la política práctica:

“... aquí donde el entendimiento y el consenso nos han permitido llegar a acuerdos sobre temas difíciles, no nos damos cuenta de que la elaboración de la Constitución, la elaboración de un Estado democrático es una batalla, una batalla que incluso como hemos visto hoy, puede ser sangrienta entre las fuerzas que quieren sacar a este país de la barbarie y las fuerzas, llámense de extrema izquierda o de extrema derecha...”²⁶

Carrillo no dice estas frases después de Pamplona o de Rentería, sino en el momento de aprobar una “ley antiterrorista”, cosa que aclara su verdadero sentido pese a la precaución, típicamente stalinista, de mezclar “extrema derecha” y “extrema izquierda”. Ahí por primera vez, Carrillo declara que la reconciliación nacional buscada, en lugar de ser pacífica, como venía diciendo, resulta tener un precio en sangre, y en lugar de acarrear el fin de la represión, parece exigir la colaboración antinatural del movimiento obrero en el armamento represivo e incluso la represión del Estado capitalista. Aunque Carrillo suavice este truculento grito de guerra civil entre los de las Cortes y los de fuera, diciendo que es una guerra contra “la extrema izquierda y la extrema derecha”, la verdad es que el Gobierno con su represión y el PCE con su pasividad en los hechos de Pamplona, San Sebastián y Rentería, habían dejado bien claro días antes cuál es la sangre que pide su Constitución: la de los luchadores obreros y de la juventud.

Aprobada la Constitución por los diputados de la “Unión Sagrada”, todavía tenía que pasar por un referéndum. No era un simple trámite: la distancia entre los elegidos del 15 de junio del 77 y sus electores era ya tan grande que el referéndum era el último intento de salvar la autoridad del régimen antes de recurrir a nuevas elecciones generales un año y medio después. Pero, una vez más, la preparación de este referéndum va a consistir en la colaboración teórica, política y propagandística de los oportunistas en el rearme represivo del Estado. El mes de noviembre del “año de la Constitución”, el mes de preparación del referéndum, fue también el mes de la culminación y el fracaso de la campaña “antiterrorista”.

Ya el 28 de octubre el PCE y el PSOE secundaron al PNV en la organización de una manifestación en Bilbao “por la paz en Euskadi”. Miles de jóvenes intentaban reunirse en manifestaciones paralelas o para obstaculizar la marcha del reducido y triste cortejo oficial; la policía tomaba la ciudad, disolvía a los contramanifestantes y, con sus medidas para proteger a la manifestación de la “Unión Sagrada”, terminó por hundirla, en medio de una vergüenza irreparable. Pero el 1 de noviembre, al término del V Congreso de la LCR, esta organización que se pretende “trotskista” reconoce que ha habido un “cambio” de régimen, declara que el régimen habría dejado de ser *franquista*, y afirma que el supuesto nuevo régimen entraría en una fase de relativa estabilidad. La oposición de esta corriente a la Constitución de la “Unión Sagrada” será, por tanto, de orden

²⁶ Santiago Carrillo, *El año de la Constitución*, Barcelona, 1978, pág. 184.

moral o simbólico... Cada vez que flaquean las fuerzas del régimen, llegan nuevas fuerzas de refresco de los oportunistas.

El 10 de noviembre fue el punto culminante, el mayor esfuerzo y el más claro fracaso, en la calle, de la Cruzada carrillista de defensa del Estado burgués. Ese día, en todo el país, el PCE arrastró a los sindicatos a convocar manifestaciones masivas “contra el terrorismo y por la Constitución”. La de Barcelona fue una auténtica batalla política. Unos centenares de trabajadores fueron agrupados por el PORE, formando un pasillo para la manifestación de la “Unión Sagrada”. Por él tuvieron que desfilar, tras muchas vacilaciones, los escasos miles de manifestantes, desmoralizados y casi silenciosos, mientras escuchaban y a veces coreaban las consignas del pasillo contra la política de “Unión Sagrada”: “¡Terroristas son el Estado y el patrón!”, “¡Boicot, boicot a la Constitución!”, “¡Sí, sí, sí, volvamos a Lenin!”. Después de este fracaso, la campaña “antiterrorista” del PCE comenzó a batirse en retirada.

El 16 de noviembre, *capitalizando la política* “antiterrorista” y también sus *fracasos*, los militares tantean un primer golpe de Estado, la “Operación Galaxia”, que falla y se convierte en el primer aviso a los trabajadores. Los dirigentes del PCE y del PSOE, informados en seguida por el poder, callan y echan tierra encima. El 20 de noviembre, en la plaza de Oriente, el histérico golpista Blas Piñar reúne, también por primera vez, más de cien mil fascistas contra el Gobierno. El rearme de la reacción saca la mayor tajada de la propaganda inconsecuente e impotente de los defensores “demócratas” del Estado burgués.

Días después, la Conferencia de Barcelona del PSUC y la organización asturiana del PCE reflejan un fuerte desarrollo de la revuelta de la base que se reclama del “leninismo” contra la línea del IX Congreso carrillista.

Tal es el proceso por el que la Constitución “de todos los españoles”, con pucherazo y amenazas, no recibió finalmente ni siquiera los votos del sesenta por ciento del electorado. La “reconciliación nacional” cavó un foso entre los dirigentes y la “nación”. A partir de aquí, la política del poder y la del PCE combinarán solamente medidas de supervivencia y síntomas de profunda desorientación. Mientras tanto, el mismo día del referéndum, los partidarios del boicot activo reunieron la primera asamblea de trabajadores para formar un movimiento hacia unas Cortes obreras de delegados de los Comités de Empresa. Saquemos algunas conclusiones de este proceso, que nos ayuden a situar mejor el tema del Estado y de su evolución política concreta.

Podemos dejar momentáneamente de lado la cuestión del terrorismo, pues solo podría abordarse correctamente entrando en el análisis de la crisis del PCE y de los otros partidos del aparato stalinista en relación con la juventud radicalizada. Lo cierto es que, a lo largo de ese proceso, el del año 78, la simpatía de muchos sectores de la juventud hacia el terrorismo y los terroristas no solo aumentó, sino que *logró canalizar una parte del descontento* de la clase trabajadora y de la pequeña burguesía por la política del PCE y del PSOE. En todo caso, una parte mucho mayor entonces que la canalizada hacia los soviets, hacia unas Cortes obreras de delegados de Comités de Empresa. Y esto con independencia de la confusión cada día mayor entre los reales atentados terroristas y las vulgares provocaciones policíacas. De modo que el problema del terrorismo, en este sentido al menos, es un verdadero problema, pero que sólo ha llegado al nivel actual de virulencia DESPUÉS, Y NO ANTES, de la campaña “antiterrorista” de la burguesía y de la Cruzada antileninista de Carrillo. Y sobre los distintos aspectos de este problema será mejor volver después de tratar la evolución política de la juventud. Ya que lo que nos interesa en este punto no son los motivos reales del terrorismo. De todas maneras, los revolucionarios somos contrarios al terror individual, pequeño-burgués, como supuesto método de lucha para los obreros, por una sola razón: porque precisa-

mente *no es un método destinado a destruir el Estado burgués*, ya que no es capaz de sustituirlo por el proletariado consciente, organizado y armado como clase para la revolución socialista. Dicho de otra manera: la crítica comunista revolucionaria al terrorismo parte *también* de la necesidad de destruir al Estado burgués por la fuerza, y *no de su defensa*. No hay, por lo tanto, caso alguno, ni siquiera cuando el terrorismo facilita indirectamente las provocaciones montadas, o cuando sirve de excusa a la represión, en que esté justificado que la clase obrera *tome el partido del Estado burgués contra los terroristas*. En tal caso los obreros estarían ayudando a forjar sus propias cadenas: el arsenal represivo del Estado de los capitalistas. Así que podemos dejar la crítica del terrorismo para la parte final de nuestra polémica, y sacar, sin embargo, ciertas conclusiones válidas de esta cadena de “acontecimientos” descrita, de la sucesión de provocaciones, luchas, represiones y traiciones que jalonaron el año 1978, el “año de la Constitución”, y que describen las relaciones vivas entre la evolución concreta del Estado en España y la política del PCE en su IX Congreso antileninista.

Son las siguientes:

a) Que *cada vez* que la burguesía ha invocado “la lucha contra el terrorismo”, de hecho intentó ampliar con ella la represión a sectores muy amplios de la juventud luchadora, a las manifestaciones más radicales de las masas, a los piquetes, y muy en particular a los revolucionarios trotskistas mantenidos estos tres años fuera de la ley por decisión arbitraria e incluso formalmente ilegal del Ministerio de la Monarquía.

b) Que en todos los momentos *clave* de la formación del régimen híbrido de la “Unión Sagrada”, la sombra de la provocación policíaca disfrazada de terrorismo apareció, y que fue ocultada por una campaña oportunista de capitalización de los atentados a fin de reforzar la colaboración de los franquistas y la oposición, ayudando al rearme represivo del Estado.

c) Que cada uno de los pasos legislativos o policíacos de la Monarquía “contra el terrorismo” vino seguido o precedido del correspondiente paso ideológico-político de la Cruzada antileninista del PCE, de la misma manera que uno y otro pie se siguen mutuamente al andar. Y es ahí donde la pseudo-teoría de Carrillo sobre el Estado se vuelve concretamente un cántico al desarme del proletariado ante los recursos contrarrevolucionarios del régimen burgués, y maquinaciones destructivas para que los sindicatos obreros colaboren en la represión policíaca...

d) Que cada uno de los pasos del PCE tropezó con la hostilidad de numerosos jóvenes y trabajadores, con gran resistencia en los sindicatos, e incluso se levantó una oposición dentro de las filas del mismo partido stalinista de Carrillo. Pero que, para sortear esta dificultad, la dirección del PCE empleó cada vez a la LCR de Mandel y Pastor, a los falsos “trotskistas” cuya presencia en estas maniobras era presentada como un aval en manos de los stalinistas, para debilitar y moderar la protesta de la base.

Es decir, que Carrillo da forma “teórica” a un *nuevo paso* hacia la subordinación del PCE al Estado burgués. Concretamente: poniendo a su partido y a su aparato sindical a disposición del actual rearme represivo de un Estado que se orienta hacia la preparación de una eventual guerra civil, a cubierto de la “Unión Sagrada” de todas sus fuerzas políticas oficiales. Y lo hace de tal manera, que muy bien puede considerarse que la Cruzada antileninista, con sus efectos desorientadores y desmoralizadores de las nuevas y las viejas generaciones, es ya una *parte fundamental* del rearme contrarrevolucionario de los Estados capitalistas ante la amenaza latente de las masas. Mientras que las coincidencias teóricas de Mandel, de su discípulo Pastor o de Claudín con Carrillo no deben tomarse erróneamente por confirmaciones de los puntos de vista revisionistas: deben considerarse un reflejo de la *utilización* que viene haciendo el mismo aparato del PCE

de los servicios de *elementos centristas*, caracterizados por una fraseología “antistalinista” o incluso “trotskista”, para aislar y reducir al sector revolucionario del proletariado que se está enfrentando a la gran traición del momento.

¿Reformar el Estado burgués?... ¡No; destruirlo!

Cuando su libro se ocupa de ocultar el carácter de clase del Estado burgués, su naturaleza opresora, Carrillo deja prudentemente en la sombra el constante y monstruoso desarrollo del aparato policíaco-militar del Estado de los capitalistas. Pero cuando intenta negar la lucha revolucionaria por la destrucción de ese Estado, el hipócrita Carrillo nos describe a todo correr las dimensiones actuales de las bandas armadas y uniformadas del capital, como argumento para renunciar a la revolución. Dice Carrillo:

“... pero un hecho que se presenta con aspectos novedosos (...) es que esa contradicción entre sociedad y Estado, dadas las dimensiones y las características actuales del aparato del Estado, se puede y se debe concretar cada vez más en *una crisis en el interior de ese aparato...*”²⁷

En capítulos anteriores hemos respondido a ese engaño de que las “características” actuales del Estado representarían un cambio en su naturaleza y, por tanto, en el programa del proletariado revolucionario. Carrillo habla ahora de otra cosa, de las *dimensiones* de ese descomunal parásito, del constante reclutamiento de sus policías, de sus burócratas, de sus militares, es decir, de sus parásitos individualizados. Ahora bien, según Carrillo, semejante encuadramiento de parásitos en la máquina represiva de la burguesía habría llegado a identificarla hasta tal punto con la sociedad, que el motor revolucionario de la historia no sería ya la lucha de clases y la revolución obrera, sino precisamente una *crisis interna* del aparato del Estado.

La “contradicción entre sociedad y Estado” de la que Carrillo habla es una expresión de la lucha del proletariado contra la burguesía, porque los intereses progresivos de toda la sociedad están representados *por el proletariado* como clase, mientras que la burguesía se defiende del conjunto de toda la sociedad, y en concreto de su vanguardia, del proletariado, a través de la fuerza de su Estado, que es su principal organización para la lucha de clases. Sus diversos partidos, las diversas fracciones de las clases dominantes se disputan la dirección del Estado, de esa maquinaria, pero es el Estado la verdadera organización de las clases poseedoras, y ante todo de la burguesía: el ejército, la policía, el funcionariado; he ahí (y no en los partidos) la verdadera organización burguesa de lucha de clases. Los individuos reclutados por esta máquina de guerra figuran en ella como peones de la burguesía, independientemente de su origen social. Por este motivo siquiera, el partido es decisivo para el proletariado, mil veces más que para la burguesía. Para los capitalistas, el Estado es lo principal en la lucha de clases; el partido, lo secundario. En cambio, el proletariado en la sociedad burguesa sólo puede constituirse como una clase social al formar su partido revolucionario, al agrupar y organizar en torno a él a las masas en los Consejos Obreros, en sus milicias, frente al Estado de la burguesía. Los intereses de toda la sociedad dependen de esta *independencia política y organizativa* de la clase obrera frente al Estado y que conduce inexorablemente a un enfrentamiento entre las dos clases en el que la fuerza es quien decide. Así es como se *concreta* la “contradicción entre la sociedad y el Estado”.

²⁷ Carrillo, “Eurocomunismo” y Estado, *ibid.*, pág. 33.

Ahora bien, Carrillo pretende que el *reclutamiento* de parados, de campesinos sin tierras o, más arriba del escalafón, de hijos arribistas de la pequeña burguesía para el aparato burocrático-militar del Estado capitalista, llegaría a identificarlo con el pueblo oprimido hasta el punto de hacer innecesaria su destrucción revolucionaria, y de hacer, en cambio, posible su reforma, su “cambio” desde el interior. Las clases *parásitas* se habrían convertido en las fuerzas vivas de la revolución social. A partir de aquí, el PCE presenta a los obreros como simples auxiliares de militares, policías, curas y burócratas, de quienes en definitiva dependería la evolución social. Pero es sabido que el reclutamiento de estas fuerzas del Estado burgués, por masivo que sea²⁸, y en la más democrática de las repúblicas burguesas, lo que no es precisamente el caso del aparato estatal franquista de la Monarquía a la que Carrillo se refiere en su libro, sigue siendo incluso en ese caso un reclutamiento *de mercenarios de la burguesía*. Sólo cierta cantidad de elementos individuales puede cambiar de campo en el curso de la crisis revolucionaria, y por cada uno de estos pocos que apoye por convicción a los obreros, habrá diez o veinte de esos mismos pocos que los apoyarán por miedo a una fuerza revolucionaria superior, cuando el proletariado demuestre su fuerza *en el enfrentamiento*. En general, reclutados como mercenarios de la lucha de clases, mantenidos en funciones de parásitos, reprimiendo día tras día a los trabajadores y aprendiendo a odiarlos y, en fin, educados tan sólo para vivir en una sociedad corrompida y miserable, la gran mayoría jamás constituirán un factor positivo en la lucha, y su *crecimiento masivo* no simplificará, sino que complicará la destrucción revolucionaria del Estado burgués.

Pero todavía estamos hablando de lo que podría ser “el mejor de los casos”, que no es el del aparato estatal franquista. En el más democrático de los regímenes capitalistas, el odio al proletariado es el alimento cotidiano de todas las plantillas del aparato del Estado. Leyes especiales²⁹ y cuadros de mando se encargan de velar por ese espíritu y de seleccionar en torno a él su personal. Pero en el caso más concreto de la Monarquía heredera de Franco, *se les niegan todos los derechos políticos y sindicales, hasta los más elementales, a sus servidores*, y encima esta negación figura en la Constitución elaborada y votada por el PCE, de acuerdo con los altos jefes militares franquistas. ¿Cómo se casa aquella vía pseudo-revolucionaria “en el interior del aparato de Estado” con esta otra aceptación de una Monarquía que *impide* a sus funcionarios militares y policíacos toda actividad política o, mejor dicho, toda actividad que no sea monárquica y franquista? No hay quien lo case. Pero, en cambio, nos confirma que Carrillo, en sus teorías, en lugar de pretender abrir una “nueva vía” hacia la conquista del poder, pretende cerrar la única vía real, que pasa por la *independencia de clase del proletariado* frente al Estado de la burguesía, y que conduce al enfrentamiento entre las clases, entre los órganos obreros (partido revolucionario, Comités o Consejos Obreros, milicias...) y el órgano burgués (el Estado con sus policías, militares y funcionarios). Bajo esa óptica, el PCE aparece como algo distinto de un partido obrero, es decir, de un partido cuya existencia organizada permite a los trabajadores agruparse como clase frente al Estado de

²⁸ Aquí no me refiero en absoluto a los soldados de quintas, como se comprende fácilmente. Ya que el *reclutamiento forzoso* de obreros, campesinos y estudiantes, para ponerlos bajo el mando de los militares profesionales, ofrece al mismo tiempo grandes posibilidades a la lucha de los obreros contra el Estado. Pero Carrillo tampoco habla de esto. Si no, estaría obligado a señalar que justamente por esta razón el Estado capitalista, y sobre todo el llamado “democrático”, más que el de forma fascista, tiende a desarrollar cuerpos militares profesionales, a limitar y casi renunciar a enseñar un uso real de las armas a los reclutas de quintas, y a reservar el armamento para sus mercenarios.

²⁹ Como las de la República Federal de Alemania que impiden el acceso de “extremistas” incluso a tareas de educación, dentro de los funcionarios estatales. En *todos* los países hay leyes semejantes, aunque las prácticas sean todavía más demostrativas que las leyes, y prueben que el reclutamiento para el Estado es un reclutamiento antiobrero, anticomunista y clerical-reaccionario.

los capitalistas: bajo esa óptica aparece como un auxiliar del Estado burgués para impedir la independencia obrera, es decir, como una *agencia burguesa en el interior del proletariado*.³⁰ Pero la teoría de Carrillo, en lo que tiene de novedad, no se limita a defender al Estado contra una posible destrucción revolucionaria por parte del proletariado, sino que, dando un paso más, se opone a todo enfrentamiento de los obreros contra el aparato estatal incluso desde el punto de vista erróneo y engañoso de imponer una hipotética “reforma” del Estado. Cuando Carrillo afirma que “la contradicción entre sociedad y Estado *puede y debe* concretarse cada vez más en una crisis en el interior de ese aparato”, está diciendo a los trabajadores en un lenguaje oscuro y falsamente teórico que la movilización de las masas debe dejar el campo a la “autorreforma” del aparato de Estado, a la iniciativa de la burguesía misma. De este modo puede decirse que el pretendido “cambio de régimen” en España es hijo de las teorías de Carrillo. Pero justamente por eso, en realidad no es un verdadero *cambio*, sino una híbrida continuación del régimen anterior, del de Franco, donde el aparato de Estado sigue siendo franquista (en lugar de “autorreformarse”), y donde la participación de las organizaciones políticas de oposición en el régimen (legalización, presencia en el Parlamento, en los pactos de Gobierno, etc.) queda *subordinada al mantenimiento de este aparato franquista de Estado en su integridad*. Y como esta subordinación no detiene, pese a todo, las luchas de los trabajadores, el problema *concreto* consiste en la actitud a tomar ante los enfrentamientos constantes y crecientes de la juventud y los obreros con el aparato policíaco-militar de la Monarquía, de la burguesía en general. Pero aquí donde Carrillo estaría obligado a llegar a las principales conclusiones de sus “teorías”, en su libro “Eurocomunismo” y *Estado* se limita a hablar vagamente de la necesidad de “una política de orden público” del PCE, incluso “estando en la oposición”. La evidente conexión entre la campaña “antiterrorista” de las burguesías imperialistas y la Cruzada antileninista de Carrillo nos dan la clave de esa “política de orden público” que se deduciría de su aceptación del Estado capitalista: *la política traidora de atar los sindicatos, organizaciones y movilizaciones obreras al carro de la represión burguesa y al rearme del Estado capitalista contra la revolución proletaria que de nuevo pugna por irrumpir en la arena política mundial*.

Pero ya Carrillo comenzaba su libro pidiendo una teoría que negase la misma necesidad histórica de luchar contra el Estado burgués. En eso se diferencia de Mandel, e incluso de Claudín. Pero sólo en eso. Y, de todas maneras, los argumentos de Carrillo servirían de bien poca cosa sin la ayuda de las teorías de Mandel y compañía. Mandel, Claudín y todos sus semejantes redactan sus escritos sobre el tema como “una crítica” a las posiciones de los dirigentes de los PCs. Sólo gracias a esa astucia pueden desconcertar a los trabajadores y hacer pasar en forma de “críticas” al PCE, verdaderos alegatos a favor de un entendimiento y una conciliación con los dirigentes stalinistas y con el mismo Estado de la burguesía. Lo importante de lo que esta gente dice no está en los *matices* que presentan como diferencias respecto a Carrillo, sino en las *enormes diferencias* de sus posiciones con respecto al programa revolucionario que ellos dicen defender y que revisan con todo el descaro. Una vez el lector comprende el truco, y no se deja engañar por el *tono* de crítica al PCE, ve en seguida que los actuales textos de Mandel y Claudín no se diferencian fundamentalmente de los de Carrillo en cuanto al *fondo* de las posiciones.

³⁰ Pero luego veremos que, de todos modos, el PCE sigue siendo una agencia del aparato internacional del Kremlin, de la burocracia de la URSS, y que su papel burgués, su papel en la defensa del Estado capitalista proviene de la política del Kremlin, que es la verdadera agencia del imperialismo en la URSS y en el movimiento obrero mundial.

Veamos a Don Quijote-Mandel lanzarse al ataque, entre aspavientos de indignación revolucionaria, contra ciertas teorías de los llamados “eurocomunistas”, y que Mandel nos presenta como terroríficos gigantes:

“... los generales, los comandantes de la CRS, los jefes de policía, los altos funcionarios de los ministerios económicos o del Quai d’Orsay (...). Ellos son los que representan ese célebre “cuerpo parasitario”, separado del “cuerpo social”, del que hablan Marx y Engels. Ellos son los que constituyen ese célebre “aparato de Estado”, esa “máquina estatal” que tantas veces Marx y Lenin subrayaron debía ser rota por la clase obrera, ya que no podía tomarla a su servicio...”³¹

No nos dejemos impresionar por el verbo seudorrevolucionario de Don Quijote-Mandel: si sus aspavientos parecen heroicos, es porque sabe que en lugar de fieros gigantes se las entiende con molinos. ¡El hipócrita pretende que los lectores consideren *como una evidencia* indiscutible la peor de sus mentiras: que los *generales*, los *jefes* de la policía y los *altos* funcionarios serían quienes constituirían el aparato del Estado burgués! ¡Qué fácil es, después de colar esa mentira, después de presentar los molinos como gigantes, mostrarse heroico y responder a las teorías de Carrillo diciendo que hay que “romper” ese aparato estatal! Pero lo que Mandel propone no pasa de ser una *depuración* del personal dirigente, de las *altas esferas* del Estado burgués, poco o nada diferenciable de lo que antes definía Carrillo como “una crisis en el interior del aparato del Estado”. Y, desde luego, se trata de algo que no tiene nada que ver con el objetivo proletario de “demoler” (Marx) “*hasta los cimientos*” (Lenin) la máquina burocrático-militar de la burguesía. Esos generales, jefes de policía y altos funcionarios, a los que Mandel pretende reducir el aparato, el parásito estatal, no son más que la cabeza dirigente de esa máquina, pero identificarlos al aparato estatal equivale a pasar de contrabando una utópica “depuración” del aparato de Estado, como si fuese eso la revolución proletaria, la demolición del Estado capitalista, y su sustitución por el proletariado en armas. No es raro que estos oportunistas a lo Mandel declarasen que en Portugal en 1975 había sido “desmantelado”, o casi, el Estado burgués tan sólo porque los generales fascistas habían dejado temporalmente su sitio a “los de izquierdas”, porque los jefes de la PIDE fueron encarcelados para salvarlos del linchamiento popular, y porque la disciplina del ejército se había relajado considerablemente. Durante los meses críticos, tanto Mandel como el mismo Cunhal se negaron a considerar el Movimiento de las Fuerzas Armadas como la garantía del Estado burgués, y se esforzaron por presentar a una u otra de sus fracciones como garantes o aliados de la revolución proletaria... Unos y otros, los amigos portugueses de Carrillo (el PC de Cunhal) y los amigos de Mandel (la LCI portuguesa) se encontraron juntos en esta línea, hasta el punto de formar un “frente único” para defender el Gobierno del general Vasco Gonçalves, y fracasar con él. En esa ocasión, el molino se llevó por delante a Don Quijote-Mandel; pero si la realidad es testaruda, más lo es la ceguera consciente de los oportunistas al estilo de Mandel.

El mismo Claudín, que no tiene empacho en decir que está en contra de la dictadura del proletariado, va incluso más lejos que Mandel cuando dice en su libro *Eurocomunismo y socialismo*:

³¹ Ernest Mandel, *Crítica del eurocomunismo*, Barcelona, 1978, pág. 111. La CRS es un cuerpo de policía armada equivalente a la española. El Quai d’Orsay es la sede del Ministerio francés de Asuntos Exteriores.

“... la cuestión clave reside... en que no basta con el relevo del personal dirigente en los diversos aparatos e instituciones, ni con que este personal provenga de un sistema de selección más democrático, porque son las estructuras mismas del Estado las que han sido conformadas en función de las necesidades de dominación del capital monopolista...”³²

Hasta aquí Claudín parece responder no sólo a Carrillo, sino incluso a Mandel. Pero, si le dejamos seguir adelante, en esas mismas líneas enseña en seguida el plumero y a su vez comienza a falsificar para defender al Estado en contra de los obreros. Dejémosle seguir la frase anterior:

“Esas estructuras tienen que ser modificadas de modo que se amplíe la intervención real del pueblo en las instituciones representativas, las posibilidades de control sobre su labor, ...”

Claudín no responde al problema que él mismo plantea, contradice su propio razonamiento. Porque si es cierto que no basta con el relevo del personal dirigente (que tan sólo es la cima del aparato estatal burgués), por la misma regla de tres tampoco o menos aún puede bastar con una “modificación” de las “estructuras” del Estado, suponiendo que esas palabras confusas quieran decir algo concreto. Lo que ahora desaparece es *el cuerpo mismo* del Estado, ese aparato, esa máquina burocrático-militar, esos “cuerpos de hombres armados” de que hablan Engels y Lenin. Claudín nos habla de unas “estructuras”, pero olvidando que el poder no reside en ninguna “estructura” que parece no tener cuerpo, sino en la organización corpórea y concreta de hombres, además armados, y unidos estrechamente para defender violentamente la sociedad que les alimenta como parásitos. Por la misma razón que este aparato no puede ser tan sólo depurado en sus cimas dirigentes, tampoco basta *modificarlo*, ni está dispuesto a dejarse modificar si conserva la fuerza de sus manos. Se trata de *destruirlo*. Además, Claudín define esta “modificación” como “ampliar la participación real del pueblo” o su “control”. Es decir, Claudín *excluye* la posibilidad de que el pueblo trabajador pueda hacerse con el poder, que lo pueda tomar la clase obrera. La perspectiva que propone sería la de “participar”, o la de “controlar”, pero ¿el poder de quién, de qué clase? La respuesta cae por su peso. En lugar de la destrucción revolucionaria del Estado burgués por el proletariado organizado en Consejos Obreros, Claudín propone la participación popular en un Estado burgués reformado, el control sobre el Estado de la burguesía. Salvo que Claudín es y será incapaz de demostrar cómo esa burguesía que tiene el poder, el Estado, se dejará “modificar” o “controlar” por ese pueblo al que Claudín sólo ve capaz de “participar” en ese poder, pero incapaz de destruirlo y de sustituirlo por su propia organización de clase.

Las posiciones de Claudín y de Mandel se presentan, pues, como críticas a Carrillo, con el poco noble fin de colar de tapadillo sus propias posiciones oportunistas, que se sitúan de lleno en el terreno falso de la reforma del Estado (y, por lo tanto, de su defensa contra los “excesos” revolucionarios de la lucha de clases). Y, más en concreto, en el terreno de una *reforma desde dentro*. La movilización obrera aparece en estas teorías, en tanto que fuerza auxiliar de presión sobre el Estado. Ningún ejemplo ilustra tanto este hecho como el de Mandel representando la comedia de refutar la idea de una “reforma democrática profunda” del Estado. Dice:

³² Fernando Claudín, *Eurocomunismo y socialismo*, Madrid, 1977, página 158.

“La “legalidad” conserva y ratifica la jerarquía y la disciplina en el seno del ejército, de la gendarmería y de la policía. Una “reforma democrática profunda” de estas instituciones –si es que la expresión tiene algún sentido– pasa, fatalmente, por el cuestionamiento de esta jerarquía y esta disciplina, lo cual equivale, precisamente, a la *desagregación progresiva* de estos aparatos represivos, de esta “máquina del Estado”. En cuanto a que esta desagregación sea una forma esencial, primordial, de su destrucción, estamos totalmente de acuerdo, sobre todo después del ejemplo vivo de Portugal.”³³

Aquí también el supuesto combate de gigantes es un simple desafío a los molinos de viento. La única diferencia entre Mandel, por un lado, y Carrillo, Berlinguer y Marchais, del otro, es que el primero presenta la “desagregación progresiva” interna del Estado burgués como “una forma esencial, primordial, de su destrucción”; y, en cambio, los segundos la presentan como “una reforma” del aparato estatal. Pero unos y otros ocultan lo esencial, ocultan el verdadero gigante: el enfrentamiento entre el proletariado y el Estado, es decir, *la revolución*. Ya que incluso la descomposición interior de las fuerzas enemigas no es ni puede ser más que un *producto* del enfrentamiento de la clase obrera, organizada independientemente y armada política y materialmente, con el Estado burgués para destruirlo. En ningún caso esa *desagregación* interior (adaptación de la “crisis en el interior del aparato de Estado” de Carrillo, al lenguaje seudotrotskyista de Mandel), en absolutamente ningún caso, podría ser nada menos que “una forma primordial de su destrucción”, como Mandel pretende, sin decir en absoluto cuáles serían las otras, y si las otras son o no primordiales. Y no será por falta de pruebas históricas de que, hasta hoy, la insurrección de los Consejos Obreros ha sido concretamente la forma primordial de la destrucción del Estado burgués. La prueba de que Mandel quiere en realidad sustituir la *destrucción* del Estado por su *desagregación* interior nos la suministra el mismo texto al referirse a la experiencia reciente del proletariado portugués:

“El Portugal de 1975 ha sido la última demostración de lo bien fundado de este análisis. Al final de esta evolución [se refiere a esa “desagregación” del aparato del Estado, A. R.] no hay “democratización” del aparato del Estado que se tenga en pie. Lo que se da es, o bien su estallido (...), o bien la restauración de su “integridad”...”³⁴

Dicho pronto y claro: según Mandel, Portugal habría demostrado que el Estado puede “estallar” desde dentro, sin tener que destruirlo los obreros. Pero precisamente demostró lo contrario. Carrillo y Pastor también citan a Portugal como ejemplo de sus teorías contrarias a la independencia proletaria frente al Estado burgués. Pero ellos mismos y sus semejantes *fracasaron* en Portugal, haciendo quebrar no sólo sus podridas teorías revisionistas, sino, desgraciadamente, también los primeros esfuerzos de la revolución en la Península Ibérica. Incluso se esforzaron por presentarla como una revolución de soldados y marineros, y así fracasó, en contra de lo que ahora dice Mandel; pero resurgirá y ganará como una revolución *de los obreros*.

En Portugal el ejército estaba dividido, “disgregado”, por el empuje de los trabajadores. Pero ni siquiera en ese caso, el de un ejército colonial repatriado por la crisis revolucionaria, y en un país relativamente poco industrializado, los soldados podrían sustituir, ni en todo ni en parte, al proletariado en la tarea de destruir el Estado capitalis-

³³ Ernest Mandel, *Crítica del eurocomunismo*, *ibid.*, pág. 214.

³⁴ Ernest Mandel, *Crítica del eurocomunismo*, *ibid.*, pág. 215.

ta. Y, además, los soldados se rebelaban y hacían trizas constantemente la disciplina militar, *apoyándose precisamente en el desarrollo de las comisiones de trabajadores*, en las ocupaciones de fábricas y tierras, en los piquetes obreros, en el control de empresas y calles por trabajadores organizados pese a la absoluta falta de una dirección revolucionaria. Pero justamente entonces, el PCP de Cunhal dedicó sus fuerzas a subordinar la acción de los soldados de fila y, ante todo, la de los obreros *a los militares del Movimiento de las Fuerzas Armadas*, con la política frentepopulista de “unión pueblo-MFA”. Los discípulos portugueses de Mandel no se distinguieron gran cosa de Cunhal en esta *cuestión fundamental* de la independencia del proletariado frente a la izquierda militar burguesa. Constantemente capitularon también ante el MFA, y rehuyeron toda posibilidad de enfrentar las Comisiones de Trabajadores a los planes de la reacción, y de centralizarlas para ir hacia la toma del poder político. Y mientras las ilusiones de que la solución iba a venir de *dentro* del ejército o de la alianza con alguna de sus fracciones paralizaron a los obreros en momentos críticos y frenó su organización independiente, la misma ilusión condujo a los soldados a la aventura penosa del 25 de noviembre. Nadie preparaba el enfrentamiento de las Comisiones de Trabajadores con el Gobierno reaccionario del almirante Pinheiro y con la derecha militar; pero los irresponsables militares izquierdistas quisieron imponerse *sin los obreros* y llevaron a los soldados al desastre, liquidando en un día todo el movimiento de base en los cuarteles. El grupo de Mandel, la LCI portuguesa, actuó de comparsa, ya que había comenzado por dar a los soldados el papel de protagonistas que solo los obreros hubiesen sido y son capaces de asumir hasta el final. Lo que se demostró en Portugal no fue el método o la vía de la “disgregación progresiva” del Estado, sino, todo lo contrario, que la revolución pasa por el enfrentamiento de los órganos obreros centralizados en Consejos o Soviets, contra el Estado capitalista y para destruirlo.

Pero, además, esos primeros pasos de la revolución portuguesa han sido el esbozo de la revolución europea que todos los enemigos del proletariado intentan ocultar y frenar. Y de una manera especial, parecían como un ensayo general del hundimiento del franquismo y del inicio de la revolución en el Estado español. Carrillo, Mandel y compañía se han precipitado a incluir falsas lecciones de Portugal, falsos balances, a desarrollar esa campaña antileninista de defensa del Estado burgués antes de que un nuevo amago revolucionario de los trabajadores de algún país de Europa llegue a precipitar un auténtico balance de todas las anteriores frustraciones e incluso derrotas, que indefectiblemente iría, con todas las confusiones que se quieran, hacia el renacimiento del leninismo.

Y así, mientras la IV Internacional revolucionaria lanzaba la lucha en todo el movimiento obrero internacional por el RETORNO A LENIN, para organizar tal balance obrero de masas en el combate y para el combate, todos los oportunistas lanzaban esa Cruzada contra la continuidad de la revolución proletaria y sus constantes enseñanzas. Rindiendo nuevos y redoblados servicios al aparato de Estado de la burguesía frente a la revolución que madura, los dirigentes stalinistas de los PCs atacan las propias bases de la existencia del movimiento obrero, su independencia frente al Estado, aun sabiendo que así zapan las mismas bases sobre las cuales se asienta la influencia de esos dirigentes traidores sobre los trabajadores: la idea falsa de que serían los continuadores de Lenin, de Octubre del 17, los bolcheviques. Carrillo ha ido más lejos que ninguno de este ataque contra el leninismo. Ha necesitado cubrirse con la reputación prefabricada y falsa que Claudín tiene de “antistalinista” y Mandel y Pastor de “trotskistas”, ya que estos últimos le han dado apoyo y argumentos. Pero unos y otros avanzan en su empresa con tal dificultad que, en el Estado español, donde la crisis prerrevolucionaria da un tinte explosivo a estos problemas, han necesitado también que la IV Internacional leninista

sea mantenida en la ilegalidad por el Gobierno y la policía de ese Estado con el que quieren conciliar al proletariado.

De tal modo que tenemos derecho a decir que si Carrillo necesitó cierta ayuda de la GPU en la España republicana para hacerse pasar por un leninista enemigo del Estado burgués, hoy está necesitando, para anular las enseñanzas de Lenin sobre el Estado, de *cierta ayuda de la policía de la Monarquía franquista.*

III

DEL “FRENTE POPULAR ANTIFASCISTA” A LA UNIÓN SAGRADA DE LOS FRANQUISTAS

La “reconciliación nacional” y la lucha contra la dictadura

Hemos visto las falsificaciones teóricas de los cruzados del antileninismo, capitaneados por Santiago Carrillo; hemos visto también que les contradice la evolución concreta del Estado capitalista en la crisis actual, y que les contradicen especialmente los primeros balbuceos de la revolución obrera europea, tal y como empezó a manifestarse en Portugal. Pero ya sabíamos por adelantado que los endebles argumentos revisionistas de Carrillo y compañía extraen su fuerza de las heridas dejadas, y no cicatrizadas en la conciencia de las masas, por un período histórico aún no superado y ni siquiera asimilado: los largos años de la crisis de la dirección revolucionaria, las derrotas y traiciones de Stalin, la confusión posterior.

Carrillo presenta su antileninismo como un pretendido balance del stalinismo, y con este truco su oportunismo cobra cierta fuerza momentánea. La falta de un *verdadero balance obrero* es la principal baza de Carrillo. Tenemos, lógicamente, que comenzar ya a entrar en este terreno de la lucha, en este terreno tan vivo y tan sensible que es el del peso, sobre los trabajadores, de su propia historia. Ese peso puede ser el de un arma de combate, o el de un lastre.

Los dirigentes oportunistas presentan como fracasos *de la revolución* lo que realmente fueron derrotas y traiciones *de la dirección stalinista*. Ese falso y desesperado “balance” es el caldo de cultivo de las venenosas teorías antileninistas, porque convierte la historia de la clase obrera en un pesado fardo que la paraliza a la hora de recomenzar su revolución. Carrillo y compañía presentan como fracasos *de los obreros* lo que fueron cínicas maniobras *de la burocracia de la URSS*, usurpadora de la revolución bolchevique, en beneficio propio y de su alianza con la burguesía internacional. Semejante confusión (sobre cuya explicación a fondo habrá que volver más adelante) es la base del andamiaje revisionista de Carrillo.

Muy en concreto, se trata de la ausencia de un balance claro de la revolución española de 1936, como expresión del balance general del stalinismo. Ocultando el balance real, presentando uno falso y negativo para justificar a la dirección del Kremlin y a la del PC español, Carrillo y todos sus semejantes pueden esgrimir la derrota de 1939 y los cuarenta años que la siguieron, a modo de espantajo interpuesto en el camino de las masas.

El Referéndum Constitucional del 6 de diciembre de 1978 fue organizado como un chantaje político de ese género: “o esta Constitución miserable, continuista del franquismo, o un golpe militar como el del 36”, fue más o menos la falsa alternativa sometida al voto. No es de extrañar que la abstención fuese tan masiva entre los trabajadores colocados ante tal chantaje político. En cuanto a los argumentos de Carrillo sobre el Estado, una vez analizados de cerca en el capítulo anterior, han quedado ya reducidos a un chantaje “teórico” del mismo género y que se presenta como el último recurso del

revisionista: el intento de presentar las cosas, el balance del 36, como si la revolución obrera hacia la destrucción del Estado burgués, como si la independencia de clase del proletariado frente al Estado para preparar su destrucción hubiesen conducido al desastre de 1939. ¡Cuando fue precisamente lo contrario! Carrillo explota a fondo esa derrota de la que fue responsable destacado.

Pero es más justo decir que explota la falta de un balance revolucionario. Esa carencia proyecta la sombra de la guerra civil sobre los pasos difíciles y forzosamente desconfiados del proletariado de nuestros días, y que imprimen esa marcada lentitud al desarrollo de la crisis política actual. Esa carencia de balance positivo levanta una barrera entre la vieja generación que se formó en las duras experiencias de la guerra y de la posguerra, y el empuje desordenado de la juventud que constante y regularmente intenta entrar en escena de cara a una nueva revolución. Pero *que no logra conectarla* con la anterior, ni con sus enseñanzas, ni, por tanto, con las generaciones que vivieron su juventud como la de la guerra perdida o la negra posguerra.³⁵ Apenas salen los obreros de las consecuencias más directas de la derrota del 39, apenas se reincorporan lentamente a su propia historia y como parte integrante de la lucha de clase del proletariado internacional, ¡y ya su propio movimiento cae enfermo de esa falta de un balance que permita unir el pasado y el futuro de una manera clara, actual y consciente! La abstención semi-espontánea pero imponente de los obreros ante la Constitución monárquica de la “Unión Sagrada” Juan Carlos-Carrillo-González señaló justamente el punto culminante de esa enfermedad que congeló la situación, la crisis prerrevolucionaria. La teoría y la política de Carrillo viven como parásitos de esa enfermedad del movimiento obrero, agravándola con un falso y desmovilizador “balance”.

Carrillo predica desde hace años la “reconciliación nacional”. Es tanto una política como un cierto “balance”: la reconciliación de los vencidos con los vencedores para evitar una nueva guerra civil. De esta manera, el híbrido régimen de la “Unión Sagrada” en torno al aparato estatal construido por Franco, el régimen de la Monarquía franquista, surge directamente de un “balance” del proletariado, aunque sea de un falso balance. Por esta razón debemos ver brevemente lo que esta política de “reconciliación nacional” ha representado *realmente* en la recuperación del proletariado después de la derrota de la guerra civil.

Desde el mismo 1939, los luchadores obreros comenzaron a reorganizarse, y sus fuerzas fueron extendiéndose pese a la represión durísima de los años cuarenta. La terrible dictadura de Franco no fue, de ningún modo, inevitable ni inexpugnable. Pero todas las direcciones comprometidas en la derrota de 1936-39, desde el mismo PCE hasta la CNT y el POUM, impidieron, frenaron lo que debía ser *el primer paso* del resurgimiento obrero: un balance político. Así comenzaron desde el primer día a distanciarse los combatientes y resistentes de la guerra civil con respecto a las masas obreras en general, y en especial a las nuevas generaciones. En lugar de buscar este camino, la actividad de la oposición se dirigió a esperar la caída del régimen como obra de las potencias imperialistas aliadas y de su colaboración con la URSS. Aislándose de las masas obreras, el PCE, lo mismo que el PSOE y la CNT, cortejaron a los monárquicos del bloque franquista: no sacaban un balance obrero de la bancarrota política de la república burguesa, pero, en cambio, subordinaban de manera irresponsable el movimiento obrero organizado a los generales y políticos monárquicos y a la voluntad del imperialismo y del Kremlin. De este modo, las huelgas que comienzan a extenderse desde 1945 hasta 1951, hasta la huelga general de Barcelona, carecían de cualquier perspectiva política; mostraban

³⁵ Aunque la bibliografía de la guerra civil sea excepcionalmente abundante, el problema del que se trata aquí no es tan sólo literario, y además esa bibliografía *prácticamente carece* de intentos de analizarla como ensayo de la actual lucha obrera.

los primeros esfuerzos del proletariado, pero demostraban que esos esfuerzos no habían sido esperados ni preparados por sus organizaciones clandestinas, sino desarmados por el PCE y las otras direcciones oportunistas. Los dirigentes, en lugar de reforzar *la independencia de clase del proletariado* con un balance de la derrota de 1939, persistieron en la traición y la agravaron, al subordinar el avance de las masas y su salida política a la colaboración del imperialismo con el Kremlin, y a una restauración monárquica en España. Pero lo que Stalin venía pactando con los imperialistas norteamericanos y británicos era en realidad la defensa del Estado burgués en España: por miedo al proletariado español y europeo, y ante la evidencia de la cobardía de los políticos y militares monárquicos, terminaron en Washington y Moscú por aceptar el mantenimiento del franquismo como garantía de estabilidad. En ese fracaso acabó la resistencia de la posguerra, sin saber apoyarse en la reacción obrera contra la miseria y la represión, ni en las fuerzas de la juventud, y sin saber apoyar sus luchas nacientes.

Al final de los años 40, el PCE daría un giro al abandonar los sindicatos obreros clandestinos, y entrar a la CNS como oposición. Carrillo y compañía suelen presentar hoy este giro como una muestra de “realismo”, e incluso como un éxito táctico del PCE. Es decir, como si hubiese sido inevitable la prolongación del franquismo en los años cincuenta y sesenta. Hay dos falsedades en esta pretensión. La primera es que la iniciativa partió *personalmente de Stalin*, como Carrillo ha contado después³⁶, y que en los años en que fue tomada se enfrentaba contra el despertar de las huelgas obreras, las cuales amenazaban a la CNS y rompían con ella, hasta el punto de que los jefes llegaron a negociar con la CNT para poder hacer frente al movimiento obrero independiente. La segunda falsedad consiste en que cuando Stalin “propuso” a Pasionaria y Carrillo el abandono de la guerrilla y la entrada en la CNS, no propuso una táctica más o menos discutible, sino que *impuso* el abandono de la resistencia al franquismo, el abandono de los sindicatos obreros, la canalización de las huelgas hacia el interior del aparato “sindical” fascista, y precisamente porque ya entonces Stalin había optado por la permanencia del franquismo. En 1950 la ONU aprobó la vuelta de los embajadores a Madrid, y *ya en 1954* se establecerían acuerdos comerciales entre el Kremlin y el Gobierno de Franco.

La resistencia de la posguerra se hundió justamente *cuando recomenzaba la lucha obrera*. Su perspectiva no había sido esta reacción obrera, sino la presión diplomática y la subordinación de la acción a un ilusorio complot monárquico. Agarrándose a esta ilusión como a un clavo ardiendo, el PSOE negoció la supresión del derecho de huelga en sus pactos con Gil Robles. Un sector de la CNT inició discusiones con los franquistas de cara a incorporarse a la dictadura. El PCE, al entrar como “oposición” en la CNS, boicoteada por los trabajadores y atacada en cada huelga, siguió el mismo camino de claudicación. La falta de un balance de la guerra civil permitió esta nueva traición de los dirigentes, impidió la unión de los cuadros políticos y sindicales con las masas obreras en lucha, y frenó completamente la incorporación de la juventud y la renovación del movimiento. En 1955, por tanto, dos años después del tratado militar con los Estados Unidos y un año tras el primer acuerdo comercial con representantes de Moscú, la lucha clandestina tocó fondo: miles y miles de luchadores se perdieron entre la represión y la desmoralización, y casi todas las organizaciones políticas y sindicales de la guerra civil prácticamente desaparecieron como fuerzas activas.

La lucha posterior surgió directamente de las fábricas, de las minas, de las universidades, sostenida por una nueva generación que no conocía más que el aislamiento nacional y la lucha ilegal, y que se abría su propio camino. El desarrollo de nuevas organizaciones, esencialmente animadas por la juventud, pero encerradas en esa estrechez

³⁶ “Demain, l’Espagne”, conversaciones de Santiago Carrillo con Régis Debray y Max Gallo, París, 1974.

nacional, como el FLP y luego ETA, eran la demostración palpable de que la traición de los dirigentes y la falta de un balance habían introducido un duro corte en la lucha de las masas contra Franco. Y *sólo un sector reducido de la juventud* se incorporó a la lucha a través de las organizaciones de 1936-39. El PCE entró tarde y mal a esta segunda ofensiva obrera, la que se despliega desde 1962 y entra en crisis en 1968. Entonces entró para conducirla al callejón sin salida de la “reconciliación nacional” que presentaban falsamente como un balance de los anteriores fracasos.

Mientras los obreros españoles reacumulaban sus fuerzas frente a la represión y al hambre, y seguían aislados del proletariado europeo por los pactos de la burguesía imperialista con la burocracia del Kremlin, y por aquel fracaso de la resistencia de la posguerra, los franquistas se limitaron a despreciar la propuesta de “reconciliación” de Carrillo. Todavía por parte del PCE esta fórmula tenía un contenido impreciso que los militantes solían interpretar como un intento de alianza con la Iglesia (lo que, desde luego, facilitó a la jerarquía católica su política de control de un importante sector de la juventud obrera y estudiantil que iniciaba la lucha, a través de organizaciones legales “de oposición” montadas por la Iglesia). Pero hizo falta que la ofensiva obrera ganase amplitud para que esta otra generación de luchadores, sacrificada a la ferocidad del régimen, entendiese la falsedad de ese balance y de esa política de la “reconciliación nacional”. El punto crítico se sitúa en los años 66-68, y en él hay que detenerse un momento para seguir recuperando el hilo que une la guerra civil con la actual crisis prerrevolucionaria, hilo que pasa a través de ese aparente “paréntesis” de la dictadura, y de todas las interrupciones de la lucha contra la dictadura.

A primeros de los 60, las masas obreras y su juventud habían acumulado una fuerza considerable, hinchaban el movimiento clandestino que pugnaba por salir a la luz, y animaban acciones de masas que tendían a tomar forma organizada independientemente de la dictadura y opuesta a ella: se formaron las Comisiones Obreras en Asturias, y en seguida empezaron a extenderse a todas partes. Los “sindicatos” verticales fascistas (CNS) estaban desbordados por la oposición obrera independiente. Sectores numerosos de la pequeña burguesía pasaban a la lucha, empujados por los obreros y los estudiantes, que llevaban el peso de la acción en torno a la formación de Comisiones Obreras y del Sindicato Libre de Estudiantes. Mientras, en Europa se acumulaban las luchas que iban a terminar por desencadenar en Francia la huelga general de 1968, y en Checoslovaquia, el movimiento de la “Primavera de Praga”. Y fue entonces, justamente entonces, en ese período crítico en el que la dictadura temblaba, cuando el PCE concretaría lo que exactamente quería decir la “reconciliación nacional” que Carrillo predicaba desde 1956 con el apoyo del Kremlin.

La “reconciliación nacional” sería *la subordinación de la acción de masas a una pretendida “evolución” del franquismo*, y más concretamente a los acuerdos con los franquistas caracterizados de “evolucionistas”, igual que años antes se habían intentado y habían fracasado con los monárquicos.³⁷

Fue un verdadero mazazo para un movimiento de masas que había ido creciendo *al mismo tiempo y en la misma medida* en que afirmaba su independencia política, en que planteaba la ruptura con la dictadura. Precisamente esa ruptura con los “sindicatos” fascistas, esos esfuerzos de centralización independiente de la lucha huelguística (en los que surgieron las primeras Comisiones), comenzaban a padecer de falta de perspectiva política revolucionaria para seguir avanzando. La política de “alianza con los evolucionistas”, que ante todo era una política de encuadramiento de la lucha de masas hacia la “evolución del franquismo”, fue un golpe tan considerable que daría lugar a la mayor

³⁷ “Se ha iniciado el proceso de la liquidación de las formas fascistas de poder de la oligarquía...”, decía la Resolución de agosto de 1964 del Comité Ejecutivo del PSUC.

crisis del movimiento obrero bajo el franquismo, a un nuevo corte radical en su composición, en sus perspectivas, en sus métodos de lucha. Un callejón sin salida que empujó a buscar afanosamente ese balance necesario, a través de numerosas crisis, escisiones, fracciones... Ahí se detuvo en realidad la ofensiva de masas de los años 60: ante el evidente fracaso de las direcciones y la falta de un balance de sus traiciones.

Claudín se nos presenta hoy como un precursor de las actuales posiciones de Carrillo. Efectivamente, unos años antes de que Carrillo publicase sus *Nuevos enfoques a problemas de hoy*, el texto que subordinaba la acción de masas a una “evolución” del franquismo dirigida por el capital monopolista, Claudín y Semprún habían defendido ya esta misma interpretación de la “reconciliación nacional”. Pero, más que precursor, Claudín fue sencillamente el aliado de Carrillo desde 1956, avanzando juntos por esa línea claudicadora que, por otro lado, era sencillamente la aplicación nacional de la “coexistencia pacífica” del Kremlin con el imperialismo norteamericano. Fue precisamente Pasionaria, y seguramente tras consultar a los dirigentes del Kremlin en 1956³⁸, quien decidió la lucha interna del PCE a favor de Carrillo y Claudín y de su política de “reconciliación nacional”. Los actuales esfuerzos de Carrillo por presentarnos esa línea política de 1956 como una especie de prueba de “independencia nacional” del PCE, o de “democratismo” de sus dirigentes, son sencillamente grotescos. La dirección del PCE se limitaba a desarrollar aún más los “consejos” de Stalin en 1948 de adaptarse al régimen franquista, y los actualizaba al nivel más intenso de colaboración de la burocracia de Moscú con el imperialismo después de 1956.

Por tanto, es también probable que Líster se acerque mucho a la verdad cuando explica que “Carrillo quería un compromiso y lo hizo todo para obtenerlo. Quería sobre todo convencer a Claudín. Le decía que no había que quemar etapas. Lo que pasaba era que Carrillo no estaba seguro de la gente del interior”.³⁹ Debe ser más cierto aún que Carrillo temiese concretamente los riesgos de este giro. Temía que desencadenase en la base del PCE actitudes de protesta que planteasen o exigiesen un balance a fondo, una verdadera discusión sobre el stalinismo y la democracia interna. Carrillo temía por la disciplina del aparato y por su unidad con el Kremlin. Al intentar controlar el giro “sin quemar etapas”, y luego al desembarazarse de Claudín y Semprún, Carrillo se deshacía de las tendencias que querían dar un aire “nacional” o “democratizador” al giro político oportunista del momento, debilitando así el control del aparato del PCE sobre el interior del país. Pese a lo que Carrillo dice hoy, la realidad es que se deshizo de Claudín y Semprún para realizar *el mismo* giro preconizado por ellos, pero de manera puramente burocrática y *en los límites estrictos de la voluntad del Kremlin*. Después de asegurar el aparato, Carrillo aplicó en 1967 la línea de Claudín.

Carrillo publicó sus *Nuevos enfoques* cuando el movimiento obrero y estudiantil ya había saltado a la calle, a una actividad abierta y desafiante para la dictadura. Incluso los recursos demagógicos que el PCE había empleado en su lucha fraccional contra Claudín casi habían impedido al partido stalinista frenar el movimiento, contener el desarrollo de las Comisiones Obreras, la ruptura de los estudiantes con el SEU franquista. Y ya la organización obrera independiente del corporativismo fascista estaba planteada a la orden del día, con la propuesta de un Congreso Obrero Sindical. Pero en ese mo-

³⁸ “Las discusiones en nuestra delegación sobre el conflicto interno se realizaban en los huecos que nos dejaban las sesiones del Congreso soviético, y al principio parecía evidente que los “jóvenes” (Carrillo y Claudín) perdíamos la batalla, porque Dolores Ibárruri apoyaba a Vicente Uribe. Pero un buen día se produjo un cambio inesperado en la actitud de la secretaria general. (...) Como luego supe, este giro fue determinado por el impacto que en ella había hecho el “informe secreto” del que tuvo conocimiento antes que los demás” (Claudín, *Documentos de una divergencia...*).

³⁹ Líster a *Cambio 16*, “Eurocomunismo: debate al rojo vivo”, 22 de enero de 1978.

mento la dirección del PCE no dudó un día más en “quemar etapas”. Con su “nuevo enfoque” de la “reconciliación nacional”, Carrillo sacrificó el movimiento de masas, e incluso al propio PCE, para detener la radicalización de la ofensiva obrera: eso fue la línea de alianzas con los “evolucionistas del franquismo”.

El movimiento se dividió y se dispersó. El PCE tuvo la más importante escisión de su historia, formada por los jóvenes cuadros del movimiento de masas obrero y estudiantil. Las Comisiones Obreras llegaron casi a desaparecer, y fueron “reorganizadas” más tarde como un apéndice del “sindicato” vertical, como un medio de sujetar a los trabajadores organizándolos como oposición interior a la CNS, en lugar de llevarles a la ruptura con el verticalismo. Si en 1948-50 el PCE entró en la CNS mientras la lucha obrera saltaba fuera de ella y contra ella, en 1967-69 el PCE detuvo la ruptura de los trabajadores que habían entrado en el período anterior a luchar desde los cargos elegibles de la CNS, y se disponían ya a romper con ella y a organizar la lucha obrera independientemente. En cuanto al sindicato estudiantil, faltó el apoyo de un movimiento obrero en ruptura con el verticalismo, y se hundió antes de que el PCE comenzase a proponer de nuevo *la participación* de los estudiantes en elecciones corporativas para los claustros universitarios franquistas.

De este tremendo fracaso surgieron los nuevos grupos, las tendencias, a través de los cuales los trabajadores y la juventud buscaban la explicación y el balance de este fracaso, ligándolo por primera vez a su historia, al balance de la guerra civil, y también por primera vez a los problemas de la ofensiva del proletariado internacional tal como se manifestaron en 1968 en Francia, en Checoslovaquia, en Vietnam. Los costes de este esfuerzo, de esta búsqueda a tientas, en la confusión y el aislamiento, fueron considerables para el futuro. Del sector más numeroso, que se consideró “gastado” en las tentativas de encontrar una salida revolucionaria, a ciegas, en aquellos años, ha salido el grueso de esos “cuadros” del momento: cuadros acomodaticios que hoy se aferran tan ciega como lamentablemente a la miserable legalidad del régimen Juan Carlos-Carrillo-González. Su balance es puramente negativo, es un cinismo que intenta hacerse pasar por “realismo”, y de aquí su hostilidad a las masas y a la juventud que no congenian con el mundo político oficial del momento.

Pero un sector reducido del movimiento obrero, a través de ese laberinto de 1968-1970, llegó a orientarse hacia la IV Internacional, como conclusión del balance proletario, y pudo comenzar a incorporar lentamente la lucha obrera del Estado español a la lucha revolucionaria del proletariado internacional. Es la historia concreta de la fundación del Partido Obrero Revolucionario de España. Desde que los obreros españoles dieron amplitud a su lucha, la “reconciliación nacional” apareció como *continuación* y *profundización* de las traiciones de 1936-39, en lugar de como un balance positivo. Empezó además a aparecer esta traición como una consecuencia de la colaboración de los dirigentes de Moscú con la burguesía internacional. La continuación de la lucha quedó para siempre ligada a la necesidad de un verdadero balance de las direcciones políticas. Solo una minoría llegó entonces al final del balance, a la conclusión de que la IV Internacional, su programa, su lucha y su construcción constituyen la respuesta a los problemas históricos e inmediatos de la lucha de los trabajadores traicionados por la burocracia y los partidos stalinistas. Ese camino fue todo menos fácil: en el breve plazo de dos años, la vanguardia tuvo que tantear, probar y descartar todos los matices del centrismo que “se reclama de la IV Internacional” y que confunde su lucha usando esa bandera que no le corresponde, tales como el *pablismo* de Mandel y de la LCR (Secretariado Unificado), el abandono de Healy y de la LOC española (Comité Internacional-mayoría), y la traición de Lambert y de la OCI (Comité de Organización). Pero a partir de aquí, la construcción del partido revolucionario de la IV Internacional concentra los

problemas del balance de las mismas masas obreras, de ese balance cuya ausencia de- tiene periódicamente sus ofensivas cuando están a punto de dar los pasos decisivos. La principal conquista del esfuerzo de las masas en los años sesenta, y de la crisis posterior, es la fundación del partido de la IV Internacional por una vanguardia capaz de armar a las masas en lucha, con un balance de su historia y de la traición de sus direcciones.

Las historias del PCE o de los centristas suelen cubrir púdicamente esa crisis de 1967-1970 bajo el manto del Estado de Excepción que la siguió inmediatamente (en 1969), o atribuirle en todo o en parte a la represión. Con el mismo método, también se ha atribuido “a la represión” la crisis de 1950-55. Pero los hechos demuestran que *estas crisis precedieron y prepararon la represión*, y que la represión más bien permitió *tapar o dificultar el balance necesario*. La fuerza del franquismo no ha residido ni sólo ni sobre todo en su brutal represión, pues siempre hubo trabajadores y jóvenes dispuestos en masa a desafiar al régimen, decenas de miles de militantes organizados activa y clandestinamente en cada etapa, lo mismo a mediados de los cuarenta que a mediados de los sesenta. La orientación política les desarmó ante la represión, cuando ellos esperaban una “liberalización” o una “reconciliación”; y la represión, a su vez, les impidió sacar las conclusiones.

Los historiadores oportunistas⁴⁰ que con la historia de la represión cubren la historia de la traición podían al menos molestarse en explicar cuál es, por ejemplo, la relación entre esa *intensificación de la represión desde 1969*, a la que otorgan un papel considerable o determinante, y ese giro del PCE en 1967 hacia una “evolución del franquismo” inspirada por los monopolios. Pues bien, la relación exacta es la siguiente: el aparato del PCE *desarmó* al movimiento y a su propio partido, asegurándoles una perspectiva pacífica y subordinando su organización y su acción a tal perspectiva. Eso dividió y dispersó el movimiento de masas. Y entonces, en lugar de “evolución”, la dictadura se arriesgó a plantear las batallas más duras. Gracias a la crisis, el Estado de Excepción pudo desorganizar un movimiento ya dividido y desorientado, e incluso anular a muchos cuadros y no pocos jóvenes formados entre 1962 y 1969. Ese es el orden y la explicación de las cosas.

Por primera vez desde 1939 se producía una colaboración política, *todavía indirecta*, entre el régimen de Franco y la dirección de Carrillo (impulsados ambos por una colaboración cada vez más *directa* entre el imperialismo norteamericano y el Kremlin). El Estado de Excepción no hubiese servido de mucho a Franco sin los *Nuevos enfoques* traidores del antileninista Carrillo. La prueba: ya en el mismo final de 1969, y sobre todo desde finales de 1970, en la lucha contra el Consejo de Guerra de Burgos, la clase obrera mostraba una pujanza, una combatividad y una conciencia política sin precedentes. El Estado de Excepción no la había debilitado en absoluto; y, sin embargo, había postrado a los cuadros y a las organizaciones previa y políticamente desarmados por Carrillo, o perdidos en la búsqueda a tientas de un nuevo camino. Esa fue la primera “reconciliación nacional” de Carrillo y los franquistas, todavía indirecta.

Hemos visto que, en aquel balance colectivo y difícil, un sector reducido fue hasta el final, uniéndose a la IV Internacional, fundando el PORE para orientarse y orientar a las masas firme y constantemente *en el sentido opuesto al de la “reconciliación”*. Es decir, en el sentido de la independencia revolucionaria del proletariado, para evitar una traidora reconciliación con los herederos de Franco, y para dirigir a las masas hacia la revolución socialista en la ocasión siguiente. A la muerte de Franco, la amenaza de una revolución proletaria era cada vez más precisa. Lo atestigua en particular el rápi-

⁴⁰ Por ejemplo, *Seat, la empresa modelo del régimen*, de Miguélez Lobo, en lo que se refiere a las Comisiones Obreras, y *Els estudiants de Catalunya sota el règim franquista*, de Colomer i Calsina, sobre la crisis entre los estudiantes.

do crecimiento relativo del PORE desde 1972 hasta 1975. Pero entonces sí que los franquistas “se reconciliaron” directamente con los dirigentes de los obreros. Al llegar a su práctica, el contenido de la “reconciliación nacional” fue todavía más concreto: *la reconciliación en torno al Estado surgido de la derrota de 1939, la “Unión Sagrada” en torno al aparato policíaco-militar del franquismo*, y para protegerlo de las masas obreras, de sus luchas y de sus exigencias. Más que de una reconciliación, se puede, por tanto, hablar del paso definitivo del traidor Carrillo con el PCE al *carro de guerra* de los vencedores del 39, y cuando estos comenzaban a temblar temiendo la revancha de los obreros. Para esta nueva operación política, Carrillo ha iniciado su Cruzada antileninista, intentando presentar su actual alianza con los asesinos de 1939 o sus herederos, como un balance de la derrota de la guerra civil.

Es normal que esta política, de nuevo, sobrecoja el ambiente en la situación actual. Normal que la ofensiva obrera que precedió a la muerte de Franco y después saltó a la luz del día quedase durante tres años titubeante, confrontada al balance de estas direcciones que llaman a la desmovilización general, a la represión “de terroristas”, y que colaboran en la defensa y en el reforzamiento del aparato policíaco y militar heredado por Juan Carlos directamente de Franco.

Y he aquí que Carrillo comienza a esgrimir contra las masas: ¡o la colaboración de clases con el Estado enemigo, o coger ahora las armas!, ¡no queremos una nueva guerra civil!, ¡todo lo hacemos para evitar una guerra civil!, y así sucesivamente.

Los obreros se lo piensan... más de lo que algunos creen. Sopesan los problemas generales y sus propios y concretos problemas. Todos miran de reojo a 1936-39. Es necesario que quede claro el balance.

Balance de la guerra civil. Las armas y el poder del Estado

Esa alternativa, “colaborar con el Estado burgués o coger las armas”, tan presente hoy como elemento de confusión y de freno a la entrada en acción de las masas obreras, es una falsa alternativa que incluye un falso balance de la guerra civil.

La guerra civil *no fue* una revolución proletaria. Es la primera cuestión a aclarar. La guerra civil fue emprendida y dirigida *contra* la revolución proletaria: por los generales de Franco, evidentemente; pero también por los republicanos, por las potencias aliadas y por Stalin, que la utilizaron para reconstruir el Estado burgués como freno al proletariado revolucionario. La revolución proletaria es la destrucción del Estado capitalista y su sustitución por la clase obrera, organizada y armada para expropiar a los explotadores. Pero, en cambio, ni el armamento de los obreros, ni la expropiación de los explotadores pueden por sí mismos dar el triunfo a los obreros: hace falta *concentrar la lucha proletaria sobre la destrucción del Estado capitalista*, y organizar el poder del pueblo en armas a través de esa destrucción del poder de la burguesía.

Pero los oportunistas ocultan a los trabajadores *precisamente* que en 1936-39 se cogieron las armas (e incluso con las armas en la mano se expropió un enorme sector de la industria, la tierra y los servicios), *pero sin dejar de colaborar con el Estado burgués*, y que, *por esta razón*, no les sirvieron a los obreros ni los fusiles ni las fábricas que tenían en sus manos. No les sirvieron para su revolución proletaria, sino para prolongar, a costa de heroísmo y terribles sacrificios, una guerra civil entre los fascistas y la República burguesa, en la cual los trabajadores comenzaron por perder su *independencia política de clase*, luego perdieron las armas, más tarde las fábricas, y finalmente acabarían derrotados junto a una República que se había hecho tan inútil a la clase obrera y a

los campesinos como a los mismos burgueses y a Stalin (que en 1939 iba a firmar su alianza con Hitler).

Ninguna de las direcciones de los trabajadores españoles, en 1936-39, y *ninguna sin excepción*, planteó el problema crucial de la revolución, que es el de la destrucción revolucionaria del poder del Estado burgués, el problema que abordó la Revolución de Octubre de 1917 bajo la dirección de los bolcheviques. *Desde este punto de vista*, no hubo la menor diferencia entre reformistas del PSOE, stalinistas del PCE-PSUC, anarquistas de CNT-FAI, o centristas del POUM. Los trabajadores recuerdan sus conflictos, sus serias divergencias, y la lucha que se abrió entre todos ellos. Esos conflictos y esa lucha dividieron a la clase obrera, y a través de ello el PCE se fue haciendo con la dirección del bloque republicano (ciertamente, con la ayuda de Stalin y de su policía, la GPU). Pero esas luchas y divergencias, por graves que fuesen sus consecuencias, *no tocaron nunca la cuestión fundamental* en la que todos ellos mantuvieron una desgraciada unidad: todos, desde los stalinistas hasta los anarquistas, colaboraron en la defensa del Estado burgués.⁴¹ Mientras los obreros tuvieron las armas, todos ellos *ocultaron* la permanencia de ese Estado burgués a través de sus instituciones republicanas, para que los obreros no intentasen ampararse del poder y liquidar el de la burguesía; todos esos dirigentes *participaron* en los sucesivos Gobiernos republicanos mientras hizo falta para desmovilizar a los trabajadores, para disolver sus órganos autónomos y reconstruir los del Estado; cuando este Estado burgués republicano reunió las fuerzas suficientes para enfrentarse a los obreros, desconcertados pero todavía armados, todos los dirigentes *colaboraron* en el desarme de los trabajadores... De este modo, la clase obrera se lanzaba a una guerra civil contra los fascistas, mientras el enemigo (el ala republicana de la burguesía, sus servidores profesionales y los aparatos políticos y sindicales traidores al movimiento obrero) recomponía su fuerza, su Estado, en la retaguardia de los milicianos. La burguesía “democrática” imperialista y Stalin sostuvieron esa parodia de régimen burgués (el grueso de la burguesía nacional ya estaba detrás de Franco), tan sólo lo justo para que desarmase a los trabajadores..., pero ni ellos ni nadie podían darle el mínimo de vida real para que se impusiese a los franquistas.

Con las direcciones del PCE, del PSOE, de la CNT o del POUM, los trabajadores no pudieron dedicar *una modesta parte* de la combatividad demostrada en el frente para *limpiar su propia casa...*; no pudieron guardar *un poco* de su heroísmo derrochado ante los fascistas para *mirar cara a cara la traición* de sus jefes y sacar conclusiones...; no encauzaron *al menos una reducida parte* de la iniciativa mostrada en la lucha contra

⁴¹ Desde los mismos escritos de León Trotsky, cada vez que los revolucionarios hemos puesto de relieve esta *profunda* y reaccionaria unidad de *todas* las direcciones políticas y sindicales de la guerra civil, los anarquistas y poumistas ponen el grito en el cielo. Están en su derecho. Pero invocan los asesinatos de anarquistas y poumistas a manos de los esbirros de Stalin y de Pasionaria, como si tales crímenes odiosos, y que recaen íntegramente sobre la dirección stalinista *del PCE*, fuesen una prueba irrefutable de la independencia política de las víctimas. Y no es el caso. Lo podemos decir mejor que nadie, ya que hemos estado en la primera línea de denuncia de estos crímenes, y de reivindicación del honor de las víctimas frente a las calumnias ruines de sus verdugos. Y lo seguimos estando. Y no sólo cuando se trata de los asesinatos de trotskistas (como Moulin y Wolf), sino de anarquistas y poumistas (como Berneri, Landau y Nin). Pero después de oír tantas lamentaciones donde hacía falta claridad política, muchos esperábamos al menos que hoy el POUM y la CNT hiciesen una auténtica y enérgica campaña sobre las calumnias y crímenes de la guerra civil, contra los asesinos de la GPU y sus cómplices del PCE (estos siguen dentro). ¡Al menos una campaña contra los asesinos de Nin, después de tantas lamentaciones! Pero hemos esperado en vano... El POUM y la CNT sólo recuerdan a sus mártires cuando alguien les *exige un balance político de su actuación*, pero muestran una discreción chocante, en cambio, ante sus verdugos. Chocante para quien esté cegado por las divergencias de 1936-39, e incluso por los métodos siniestros de los stalinistas, hasta el punto de no ver la *base común* de defensa del Estado burgués en las posiciones de todos ellos, incluidos los anarquistas y los poumistas.

el burgués, para luchar también contra los *agentes de la burguesía en las filas de los trabajadores*. El heroísmo admirable de la guerra civil tiene esa otra cara de la traición de la retaguardia, de la dirección, de los partidos y tendencias oportunistas. Por eso acabó en derrota la lucha obrera, y por eso también el “heroísmo de los trabajadores españoles” ha sido tan inoportunamente cantado por tantos y tantos cobardes y oportunistas de todos los países y de todos los tiempos. Pero, a la vez, esa traición no era inevitable, sino un problema político concreto que todos ocultan a fin de evitar un rearme de los trabajadores en nuestros días: que si los trabajadores no pudieron dirigir mejor sus tiros, sus esfuerzos, la causa hay que buscarla tan sólo en que las distintas direcciones políticas y sindicales del momento se ocuparon de ocultarles que la salud de su revolución, que la claridad de sus métodos de lucha en el frente y la retaguardia, que el destino de las armas en sus manos, la clave de su independencia de clase, *estaban y están en el objetivo de destruir hasta la raíz el Estado burgués, y de organizar la dictadura del proletariado*, es decir, *el poder organizado* del pueblo en armas, la comuna ibérica. Y esa es la tarea de cualquier dirección que pretenda serlo del proletariado, de la revolución. La posición de Lenin sobre el Estado y la revolución ha sido completamente confirmada, de una manera negativa, por la derrota de los defensores del Estado burgués en 1939, los mismos que, confrontados hoy por segunda vez a una crisis prerrevolucionaria, proclaman el “fracaso del leninismo”. Los trabajadores tienen que separar su propio balance del de esos dirigentes de derrotas. En la guerra civil, el proletariado *no tuvo* una posición propia (hubiese necesitado *otro* partido, un partido revolucionario influyente en sus filas, un partido bolchevique). Por eso no pudo hacer de la guerra civil *su* guerra, su *revolución socialista*. Y por eso también fue quien más perdió en la derrota de la República. Hoy cada trabajador debe volver los ojos hacia la guerra civil con esta otra perspectiva, viendo que ha sido deformada al presentársela como algo *propio* de la clase trabajadora, cuando sólo era el resultado deforme de una revolución en la que los obreros no pudieron llevar adelante una lucha propia del proletariado revolucionario. A todos los desmoralizadores profesionales, a los que esgrimen el espantajo de la guerra civil para predicar la colaboración con el Estado burgués, hay que responderles: ¡precisamente se trata de lo contrario!, ¡incluso con menos heroísmo en el frente se hubiese podido ganar en el 36! He aquí la lección: ¡con menos heroísmo en el frente, pero guardando el necesario para afrontar al enemigo *también* en la misma retaguardia, al Estado burgués y a sus servidores!

Los escritos sobre la guerra civil se encuadran en dos estilos diferentes, dos diferentes maneras de ocultar ese balance. De un lado, burgueses y stalinistas, con preferencia, explican por qué según ellos había que defender la propiedad y el Estado, y por qué a su juicio las acciones obreras independientes constituían un obstáculo, una “división nefasta” del bando republicano, o incluso “alta traición”. Pero hay una segunda escuela, en cierto sentido más deplorable todavía, y cultivada ampliamente por anarquistas, que se dedica a cantar con lágrimas en los ojos “las ilusiones del pueblo en armas”. Como la abundancia de pruebas de las traiciones stalinistas en la guerra ocupa ya volúmenes enteros irrefutables, la segunda escuela, la de los impotentes cantos llorones “al pueblo en armas”, es la que hace fortuna actualmente en el pensamiento pequeño-burgués. Los obreros ven la guerra civil como una desastrosa experiencia cuyas causas quieren conocer. Y en lugar de eso, reciben esa infecta glorificación pequeño-burguesa de “unas manos callosas empuñando fusiles”, de la “irrepetible experiencia del colectivismo anarquista”..., y, en cambio, cuatro vaguedades sobre lo que hacían los *ministros* “comunistas”, “socialistas”, “anarquistas” y “poumistas” dentro de Gobiernos burgueses comprometidos con Londres, París y Moscú en la defensa de la propiedad privada y en el desarme de los obreros, a fin de llegar a una paz con Franco. Pero estas dos escuelas

“históricas”, la de los defensores del Estado burgués y la de los cantores inoportunos al pueblo en armas, no son opuestas, sino complementarias. Sus caminos no se cruzan, sino que se acompañan. La primera explica el supuesto “realismo” de los dirigentes convertidos en lacayos de la burguesía republicana. La segunda pretende compensar esa fría traición, con el “romanticismo soñador” del pueblo. Ambas son una burla a los obreros conscientes. Aquellos obreros en armas *no llegaron claramente* a enfrentarse con aquellos defensores del Estado burgués, y ese fue el problema, el verdadero problema de la guerra civil y de su balance.

Carrillo es de los que combinan ambas escuelas: defiende al Estado burgués republicano (¡no contra la Monarquía franquista, por favor, sino contra los trabajadores que le piden cuentas de la revolución social!), y canta a la heroica guerra civil (¡al mismo tiempo que hoy la utiliza como espantajo ante los obreros!). En su libro antileninista “Eurocomunismo” y *Estado*, refiriéndose a lo que caracteriza de “ciertas vacuas polémicas sobre la preeminencia de la guerra o de la revolución” en 1936, dice en la página 55:

“... –y yo sigo pensando que lo preeminente, lo indispensable incluso para hacer una verdadera revolución era ganar la guerra, cosa que desgraciadamente la derrota vino a confirmar sin paliativos, porque la derrota fue el triunfo de la contrarrevolución–...”

Aunque parezca mentira, el lector ha leído bien: Carrillo no se contenta con falsificar el marxismo, sino que falsifica las más elementales reglas de la lógica, y pretende que *la derrota de su política* en 1939 habría demostrado *precisamente la justeza de su política*. ¿Se puede pedir más cinismo? Situemos la lucha en sus términos exactos. Todavía en 1937, Trotsky insiste y escribe:

“Las condiciones de la victoria de las masas en la guerra civil contra los opresores son en el fondo muy simples:

- 1) Los combatientes del ejército revolucionario deben tener plena conciencia de que se batan por su completa emancipación social y no por el restablecimiento de la antigua forma (democrática) de explotación.
- 2) Eso tienen que entenderlo tanto los obreros y los campesinos de la retaguardia revolucionaria como los de la retaguardia enemiga.
- 3) La propaganda en el propio frente, en el frente adversario y en la retaguardia de ambos ejércitos, debe estar completamente impregnada del espíritu de la revolución social. La consigna de “primero la victoria, después las reformas” es la fórmula de todos los opresores y explotadores, comenzando por los reyes bíblicos y acabando por Stalin.
- 4) La victoria está determinada por las clases y capas que participan en la lucha. Las masas deben tener un aparato de Estado que exprese directa e inmediatamente su voluntad. Un tal aparato no puede estar constituido más que por los soviets de diputados de los obreros, de los campesinos y de los soldados...”⁴²

⁴² León Trotsky, *Lección de España: última advertencia*.

Es decir, que sólo la transformación *consciente* de la guerra civil en revolución obrera podía asegurar el triunfo militar. Justo lo contrario de lo que afirma Carrillo. Pero en ese camino la revolución tenía que enfrentarse a los intentos de proteger y de reconstruir en su integridad el Estado burgués, tenía que dar cuenta de ese Estado y formar la dictadura de los obreros, unificando *así* conscientemente guerra civil y revolución socialista: unificándolas al subordinar la lucha militar a la revolución. Entre este programa leninista formulado por Trotsky (por la IV Internacional) y las masas combatientes se interponían, como se interponen hoy en el balance, todas las direcciones de los obreros españoles convertidas en agencias de la defensa del Estado burgués y de la propiedad privada. Pero, en todo caso, a diferencia de lo que Carrillo piensa en su cabeza de burócrata sin principios, las relaciones entre la guerra y la revolución *no constituyeron una “polémica”, una especie de discusión entre Estados mayores sobre opciones libres*: la revolución y la guerra civil eran *hechos sólidos*, dictados por las condiciones objetivas y por el desarrollo histórico concreto, cuyas relaciones mutuas estaban subordinadas a las leyes de la lucha de clases, y no a las opiniones de los burócratas. Y en lugar de una “polémica” hubo una revolución deformada, oculta bajo la máscara de la guerra civil, y luego traicionada. Para imponer la política de “guerra de defensa de la República contra el fascismo”, defendida por Carrillo, Pepe Díaz y Pasionaria (siguiendo a Stalin, y a su vez seguidos de los reformistas, anarquistas y hasta por los poumistas)⁴³, la “polémica” fue netamente insuficiente, y los dirigentes republicanos tuvieron que *liquidar efectivamente la revolución obrera*. Esa tarea se realizó básicamente entre 1936 y 1937, pero siguió hasta la misma víspera de la derrota militar: disolución de los comités obreros para reforzar el poder del Gobierno (octubre de 1936); liquidación de las milicias obreras dentro del Ejército republicano reconstruido (de octubre del 36 a marzo del 37); intervención estatal en la industria colectivizada para sustituir el control obrero por un control del Estado republicano (desde finales del 36, pero sobre todo después de mayo del 37); desarme de los obreros y de sus organizaciones para restablecer la policía (entre marzo y junio del 37, sobre todo); suspensión de la autonomía de Cataluña (mayo del 37); formación de tribunales políticos especiales para perseguir a los revolucionarios (junio del 37); disolución de las colectividades agrícolas y restablecimiento de la propiedad agraria (verano del 37); devolución de las primeras industrias a “sus legítimos propietarios” (en 1938); restablecimiento de la financiación de la Iglesia por el Estado (diciembre del 38)...

Carrillo habla de una “vacua polémica sobre la preeminencia de la guerra o de la revolución”, pero aquí tenemos las etapas de una verdadera *contrarrevolución* cuyo punto culminante fue la derrota de la insurrección obrera de mayo de 1937 en defensa de las conquistas revolucionarias del 19 de julio. Pero sin el entusiasmo revolucionario de los obreros y campesinos, ¿qué podía hacer una República de profesores liberales, de

⁴³ El POUM decía, por ejemplo: “La fórmula de *primero ganar la guerra, después se hará la revolución* es fundamentalmente falsa. En la contienda que se desarrolla actualmente en España, guerra y revolución son no solo dos términos inseparables, sino sinónimos” (Tesis Políticas para el Congreso que el POUM debía celebrar en junio de 1937). Estas líneas muestran la esencia del método del POUM durante la revolución de los años treinta: “Dado que” la revolución española tenía un carácter socialista, no podía ser perjudicial la participación del POUM en un “Frente Popular” destinado a mantenerla en los límites de la defensa de la propiedad y el Estado burgués “democrático”... “Dado que” la revolución y la guerra son “sinónimos”, no podía ser perjudicial la participación del POUM en un gobierno destinado a liquidar las conquistas revolucionarias en nombre de las necesidades de la “guerra civil de defensa de la República”... En realidad es un método archifalso. La guerra civil y la revolución *solo hubiesen sido sinónimos* en el caso de haber sido dirigida por un poder surgido de la revolución para destruir el Estado burgués. Pero no era el caso. Y hablar de “sinónimos” cuando el aparato estatal burgués estaba en plena reconstrucción en la zona republicana era *desarmar a los trabajadores*, anular su independencia de clase.

nacionalistas pequeño-burgueses, de burócratas del movimiento obrero, de agentes de la GPU?: podía intentar pactar con Franco, buscar la mediación de Londres, pero en todo caso no podía defenderse a sí misma. La entrada de Franco en Barcelona y Madrid fue la *conclusión* feroz de una contrarrevolución que había comenzado la misma República, inspirada justamente por los amigos de Carrillo, por los stalinistas. Desde el principio hasta el final, la guerra civil estaba dirigida contra la revolución proletaria.

Los fascistas se levantaron para impedir la revolución, pero inicialmente solo lograron provocarla: los obreros tomaron las armas y vencieron en los centros industriales y vitales del país. *Todavía no era una guerra civil*. Aún era el enfrentamiento entre la contrarrevolución burguesa y la revolución proletaria. Para entender cómo se transformó en una guerra civil de tres años hay que analizar primero cómo y por qué los obreros esperaron a entrar en acción hasta el mismo 19 de julio, y cómo y por qué el 19 de julio se detuvieron a las puertas del poder y subordinaron su acción a la defensa de la República fracasada. Tenemos entonces que retroceder hasta la constitución del “frente popular antifascista” y su significado.

El “frente popular” y el golpe fascista del 18 de julio

Porque la respuesta revolucionaria del proletariado ante el levantamiento de los fascistas no caía del cielo. Años de experiencias, de combates y decepciones habían preparado esa explosión de la combatividad obrera. Desde tiempo atrás maduraba la revolución. Las elecciones de febrero de 1936 estaban preparadas, condicionadas por una rápida radicalización de los trabajadores. La ofensiva de las masas, al igual que en Francia y en casi toda Europa, había comenzado como una reacción defensiva ante la victoria de los nazis en Alemania en 1933, y ante la amenaza fascista en Francia y en España desde 1934. Pero esa reacción defensiva fue adquiriendo un carácter ofensivo y proletario sobre todo por la desorientación y la cobarde impotencia de la democracia burguesa y de la socialdemocracia con sus métodos defensivos, parlamentarios y pacifistas. Los dirigentes parlamentarios burgueses y pequeño-burgueses y los políticos reformistas del movimiento obrero temían a los fascistas, temían todavía más a la revolución obrera, pero sobre todo se sentían desbordados e incapaces de parar el choque entre los dos campos opuestos. En esta difícil situación para la burguesía y la socialdemocracia, en este momento en que el balance del fracaso de los stalinistas y de los reformistas en Alemania ante Hitler precipitaba el reagrupamiento de la vanguardia revolucionaria del proletariado, y los bolcheviques leninistas iniciaban la construcción de la IV Internacional, Stalin salió en ayuda del Estado burgués tambaleante, al lanzar la línea llamada de “frentes populares”. Tales “frentes populares antifascistas” querían decir la colaboración de los partidos “comunistas” en una alianza de defensa del Estado burgués “democrático” frente a la amenaza de los fascistas. En realidad, semejante defensa del Estado burgués *frenaba y paralizaba sobre todo* a los trabajadores, sometía su lucha precisamente a esa burguesía democrática en bancarrota, a ese Estado burgués de donde procedían todas las conspiraciones serias de los fascistas; en cambio, apenas detenía el giro de los capitalistas hacia el fascismo, ni la incorporación de la pequeña burguesía defraudada por la “democracia” a los movimientos de masas fascistas.

La crisis de la República española era manifiesta desde que la derecha controló el poder, coqueteando con los fascistas (en el llamado “bienio negro” 1934-1936). En enero de 1936 los republicanos y los socialdemócratas andaban a la deriva. La tabla de salvación vino de Stalin y del PCE, que asumió en seguida un papel inspirador de la defensa del Estado. ¿No tenía quizá muy poca fuerza el partido stalinista en aquel en-

tonces para poderle atribuir el papel central en la defensa del Estado? Pero, como veremos, tras el PCE se unían directa o indirectamente a la misma política los centristas del POUM (el equivalente de la actual LCR de Mandel), y más discretamente los anarquistas de la dirección de CNT. En la firma del 15 de enero de 1936, al pie del pacto electoral y de gobierno del “frente popular”, el PCE y el PSOE renunciaban explícitamente a la “nacionalización de la tierra y su reparto” (punto 3 del “frente popular”), a la “nacionalización de los bancos” (punto 6), al “control obrero de la producción” (punto 7) y, *sobre todo, encerraban* la lucha contra la reacción fascista ascendente en un marco perfectamente determinado y fijado: “restablecer el imperio de la Constitución”, declarando “en todo su vigor el principio de autoridad” (punto 2).⁴⁴ Dicho pronto y claro, la lucha obrera debía someterse al Estado burgués, que ya se demostraba *incapaz* de contener a sus propias fuerzas represivas en una situación revolucionaria, y esa lucha obrera debía renunciar al programa social de la revolución en el momento en que la contrarrevolución y el proletariado revolucionario iban a chocar.

Con distintas excusas, el POUM firmó ese mismo pacto, y la CNT lo apoyó implícitamente. El 18 de julio de Franco es hijo directo de esta traición. Carrillo presenta la guerra civil como una desgracia o como un castigo a la revolución: pero fue preparada, y no pudo ser detenida, ni el golpe totalmente aplastado, gracias al pacto de los dirigentes con los representantes republicanos del Estado burgués.

Desde aquel mismo instante, y más aún desde la victoria electoral del “frente popular”, los generales de la República comenzaron a preparar con los fascistas y los monárquicos el golpe militar. Entre febrero y julio del 36 sólo puede definirse la “actividad” del Gobierno del “frente popular” como un intento de *defender al Estado burgués*, dando garantías a la burguesía de que el Gobierno de la República, por sí mismo, podría detener a los obreros y evitar la revolución. Pero no hay mil maneras de defender al Estado, y menos aún en una situación revolucionaria. El Gobierno y el “frente popular” *cubrían* a los generales fascistas y frenaban la preparación de los trabajadores. El primero, oponiendo a los conspiradores ridículas medidas administrativas, y sobre todo ocultando a los trabajadores el complot en marcha; el segundo, el “frente popular”, incitando al pueblo a confiar en el Gobierno incapaz.

Llegó a ser manifiesto que el golpe se preparaba. Llegó a ser manifiesto también que el Gobierno, apoyado por el “frente popular”, no pensaba luchar contra los generales. Llegó a extenderse por todo el país el grito pidiendo armas para los obreros. Se supo ya que el levantamiento había comenzado en Marruecos: pero *la política criminal de defensa del Estado burgués por el proletariado a través de un “Frente Popular”* paralizó a las masas hasta el último momento. Y si en ese último momento su reacción fue grandiosa, eso no cambia su impreparación, su falta de resultados políticos una vez derrotados los militares en las grandes ciudades, y tampoco cambia las derrotas de los trabajadores en no pocas ciudades importantes, precisamente por la confianza en las autoridades y en los militares republicanos. Todavía el mismo 18 de julio de 1936 el PCE y el PSOE publicaban en el diario *El Sol* una declaración común afirmando:

“El momento es difícil, pero no desesperado. El Gobierno está seguro de poseer los medios necesarios para aplastar esta tentativa criminal. Si esos medios no bastasen, la República cuenta con la solemne promesa del Frente Popular, que está listo para intervenir en la lucha en cuanto se reclame su ayuda. El Gobierno manda, el Frente Popular obedece” (citado por C. Berg-S. Just, *Fronts Populaires d’hier et d’aujourd’hui*, 1977).

⁴⁴ Puede encontrarse el texto íntegro del programa del “Frente Popular” firmado el 15 de enero del 36 en G. Munis, *Jalones de derrota, promesa de victoria* (España, 1930-39), México, 1949, págs. 195-199.

¡Un llamamiento al desarme de las masas amenazadas por los generales carniceros de Franco! La cuestión decisiva del Estado sale así del terreno teórico donde Carrillo se libra a especulaciones y falsificaciones, y entra en el terreno del destino concreto de las masas trabajadoras. Pero, además, el pasado se prolonga de este modo hasta nuestros días, y las frases engañosas del 18 de julio del 36 parecen formar un eco siniestro tras las nuevas palabras de Carrillo, cuatro días después del golpe militar abortado del 16 de noviembre de 1978 (la “Operación Galaxia”):

“Si se diese el caso de la existencia de un complot militar serio, el PCE, el PSOE y los sindicatos se pondrían al lado del Rey e irían a la huelga general.”⁴⁵

Volviendo entonces a la lucha hoy entablada en torno al balance de la guerra civil, donde Carrillo habla de “ciertas vacuas polémicas sobre la preeminencia de la guerra o de la revolución”, comenzaremos por aclarar que *la guerra civil comenzó ante todo a causa del retraso de la revolución en una situación revolucionaria*, y que este retraso fue debido a la política traidora de los stalinistas de defensa del Estado burgués. Y que, en fin, esta es la misma política que Carrillo intenta aplicar hoy y justificar, sin otros cambios que el de sustituir la defensa de la República ante los fascistas, por la defensa de la Monarquía instituida por los herederos de Franco.

Ahora bien, ¿todas las otras direcciones influyentes entre los obreros españoles hicieron lo mismo que el PCE y el PSOE? Precisamente: el POUM lo habían formado quienes abandonaron al PCE, pero temían igualmente avanzar hacia una IV Internacional, quienes, como Andreu Nin, habían roto con Trotsky y los constructores de la IV Internacional, para situarse en una posición intermedia, nacional, y que de hecho buscaba la conciliación con la línea del “frente popular” stalinista. El POUM, leninista de palabra, firmó también en enero de 1936 el programa del “frente popular”, de la subordinación al Estado burgués. Todo lo que dijese a los trabajadores en los meses siguientes no podía contrarrestar esta verdad: temiendo romper con los dirigentes oportunistas del movimiento obrero, habiendo abandonado la perspectiva de la construcción de una Internacional de la independencia de clase del proletariado, había empujado y aún empujaba a los trabajadores españoles a subordinar su acción a la colaboración de los stalinistas y reformistas con el Estado burgués. El POUM tampoco preparó la revolución obrera del 19 de julio; si algo preparó fue su desarme político.

En cuanto a la CNT, como en tantas ocasiones, se limitó a evitar mientras fue posible su *participación formal, declarada* en la defensa del Estado burgués, pero ya su política desde enero de 1936 estuvo dictada por su colaboración, de hecho, con el “frente popular” y el Gobierno republicano. El 17 de julio se conoció el levantamiento fascista en Marruecos. Ese mismo día la CNT se incorporó, a iniciativa del Gobierno de la Generalitat de Cataluña, a un COMITÉ DE ENLACE CNT-GENERALITAT. El papel de este organismo fue nulo en la lucha: se limitó a paralizar la acción del sindicato, negó las armas a los anarquistas y, sobre todo, sirvió para evitar una ruptura de los obreros de la CNT con los representantes catalanes del Estado republicano. La CNT constituía así su propio cuadro “apolítico” *de colaboración de clase con el Estado burgués*, que no tenía otra finalidad que retrasar la respuesta obrera, y proteger de ella al Gobierno republicano en el caso en que los obreros de Barcelona se armasen y se impusiesen de todos

⁴⁵ Declaraciones de Carrillo a la prensa (*Mundo Diario*, 21 de noviembre de 1978).

modos sobre los fascistas y los militares. El mismo día 17, la FAI difundió a la puerta de las fábricas la siguiente declaración:

“El peligro fascista, en este momento, ya no es una amenaza, sino una sangrienta realidad... Vamos a evitar entrar en conflicto con las fuerzas anti-fascistas, cualesquiera que sean, porque el imperativo categórico del momento es el aplastamiento del fascismo militarista, clerical y aristocrático.”⁴⁶

Bajo la apariencia de un puro y legítimo acuerdo circunstancial de lucha contra los fascistas, esa declaración camufla la colaboración de clases. Ya que el conflicto que intenta evitar, como iba a verse el 19 y el 20 de julio, era el choque entre *la revolución obrera y el Estado burgués*: una vez los obreros *solos* se imponen a los militares en los centros industriales del país, una vez pesa sobre todo el territorio teóricamente republicano la sombra de la revolución proletaria, los anarquistas se incorporan definitivamente al llamado Comité Central de las Milicias Antifascistas que, como luego veremos en detalle, fue el órgano que se encargó de establecer la colaboración entre los dirigentes obreros oportunistas y las autoridades de la República en Cataluña. Desde la formación del “frente popular”, el hilo conductor de la actividad de la CNT fue también la colaboración en la defensa del Estado burgués republicano: su oposición a “todo Estado” sirvió tan solo y por poco tiempo para justificar su negativa a emprender la destrucción del Estado de la burguesía y su incapacidad para organizar al proletariado en la guerra civil independientemente de la República, es decir, en Consejos o Cortes obreras. Y por poco tiempo, ya que en seguida, en septiembre del 36, entraron sin escrúpulos en el Gobierno de la República en Cataluña, en noviembre en el Gobierno central y en marzo del 39 oficialmente en el pacto del “frente popular”.

Pero, en todo caso, los trabajadores habían ido muy lejos en el impulso de su lucha contra la sublevación fascista. La revolución comenzó sin una conciencia clara de sus fines y de sus métodos: los obreros guardaron sus armas, formaron sus milicias para el frente y sus patrullas para la retaguardia, sus comités o gobiernos locales, expropiaron industrias y tierras, organizaron su control y explotación colectiva. La “vacua polémica” sobre la revolución y la guerra civil, a que alude Carrillo, fue el eco constante de la lucha de clases que dividía el bando republicano: entre la revolución iniciada, deformada en la guerra, pero que defendía sus primeras e inseguras conquistas (las armas, las empresas, la tierra), y los políticos pequeño-burgueses republicanos, los dirigentes oportunistas de la burocracia obrera, y los agentes de Stalin, todos ellos consagrados a defender y a reconstruir un Estado burgués sin verdaderos capitalistas, para emplearlo como freno a la revolución y como medio de negociación con la burguesía y con los generales de Franco. Para burócratas y republicanos, la guerra era un medio de imponer a Franco o de negociar con él la vuelta a la situación anterior al 18 de julio; y con ese fin debían demostrar a la burguesía que eran capaces de vencer a los trabajadores y de desarmarlos. Para estos últimos, la guerra sólo podía ser la prolongación de las conquistas del 19 de julio, de la revolución; en cambio, carecía de programa y de organización para realizarlo. La supuesta “vacua polémica” entre guerra y revolución reflejaba en esa confusión nacional el enfrentamiento entre el programa “frentepopulista” de la burocracia del Kremlin y el programa leninista de la IV Internacional que se estaba construyendo. Como hemos visto, todas las direcciones españolas se alineaban tras el primero (el de la liquidación de la revolución iniciada, para fortalecer a la República), o, si no se alinea-

⁴⁶ Citado por Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, Madrid, 1975.

ban abiertamente, renunciaban en todo caso a la destrucción del Estado republicano y a su sustitución por el poder político del proletariado en armas para convertir la guerra civil en guerra revolucionaria de los obreros y campesinos. De una manera o de otra, todas esas direcciones se interpusieron entre los trabajadores españoles y los bolcheviques leninistas de la IV Internacional. Fue Stalin personalmente quien tomó la iniciativa, en una carta al Gobierno de Largo Caballero (que incluía a CNT), de oponer guerra y revolución, de defender la reconstrucción del Estado burgués republicano y de *desautorizar la experiencia de la revolución bolchevique en Rusia*, a fin de impedir que se utilizase en contra del aparato estatal de la burguesía y a favor de la centralización de comités y milicias obreras. El mismo Carrillo cita esa carta sin reconocer que en ella *Stalin aparece como un predecesor* de la Cruzada antileninista del PCE:

“La revolución española se abre caminos que, en muchos aspectos, difieren del camino recorrido por Rusia (...). Es muy posible que la vía parlamentaria resulte un procedimiento de desarrollo revolucionario más eficaz en España de lo que fue en Rusia.” (Carta de Stalin, Molotov y Vorochílov a Largo Caballero en 1937.)

El consejero “teórico” de la revolución española, Stalin, predecesor del teórico Carrillo, no duda en defender la “eficacia” de la “vía parlamentaria”... ¡en plena guerra civil! Naturalmente que ni el autor ni el destinatario de esa carta se tomaban en serio semejante frase: no hubo el menor vestigio de vida parlamentaria a lo largo de la guerra civil; al fin y al cabo, el comienzo de la guerra civil había demostrado el fracaso de una “vía parlamentaria” para resolver cualquier cuestión grave. Pero todos se entendían acerca del exacto significado de la frase de Stalin. Se refería a la utilización del *Estado burgués* en general, y en oposición a los soviets obreros de la revolución bolchevique, y no se refería a *las formas* parlamentarias del Estado, desbordadas por la guerra civil. Por lo tanto, ya una vez se planteó en la arena de la revolución española la cuestión del valor internacional del leninismo vivo, de las lecciones de la revolución bolchevique, en particular en lo referente a la cuestión del Estado en tanto que cuestión central de la emancipación del proletariado. La política de Stalin y la guerra civil del 36-39 no fueron hijas del leninismo, sino de la revisión del programa bolchevique por los usurpadores de la Revolución de Octubre, la burocracia conservadora del Kremlin. La defensa del Estado burgués en una crisis revolucionaria *provocó la guerra civil*; la reconstrucción de ese Estado en la retaguardia republicana traicionó una revolución ya iniciada sin programa ni fines claros y *alargó la guerra* al debilitar la ofensiva obrera; el desarme de los órganos formados por los obreros y de las masas fortaleció el aparato militar y policíaco de la República a costa del entusiasmo y de la conciencia de las masas combatientes, y *decidió la lucha como una pura lucha militar* (y la fuerza militar solo podía estar de parte del Estado fascista de la burguesía contrarrevolucionaria). La revolución no afrontó el problema del Estado, por eso se transformó, se deformó y se perdió como guerra civil. Carrillo, en su actual campaña antileninista, no hace más que *continuar y profundizar*, ante una nueva crisis prerrevolucionaria, el camino de derrota iniciado por Stalin. Stalin se presentó como heredero de Lenin para traicionar su lucha. Carrillo sigue la traición de Stalin, pero ataca a Lenin *para evitar un verdadero balance de la traición stalinista*, cada día más manifiesta.

Mayo del 37, marzo del 39

El enfrentamiento entre las fuerzas de la revolución traicionada el 19 de julio, carentes de programa, pero aún con las armas en la mano, y las fuerzas del Estado burgués, mantenidas en el poder gracias a la colaboración de todas las direcciones oportunistas, tuvo lugar en mayo de 1937. Desde el 19 de julio, el “frente popular” intentaba desorganizar la revolución, sus comités y órganos autónomos, sus conquistas políticas y económicas. Anarquistas y poumistas, entre remilgos, o apoyaban o seguían o no ofrecían real alternativa a esa labor destructiva de los defensores y reconstructores de la República burguesa (PCE y PSOE). Pero otra cosa eran los trabajadores: no sólo ofrecían una resistencia considerable, sino que bloquearon buena parte de las medidas gubernamentales reaccionarias, y poco a poco transformaron su resistencia en sorda rebeldía, que pasaba al interior mismo de todos los partidos. Así se crearon las condiciones para una nueva entrada en acción de las masas obreras. ¿Una *lucha defensiva*, como pretende una parte de los historiadores oportunistas, y como en su día pretendió el POUM para justificar su propia actitud defensiva?⁴⁷ De ninguna manera. El motivo inmediato era la defensa de las conquistas anteriores, pero desde el principio la lucha apuntaba más lejos, aun en su confusión. La efervescencia en todas las organizaciones, la radicalización de las bases, la presión sobre los dirigentes, la formación de fracciones y corrientes de izquierda, sobre todo en las organizaciones de juventud que empezaban a llamar a la lucha contra el oportunismo, demuestran que no fue una batalla de retirada, sino un último esfuerzo de los trabajadores revolucionarios por coger el control de una situación, de una guerra que se les escapaba de las manos. Con un programa claro, esa voluntad se hubiese organizado hacia la toma del poder y el desmantelamiento de las fuerzas del Estado burgués, centralizando en esta lucha los órganos y milicias de los obreros. Las consignas que circularon, la misma lucha de barricadas cercando a la Generalitat, apuntaban en esta dirección. Pero sin ese programa y sin la dirección correspondiente, los obreros solo veían vagamente que hacía falta luchar para recuperar el control de una situación que el 19 de julio dominaron todavía los obreros, pero que los dirigentes habían puesto otra vez en manos de los políticos republicanos. Las masas de hecho exigían a la CNT y al POUM que recuperasen el control de la lucha. La recién constituida y todavía en formación sección bolchevique leninista de la IV Internacional y el grupo anarquista revolucionario de los Amigos de Durruti, que fueron los únicos grupos organizados que tomaron claramente partido por los trabajadores, proponían en sus octavillas precisamente una “junta revolucionaria” formada por CNT y POUM. Pero de la misma manera que los partidos del “frente popular” no querían separarse del semicadáver del Estado burgués que era el Gobierno de la República, tampoco los anarquistas y centristas estaban dispuestos a romper del todo con los burócratas stalinistas y reformistas encaramados al Gobierno de la República.

⁴⁷ Sólo León Trotsky luchó enérgicamente para preparar esta nueva irrupción de la revolución española, la de mayo, y luego para demostrar su real significado y el deber en que situó a toda dirección revolucionaria: luchar por el poder. Todos los historiadores burgueses y oportunistas se esfuerzan por reducir su alcance al de una lucha de retirada, protegiendo así la responsabilidad de sus enemigos, de los traidores y de los indecisos. Pero Pierre Broué, que se pretende historiador y además “trotskista”, aunque en 1972 renegase de la IV Internacional, dice también: “Nos está permitido pensar que la reacción espontánea de los trabajadores de Barcelona podría haber abierto el camino a un nuevo impulso revolucionario, y que era la ocasión de cambiar de dirección. El historiador se contentará con señalar que los dirigentes anarquistas no lo quisieron y que los del POUM no creyeron poder hacerlo” (P. Broué y É. Témime, *La revolución y la guerra de España*, Madrid, 1977, pág. 343). Al contrario, un historiador, y más aún si se considera revolucionario, está obligado a buscar y definir el significado histórico de una acción que Trotsky consideró decisiva, mientras todos los oportunistas quisieron reducirla a “una explosión defensiva”.

Los trabajadores, sin programa y sin dirección, perdieron, de hecho, las armas en esta batalla. En febrero del 36 fueron a las urnas con el “frente popular” para salvar la República; en julio cogieron las armas e intentaron la revolución, dejando a la burguesía en el poder y guardando ellos las armas; en mayo del 37 los obreros pusieron sus armas en juego para dar un giro revolucionario a la guerra y destruir el poder de los políticos republicanos y de sus aliados y lacayos oportunistas. En ese camino recorrieron la gama de todas las direcciones influyentes hasta darse cuenta de que ninguna de aquéllas estaba dispuesta a dirigir una revolución, es decir, el levantamiento de una dictadura de clase sobre los escombros del aparato estatal de la burguesía. Por eso puede decirse que a partir de mayo de 1937 la revolución cedió el terreno a la guerra civil. Los obreros hicieron aún, con seguro instinto, el sacrificio de sus ilusiones y lucharon contra Franco en espera de un balance, de una clarificación política, de nuevos elementos. Mientras, el PCE comenzó a crecer: el retroceso de la revolución hizo crecer al partido de Pasionaria, Pepe Díaz y Carrillo, los más duros partidarios de una defensa del Estado burgués a la que se habían unido inconsecuentemente y entre remilgos las otras direcciones políticas y sindicales del momento.

Antes vimos a Carrillo intentar confundir la guerra civil y la revolución, para alejar la amenaza de esta última con el fantasma de la guerra perdida. De ahí que hablase en su libro revisionista sobre el Estado, de “ciertas vacuas polémicas sobre la preeminencia de la guerra o de la revolución”. Ahora veremos que Carrillo, en definitiva, ante la insurrección obrera del 37, no puede escurrir el bulto y tiene que entrar de bruces en esa “polémica” que no debe ser tan “vacua” cuando él mismo la convierte en un juicio por “alta traición”. Hablando del asesinato de Andreu Nin por sus amigos de la GPU stalinista, dice Carrillo:

“En mayo de 1937 se produjo un putsch armado, con la participación del POUM y de algunos sectores anarquistas, contra el Gobierno de la República, (...)”

En plena guerra, con dificultades inmensas, cualquiera que fueran sus móviles subjetivos –y en el mejor de los casos eran puramente demenciales– el putsch era un grave acto de traición contra la República, y legal y moralmente estaban justificadas sanciones ejemplares por los tribunales (...)”⁴⁸

“Un grave acto de traición”, dice Carrillo. Entonces no sólo *opone* la guerra a la revolución, sino que la guerra de la República convierte, según él, a la revolución de los obreros en una *traición*... ¿a quién?: a la burguesía republicana, se sobreentiende. Y de tal manera, que “merecía” la criminal represión contrarrevolucionaria que siguió a las Jornadas de Mayo. Ahora bien, Carrillo falsifica de nuevo al hablar de un *putsch*, para ocultar la presencia de la revolución proletaria durante la guerra, y presentar el levantamiento obrero de mayo como un golpe de mano de conspiradores, como el complot de alguna banda minoritaria. Carrillo no inventa nada con este método. Todos los reaccionarios han hecho siempre exactamente lo mismo, y no debía hacer falta recordar el constante “complot judeo-masónico-marxista” de que hablaba Franco para no hablar de la clase obrera. Pero algunos liquidadores de revoluciones, o candidatos a ese papel, han hablado *exactamente* igual que Carrillo: los Scheidemann y Noske alemanes tacharon a la revolución obrera de enero de 1919 de “putsch espartaquista”, para justificar el cobarde asesinato de Liebknecht y de Rosa Luxemburg; de idéntica forma, Kerensky

⁴⁸ Carrillo, “Eurocomunismo” y Estado, *ibid.*, pág. 152.

habla de las “Jornadas de Julio de 1917” en Rusia, como de un “motín bolchevique”, llamando a la represión sobre el partido del “traidor Lenin, espía de los alemanes”, etc. Que el lector compare fríamente las líneas anteriores de Carrillo sobre las Jornadas de Mayo en Barcelona con las siguientes del mismo Kerensky sobre las Jornadas de Julio en Petersburgo:

“En la tarde del 4 de julio, cuando la plaza Tauride estaba atestada por una masa compacta de marineros y soldados fuertemente armados, tomando parte en un motín organizado por los bolcheviques, la situación se agravó de pronto de tal modo, que Pereverzev y sus colaboradores dominados por el pánico, publicaron una declaración en la prensa estableciendo las relaciones de los organizadores de los disturbios con los alemanes.”⁴⁹

Carrillo no inventa el método: inventa o falsifica los hechos. En todo caso, lo que diferencia la posición de Scheidemann y Noske, o la de Kerensky, de la del secretario general del PCE no son tampoco sus invocaciones a la “guerra antifascista”. Con idénticas invocaciones a la revolución “democrática” contra el Kaiser o el Zar, el socialpatriota Scheidemann y el “demócrata socialista” Kerensky llamaban “traición” a la revolución obrera socialista y cubrían la represión sobre el proletariado revolucionario. Lo mismo que el 19 de julio de 1936, también las revoluciones de febrero del 17 en Rusia y de noviembre del 18 en Alemania fueron obra de los trabajadores a los que se unieron los soldados. Pero *en todos esos casos* el poder quedó en manos de un ala de la burguesía apoyada sobre los dirigentes traidores de los obreros, mencheviques en Rusia, socialdemócratas en Alemania y stalinistas, reformistas y anarquistas en España. Cuando meses después, en el curso de estas revoluciones, el proletariado entra de nuevo en acción para recuperar para sí una revolución que está siendo traicionada y se entrega a la burguesía, las masas se encuentran con que los “dirigentes” oportunistas, lacayos de la burguesía, les recuerdan la primera “revolución” traicionada, falseada, frustrada, y se la recuerdan para reprimir la revolución de los trabajadores y sus intentos de hacerse con el poder. Sin embargo, hay también diferencias importantes entre esos distintos momentos históricos. Frente a Scheidemann y Noske, en el enero de 1919 alemán, o frente a Kerensky en el julio de 1917 ruso, el proletariado contaba con una dirección revolucionaria activa. En estos dos casos también, *pero en grados diferentes*, esa dirección aún no contaba con la mayoría de las masas; en ambos casos, la ofensiva obrera surgía de las condiciones mismas de la revolución, del mismo movimiento de las masas, pero no podía y no pudo vencer; en ambos casos, la dirección revolucionaria luchó junto a los trabajadores asumiendo conscientemente la responsabilidad de la batalla, que no podía aún conducir a la conquista del poder. Por eso también, en esas dos batallas perdidas de las revoluciones alemana y rusa, la derrota obrera fue dura, durísima en Berlín, pero se convirtió en un paso necesario hacia una segunda ofensiva revolucionaria más madura (y que en el caso ruso, con los bolcheviques, llegó hasta el poder).

Desde el punto de vista de las masas, las Jornadas de Mayo del 37 demostraron una disposición y unas condiciones muchísimo más favorables para la victoria que en los paralelos alemán y ruso. Las experiencias acumuladas por los trabajadores desde

⁴⁹ Kerensky, *Memorias*. Pereverzev era ministro de Justicia con el mismo Kerensky. La cita procede del capítulo de sus memorias titulado “La senda de la traición”, donde justifica la calumnia y la represión contra Lenin de un modo similar a como Carrillo “explica” los crímenes de la GPU en su capítulo “La experiencia española. El caso Trotsky”; es decir, uno y otro presentan a la revolución y a los revolucionarios como “un caso de traición”.

1931, incomparablemente más amplias, más variadas, más ricas que las de los trabajadores alemanes entre noviembre del 18 y enero del 19, y también más próximas que las enseñanzas de 1905 para los obreros revolucionarios rusos, habían preparado un movimiento de una gran profundidad en julio del 36, tras el golpe fascista. De otro lado, las relaciones del proletariado catalán con el resto de las masas de la República, particularmente con los obreros de Madrid y Valencia, eran mucho más inmediatas que las del proletariado petersburgués o berlinés con sus países respectivos, donde las desigualdades de experiencias y de conciencia eran enormes. En fin, la guerra civil había unido como nunca antes a los obreros industriales con los campesinos, había movilizadado y encuadrado a estos últimos, a los cuales, en cambio, tenían *que esperar y que preparar todavía* los obreros de Berlín y de Petersburgo. Ciertamente que había una guerra en curso, pero si los trabajadores rusos hicieron de su revolución el primer paso hacia la paz, los catalanes y madrileños pudieron hacer de su revolución el paso decisivo hacia la victoria. En los ejemplos históricos citados, la insuficiente fuerza de los bolcheviques y de los espartaquistas en aquellas etapas revolucionarias fueron un factor *relativo, que se sumó* a esas otras limitaciones objetivas y subjetivas de la revolución, tales como la inmadurez del proletariado alemán en esos primeros meses, o la enorme distancia política entre los obreros de la capital rusa y su inmenso país campesino. Estos últimos factores eran los decisivos para la táctica de los revolucionarios en aquellos precedentes históricos. Pero todo lo contrario encontramos en el caso español. Incluso la madurez del proletariado *resalta precisamente por contraste* con su falta de dirección, con el hecho de que esos obreros que dominaron Barcelona varios días, que se resistían a seguir los consejos traidores de sus jefes y retirarse, carecían de una dirección revolucionaria mínimamente fuerte. Es decir, desde el punto de vista de las condiciones generales, las Jornadas de Mayo de 1937 se asemejan mucho más a las condiciones del octubre ruso que a las de julio de 1917; y solamente la debilidad del núcleo revolucionario consecuente y la traición completa *de todas las direcciones medianamente influyentes* convirtieron las Jornadas de Mayo en una de esas batallas perdidas de la revolución proletaria, pero que, como el julio ruso o el enero alemán, son obligatorias y están determinadas por todo el curso de los acontecimientos anteriores.

Este era el único punto débil de la insurrección de mayo, su principal diferencia con otras situaciones históricas también dominadas por el impulso de los mismos obreros en acción. Por eso Carrillo tiene que añadir una novedad a la larga lista de falsificaciones policíacas de la historia de la lucha de clases: nada menos que... ¡un “putsch” sin conspiradores!, ¡un complot sin dirección! El PCE no puede negar hoy lo que durante años y años negó, pero de lo cual hay acumuladas pruebas históricas irrefutables: que el POUM y la CNT, en lugar de instigarlo y dirigirlo, intentaron evitar y contener el levantamiento obrero; que, una vez los obreros se armaron y cercaron la Generalitat, poumistas y dirigentes de la CNT llamaron a desmontar las barricadas, a dejar las armas, a volver al trabajo. Los militantes de base de estas dos organizaciones intervinieron activamente en la lucha de los trabajadores, pero no obedeciendo a ningún plan, sino en contra de los planes de sus dirigentes. Si hubiese habido un plan, una dirección, la insurrección hubiese triunfado. Así que Carrillo viene a reconocerlo cuando *todo lo que puede decir* es que el POUM “participó”, y que también “participaron algunos sectores” anarquistas... ¿Pero, entonces... ¿quién montó el “putsch”? ¿quién lo dirigió?, ¿dónde están sus dirigentes y sus instigadores?

Sabemos que aunque no tenían la fuerza para iniciar siquiera un movimiento como el de mayo, los bolcheviques leninistas de la IV Internacional se sumaron con entusiasmo a la ofensiva obrera y desempeñaron en ella un modesto pero activo papel, y su influencia entre los trabajadores aumentó de día en día. Para ellos, como dirección

que todavía era muy minoritaria, las Jornadas de Mayo podían llegar a ser el equivalente español de las Jornadas de Julio de la Revolución rusa: es decir, una batalla perdida, pero que se convierte, por sus enseñanzas, en el punto de partida de la revolución. Pero los Scheidemann y Noske de la revolución española, es decir, Stalin y sus camaradas Pasionaria y Carrillo, actuaron con más rapidez, brutalidad y responsabilidad directa que los autores y responsables morales del asesinato de Liebknecht y de Luxemburg. La represión legal e ilegal, de la República y de la GPU, se abatió sobre los revolucionarios, e incluso simplemente sobre los elementos centristas intermedios entre la contrarrevolución republicano-stalinista y el proletariado revolucionario. Esa teoría policíaca del “putsch” sirvió para cubrir el asesinato de los trotskistas Moulin y Wolf (así como de los poumistas Nin y Landau y numerosos anarquistas), sin contar los muertos en las barricadas de mayo y los numerosísimos encarcelados, los tribunales especiales, la disolución de organizaciones, la censura de prensa y la reacción en todas las formas posibles. La falsificación de la revolución, presentándola como un complot de traidores, es inseparable de esa represión. Carrillo repite la teoría del “putsch”, teoría policíaca de la revolución proletaria, pero no quiere remover aquellos cadáveres, no quiere admitir que para negar *la revolución obrera de mayo del 37* hay que poner esos cadáveres encima de la mesa y responder de ellos. Así que Carrillo se limita a presentarnos eso que puede pasar a la historia como el colmo de la falsificación policíaca de la historia: ¡un “putsch” armado sin dirigentes!

Concluamos entonces que ni siquiera la falsificación puede llegar a ocultar totalmente que la insurrección de mayo fue el levantamiento fulminante, masivo, de los trabajadores; levantamiento inscrito en la lógica del desarrollo de una revolución traicionada, deformada a través de la guerra, pero que tenía que enfrentar tarde o temprano a los obreros armados con los defensores del Estado burgués. A través de amargas experiencias en el frente y la retaguardia, los obreros revolucionarios de julio del 36, sintiéndose defraudados y sin tener aún una conciencia clara de dónde se había fallado, adquirieron la convicción creciente de que debían poner en juego su fuerza y sus armas para tomar en sus manos su propio destino y el de la guerra, porque el 19 de julio ambos se les habían escapado de las manos.

Pero mayo de 1937 es objeto de una falsificación histórica más general aún. Se quiere ocultar hoy que *los trabajadores perdieron en 1939* la guerra contra el fascismo, porque *habían perdido en 1937 la revolución* frente al Estado republicano y sus defensores. Carrillo no pensaría siquiera en mantener de manera tan inconsecuente esa historia del “putsch”, si no encontrase un eco, un eco distinto e incluso invertido, pero un eco al fin y al cabo, en las explicaciones poumistas y anarquistas de las Jornadas de Mayo del 37. Todos los actuales cruzados del antileninismo (y coinciden, naturalmente, con todos los que en 1937 cerraron el camino de la dictadura del proletariado en armas), verdugos y víctimas en 1937, se reúnen en la cuestión principal. El POUM y la CNT no niegan el *carácter obrero* del levantamiento de mayo, su amplitud y la participación espontánea de la inmensa mayoría de los trabajadores catalanes. Pero sí le niegan el *carácter revolucionario*, su carácter de etapa lógica, inevitable, necesaria por la irreducible oposición entre la actividad de masas de un proletariado revolucionario y el Estado capitalista (por mucho que se disfrace con títulos equívocos como “república democrática de trabajadores”). Es decir, el carácter revolucionario de la lucha de mayo consiste en que los trabajadores movilizados en la guerra y en la revolución, incluso sin tener una conciencia clara de los métodos y de las condiciones de la dictadura del proletariado, pues carecían de dirección leninista, *sin embargo no podían* ceder sus armas sin probar *obligatoriamente* a imponer su “dictadura” a sus dirigentes, aunque fuese por la pura fuerza de la amenaza de sus fusiles y barricadas. Solo así vieron que para lograrlo

necesitarían esa clara conciencia común, ese programa y esa dirección, y por ello tuvieron que ceder ante los defensores del “orden”, los ministros stalinistas, reformistas, anarquistas, y los ex ministros poumistas.

Estos últimos, POUM y CNT, presentan las Jornadas de Mayo como una “provocación del PSUC”, a la que *desgraciadamente* hubo que responder, o a la que respondieron los obreros sin que *desgraciadamente* hubiese condiciones para seguir la lucha (según no pocos de estos anarquistas, esta batalla entre obreros y fuerzas del Estado burgués era, además, “una lucha fratricida”... solamente porque los burócratas y “cuadros” del partido stalinista se pusieron del lado de Companys y sus policías). Es cierto que la chispa fue la entrada provocadora de la policía enviada por el comisario del PSUC, Rodríguez Sales, a la Telefónica, ocupada y controlada por un comité obrero CNT-UGT. Pero eso fue tan solo la chispa en un clima tiempo atrás saturado para el enfrentamiento revolucionario. Como Trotsky responde:

“El elemento de perfidia en la provocación stalinista tiene solamente, desde el punto de vista que nos interesa, una importancia secundaria. Todos los informes publicados tras los acontecimientos han demostrado que con una dirección medianamente seria y segura de sí misma, la victoria de la insurrección de mayo estaba asegurada. En este sentido tenía razón el POUM al decir que los obreros podían haber tomado el poder si hubiesen “querido”. Salvo que el POUM se olvidaba de añadir: “desgraciadamente no tenemos una dirección revolucionaria”. ”⁵⁰

La teoría de CNT y POUM, según la cual mayo del 37 fue el resultado de “una provocación”, es, evidentemente, una expresión de su propia negativa a asumir la dirección de una insurrección obrera contra la República. Pero, al mismo tiempo, es en realidad *la misma teoría stalinista del “putsch” pero vuelta del revés*. Al volverla del revés se acerca un poco, muy poco, a la verdad, ya que, en efecto, los únicos “conspiradores” fueron los stalinistas, los amigos de Carrillo. Pero se acerca a la verdad tapándola y oscureciéndola en lo esencial: el *carácter revolucionario* de mayo, independientemente de la chispa que desencadenó la insurrección. Los obreros cercaban la Generalitat, esperaban el plan y la orden de asalto; los cañones de Montjuïc apuntaban hacia el edificio del Gobierno catalán. Pero en ese momento la dirección de la CNT se encontraba dentro, discutiendo con Companys, protegiendo, de hecho, al Estado de la burguesía. En cuanto al POUM, se encontraba reunido pendiente de esa misma CNT. Ya hemos dicho que los bolcheviques leninistas de la IV Internacional, que se habían organizado en el mes de agosto anterior, sólo daban sus primeros pasos, y de inmediato se cebaría sobre ellos la presión. La fuerza del partido stalinista, defensor descarado del Estado burgués con su política de “frente popular” era reducida, pero se encontraba multiplicada por la colaboración vergonzante de los anarquistas y la pasividad política completa de los dirigentes poumistas. Un plan... La orden de asalto... La forma simple y directa en que los trabajadores de las barricadas comenzaban a sentir la necesidad de *un programa*, el de la destrucción del Estado burgués y la organización sobre sus escombros de la dictadura del proletariado como clase, y *una dirección*, un partido basado en ese programa e independiente de las clases enemigas, de su Estado y de sus agentes introducidos en el movimiento obrero para sujetarle al Estado burgués. En esta encrucijada se detuvo, titubeó y retrocedió luego la primera revolución proletaria española. Ese es un auténtico balance, hasta tal punto que la segunda revolución, la nuestra, la que debe ganar, en

⁵⁰ León Trotsky, *La verificación de las ideas y de los individuos a través de la experiencia de la revolución española*, 20 de agosto de 1937.

realidad comenzará allí donde la otra se detuvo: al asimilar en la lucha las enseñanzas de mayo de 1937.

Pero habíamos dejado a Carrillo hablando de “alta traición”, para referirse a la revolución obrera, y pidiendo “sanciones ejemplares” para los revolucionarios. Y, sin embargo, nada ayudó tanto a Franco como la derrota de mayo del 37, y la posterior reacción en toda la regla, desde que se formó el Gobierno de Negrín apoyado sobre la política pro-burguesa del PCE y el terror policiaco de la GPU. Más aún, este Gobierno, desde abril de 1938, pasó a una línea *abiertamente derrotista*, y mientras volvía a llenar las cárceles de obreros revolucionarios acusados de “traidores a la República”, proponía a Franco negociaciones sobre la base de los llamados “trece puntos para la paz” de Negrín. La República apuñalaba por la espalda a los obreros del frente. Pero eran el PCE, y más aún el mismo Stalin, quienes estaban detrás de estas propuestas derrotistas y demoralizadoras de Negrín. Franco, en cambio, una vez la República había cumplido su función contrarrevolucionaria desarmando a la revolución proletaria, no veía la necesidad de hacer concesión alguna a ese régimen sin verdadera base propia. En marzo de 1939, los jefes militares republicanos, encumbrados por el PCE, se levantaron contra el Gobierno republicano para claudicar ante Franco prácticamente sin condiciones. Los generales Casado y Miaja tenían el apoyo de Londres, que quería liquidar la guerra, y la neutralidad de Stalin, que no quería prolongarla (ese mismo año firmó su pacto con Hitler). Carrillo, el iracundo “azote de traidores” de mayo de 1937, dice al respecto de la traición de Casado y Miaja, con su proverbial cinismo:

“Incluso al producirse el golpe de Casado, tras la primera resistencia a un intento de capitulación (...) el partido se esforzó por llegar a un acuerdo con la junta...”⁵¹

Y, en efecto, hay numerosos testimonios de que, aunque el PCE toleró una cierta resistencia de los comunistas madrileños sin dirección, contra Casado y Miaja, al mismo tiempo el Buró Político del PCE, reunido antes de tomar el avión del exilio, aclaraba a sus cuadros políticos y militares que no era mala cosa esa “traición”, y que en todo caso “el partido” pensaba que las cosas debían seguir ese cauce.⁵² Cuando Carrillo se refiere hoy a este levantamiento del mismo *aparato de Estado* burgués de la República, defendido y reforzado por el “frente popular”, a esta *traición* abierta y declarada sin ambages a la guerra contra Franco, he aquí que el secretario general del PCE se nos baja de su tribuna acusatoria, abandona sus truenos y relámpagos de mayo del 37, y se muestra ante los franquistas de nuestros días poco menos que como un artífice de la “paz de 1939”. Dice que él y el PCE, además de no enfrentarse apenas a los *traidores*, incluso intentaron “llegar a un acuerdo” con ellos. Se ve que la medida del PCE para la “traición” es muy distinta si los obreros quieren el poder para ganar la guerra a Franco, o si los generales burgueses desde el poder traicionan la guerra para abrir las puertas de par en par a Franco y entregarle los combatientes, a quienes se negaba la revolución en nombre de una “defensa de la República” que en 1939 se demostró cuánto valía. No queda, no puede quedar la menor duda de que el criterio que Carrillo establece para de-

⁵¹ Carrillo, “Eurocomunismo” y *Estado*, *ibid.*, pág. 162.

⁵² Hay muchos testimonios de que esta actitud fue la del PCE ante el golpe de Casado y de que quedó patente en la última reunión de la dirección del PCE, con Togliatti presente; pero las mismas palabras citadas de Carrillo son una confirmación. Un partido crea sus dirigentes, o se los busca, a imagen de su política. Es sabido que el padre de Carrillo, Wenceslao Carrillo, se unió a la junta golpista de Casado y que el actual secretario del PCE lo “repudió” pública y solemnemente. Ahora bien, hoy reconoce que *en realidad* el PCE “se esforzó por llegar a un acuerdo” y que la resistencia fue hipócrita...

finir lo que es una *traición* no es siquiera el criterio de la guerra civil, y sólo en segundo plano lo es el de la defensa de la República: su criterio es precisamente el de la burguesía, es decir, el de *la defensa del Estado burgués*.

Marzo de 1939 cierra el ciclo de la revolución española, de la primera, del ensayo general de la actual. Vencida el ala revolucionaria de los obreros en mayo de 1937, también el mismo POUM centrista fue cobardemente eliminado por los stalinistas: ya no lo necesitaban, y, en cambio, su simple existencia contradictoria le hubiese convertido en posible vehículo de la protesta popular. Una vez las masas desarmadas y el aparato del Estado reforzado, los dirigentes de la UGT y de la CNT quedaron reducidos a su papel verdadero, el de figurantes alrededor del aparato stalinista del PCE. La revolución obrera les había elevado a una estatura que no era la suya, pero al traicionar la revolución y colaborar con el “frente popular” en la defensa del Estado, retrocedieron hasta su auténtica medida, y desde entonces el PCE a lo largo de la guerra se explica justamente porque *ningún otro partido o dirección se opuso en lo fundamental al PCE*, y, en cambio, el partido stalinista era mucho más consecuente en la traición, no se andaba con remilgos doctrinales de los ministros anarquistas, ni con los remilgos “democráticos” de los reformistas del PSOE, a la hora de defender al Estado capitalista. El PCE tenía, ciertamente, un obstáculo, que era la tradición leninista, la identificación de los obreros con la política de octubre del 17, pero esa tradición había llegado tarde y mal a los obreros españoles. En todo caso, para evitar ese problema, Stalin había desencadenado y llevado hasta España la “lucha contra el trotskismo”, precedente directo de la actual Cruzada antileninista y que, combinando la revisión con la represión policíaca, intentaba liquidar la herencia de Lenin para no encontrársela como obstáculo a la colaboración con el aparato estatal de la burguesía. La “lucha contra el trotskismo”, teórica y sobre todo policíaca, lucha contra la herencia y los continuadores de Lenin, convirtió al PCE en el más eficaz aparato de defensa de la República burguesa contra los obreros. En cambio, fue absolutamente incapaz contra Franco.

Del mismo Estado republicano cuya protección asumió el “frente popular”, ya en febrero de 1936, surgieron *las fuerzas del golpe* militar fascista del 18 de julio; solo los obreros se enfrentaron a ellas. La burguesía, que estaba ya de parte de Franco, *destacó a algunos de sus políticos sin base social alguna*, para que junto al PCE, al PSOE, la CNT y el POUM, defendiesen al Estado burgués en el mismo bando de los obreros, transformando así y deformándolo en el “bando republicano”. Este Estado, el de la República, aparece así en todas las cuestiones importantes, lo mismo militares que políticas o económicas, como la “quinta columna” de esa burguesía que, sin embargo, marchaba con Franco. Cuando el proletariado, carente de dirección, cedió ante ese Estado republicano, *de nuevo surgieron de sus cimas otros generales, otros Franco*, como Casado y Miaja, decididos al golpe contra los obreros. Entonces, incluso el PCE se hacía ya innecesario. Ninguna de las direcciones, desde el PCE hasta el mismo POUM, puede decirse que jugase un papel ni revolucionario, ni siquiera positivo, en ninguna de las etapas de todo el proceso. Cada una de las direcciones influyentes tuvo su momento y su ocasión política en la conciencia de las masas que giraban de unas a otras consignas en el curso de sus experiencias. Cada una de las direcciones, sin embargo, fue un eslabón en el retroceso de la revolución, en ese retroceso que comenzó cuando los obreros que cercaban la Generalitat esperaban la orden y el plan de asalto, y que terminó cuando los generales republicanos abrieron las puertas de Madrid a las hordas de Franco.

La “lucha contra el trotskismo”, es decir, contra el leninismo, la llevaron Stalin y el PCE. Pero el fruto lo recogió Franco. A riesgo de repetir, aún vale la pena recalcar la lección. Lenin la había formulado así, para decir *en qué consiste concretamente* la revolución de los obreros: “la revolución consiste en que el proletariado *destruye* el aparato

administrativo y *todo* el aparato del Estado, sustituyéndolo por otro nuevo constituido por los obreros armados”.

1977: Unión Sagrada con los vencedores de 1939

La actual crisis prerrevolucionaria se alarga penosamente. Marx ya señaló a mediados del siglo pasado el característico ritmo lento de las mareas revolucionarias en España. Trotsky, al comienzo de los años treinta, insistió también en su lentitud, sin comprender la cual sería difícil orientarse en las distintas etapas por las que pasa y debe pasar la lucha. No hay ningún misterio en este hecho: la debilidad de la burguesía española ante su propio proletariado ha mantenido al país en el aislamiento y sujetado por constantes dictaduras, y los períodos de lucha abierta parecen simples paréntesis. Cada vez que la marea revolucionaria europea, o las propias contradicciones del país, permiten al proletariado salir a la superficie e incorporarse a los movimientos revolucionarios de nuestra época, al mismo tiempo queda obligado a recorrer toda una gama de experiencias para poder abandonar una montaña de prejuicios e ilusiones conservados y aumentados por la clandestinidad y el aislamiento nacional. También por las mismas razones, esa clase obrera se resiste a dejar la escena, incluso en el fracaso, porque sabe que la alternativa es caer otra vez en la más negra y aislada noche de la opresión material, política y religiosa...

Pero, actualmente, ¿en qué medida la lentitud de desarrollo de esta crisis en la Península Ibérica, desde el primer intento revolucionario portugués, puede seguir presentándose como una particularidad nacional, propia del papel de la Península en la cadena imperialista? Después de la guerra civil, la revolución española tejió lazos estrechos con los obreros del continente: todos se jugaron una parte de su futuro en España. Luego, las dictaduras de Salazar y Franco han sido un permanente recordatorio de un pasado de derrotas obreras del que Europa no ha salido del todo y del que no saldrá sin una nueva revolución de todo el continente, desde Lisboa a Moscú. La revolución en España esta vez no será ya la “revolución española”, sino la *revolución ibérica como etapa de la revolución europea*, la unificación de la Península en el curso de la primera etapa de la revolución en Europa. Sin embargo, esta reincorporación histórica de la Península al continente a través del papel, jugado y por jugar, de los obreros españoles en la revolución mundial, tiene una contrapartida política: la necesidad redoblada que sienten sus enemigos burgueses y stalinistas de aislar a esos mismos obreros. La derrota de 1939 fue convertida por esos enemigos del proletariado en una profundísima recaída del país en el aislamiento, el atraso y el terror policíaco. ¿Cuál es, entonces, el aspecto que más pesa en la conciencia y en el actual movimiento de los trabajadores? ¿Sus lazos históricos con el proletariado, tejidos en grandes, pero pasadas y vencidas luchas revolucionarias, y basados en condiciones objetivas de nuestra época, o más bien ese aislamiento terrible de dos generaciones obreras que surgen de la clandestinidad y de la miseria, ese aislamiento organizado por el imperialismo y el Kremlin, de acuerdo con Franco? Naturalmente, todo paso adelante del proletariado lo incorpora a la lucha y a los problemas de la lucha del proletariado internacional. Se ha explicado que el fracaso del movimiento de 1968, surgido de la clandestinidad, empujó a la juventud hacia Europa y hacia el pasado, hacia un balance que sólo podía ser internacional, unido a las conclusiones de la huelga general francesa del 68, y del movimiento checoslovaco abortado por los tanques del Kremlin. Pero tampoco esta incorporación, por así decir “objetiva”, a la crisis prerrevolucionaria internacional aporta necesariamente una clarificación del programa y la dirección buscados, que es lo principal. Hemos visto que solo una reduci-

da minoría todavía, en la crisis de los años sesenta, llegó a entroncar con el leninismo vivo y a incorporarse a la reconstrucción de la IV Internacional (que en España desapareció en la posguerra). En resumen: todos los factores históricos tienden a integrar la crisis actual al curso y al ritmo de la revolución europea; la misma repercusión de la crisis del imperialismo agravada en la Península, y la particular virulencia de la crisis stalinista internacional en el PC español, así como los esfuerzos de la vanguardia constructora de la IV Internacional. *Pero* todas las tradiciones políticas, y asimismo toda la actual *política* de las direcciones oportunistas, tienden a aislar a los trabajadores y a hacerles sentirse solos, desconfiados, limitados. A volver la vista atrás, hacia la guerra civil, pero sin las condiciones para sacar un balance, ya que esas condiciones son *internacionales*, son las del balance internacional del *stalinismo* como dirección fracasada. De ahí también que, mientras la fragilidad política y económica del régimen burgués español y de sus ayudantes oportunistas tiende constantemente a *precipitar* la batalla, los trabajadores desorientados han buscado insistentemente *aplazarla y aplazarla*.

La subordinación al Estado español es un obstáculo insuperable para la incorporación de la lucha de los trabajadores españoles a la del proletariado internacional, y europeo en particular. Una integración gradual a la Europa burguesa, a sus ritmos y formas políticas actuales, está excluida por adelantado. Los oportunistas, y, como siempre, Carrillo y Mandel a la cabeza, arrojan las cifras de las inversiones extranjeras, o los discursos burgueses sobre el Mercado Común, como argumento a favor de una posible incorporación de España a Europa, que incluso adaptase las formas políticas del régimen y del movimiento obrero a las que *todavía* dominan el continente. Sin embargo, *el mismo Estado español* es un obstáculo a Europa, un obstáculo entre las nacionalidades de la Península y las naciones europeas. En teoría, puede hablarse de dos “integraciones” a Europa: una “integración” burguesa y una integración obrera. Además de no coincidir, ni siquiera pueden marchar paralelas, y, en definitiva, se oponen. 1939 representa, justamente, desde el punto de vista que estamos viendo, el fracaso de la burguesía española en su intento de incorporación “democrática” a Europa, después de que perdiese las colonias de las cuales vivía parásitamente (como también Portugal). Ese intento de “integración” demostró que el Estado español, como el de Portugal, sólo podía dejar de ser el despojo ruinoso de un imperio colonial para convertirse en una colonia dentro del continente europeo. Esa “integración” a Europa, como semicolonias, la única al alcance de la burguesía española, en lugar de sacar al país de la miseria y el atraso, los agrava hasta conducir por sucesivas etapas, una y otra vez, a la revolución hasta que la clase obrera se imponga en la Península y el continente. La revolución socialista no representa en la Península Ibérica tan sólo la lucha del obrero contra la explotación capitalista, sino que extrae una gran parte de su fuerza del fracaso total de la burguesía para incorporar el campo, la industria, la cultura y la misma “nación” burguesa a Europa. Entre la República burguesa fracasada de 1873 y la traición de la revolución obrera por la República de 1931-39, el proletariado ha demostrado ser la única fuerza capaz de incorporar el país a Europa, que a su vez sería una Europa obrera y revolucionaria. Entre 1931 y 1939 este fue el problema no sólo de los obreros españoles, sino de todos aquellos que en Europa siguieron como suya la lucha en la Península Ibérica. Franco intentó volver el país de espaldas al continente para poder sujetar a su proletariado: convirtió la vida económica en la miseria reglamentada de un campo de concentración de la burguesía, ofreciendo a los capitales nacionales la posibilidad del abuso total a expensas de obreros y campesinos. Incluso sus “falangistas” compusieron algunos himnos “imperiales” que parecían hablar de una nueva conquista de África y América. Esto ya no era ni la sombra de una alternativa al fracaso burgués ante Europa, sino una parodia sinies- tra en un país que retrocedía aislado hacia la miseria y el hambre. Pero antes vimos cómo

mo los dirigentes de la guerra civil fracasaron también al esperar inútilmente que la Europa de Churchill y de Stalin “recuperase a España para la democracia”. De eso no hubo nada. En cambio, los obreros lucharon desde su difícil situación de supervivencia. Y ante una creciente amenaza de revuelta obrera, Franco fue plegando sus banderas “imperiales” ante la burguesía norteamericana y europea. Exportó mano de obra barata, ofreció un mercado hambriento y una base obrera desorganizada por el fascismo, para la inversión del capital imperialista.

La España burguesa y la Europa de los imperialistas y de sus aliados del Kremlin no pueden tener más que esa clase de relaciones: la Península Ibérica como semicolonía de las burguesías europea y americana, y el Estado español como la dictadura de una burguesía ruinosa, parásita del país, y semicompradora del capital imperialista. La crisis del imperialismo está hoy mostrando de manera indiscutible e insoportable la terrible dureza de esa perspectiva “europea” de la burguesía. Sólo con el proletariado derrotado puede parecer realizable esta clase de “integración”, pues luchando contra ella, desde principios de este siglo, la lucha obrera ha apuntado a la verdadera solución: la de unos Estados Unidos Socialistas (obreros) de Europa, es decir, una unidad fraternal de los pueblos del continente basada en el poder de Consejos obreros en los distintos países, en la expropiación del capital, la liquidación del poder de las burocracias parásitas stalinistas y el establecimiento de la planificación económica a escala continental por los trabajadores. Esta perspectiva debe fundar concretamente la independencia del proletariado frente al Estado burgués en su lucha para destruirlo. Constantemente el oportunismo ha justificado la colaboración de clases con el Estado español burgués, desde el punto de vista del atraso del país, y de la necesidad de sostener una evolución del Estado hacia la “democracia” y la incorporación a Europa. No es inútil establecer que tal integración “democrática” es una ilusión burguesa sin futuro, y que la colaboración con el Estado conduce inevitablemente a la derrota de los trabajadores y a una dictadura fascista semicompradora del capital imperialista, y parásita del proletariado, del campesinado y de las nacionalidades oprimidas de la Península.

Más aún, dentro de la perspectiva del proletariado, el Estado *español* no puede tener lugar, ni tampoco arreglo. El Estado español es un parásito aristocrático, profundamente corrompido por siglos de opresión nacional, y que ha incorporado a la explotación capitalista los métodos del robo militarizado. La “unidad de España”, en la que se reconoce infaliblemente no sólo a los señoritos, a los banqueros, a los especuladores y a su inmensa corte de policías, curas, militares y funcionarios inútiles, sino también a *sus lacayos* dentro del movimiento obrero, es una *unidad impuesta* que ha podido malvivir de los restos de unas colonias arrastradas a la miseria por el robo sin límites; y también por la intervención del ejército colonial en la misma Península. Pero si esa “unidad de España” ha sobrevivido a los últimos restos de las colonias, ha sido ya mediante constantes dictaduras militares, impuestas por el ejército, que a su vez se ha convertido en el *único verdadero partido burgués*, inútil y vencido en todas las guerras burguesas, pero siempre dispuesto a defender a su casta, al capitalismo y a los terratenientes en una guerra civil contra el pueblo. Digamos que el Estado español se formó sobre el oro robado a las colonias, y lo formó el ejército de mercenarios pagados de ese oro. Las burguesías catalana, vasca, andaluza, muy débiles y más dispuestas a sacar tajada de la expoliación de América y de África que a enfrentarse a la corrupción de Castilla y del Estado español y a sus clases parásitas, se acomodó a esa “unidad de España”, bandera de todas las derrotas. Cuando el filón se agotó, fue más claro que el Estado español no representa ni representará un progreso, sino un terrible freno y un peso desproporcionado sobre el país. Las fuerzas que entonces lo han apoyado han sido, aparte de los muchos parásitos que viven de él, el capital imperialista europeo y americano, que lo utiliza como inter-

mediario, la gran burguesía ligada a ese capital imperialista, como dependiente de él, y, en fin, los capitalistas vascos y catalanes, más por cobardía que por real interés económico. Todos ellos creen que es la mejor defensa frente al proletariado.

La burguesía fracasó en sus intentos de crear una nación en España, como lo hicieron las burguesías europeas entre los siglos XVII y XIX, pero además tomó conciencia de ello demasiado tarde, cuando al naufragar los últimos restos del “imperio español” naufragó con ellos el “Estado español”. Los intelectuales burgueses consagran desde entonces una literatura decadente y estéril a preguntarse “qué es España”, a encontrarle una salida o una justificación, pero sus balbuceos se detienen siempre ante sus conclusiones prácticas: España no es más que el fracaso irremediable de la burguesía de la Península, es su dependencia ante el capital imperialista y su atraso nacional, es su terrible miedo al proletariado, y es, por todo eso, su constante *postración ante la dictadura del ejército y la Monarquía de los señoritos ociosos*, para sujetar a los obreros y campesinos. Demasiado tarde ya, en 1873, la burguesía llegó a intentar salir de esa situación con la Primera República. Sus fuerzas estaban muy divididas, según sus compromisos con los terratenientes y la Iglesia, con el capital anglo-francés, con los restos del ejército colonial en retirada, con los particularismos nacionales y regionales heredados del pasado, y esas fuerzas se fueron sucediendo muy rápidamente en la escena política. Cada una de ellas, al llegar su turno, demostró ser demasiado débil para agrupar a las demás y, por lo tanto, para arrastrar o imponerse a las masas que intentaban hacer suya la República, inclinarla hacia los obreros y campesinos. Sin la Monarquía parásita y su ejército centralizado, el Estado español se disolvió en las manos de esa débil burguesía; el proletariado comenzó a dar sus primeros pasos como movimiento organizado, todavía siguiendo a tal o cual fracción burguesa, pero ya intentando inclinar los resultados hacia la liberación de los trabajadores. El fracaso de las sucesivas capas y secciones de la burguesía las fue agrupando a todas tras el “partido del orden”: el ejército monárquico. La República burguesa había fracasado sin remedio, y la posibilidad de una Federación nacional burguesa, también. Se patentizó que no habría nunca más “una sola España”, a menos que se sujetase *a todas ellas* bajo la bota militar, y sobre todo a la obrera, la más activa y la única que podía centralizar masas contra la España militar y monárquica. La burguesía puso a gusto el pescuezo bajo esa bota (como en 1936), y eligió así su lugar en el mundo y en la historia.

Pero tampoco el proletariado representaba entonces, ni material ni, sobre todo, políticamente, una fuerza capaz de imponerse: todavía era una amenaza. Con todas sus fuertes asociaciones obreras, en la acción *política* apareció disuelto entre el campesinado y la pequeña-burguesía urbana, tras uno u otro grupo de la “democracia” burguesa dividida. En 1931 las cosas ya eran distintas: aquella era la verdadera ocasión del proletariado. En cambio, la revitalización de la República y de los partidos nacionalistas carecía incluso de una realidad social, *se apoyaba ya directamente sobre las capas superiores del movimiento obrero*. Más en concreto, los republicanos se apoyaban sobre la burocracia sindical y parlamentaria “socialista”, y los nacionalistas pequeño-burgueses catalanes sobre la dirección “anarquista”. La República de 1873 fue una revolución burguesa fuera de tiempo, que se aterrorizó por la entrada en acción del pueblo trabajador y que se echó entonces en brazos de la Monarquía centralista, su ejército y su corte de parásitos variados y numerosos. En cambio, la de 1931 fue *un engaño*, una coalición de políticos burgueses sin verdadera base social *burguesa*, con dirigentes y con burócratas oportunistas dispuestos a *traicionar a su base social obrera*, a utilizar la República contra la revolución proletaria. Mientras la defensa de “la España republicana” paralizaba la revolución obrera e inutilizaba sus esfuerzos, la sociedad burguesa se fue reorganizando

desde el primer día en torno al ejército con la perspectiva de reconstruir “la Monarquía española” por los métodos de la guerra civil y del fascismo.

Pero la crisis prerrevolucionaria de los años treinta había creado otra vez las condiciones, excepcionales en España, para que los trabajadores saltasen, por así decir, la frontera de la Península e incluyesen su movimiento en el del proletariado mundial, para conquistar una independencia política y de acción, de clase, en la crisis española, dejando atrás el republicanismo pro-burgués del “socialismo” nacional y también el sindicalismo seguidista de los “anarquistas” españoles. *La suerte de la revolución española fue la suerte de la III Internacional Comunista*, en la que estaba librando la última y la principal etapa del combate entre la burocracia contrarrevolucionaria de Stalin y los bolcheviques leninistas de León Trotsky.

Después de numerosas oscilaciones a derecha e izquierda, la dirección stalinista de la III Internacional llevó al proletariado alemán a una terrible derrota sin combate ante Hitler en 1933. Los revolucionarios esperaron: ¿cuál sería la conclusión, el balance que sacarían la III Internacional, sus partidos y sus cuadros, ante tan tremendo fracaso de la dirección de Stalin? En seguida se veía que en 1933 la dirección stalinista había cruzado la barricada con la III Internacional, y pasado del lado del orden burgués. En septiembre de 1934 Stalin solicita la entrada en la Sociedad de Naciones, a la que Lenin llamó “cueva de ladrones imperialistas”: la burocracia de la URSS se convertía en un factor activo de la defensa del orden imperialista internacional, y arrastraba por este camino a los partidos ex comunistas, empleándolos como auxiliares de su alianza con la burguesía y, por lo tanto, como defensores del Estado burgués. En julio de 1935 comenzaba el VII Congreso de la Internacional Comunista, su último congreso, aquel que decidió la incorporación de los partidos “comunistas” a la defensa del Estado capitalista “democrático”.

Antes de que terminen sus sesiones, Trotsky señala en un tono de urgencia:

“El Séptimo Congreso de la Comintern (...) entrará tarde o temprano en la historia como el Congreso de la liquidación. Aunque no todos sus participantes se den cuenta hoy del hecho, todos ellos lo están poniendo en práctica con la liquidación del programa, de los principios y de los métodos tácticos establecidos por Lenin, y están preparando la completa disolución de la Comintern como organización independiente.”⁵³

La adopción de la táctica de los “frentes populares antifascistas”, de la defensa del Estado (todavía era la defensa de las Repúblicas “democráticas” burguesas contra el fascismo) plasmaba la liquidación de la Internacional como partido de la *independencia de clase del proletariado*, como partido obrero. Quedaba aún el aparato, convertido en una agencia de la colaboración entre la burocracia del Kremlin y las burguesías nacionales imperialistas. La IV Internacional tenía todavía un largo camino por delante, del que más adelante hablaremos, y en esa encrucijada de los años treinta el proletariado revolucionario de 1936 carecía de *su partido frente al Estado burgués, su partido de la dictadura de clase del proletariado*, de la unidad revolucionaria mundial de los trabajadores. Esto explica que se repitiese en España el mismo problema de 1873: de nuevo el proletariado no podía enfrentarse a las fuerzas de la Monarquía española reaccionaria de una manera independiente (es decir, orientada hacia la revolución proletaria europea), y de nuevo siguió al republicanismo burgués y al nacionalismo pequeño-burgués. Y con ellos fracasó ante la reacción. Pero mientras que en 1873 esta subordinación era todavía

⁵³ León Trotsky, *El Congreso de la liquidación*, 23 de agosto de 1935.

la muestra de un desarrollo histórico insuficiente, en 1936 se trataba ya de la política reaccionaria de los dirigentes oportunistas de la clase obrera, y concretamente de su conciliación con el Estado de los capitalistas. Esta vez el proletariado buscó su *independencia de clase*, y le faltó el *programa leninista* que la III Internacional había traicionado antes de que fuese restablecido por la lucha de la IV Internacional.

La maduración actual de la revolución ilumina intensamente esas etapas históricas, su sucesión y sus problemas constantes y repetidos. Cuando murió Franco estaba peligrando el estado burgués español. Cuando el PCE fue legalizado, se había consumado un pacto histórico: Carrillo reconocía explícitamente a la Monarquía, a la bandera española, a la “unidad de España”. Dicho de otra manera, Carrillo, seguido de las otras direcciones fracasadas de la guerra civil, pasaba a ser la muleta donde apoyar el Estado reaccionario militar-fascista construido en la guerra de 1936-39, e institucionalizado por Franco como la Monarquía franquista de Juan Carlos. Es la política de la “Unión Sagrada”, continuación de la “reconciliación nacional”, de la misma manera que esta última seguía a la política del “frente popular”; y, al mismo tiempo, es un paso más. Al asumir la Monarquía contra la República, la “unidad de España” contra la autodeterminación de las nacionalidades peninsulares y contra su incorporación libre a Europa, y al asumir la defensa del Ejército “de la cruzada” como pilar del Estado, Carrillo, insensiblemente, se va situando en el bando de quienes preparan de nuevo la guerra civil contrarrevolucionaria frente a la actual maduración de la revolución obrera. Desde este punto de vista, el PCE *repite la traición* que precedió a la guerra civil y perdió la revolución, pero también *la continúa*, dando un paso más al defender al Estado de una manera incondicional.

Unas líneas inmediatamente debajo de aquellas donde Carrillo explica que “el Partido se esforzó por llegar a un acuerdo con la Junta” traidora y claudicadora de los generales Casado y Miaja, sigue el mismo Carrillo:

“Traigo todo esto a cuento para mostrar que aunque a veces haya existido un desfase entre ciertos planteamientos teóricos generales y la práctica concreta, aunque muchos elementos de nuestra primera formación ideológica pudieran parecer en contradicción con lo que decimos hoy, un análisis serio de nuestra práctica –todavía casi no esbozado– demostraría ampliamente que las raíces de nuestras posiciones actuales están ya en aquella.”⁵⁴

Completamente justo. Un análisis serio de la práctica del PCE, y eso ha querido ser esta parte de nuestra polémica, ha demostrado que las raíces de la actual “Unión Sagrada” con los franquistas están en el “frente popular antifascista”, que las raíces del actual antileninismo de Carrillo están en el stalinismo, y que las nuevas teorías y prácticas del aparato internacional de los PCs no representan un balance de las pasadas derrotas y traiciones, sino precisamente *su continuación y su agravación* ante la amenaza latente de una nueva revolución obrera. Bien claro lo reconoce Carrillo en las líneas anteriores. ¿Le preguntáis si es una traición su alianza con los franquistas? Os responde: ¿no aceptamos ya de hecho la traición de Casado y su pacto con Franco, y no era esa acaso la lógica de toda nuestra actitud hacia el Estado burgués, cuando ya la historia demostró con las armas en la mano que ese Estado sólo puede defenderse como Monarquía centralista y militar? Tal es la lógica de su cinismo, pero, como señala Trotsky al analizar la traición de los “frentes populares”, la liquidación de la Internacional Comu-

⁵⁴ Carrillo, “Eurocomunismo” y Estado, *ibid.*, pág. 162.

nista y la completa degradación de sus partidos está contenida en la ruptura con el programa leninista. El renacimiento del leninismo y su desarrollo es la IV Internacional.

IV

DEMOCRACIA Y BUROCRACIA

La democracia obrera (dictadura del proletariado) se opone a la democracia burguesa

Paso a paso, hay que ir demoliendo las posiciones de los cruzados del antileninismo. Desmontada su falsificación de la concepción marxista del Estado, vuelta contra sus responsables y dirigentes la derrota de 1939, los revisionistas cavan una nueva trinchera: el balance de octubre de 1917 o, mejor dicho, la utilización de la lacra stalinista como justificación de su abandono de la revolución proletaria y de su sustitución por la defensa abierta del Estado de la burguesía.

Por otro lado, la lucha contra estos teóricos de la desmoralización y de la claudicación es un elemento central del rearme político del proletariado. Es una lucha para que la revolución que madura todavía en las profundidades de la situación y que agita las nieblas teóricas del momento termine por abrirse paso hacia la superficie al tomar conciencia de sí misma, de sus fines, de sus métodos y de sus fuerzas. La comprensión del stalinismo puede así aclarar *un nuevo y segundo aspecto del mismo balance* de la clase obrera española: hemos visto ya que en 1936-39 no fracasó el proletariado, sino que traicionó su dirección política, el stalinismo; ahora hay que ver la causa, hay que ver que esta dirección en realidad no representa a la revolución obrera internacional en la arena de la lucha de clases, sino a *una burocracia nacional*: la burocracia de la URSS, la enemiga de las conquistas de octubre de 1917, sobre las cuales vive como un parásito destructor.

Carrillo dice en su libro:

“Con la revolución de octubre en la URSS fue destruido un tipo de Estado; pero en su lugar ha surgido un Estado mucho más *perfeccionado*, es decir, mucho más potente, más organizado, con poderosos instrumentos de control que hablando en nombre de la sociedad se encuentra situado también por encima de ella.”⁵⁵

La finalidad indiscutible del libro de Carrillo es la justificación de la “Unión Sagrada” en torno a la Monarquía franquista y, más en general, la de dar una base “teórica” a una práctica cuyo hilo conductor es la defensa y el reforzamiento cada vez más incondicionales del Estado burgués por parte de los PCs.⁵⁶ Desde este punto de vista, los análisis que avanza sobre el régimen stalinista de la URSS aparecen *estrictamente encuadrados* en una justificación del Estado de la burguesía y en una condena del contenido de la revolución proletaria, de su esencia como establecimiento de la dictadura

⁵⁵ Carrillo, “Eurocomunismo” y Estado, *ibid.*, pág. 198.

⁵⁶ “Esta concepción del Estado y de la lucha por democratizarle presupone la renuncia, en su forma clásica, a la idea de un Estado obrero y campesino” (Carrillo, “Eurocomunismo” y Estado, pág. 97). Es decir, que no se trata de una renuncia a la idea de “dictadura”, sino a la de Estado obrero, de clase.

del proletariado tras la destrucción del Estado capitalista. Carrillo habla de la burocracia de la URSS como de un mentís al leninismo. Y las distancias tomadas por el PCE hacia la URSS (¡que en nada alteran su política española de traición descarada!) están subordinadas a las necesidades de la defensa del Estado burgués. Y, dicho sea de paso, precisamente por ello vamos a ver más adelante que esas críticas de Carrillo al Kremlin no representan tampoco ningún avance en el terreno concreto de la lucha contra la burocracia stalinista en los países del Este de Europa.

De momento hay que ocuparse de ese intento de defender al Estado burgués utilizando la lacra que el stalinismo representa. El método consiste en extender el balance negativo de la derrota de 1939 al terreno internacional, y hurgar esa herida que es el stalinismo, de tal manera que, en lugar de cicatrizar, conduzca a una verdadera gangrena del movimiento obrero mundial. Carrillo se ocupa de que la burguesía recoja los frutos de la traición y de los crímenes de su jefe y maestro Stalin, y de que *emplee* al PCE para semejante fin en la próxima revolución. La frase citada de Carrillo es suficientemente explícita: según él, la revolución bolchevique de octubre del 17 habría demostrado que el leninismo, la destrucción del Estado burgués por el proletariado en armas, conduciría a una nueva y más cruel dictadura, a un Estado burocrático más perfeccionado que el anterior. De un plumazo, salva a Stalin ocultando su traición, mientras condena al bolchevismo y defiende al Estado capitalista.

Es también, más o menos, lo que Claudín afirma en su libro, en un lenguaje menos cínico, pero mucho más rebuscado:

“Pero la única realidad concreta, material, de consejismo que se consolida como forma de Estado y de organización social —el sistema soviético, resultante de las revoluciones de febrero y octubre (de 1917)— revela rápidamente contradicciones de fondo con las representaciones teóricas (...). La democracia efectiva de los trabajadores que este (modelo leninista) proclama queda cortocircuitada por un sistema de aparatos (...) que, escapando a todo control popular, son los verdaderos centros de poder, dependientes del aparato central que los organiza y dirige: el aparato del partido único. (...) el stalinismo es consecuencia en gran parte, aunque no fatalmente, de este proceso inicial...”⁵⁷

Aquí también vamos a encontrarnos con que la tantas veces celebrada (por la pequeña burguesía) “apertura de un debate” entre Carrillo, Claudín, Pastor o Mandel, etc., se basa en que *todos ellos* están de acuerdo en lo esencial, y en que los revolucionarios no hemos sido “invitados”. Es decir, son “debates” tan abiertos como los de la Televisión de Juan Carlos.

Ahora llega Mandel. Mandel se pretende el “secretario general de la IV Internacional”. En realidad es el inspirador del llamado “*Secretariado Unificado*”, un agrupamiento intermedio de carácter centrista, formado por distintos grupos que han ido renegando de la IV Internacional, y rompiendo con sus principios desde 1953, aun cuando usurpen su bandera por conveniencias tácticas. En todo caso, comienza a aclararse su papel en este asunto, en esta Cruzada antileninista. Cuando Carrillo achaca a la Revolución de Octubre la monstruosa degeneración stalinista del Estado de la URSS, y cuando deduce de ahí la necesidad de defender al Estado burgués, es lógico que las miradas giren hacia ese Mandel que llega ahora al “debate” agitando la bandera de la IV Internacional, aunque sea de prestado. Y es lógico que se espere la posición de los trotskistas,

⁵⁷ Fernando Claudín, *Eurocomunismo y socialismo*, *ibid.*, pág. 93.

ya que la lucha de la IV Internacional representa en todos los casos un mentís al engaño de Carrillo. ¿No lucharon los trotskistas por la continuidad del bolchevismo, de la dictadura del proletariado, de la Internacional leninista, y no lo hicieron justamente *contra* la dictadura de Stalin y contra su colaboración con los Estados capitalistas? ¿Qué dicen, entonces, los trotskistas de esa idea de Carrillo según la cual el “fenómeno stalinista” representa una condena de la Revolución de Octubre, de la dictadura del proletariado, y justifica la defensa del Estado burgués? Pero como resulta que quien llega al “debate” *no es* la IV Internacional, sino Mandel, lo que veremos será un intento de arropar con la bandera de Trotsky las teorías y prácticas pro-burguesas de Carrillo y de Claudín con respecto a la Revolución de Octubre. Mandel, convertido en traductor al francés de Carrillo, dedica numerosas páginas de su libro a la simple traducción de fragmentos amplios de “Eurocomunismo” y *Estado*, entre los cuales las líneas anticomunistas antes citadas. Y el mismo Mandel añade de su propia pluma que, aunque “son múltiples y patentes las contradicciones” (?) en el escrito de Carrillo, sin embargo...

“... son evidentes los progresos hacia un análisis marxista del Estado y la sociedad soviéticas, hacia una *explicación* del “fenómeno stalinista” en términos científicos, es decir, en los términos del materialismo histórico... en “Eurocomunismo” y *Estado*.”⁵⁸

Quien esperase de Mandel la voz vigorosa de la IV Internacional combatir la falsificación de Octubre por el stalinista Carrillo deberá contentarse con el falsete de semejante elogio rastrero. Igual que Mandel hace todavía con la bandera de la IV Internacional, Carrillo usurpó durante años y años el nombre de Lenin para conservar su autoridad sobre el movimiento obrero y sujetarle al Estado burgués a través de los “frentes populares”. Pero cuando este mismo movimiento obrero no puede reconocer ya, en los verdugos de Budapest, de Praga, de Gdansk, a los continuadores de Lenin, entonces el mismo Carrillo dice que hay que tirar por la ventana ¡no a la burocracia stalinista, no!, sino precisamente a la Revolución de Octubre; y defender más abiertamente y *más incondicionalmente* al Estado capitalista. Entonces Mandel añade, poniendo el tampón falsificado de “la IV Internacional” sobre el libelo antileninista de Carrillo, que el secretario general del PCE está avanzando hacia una concepción científica del Estado y del “fenómeno stalinista”. Por su parte, el ala derecha del debate, Claudín, insiste y presiona⁵⁹ al decir que Carrillo avanza, que ya “ha roto el cordón umbilical ideológico” (Claudín quiere decir que ya reniega oficialmente del leninismo), pero que tendría que ir todavía más lejos hasta declarar que el Estado surgido de Octubre sería un Estado burgués. Así —piensa Claudín—, entre unos y otros acabaríamos con esa maldita historia de la dictadura del proletariado.

Porque el famoso “debate” no tiene otro fin que el de aunar todos los ataques contra la dictadura del proletariado y su partido, es decir, el de desarmar al proletariado ante la revolución.

Pero ya que el eurostalinista Carrillo, el semisocialdemócrata Claudín y el seudotrotskista Mandel (todos ellos son algo a medias y nada de lo que dicen) utilizan a fondo un balance falsificado del stalinismo para justificar la “democracia” burguesa, el Estado de los capitalistas, será necesario entrar en sus argumentos teóricos en general, y en su posición hacia la burocracia del Kremlin en particular.

Los oportunistas presentan una línea de *igualdad*, de *continuidad*, de *extensión* o de *conciliación* entre la “democracia burguesa” y la “democracia proletaria”. Pero ya

⁵⁸ Ernest Mandel, *Crítica del eurocomunismo*, *ibid.*, pág. 88.

⁵⁹ Ver la página 183 de *Eurocomunismo y socialismo*, de Claudín, *ibid.*

aquí, en el punto de partida común a todos ellos, comienza la falsificación del marxismo y de la realidad de la lucha de clases.

Carrillo:

“En realidad, la democracia con unas u otras formas es anterior a la existencia de la burguesía como tal y sobrevivirá a la sociedad de clases, al Estado, al socialismo...” (“Eurocomunismo” y Estado, pág. 186).

Claudín:

“La democracia –para Marx y Engels– es el sistema político protagonizado por el conjunto de esas clases y capas, constitutivas de la “inmensa mayoría” a que alude el *Manifiesto*, bajo la hegemonía del proletariado, (...). De ahí que en sus análisis (...), lo mismo que en su acción política práctica, la lucha por la democracia se destaque como la expresión *política* por excelencia de la revolución proletaria” (*Eurocomunismo y socialismo*, pág. 81).

Mandel:

“... A medida que se agrava la lucha de clases los trabajadores se ocupan cada vez más directamente de cuestiones que están habitualmente “reservadas” a los parlamentarios. Para ello se organizan en comités, consejos, soviets (en realidad son nociones idénticas) que son órganos de *democracia directa*. Si estos consejos son democráticamente elegidos y respetan el pluralismo político, significan *una extensión y no una restricción de la democracia*” (Mandel, “Tribuna” de *El País*, 11 de abril de 1978).

El punto de partida común es el de hacer de la *democracia* una abstracción por encima de la lucha de clases (que en la realidad colocaría al Estado, en tanto que *organización de la democracia*, igualmente por encima de la lucha de clases, como su árbitro). Pero ese es el punto de vista de la pequeña burguesía, y de ninguna manera el punto de vista del proletariado. Según los cruzados del antileninismo, la lucha de clases debería *someterse* a las reglas de esta democracia abstracta, sin límites de clase, ni contenido de clase, y que planearía por encima de ellas como ley suprema. En ese sentido dice Carrillo que la democracia “sobrevivirá al socialismo”; Claudín añade que la expresión política de la revolución es “la lucha por la democracia”, por el gobierno de la mayoría; en fin, Mandel pretende que los soviets son una *extensión* de los parlamentos a las masas (atención: “¡siempre que respeten el pluralismo!”). Pero precisamente en contra de tal concepción pequeño-burguesa y antisocialista, el mismo Marx, mucho antes que Lenin, precisó en su famosa carta a Weydemeyer, en marzo de 1852, que su aportación científica a la lucha de clases era la demostración de que tal lucha “*conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado*”. Es decir, que la lucha de clases no cabe en la “democracia” o que la “democracia” no puede armonizar ni resolver los intereses de clases en áspera y constante lucha, y que la democracia de los burgueses (organizada en su Estado, que al mismo tiempo, es su dictadura sobre los oprimidos) y la democracia de los proletarios (que es su organización de masas separada y enfrentada al Estado de los burgueses) *chocarán inevitablemente entre sí*, de tal manera que la democracia de los oprimidos en la sociedad de clases es la *organización de su dictadura sobre la burguesía*.

No puede existir una democracia abstracta, situada por encima de la historia, suspendida en un plano superior al de la lucha de las clases: existe, en cambio, una democracia *burguesa*, el Estado capitalista democrático, y que incluso en el mejor de los casos excluye a la inmensa mayoría de la población oprimida y la somete al poder de los propietarios; existe también una democracia *obrera* en embrión, en sus órganos de lucha formados independientemente de la burguesía y para combatirla, pero una democracia de los oprimidos que solo puede desarrollarse y extenderse al imponer su *dictadura* sobre la burguesía mediante la destrucción del Estado de los capitalistas. Bajo el poder de la burguesía, la democracia obrera (las asambleas de masas, los comités, los consejos, el partido, el sindicato...) se basa en su carácter de clase, en su independencia de clase frente al Estado. Por eso los obreros *excluyen* ya de esa democracia a los *esquiroles*, a los patronos burgueses, incluso antes de comprender que tampoco puede haber democracia obrera con la presencia de agentes políticos de la burguesía en el movimiento obrero, de aparatos burocráticos de conciliación de clases. Tras el enfrentamiento con el Estado burgués, la democracia de los oprimidos es la participación más amplia, más auténtica, más directa, más “democrática” del pueblo *en la dictadura del proletariado* sobre las antiguas clases opresoras, es decir, en la continuación desde el poder de la lucha de clases hasta la completa desaparición de esas clases y, por lo tanto, de la misma necesidad de una dictadura (o de una democracia).

Todos los oportunistas, sin distinción tampoco, falsifican la idea de que el socialismo representa una “extensión de la democracia”. Los Carrillo, Claudín y Mandel dan a entender que esta *extensión* no tiene nada que ver, o muy poco, con *la opresión* de los antiguos poseedores, y con *la destrucción* de sus aparatos y *la disolución* de sus instituciones por el proletariado revolucionario. La extensión de la democracia por el socialismo, de la que efectivamente y constantemente habla Lenin, se refiere a que la democracia *burguesa*, incluso la más amplia, es formal y mentirosa para la gran mayoría oprimida, explotada y condenada a una pura lucha por la supervivencia física y moral; mientras que incluso las libertades son formalmente restringidas y recortadas para mantener la esencia de esa democracia que es la opresión, la violencia, la dictadura sobre los obreros. Y Lenin señala que, en cambio, al destruir el aparato estatal burgués y al sustituirlo por un nuevo “aparato estatal”, pero que ya está constituido por la inmensa mayoría, todas las libertades pueden ser extendidas al pueblo, y sobre todo realizadas gracias a la *expropiación de los explotadores* y a la *opresión de la minoría privilegiada*. La democracia obrera no es una extensión de la democracia burguesa: es una *nueva* organización mucho más “democrática”, más abierta al pueblo y más en manos de los oprimidos, de la dominación de una clase (el proletariado) sobre las demás, de una clase llamada a terminar con la división en clases, por medio de su dictadura revolucionaria.

Veamos cómo comenta Lenin el sentido de esta “extensión de la democracia”, al hablar de la experiencia de la Comuna de París:

“Por tanto, al destruir la máquina estatal, la Comuna la sustituye aparentemente “sólo” por una democracia más completa: supresión del ejército permanente y completa elegibilidad y amovilidad de todos los funcionarios. Pero, en realidad este “sólo” representa un cambio gigantesco de unas instituciones por otras de tipo distinto en esencia. Nos hallamos precisamente ante un caso de “transformación de la cantidad en calidad”: la democracia, llevada a la práctica del modo más completo y consecuente que puede concebirse, se convierte de democracia burguesa en demo-

cracia proletaria, de un Estado (fuerza especial de represión de una determinada clase) en algo que ya no es un Estado propiamente dicho.”⁶⁰

En primer lugar, lo que afirma Lenin, basándose en la experiencia de la Comuna, es que para llevar *a la práctica* de manera consecuente la democracia, el gobierno de la mayoría, esa idea que todavía en esta forma es una abstracción y en la realidad burguesa un engaño, es necesario *destruir* esa maquinaria de violencia de clase que es el Estado burgués, y es necesario *sustituirlo* por uno nuevo que sea el proletariado en armas y controlando su propia organización, lo cual ya comienza a ser el principio de la disolución del aparato estatal en la sociedad. Y Lenin dice que *aparentemente* se trata “sólo” de una “extensión de la democracia”, cuando realmente se trata de la destrucción de la democracia *burguesa* (dictadura sobre el proletariado) y de su sustitución por la dictadura *proletaria* (democracia de los oprimidos, de la inmensa mayoría).

Para un marxista, como para un trabajador en general, la “democracia”, la subordinación de la minoría a la mayoría, es una *abstracción* de abogados en la lucha de clases: la inmensa mayoría sigue sojuzgada. Será, ciertamente, una realidad cuando esa subordinación consista en la *dictadura* de clase de los obreros apoyados por todos los oprimidos, pero en tal caso la “democracia” consiste simplemente en que la dictadura la ejerce la clase más numerosa, la más unida al interés de todos los oprimidos, y la más interesada en incorporarlos activamente a la lucha contra los antiguos explotadores y a la construcción de una sociedad de productores. Será *innecesaria* cuando lo sea el subordinar una parte de la población a otra. No existe, pues, la democracia; existe la de los burgueses y existirá la de los obreros. Carrillo, Claudín y Mandel, como antes Kautsky, convierten esa abstracción de la democracia en general en una ley por encima de la lucha de clases, y, por lo tanto, sujetan al proletariado al Estado capitalista que *organiza concretamente* la “democracia”... de los burgueses y de sus lacayos.

Aclarando precisamente esa idea de que no puede existir una “democracia” separada del aparato estatal que la encarna y de la clase en provecho de la cual se ejerce, Lenin escribe también:

“No. La democracia *no* es idéntica a la subordinación de la minoría a la mayoría. Democracia es *el Estado* que reconoce la subordinación de la minoría a la mayoría, es decir, una organización llamada a ejercer la *violencia* sistemática de una clase contra otra, de una parte de la población contra otra.”⁶¹

La actualidad de estas líneas de Lenin es indiscutible. Sólo a través de ellas puede comprenderse lo que ocurre hoy mismo delante de nuestros ojos: el actual reforzamiento represivo de los Estados burgueses en general, y de las llamadas “democracias” capitalistas en particular, que se militarizan preparando de hecho la guerra civil contra las masas trabajadoras. La primera finalidad de la hueca charlatanería de los cruzados del antileninismo sobre la “democracia” en general es ocultar la *oposición concreta* e irreductible entre la democracia *burguesa* y la democracia *obrera*, que encierra la amenaza de la guerra civil; es ocultar el aparato de Estado de la “democracia” burguesa, y frenar así la preparación constante del proletariado para el enfrentamiento y para su dictadura de clase. Pero en estos últimos años, ¡hasta la misma burguesía reconoce cínicamente que la democracia es la violencia estatal, e incluso pone ese aspecto en el primer plano de su política concreta! Vivimos ahora unos años en los que la “defensa de la de-

⁶⁰ Lenin, *El Estado y la revolución, ibid.*, pág. 326.

⁶¹ Lenin, *El Estado y la revolución, ibid.*, pág. 358.

mocracia” es la bandera de una *constante adopción de leyes despóticas, incontrolables, arbitrarias, terroristas*. Hoy vivimos bajo la defensa terrorista de la “democracia” de los explotadores contra la lucha de clases, bajo la preparación por los burgueses de la guerra civil contrarrevolucionaria de la “democracia” imperialista y semifascista contra la revolución proletaria. Mientras los Mandel se convierten repentinamente en estrechos demócratas pequeño-burgueses, el pensamiento burgués y su política evolucionan hacia una idea más cínica, pero más *exacta* de su democracia: la democracia burguesa tiene como condición un verdadero *terrorismo de Estado* contra las luchas de los oprimidos: contra los piquetes de huelga, las asambleas independientes, las ocupaciones de empresas, y contra cualquier forma de *democracia obrera* enfrentada al Estado burgués y a sus instituciones políticas y sindicales; contra las minorías nacionales que solo pueden defender sus derechos en contra de la unidad burocrática de los Estados burgueses; contra los revolucionarios que quieren utilizar las libertades burguesas para organizar al proletariado contra el Estado burgués. En resumen: la actual campaña internacional *antiterrorista*, que libera a las fuerzas represivas del Estado burgués *de todo control y de toda ley*, es el reconocimiento oficial que hace la burguesía decadente de que la democracia es *su* Estado, un Estado despótico y armado hasta los dientes para defender la “democracia de los burgueses” (y de sus lacayos infiltrados en el movimiento obrero) sobre las espaldas de los explotados y oprimidos: *la democracia de los esclavistas armados*.

La experiencia ha enseñado a los trabajadores el indiscutible valor de las libertades democráticas en su lucha contra la burguesía. Alguno podría objetar que denunciando la mentira de la democracia burguesa estaríamos renunciando a ella, a la lucha por conquistar o por defender las libertades democráticas. Pero no sería un argumento serio. Son precisamente el PCE y también la LCR quienes están de hecho aceptando una *Monarquía* que niega las libertades esenciales, comenzando por el derecho a la autodeterminación de las nacionalidades oprimidas. Y, al contrario, el PORE, la sección de la IV Internacional, ha vivido estos tres años en la ilegalidad, y con sus manifestaciones y acciones sistemáticas prohibidas y reprimidas. El valor práctico de las libertades democráticas durante la preparación de la revolución es indiscutible, pero no debe conducir a falsas conclusiones a los trabajadores. Ese valor práctico no anula la oposición entre las organizaciones de la democracia burguesa (el Estado capitalista) y las de la democracia obrera (el partido revolucionario internacional, los sindicatos, y los comités, piquetes, milicias y consejos obreros). Las libertades son una conquista necesaria para las masas, en la medida en que permiten al proletariado organizar con amplitud su propia lucha, su lucha por el poder, su propia democracia independiente del Estado y destinada a destruirlo y sustituirlo. El desarrollo de la lucha de clases conduce y tiene que conducir al enfrentamiento abierto entre el Estado y los órganos de lucha de la clase obrera, que a través de ese enfrentamiento deben transformarse en órganos de la dictadura proletaria. Las libertades permiten precisamente que este desarrollo de la lucha de clases sea lo más abierto y amplio posible, de manera que permita a las masas organizar y preparar el enfrentamiento en las mejores y más “libres” condiciones. Pero esas mismas libertades serán desbordadas y destruidas (en su forma burguesa) por el choque entre los órganos revolucionarios de la democracia obrera (el partido a la cabeza de los consejos obreros) y los órganos represivos del Estado capitalista.

En la época de ascenso histórico de la burguesía, las masas en guerra contra los viejos regímenes conquistaron las libertades democráticas, y dentro de ellas comenzaron ya entonces sus primeros esfuerzos por organizarse separadamente de la burguesía que consolidaba su poder. En el momento actual, el presidente de la burguesía imperialista norteamericana, Carter, capitanea una campaña “por los derechos del hombre” que

muestra palpablemente la decadencia y la ficción de la burguesía y de su democracia dos siglos después de la revolución norteamericana. Los “derechos del hombre” no son ya las libertades arrancadas en la revolución democrática, por las masas dirigidas por el ala radical de la burguesía, sino la *institucionalización* de dictaduras, y esto tanto se refiere a Latinoamérica, Asia y Europa capitalista como incluso a las dictaduras burocráticas stalinistas de Europa del Este. En todo el mundo, el imperialismo intenta *depurar* su “democracia” de todas aquellas libertades y derechos que permitan la organización y la actividad independiente del proletariado y de las masas frente al aparato del Estado. Es decir, se trata de depurar la democracia burguesa de todas las libertades que permitan organizar dentro de ellas la *democracia obrera*. Y de reconocer tan sólo aquellos derechos individuales y políticos que permitan incorporar una coalición amplia de oportunistas y de traidores a la defensa del aparato estatal militarizado. En nombre de los derechos del “hombre”, se atacan los de los obreros, las naciones oprimidas, los campesinos. Se reprime a los huelguistas, se recortan las libertades políticas, se subordinan estrechamente al reforzamiento policíaco constante del brazo represivo del Estado.

En el fondo, la campaña de Carter está muy unida a la Cruzada antileninista de Carrillo, Claudín y Mandel, que instan a los trabajadores a respetar las reglas de una democracia que sus amos imperialistas están a punto de depurar de todo resquicio favorable a la organización propia de los trabajadores y de sus luchas contra el Estado. La burguesía amenaza en todas partes las libertades, justo en la medida en que podrían servir al proletariado para construir los órganos de su lucha independiente. Y eso no es más que otra confirmación, por la burguesía misma, de la irreductible *oposición* entre la democracia *burguesa* y la democracia *obrera*.

Un intento de someter los consejos obreros al Estado burgués

La oposición entre la democracia burguesa y la democracia obrera no es una pura cuestión teórica, sino la más importante cuestión *práctica* de la actual crisis prerrevolucionaria, es decir, del período de maduración y preparación de la revolución proletaria. El no reconocer esa oposición es lo que desenmascara a todos los partidos que hablan en nombre de los obreros o se apoyan sobre las masas obreras, pero que son, *sin embargo y ante todo*, instrumentos de sometimiento del proletariado a la sociedad burguesa. Y, como veremos, en esa categoría entran desde las direcciones francamente oportunistas, como la del PCE de Carrillo, hasta los grupos intermedios o centristas que se han ido sumando, entre oscilaciones, a la Cruzada antileninista. Así es el caso del Secretariado Unificado de Mandel y de la LCR. Al contrario, en el reconocimiento de la oposición entre democracia burguesa (Estado capitalista) y democracia obrera (dictadura del proletariado) se basa el partido obrero revolucionario como el partido de la independencia de clase de los trabajadores.

La cuestión es *práctica, actual, inmediata*. Un movimiento revolucionario, e incluso cualquier movimiento de masas de gran amplitud, al poner en movimiento a sectores de la clase antes inactivos, hace surgir organismos, organizaciones, asambleas, piquetes, comités, coordinadoras, es decir, aviva y generaliza la organización autónoma de las masas para luchar contra la burguesía. De este modo la lucha de clases, en cuanto alcanza cierto nivel de amplitud y de intensidad, establece las bases variadas de una democracia proletaria, que surgen de las necesidades prácticas del movimiento revolucionario o de los movimientos de masas prerrevolucionarios. Es el origen de las Comisiones de Trabajadores portuguesas desde 1975, de los Comités de Huelga en España,

sobre todo desde 1971; de los Consejos de Empresa italianos en 1969, de las Comisiones Obreras de los puertos del Báltico en Polonia en 1970-71... A su vez, tales órganos se sitúan en el centro de otras formas más o menos variadas de extensión y de lucha de esa democracia de clase opuesta al Estado burgués (o al aparato burocrático stalinista en los países del Este de Europa): son las coordinadoras, grandes consejos, piquetes de huelga, piquetes armados, asambleas generales, etc. El problema de la dictadura de clase del proletariado queda planteado cruda y prácticamente en cada etapa de la movilización. O tales órganos de democracia de clase, para la lucha, son agrupados por el partido de la vanguardia obrera consciente, progresivamente, para establecer *su dictadura* (los piquetes no son más que el primer paso, modesto, pero insustituible, de la dictadura de la democracia obrera sobre el enemigo de clase); o bien serán anulados, divididos y finalmente destruidos por el aparato burgués de represión. Todos los cruzados antileninistas saben perfectamente, como traidores que son, que sus discursos contra la dictadura del proletariado en general no son palabras al viento, sino ayuda *práctica* a la subordinación de los órganos propios del movimiento de masas a la democracia burguesa, al Estado capitalista, facilitando la liquidación de tales órganos por medio de la maquinaria represiva de ese mismo Estado burgués.

La dictadura del proletariado sería imposible si no surgiesen ya sus órganos principales bajo el Estado burgués, en tanto que bases de una *democracia obrera* opuesta a él por medio de la movilización. No se trata tan sólo del partido revolucionario, que es la organización de la vanguardia consciente y, por lo tanto, la primera herramienta del proletariado. También se trata de los comités y consejos, de los piquetes y milicias, y de dar a su vez un nuevo y revolucionario papel a las organizaciones sindicales. En conjunto, agrupando a las grandes masas de obreros y de campesinos, de modo independiente para preparar mejor el enfrentamiento con el Estado enemigo, se comienza a establecer la dictadura del proletariado. Marx ha explicado la imposibilidad de haber definido las formas concretas de la dictadura del proletariado antes de que la Comuna de París de 1871 abordase el problema *en la acción*, al buscar su propio camino contra la burguesía. Lenin insiste en lo mismo. Y subraya que Marx y Engels dan forma teórica al mismo surgimiento práctico de la dictadura de clase y de sus órganos en el curso vivo de la revolución obrera, y de tal manera que, al dar forma teórica consciente a este movimiento, al convertirlo en *el programa y el plan de una vanguardia*, las masas puedan llevarlo adelante hasta el final y del modo más consciente. La *forma* del Estado obrero no es, entonces, un problema teórico, sino práctico: esa forma es el agrupamiento de los órganos de lucha y representación de la clase trabajadora en torno a su vanguardia, de los órganos de incorporación de todos los oprimidos en torno a la lucha de los obreros, y que en conjunto constituyen así una *incipiente democracia del proletariado*, enfrentada al Estado burgués, a su “democracia burguesa”, engañosa y paralizante, y a su maquinaria represiva frente a la cual las masas levantan sus piquetes y milicias. Esas formas, al imponerse sobre el Estado burgués, al generalizarse y ampliarse, al sustituir al viejo aparato estatal burgués, constituyen de una manera lógica el instrumento “estatal” del proletariado para expropiar al capital y construir una sociedad sin clases que haga innecesario todo Estado.

Pero la cuestión política reside en esa *oposición* (que no es teórica, sino real y práctica) entre los órganos surgidos de la lucha proletaria y los de la democracia burguesa, *bajo la cual y dentro de la cual* han surgido los órganos de democracia y lucha obreras. Esa oposición real y constante, inevitable, debe hacerse *consciente y activa* gracias a la política de la dirección revolucionaria del partido; en otro caso, esas mismas bases de democracia obrera surgidas del esfuerzo de las masas serían políticamente falsificadas y abortadas, incorporadas al Estado burgués y, finalmente, liquidadas. Pues

bien, la teoría que niega la *oposición* entre democracia *obrero* y democracia *burguesa* se encarna en la realidad actual en una práctica traidora de subordinación al Estado enemigo de esos comités y consejos surgidos de la crisis y de la movilización, en formas aún *embrionarias*, ya que sólo se desarrollarán y centralizarán *oponiéndose* abiertamente al Estado y a la “democracia” de los capitalistas.

Inevitablemente encontramos otra vez a Mandel, Claudín y Carrillo, codo con codo, unidos para conciliar lo inconciliable: los consejos obreros con la democracia capitalista, presentándolos como *complementarios* para evitar su enfrentamiento revolucionario, y para defender al Estado y anular la independencia del proletariado. Es el sentido de las líneas de Mandel antes citadas:

“... A medida que se agrava la lucha de clases los trabajadores se ocupan cada vez más directamente de cuestiones que están habitualmente “reservadas” a los parlamentarios. Para ello se organizan en comités, consejos, soviets (...) que son órganos de *democracia directa*. Si estos consejos son democráticamente elegidos y respetan el pluralismo, significan *una extensión y no una restricción de la democracia*.”

Tomemos nota de que Mandel define a los comités como “órganos de *democracia directa*” y a los parlamentos burgueses como “instituciones de *democracia representativa*” o “indirecta”. Todos los oportunistas hacen exactamente lo mismo: a fin de borrar las fronteras *de clase*, la oposición de clase entre el Estado burgués *con todas sus instituciones* y las organizaciones de lucha del proletariado, los oportunistas sustituyen el criterio marxista de clase, que distingue y opone la *democracia obrero* a la *burguesa*; los oportunistas emplean el criterio pequeño-burgués que establece una diferencia puramente técnica o formal entre *democracia directa* e *indirecta*, presentándolas como complementarias en lugar de incompatibles. El criterio de Lenin es el de un *combatiente* del proletariado; el de Mandel y compañía es el de un *abogado* de la burguesía y de la burocracia. Para ellos hay instituciones “de tipo parlamentario” e instituciones “de tipo soviético”, cuestión de forma, pero no hay diferencia ni oposición de clase, de contenido. Es tan evidente que el mismo Mandel pone como condición a los consejos obreros, a fin de considerarles una “extensión de la democracia”, que “respeten el pluralismo”. Pero ¿qué pluralismo?: ¿el pluralismo de las tendencias *propias* de la clase obrero, las que surgen o se mantienen en el marco de clase, de una independencia de clase frente a la burguesía; o se trata de un pluralismo de *clases*, de fuerzas políticas representativas de las clases enemigas o dependientes de ellas? En este último caso, la “extensión de la democracia” de que habla Mandel es mentirosa y abriría las fronteras de clase del proletariado a los agentes del enemigo, negaría la independencia de clase del proletariado como base de su más amplia democracia, y equivaldría a sujetar los órganos obreros, comités o consejos, a los partidos o parlamentos del Estado burgués que anula toda verdadera democracia para la inmensa mayoría de los oprimidos. La extensión de la *democracia a los oprimidos* (¿qué otra extensión podría ser?) exige, más que un pluralismo abstracto, una clara delimitación de las fronteras de clase de la democracia. Y esa delimitación no es gratuita ni arbitraria, ni burocrática, pues tiene un criterio simple y práctico: el de la *oposición* política y de acción al Estado burgués y a la sociedad capitalista en su conjunto. El “pluralismo” obrero se basa en la *independencia* respecto a la burguesía, en la *dictadura* sobre la burguesía.

Pero Mandel ni siquiera se propone realmente la destrucción del Estado burgués, sino precisamente la incorporación a él de los comités o consejos obreros:

“Por su propia naturaleza, las instituciones de la democracia representativa no son aptas para el ejercicio del Poder por los trabajadores. Ese ejercicio del poder sólo puede realizarse adecuadamente con ayuda de órganos de tipo consejista. (...)

La cuestión de saber si hay que conservar o no instituciones de tipo parlamentario junto a las instituciones de tipo soviético es absolutamente secundaria.”⁶²

La tarea de los comités o consejos (de la democracia obrera), según Mandel, no sería la de tomar *todo* el poder, la de destruir al Estado (a la democracia capitalista) y sustituirla, sino la de “ayudar” al ejercicio del poder por los parlamentos de la burguesía. La consigna bolchevique de “todo el poder para los soviets” se transforma en la consigna menchevique de *ayuda y colaboración* de clases entre los soviets obreros y los parlamentos o asambleas burgueses. Cuando Mandel presenta como cosa secundaria la de “conservar o no” los parlamentos, quiere decir, evidentemente, que él está por *conservarlos*. Mientras que Carrillo ataca a Lenin abiertamente y sin ambages, defendiendo al Estado burgués como tal, Mandel lo hace entre remilgos, y sólo indirectamente. Pero Mandel se olvida de que la posición de Lenin al respecto es *tajante*, inapelable, y que en todo caso el revisionista del Secretariado Unificado tendría que responder directamente a Lenin, cuando dice:

“... Los parlamentos burgueses deben ser disueltos y sustituidos por instituciones soviéticas. Es indiscutible. Ahora es indiscutible, tras la experiencia de Rusia, de Hungría, de Alemania y de los otros países, que esto *ocurrirá necesariamente* en el curso de la revolución proletaria.”⁶³

Mandel no ignora que todo un capítulo del libro fundamental de Lenin, *El Estado y la revolución*, lleva el título de “La abolición del parlamentarismo”. Los parlamentos no son tan sólo “instituciones representativas”, como dice Mandel, ya que representativos lo son también los soviets, los comités de empresa y todo órgano de democracia obrera. La esencia del parlamentarismo como sistema especial y *burgués* de representación en el poder consiste en: *a)* la *división* del trabajo entre los representantes elegidos, de un lado, y una burocracia militar, policíaca y administrativa, que detenta de modo permanente las palancas efectivas del poder, del otro lado; *b)* la *división* entre la masa “representada” que sigue sometida a la explotación y opresión, de un lado, y los “representantes” que disfrutan de una situación privilegiada que les aleja de la población, y les interesa, les corrompe y les entrega al soborno de la burguesía, del otro lado; *c)* la *división* en largos períodos de tiempo, entre elecciones, en los cuales los “elegidos” se alejan de las masas mientras estas son excluidas de la vida política. En resumen, la democracia burguesa, parlamentaria, implica en esencia el *parasitismo* de una burocracia militar y ejecutiva en general, y de una burocracia parlamentaria, elevadas sobre la sociedad y unidas por sus intereses a la clase poseedora. Esta democracia burguesa permite tan sólo *proteger* la maquinaria estatal directamente represiva, sin que la alteren o trastoquen las renovaciones de los equipos burgueses dirigentes, que se turnan en la opresión de las masas. Y permiten, además, *incorporar y corromper* a los dirigentes y a las capas superiores del movimiento obrero, convirtiéndolos, dentro de los parlamentos, en aliados e incluso en agentes del aparato estatal capitalista y del régimen burgués en general.

⁶² Ernest Mandel, “Tribuna libre” del diario *El País*, 11 de abril de 1978.

⁶³ Lenin, carta a Sylvia Pankhurst, 28 de agosto de 1919, subrayado de Lenin.

En esta etapa de la polémica es más fácil terminar de aclarar el sentido de la idea de Lenin de una “extensión de la democracia” por la dictadura del proletariado, idea falsificada por los cruzados antileninistas. Cuando Lenin habla de “extender la democracia” se refiere como primer paso a la destrucción no sólo del aparato directamente represivo del Estado, sino de *todo el aparato estatal*, administrativo y parlamentario, que *completa* la maquinaria militar y policíaca y la defiende de los asaltos de las masas. Sobre esta base, Lenin habla de establecer el poder directo de los órganos de democracia proletaria para la lucha, armados, controlados por las masas activas y movilizadas, defendidos contra su propia burocratización mediante la instauración de la revocabilidad total y la abolición de los privilegios de los representantes. Es decir, la “extensión de la democracia” es la fusión más íntima y más regular posible entre los *órganos* de la dictadura del proletariado y las *masas* mismas que la ejercen o la apoyan a través de esos órganos. Esto pasa por la abolición del parlamentarismo y por la realización más completa de la consigna de “todo el poder para los consejos obreros”. En resumen, las ideas de Mandel de completar la democracia burguesa con una democracia “directa” niegan la destrucción *completa* del Estado burgués; presentan *falsamente* la revolución como la conquista parlamentaria del poder del Estado capitalista, acompañada o “ayudada” o “completada” por órganos de “tipo soviético”, sin fronteras netas de clase, y conciliadores hacia las instituciones de la burguesía.⁶⁴ En la realidad, este camino conduce sistemáticamente a asesinar a los actuales comités, asambleas, y a los futuros Consejos o Cortes obreras, en las escalinatas del Estado de los capitalistas.

Fernando Claudín defiende la misma concepción, pero ocupando el “ala derecha” del ejército revisionista. Como tal, no se limita a proponer la conciliación teórica y práctica de los soviets y el Estado burgués, como Mandel, sino que además señala por adelantado los “peligros” de los consejos o soviets obreros. Precisamente al hablar de tales peligros, se reconoce indirectamente que las teorías de la “conciliación” salen al paso de una tendencia inevitable hacia el enfrentamiento de las masas y sus órganos autónomos con el Estado burgués y sus instituciones. Dice Claudín:

“Evidentemente, la dialéctica democracia representativa/democracia de base, partidos/masas, etcétera, al mismo tiempo que potencialidades creadoras encierra peligros. Puede degenerar en una conflictividad destructiva a través de la cual pasen las fuerzas contrarrevolucionarias. El “desbordamiento” o la constitución de un “doble poder”, que esgrimen a veces grupos de extrema izquierda como panacea para superar el “reformismo” de las organizaciones tradicionales cuando estas lleguen al poder, difícilmente puede llevar a otra meta que a la derrota. Pero esta conflictividad destructiva será inevitable —se desarrollará espontáneamente

⁶⁴ Unas semanas después de que Mandel publicase esas ideas en la “Tribuna” del diario *El País*, fue duramente increpado en la misma sección del periódico burgués por un ex militante de la LCR, por uno de sus antiguos camaradas, que le exigió a Mandel una definición tajante: “Si no se toma en serio la democracia indirecta de hoy, si no se convierte uno en su más esforzado defensor, ¿cómo convencer a los demás de que se está por la democracia obrera mañana?...”, dice Rodríguez Aramberri, que es el nombre de este defensor de la burguesía. Porque sus frases son claras y de carácter eminentemente práctico: exige a Mandel que asuma la defensa *ahora* de... la Monarquía de Juan Carlos, en nombre de la defensa de esa “democracia indirecta” de la que habla el dirigente del Secretariado Unificado. ¿Cómo contestó la LCR de Mandel a su ex camarada? ¿Quizá diciendo que un defensor de la democracia *obrera* no lo puede ser de la burguesa, y menos aún de la Monarquía franquista y su parodia de Cortes? No, en absoluto. Por boca de su dirigente Miguel Romero, en la Tribuna de su último Congreso, la dirección de la LCR declaró su voluntad de “acoger a militantes con posiciones *políticas* del tipo de las que aparecen en el artículo de Aramberri”. Es decir, a defensores del Estado burgués.

aunque ningún grupo extremista se lo proponga conscientemente— si los estados mayores de la izquierda llegada al poder, ocupando las posiciones dirigentes en las instancias de la democracia representativa, no son capaces de abrir una dialéctica positiva con las organizaciones y movimientos de masas, con la democracia de base.”⁶⁵

Claudín dice: sin *atar* políticamente los comités, los consejos, los órganos embrionarios del poder y de la democracia de los trabajadores, al poder del Estado capitalista, el enfrentamiento entre ambos sería inevitable. Ahí ve Claudín los peligros de una derrota, pero ahí miente y contradice toda la historia de la lucha de clases. La victoria de octubre de 1917 fue posible porque los bolcheviques prepararon enérgicamente desde la llegada de Lenin a Rusia ese enfrentamiento inevitable, tras la consigna de “todo el poder a los soviets”. La revolución española de 1936 fue, en cambio, derrotada porque todos sus partidarios en diversos grados defendieron al Estado republicano y le subordinaron los comités y milicias hasta destruirlos. Claudín, en general, miente: precisamente al atar los comités obreros al Estado y a su Gobierno o Parlamento, por muy “de izquierdas” que sea, al anular su independencia *de lucha*, de organización e incluso armamento, lo que de tal modo se prepara no es una democracia burguesa más completa, sino la intervención brutal del aparato represivo del Estado burgués contra el proletariado. La política stalinista y reformista de la “Unidad Popular” chilena, desarmando a los Cordones Industriales (órganos obreros), sometiéndolos al régimen y a los cuadros del “frente popular”, ¿pudo detener a los generales de Pinochet? ¿No sabía todo el mundo en Chile, y en primer lugar los obreros que exigían las armas a sus dirigentes traidores, para defenderse y defender sus conquistas, que ese enfrentamiento era inevitable?: la reacción no pasó *a través* del enfrentamiento entre los órganos obreros y la democracia burguesa, sino *a través de la conciliación* de las masas y de sus órganos con el Estado de la burguesía, nido de conspiradores golpistas. Toda la historia de la lucha de clases ha demostrado, con innumerables ejemplos que ignoran o falsifican los dirigentes traidores, que a partir de un cierto nivel de movilización de las masas, y la crisis actual precipitará en cualquier momento esta movilización, el enfrentamiento comienza a desbordar y zapar las formas intermedias, las de conciliación, y va situando frente a frente a las fuerzas decisivas: las masas, más o menos organizadas independientemente, y el Estado burgués militarizado y depurado de todo impedimento “democrático”. Y la preparación de las masas para ese enfrentamiento es la *lucha contra la teoría de la conciliación* de su democracia con la de los burgueses, y la *lucha por el programa de su dictadura de clase*.

La revolución y la guerra civil de 1936-39 plantearon este problema en términos prácticos, como vimos, y a los que evitan referirse tanto Claudín como Mandel. Carrillo, en cambio, echa una vez más una buena dosis de cinismo al asunto, y cuenta así la guerra civil:

“Entonces ya los comunistas defendíamos la República democrática parlamentaria, los organismos representativos de las nacionalidades, lo que nos atrajo muchas críticas izquierdistas. Pensábamos ya entonces que manteniendo estas formas de la democracia representativa, haciendo lo mismo con los organismos de las nacionalidades, con los municipios, y desarrollando formas de democracia directa en las empresas, dando participación directa a los trabajadores en la dirección de los asuntos a todos

⁶⁵ Fernando Claudín, *Eurocomunismo y socialismo*, *ibid.*, pág. 160.

los niveles, podían echarse los jalones de una democracia de nuevo tipo que fuese al socialismo.”⁶⁶

¿No es este el programa de Mandel, esta “conservación” de las “instituciones de democracia representativa” (porque aquí no hay *clases*, cuando esta gente habla de democracia), y este desarrollo de “formas de democracia directa” (porque sigue sin haber clases, aunque se hable de comités y soviets), y esta “participación directa” de los trabajadores, etc.? Pero, además de ser *el mismo* programa que defiende Mandel, el de Carrillo pretende haberse *realizado* ya durante la guerra civil. Al menos eso nos permite discutir el asunto de la manera más concreta posible, pues Mandel y Claudín evitan los ejemplos y las experiencias prácticas.

Carrillo describe la combinación de las instituciones republicanas del Estado, conservadas por los partidos después de la sublevación fascista de los generales de la República, junto con los órganos fabriles, militares y territoriales que se dio la revolución obrera para vencer a los militares (comités y patrullas de control, milicias, comités-gobierno, comités de control de empresas incautadas, etc.). Pero donde Carrillo describe una “combinación” pacífica, una “participación” de los órganos obreros en el orden republicano burgués, la historia muestra una lucha intensa, e incluso a veces armada, y siempre violenta, entre unos y otros órganos, y una lucha con un profundo desarrollo político. Primero, como vimos en el capítulo anterior, con la ayuda de poumistas y anarquistas, el PCE y los burgueses republicanos intentaron integrar los órganos revolucionarios al Estado de la República (para ello se formó el Comité Central de las milicias antifascistas, y luego se dio entrada en el Gobierno a la CNT y al POUM). La actual política de Mandel y Pastor define a la LCR como candidata a cumplir exactamente este papel del POUM en la próxima revolución. Luego, ese Gobierno reforzado por la presencia de los “dirigentes” de la democracia obrera, a la cual han arrancado toda independencia política frente al poder, comienza a *disolver* uno tras otro esos organismos revolucionarios, esas bases de la lucha por el poder del proletariado. Se les somete a *intervención* estatal, o se les *desarma*, hasta que pueden ser disueltos por la fuerza. El PCE grita en las calles y en su prensa, sin que los ecos lleguen hasta las líneas anteriores de Carrillo: “¡Todo el poder para el Gobierno!”, y también “¡Más pan y menos comités!”. Una completa vuelta del revés, cínica y reaccionaria, de la divisa bolchevique de “¡Todo el poder para los soviets!”. Pero una y otra muestran en todo caso la misma irreductible oposición entre la República burguesa y los comités o soviets. Carrillo no menciona la dura lucha ni su desarrollo, que condujo a la reconstrucción completa del Estado burgués, tras la liquidación de la democracia obrera, cuyo último esfuerzo de imponerse fue el levantamiento de mayo de 1937.

Pero hay algo más, y muy importante en este desarrollo. Para defender la República democrática, los stalinistas y sus aliados tuvieron que ir recortando paso a paso las mismas libertades burguesas: restablecimiento de la censura, tribunales políticos, disolución de partidos obreros, anulación de toda vida parlamentaria, creación de policías políticas secretas, anulación de la autonomía catalana, protección de la Iglesia. Para anular la democracia *obrero* en nombre de la democracia *burguesa*, la República acabó convirtiéndose en un régimen policíaco y burocrático burgués (el régimen de Negrín), que no se diferenciaba ya gran cosa de una dictadura. Se diferenciaba exactamente en que los partidos que traicionaban al proletariado mientras hablaban en su nombre, eran los que sostenían de hecho un régimen podrido y dictatorial. Al fin y al cabo, esos mis-

⁶⁶ Carrillo, “Eurocomunismo” y Estado, *ibid.*, pág. 157.

mos partidos, con Carrillo en cabeza, hablando y hablando de democracia, mal y a des-tiempo, han acabado por ser los pilares de una Monarquía franquista.

En conclusión: en la guerra civil coexistieron los órganos incipientes de la dictadura proletaria (sus bases de democracia obrera y de lucha) con los del Estado burgués. Pero hay que hacer dos precisiones fundamentales para la clase obrera: mientras coexistieron *se enfrentaron ásperamente*, pese a los intentos de todos los partidos de subordinarlos y de someterlos al Estado y Gobierno republicanos; cuando los dirigentes terminaron con la independencia de clase e incluso con la existencia misma de estos órganos revolucionarios, *su “democracia” se había convertido en una dictadura policíaco-militar apenas enmascarada por la presencia en sus instituciones de los dirigentes oportunistas traidores a las masas*. La tarea del proletariado no es “extender” o “completar” la democracia de la burguesía, sino destruir su Estado e instaurar la dictadura de los órganos democráticos de lucha revolucionaria: comités, milicias, consejos, soviets, Cortes obreras de delegados de los trabajadores.

Carrillo se adentra en territorio de los iroqueses

(Llegando a este punto, Carrillo debe afrontar el problema de la burocracia stalinista y la democracia. Pero antes de entrar en el peligroso territorio de Breznev, Carrillo realiza una audaz incursión teórica por tierras de los indios iroqueses. Allí, admirado por la asamblea democrática de la tribu de los senekas, el dirigente del PCE pretenderá haber encontrado un arma contra Lenin: la eternidad de la democracia desde los tiempos primitivos hasta las fases superiores del comunismo. El lector no tardará en descubrir detrás del canto de Carrillo a la eternidad de la democracia, una interesada voluntad de *eternizar* el poder de la burocracia stalinista. Pero todas estas cosas y otras más serán referidas a continuación.)

El revisionismo actual identifica la democracia obrera con la democracia burguesa. Niega su contradicción viva, esa contradicción de la que surgen en la práctica la dictadura del proletariado sobre los explotadores, y su carácter democrático para los oprimidos. Pero, en cambio, el mismo Carrillo y todos los demás cruzados antileninistas, presentan la democracia en general como *un remedio contra la burocracia en general*. Esta segunda teoría revisionista es tan falsa como la primera, y es su complemento. En la vida real, la democracia y la burocracia marchan *juntas* y juntas deben desaparecer. Son dos lados, dos polos, de la maquinaria estatal propia de una sociedad de clases.

El desarrollo del Estado capitalista es el de esos dos polos, el de sus “instituciones democráticas” y el de su aparato burocrático-militar. Y la dirección constante de ese desarrollo, tanto en los regímenes parlamentarios como en los puramente fascistas o militares, es la que reduce cada vez más la función de las llamadas “instituciones democráticas” (elecciones, constituciones, parlamentos o semi-parlamentos...) al reforzamiento y protección del aparato burocrático-militar. La política de “Unión Sagrada” entre los gobiernos y sus oposiciones permite hoy formar parlamentos o Cortes con representación “obrera”, pero exclusivamente destinados a proteger el desarrollo terrorista de una maquinaria policíaco-militar que va introduciendo sus tentáculos por todos los poros de la vida política, social, sindical... hasta asfixiarla (con la protección parlamentaria de los oportunistas corrompidos). En España, por ejemplo, esa política de “Unión Sagrada” es la prueba más palmaria de que la “defensa del Estado democrático” desarrolla el aparato burocrático-militar hasta dimensiones desconocidas bajo el fascismo sin tapujos. Para salvar la cara, los cínicos “demócratas” de nuestros días dicen: después de cuarenta años de dictadura, la “democracia” es frágil y necesita una gran maquinaria

represiva para defenderse... Pero el camino que sigue esta supuesta “nueva democracia” es curiosamente *idéntico* al que están recorriendo los “viejos” regímenes parlamentarios de Francia o de la Alemania Federal, entregándose a la policía y la burocracia. En España, por ejemplo, la política de “reforma” del franquismo presumiblemente ha duplicado los efectivos de la policía, y ha aumentado la parte proporcional del presupuesto militar y para-militar en el del Estado. Las “autonomías” monárquicas (virreinos provinciales de Juan Carlos) no reducirán en absoluto las monstruosas dimensiones de la burocracia madrileña, pero arrojarán encima del país hordas enteras de burócratas “nacionales” y locales, desconocidas por el centralismo. En los Ayuntamientos “democráticos” permanecen los viejos funcionarios franquistas, plaga de las ciudades, pero a ellos se suma una nueva nómina de arribistas “de izquierda”. En el terreno sindical, la burocracia falangista ha sido “reconvertida” y en parte reagrupada en organismos de intervención estatal, arbitraje y control de los sindicatos; pero al mismo tiempo, aumenta una burocracia “obrera” que aspira a financiarse desde las empresas (sindicatos) o desde el Estado (financiación de gastos electorales de los partidos), entrando así en la maquinaria estatal. Esta máquina burocrático-militar se multiplica con cada “institución democrática” en el Estado capitalista. Y en esto sí que no hay diferencia entre el Estado franquista y las democracias parlamentarias europeas. En el Estado de la burguesía, la democracia es un complemento de la burocracia, un sistema de reclutamiento de burócratas al servicio directo o indirecto del capital, y cada vez más un puro apéndice con funciones decorativas y de engaño.

Hasta aquí, la democracia y la burocracia burguesas, capitalistas. Pero hemos visto que Carrillo justifica su incondicional aceptación del Estado imperialista, criticando al mismo tiempo a la burocracia de la URSS: dando a entender que la dictadura del proletariado sería esa *odiosa dictadura de una burocracia gigantesca y parásita* y que será la negación de la democracia para los oprimidos. Se trata, pues, de una cuestión política decisiva. Mientras el brazo derecho de Carrillo se estira hasta estrechar la mano de los militares franquistas, su brazo izquierdo *busca* el contacto de Mandel, Claudín y compañía, de los centristas. La política de “Unión Sagrada” en los países capitalistas, para la defensa sin condiciones del Estado burgués, se presenta simultáneamente como una vía de “democratización” de los regímenes de la URSS y de Europa del Este, con el fin de llegar a encuadrar o a paralizar a los trabajadores y jóvenes que rechazan la dictadura de Breznev. Así la “Unión Sagrada” puede incluir un ala izquierda, a las corrientes centristas, intermedias, de oposición puramente “democrática” y reformista al stalinismo, como es el caso de Claudín y del mismo Mandel.

Mandel dice que “el eurocomunismo tiene tres caras”, refiriéndose a este esfuerzo de Carrillo por llegar con una mano hasta la burguesía imperialista y con la otra hasta los renegados de la IV Internacional, para cerrar el paso a la revolución obrera. Mandel reconoce que Carrillo sostiene al Estado burgués: esa sería su “cara mala”; como también, al defender al Estado, dice que defiende la “democracia”, tendría así para Mandel una “cara buena”; y como, en fin, habla de la “democratización” de los regímenes de Europa del Este, tendría ahí una “tercera cara” que, de puro buena, se daría ya de bruceos con la del mismo Mandel. Así que el saldo es de dos “buenas caras” y una “mala”: dos a uno a favor de Carrillo, saldo positivo según Mandel en las “tres caras del eurocomunismo”. Pero Carrillo tiene una sola *cara*: defiende al Estado burgués *lo mismo* que defiende a la burocracia del Kremlin, desde el punto de vista único y tramposo de la “democracia” en general, de la “democratización” del poder imperialista y del poder de la burocracia stalinista. Y en ambos casos, *en contra de la revolución*, del levantamiento de consejos obreros revolucionarios. Lo que tiene Carrillo son dos brazos: uno estirado

a la burguesía, y otro hacia los centristas como Mandel, para meter a Mandel en la cadena de los defensores del orden mundial de los burgueses y los burócratas.

¿Qué caracteriza a esa crítica “democrática” de la burocracia del Kremlin, que reúne a todos los cruzados del antileninismo, no sólo de cara a Europa del Este, sino de cara a la colaboración con el Estado capitalista? La caracteriza el *evitar también en Europa del Este el problema decisivo de toda revolución, el del poder del Estado, el del poder y la destrucción de la maquinaria estatal, el de la dictadura de los consejos obreros*. Para Europa del Este, Carrillo habla de “democracia” y desde luego condena la revolución. Mandel, en cambio y a título de usurpador de la bandera del trotskismo, *habla de revolución pero cuidándose de deformar su contenido de manera que no amenace al poder, y que reduzca esa “revolución” a la misma reforma de la que habla Carrillo*. La idea de todos ellos no es la de acabar con el stalinismo, con la burocracia del Kremlin y sus satélites, sino más concretamente la de limitar, controlar, “democratizar” su poder sin derribarlo por la revolución. O mejor aún ¡para que no lo derribe una revolución, como la de Hungría en 1956, y cuya sombra planea en Checoslovaquia desde el 68, en Polonia desde el 70!

Carrillo puede intentar colar su colaboración contrarrevolucionaria con los militares franquistas como una supuesta “ruptura con el stalinismo”. La realidad es bien contraria. De un lado, el Kremlin es y ha sido siempre un apoyo del régimen de Franco y del de sus continuadores. De otro lado, Carrillo no se propone terminar con el stalinismo sino *defender el poder de la burocracia stalinista a través de una ilusoria “democratización” de su aparato policíaco en crisis*.

Veamos la cuestión en su forma general. Carrillo no comienza por defender lisa y llanamente a la burocracia del Kremlin, ni tampoco la necesidad de una burocracia socialista en general. Eso sería demasiado honrado y franco por su parte. Lo que hace es defender el mantenimiento del Estado “democrático” en el socialismo. Pero incluso esta idea, la de la necesidad eterna de un Estado, idea antimarxista, puramente reaccionaria, oscurantista, de un profundo pesimismo histórico propio de un funcionario pequeño-burgués, Carrillo la aborda con prevención: defendiendo que la *democracia*, el gobierno de la mayoría, existirá incluso en la sociedad sin clases plenamente desarrollada. Carrillo sabe que con este gobierno, con la “democracia”, mete de contrabando a los *gobernantes* y a los *funcionarios* en el comunismo. Y que de este modo, *comienza ya a justificar teóricamente a la burocracia stalinista y parásita del Kremlin*.

La cuestión general de la democracia y el comunismo fue planteada por Lenin del siguiente modo:

“Por lo común se considera que los conceptos “libertad” y “democracia” son idénticos y se los emplea con frecuencia el uno en lugar del otro. Con mucha frecuencia, los marxistas vulgares (con Kautsky, Plejanov y Cía al frente) razonan precisamente así. En realidad, la democracia excluye la libertad. La dialéctica (la marcha) del desarrollo es la siguiente: desde el absolutismo hacia la democracia burguesa; desde la democracia burguesa hacia la proletaria; desde la proletaria hacia ninguna.”⁶⁷

¡Desde la democracia *proletaria* hacia *ninguna* democracia! En conjunto, la posición de Lenin (y de Marx y Engels) es muy clara: *a)* no hay democracia *en general*, porque no hay en general un gobierno de los hombres en la sociedad de clases, sino un gobierno de las clases; *b)* la democracia obrera y la burguesa se diferencian, se oponen,

⁶⁷ Lenin, *El marxismo y el Estado* (materiales preparatorios para el libro *El Estado y la revolución*), Moscú, 1973, pág. 23.

la primera debe terminar con la segunda, y esa es la tarea del régimen transitorio de la dictadura de los Consejos democráticos obreros; *c*) pero, a su vez, el socialismo conduce históricamente a una auténtica libertad *al crear las condiciones para superar también la democracia obrera*, es decir, la dictadura de los obreros democráticamente organizados y toda *coacción* de una parte incluso mayoritaria de la población sobre otra parte minoritaria o simplemente sobre sus individuos.

En el capitalismo la democracia (gobierno de la mayoría) es concretamente una falsedad, es un apéndice de la maquinaria estatal, de la burocracia capitalista (gobierno de funcionarios especializados y armados al servicio de una minoría de privilegiados). La revolución proletaria, al *destruir* esa maquinaria y sustituirla por el poder de los trabajadores y sus organizaciones de combate, puede realizar concretamente la democracia (gobierno del pueblo), hacerla real, y puede reducir a la mínima expresión la burocracia (el gobierno de funcionarios) y condenarla a desaparecer en absoluto en cierto tiempo razonable. La incorporación de las masas al poder en la revolución debe reducir, pues, al mínimo las funciones burocráticas *obreras*, los aparatos *obreros* de poder, sustituirlos en la gran mayoría de casos por la misma actividad de las masas y su lucha directa; de otro lado, esas funciones y aparatos *obreros* revolucionarios, mientras no sean totalmente eliminados, pueden ser controlados por el pueblo movilizado y poco a poco disueltos en el pueblo. Carrillo y compañía aluden a la actual “complejidad” de las tareas de administración para justificar a millones de funcionarios inútiles, cuando la técnica actual permite sustituir toda su actividad improductiva y paralizante por algunas máquinas computadoras en manos de trabajadores y abiertas al pueblo. Pero, así y todo, mientras haya *democracia*, es decir, necesidad de que las minorías y los individuos se sujeten forzosamente a la voluntad de la mayoría en la lucha común contra la escasez y para organizar el salto adelante de las fuerzas productivas de la humanidad, seguirá habiendo también funciones de *representación*, de *reparto*, de *presión* y *represión*, de *gobierno*, es decir, funciones de “burocracia”. El progreso enorme y de alcance histórico consistirá en que esa democracia por primera vez expresará la voluntad de la mayoría, gracias a la destrucción del poder político y económico de la minoría explotadora, y en que esa burocracia será reducida al mínimo y sometida a la sociedad, comenzando a disolverse en ella y careciendo de cualquier privilegio material.

Pero *eso no es todavía* el reino de la libertad, el verdadero socialismo, el comunismo. Quien lo pretenda, reduciendo el socialismo al sueño de un demócrata pequeño-burgués de cortos alcances, está contribuyendo a apartar a la juventud trabajadora de la ruta del marxismo, lanzándola a buscar a ciegas el camino de la liberación. De lo arriba dicho, al comunismo le sobran precisamente esa burocracia y esa democracia, le sobran los representantes, los gobernantes, los repartidores, y le sobran la imposición de la mayoría sobre la minoría y la subordinación del individuo a la colectividad. Naturalmente, para deshacer de ese lastre a la sociedad, no sólo van a ser necesarias la desaparición de las clases y una considerable expansión de las fuerzas productivas, sino también la sucesión de varias generaciones, superándose las unas a las otras, y grandes movilizaciones y batallas ideológicas e incluso políticas, hasta la construcción de una sociedad de productores libres asociados. Es absurdo especular con las formas de este proceso, pues constituye una nueva lucha que sólo se planteará concretamente sobre las ruinas de la actual sociedad imperialista. Pero esta tendencia general corresponde al desarrollo histórico y define *la única línea de progreso* de la sociedad humana. ¿Qué queda como alternativa, en el supuesto derrotista de que el proletariado no encuentre *ese camino* que es el que le ha reservado y trazado la historia anterior?: queda la perspectiva de una esclavitud totalitaria, bárbara, de una sociedad puramente policíaca, hacia donde hoy apunta la evolución de la “democracia” burguesa y de los regímenes stalinistas, así como los gol-

pes, intentos y regímenes fascistas. En cuanto a la “perspectiva” de Carrillo, la de una pacífica evolución hacia un “socialismo democrático”, bajo la tutela de un Estado benéfico y neutral, es la más irreal de todas, y de hecho la que se ve negada y cerrada a cada paso de la lucha de clases. Es infinitamente más realista la alternativa entre un Estado bárbaro, un parásito capitalista devorando a la sociedad para mantener negocios cada día más miserables, o bien, como precisa Lenin, la de avanzar por el camino de la revolución proletaria hacia una etapa histórica en que la convivencia social, la organización de la producción y la administración de las cosas materiales ya no se realicen por la subordinación de una parte de la sociedad, ni a través del gobierno sobre hombres, sino que entren en las costumbres más arraigadas y más elementales de los individuos.

Podemos pensar que esta perspectiva provoca las sonrisas irónicas de los burócratas como Carrillo (están “de vuelta” de estas cosas, y, además ¿qué podría hacer un Carrillo en una sociedad de trabajadores libres?). Pero todo aquello lo han dicho y lo han demostrado Marx, Engels, Lenin, Trotsky, con las armas y experiencias de que dispone el marxismo para definir hasta donde es posible la línea general del avance revolucionario e histórico. *Solo la brutal contradicción con la realidad de la Unión Soviética* puede explicar que la aspiración del proletariado al comunismo empiece a aparecer no sólo con sus muchas dificultades y sacrificios, sino como una “utopía”. Y que la resignación de los obreros a una sociedad de gobernantes y gobernados durante generaciones y generaciones pueda pasar por “realismo”. Pero, desde el punto de vista del combate, ¿en qué consiste el realismo y en qué la utopía? Es cierto que las amplias masas entran en las grandes batallas revolucionarias movidas por la fuerza de la situación, de experiencias y aspiraciones inmediatas, sin una conciencia suficientemente clara de los fines y las perspectivas generales de su movimiento. Pero hace falta otro factor: la vanguardia, un numeroso sector avanzado y consciente de la clase que la organiza y la dirige en esas acciones, que eleva su conciencia y su actividad, precisamente porque esta vanguardia tiene presente el alcance general, histórico, del movimiento y, por lo tanto, el programa y los métodos necesarios. Lo que Carrillo dice hoy sobre el comunismo sólo puede calificarse como una empresa de desmoralización de la vanguardia, de disolución de su conciencia histórica de clase, y que se refleja *inmediatamente* en la repulsión que provoca entre la juventud, en la desorientación y desorganización de la joven generación. ¿Y es esto realismo? ¿Carrillo pretende que esa juventud ocupe un lugar, el que sea, en la lucha, en la lucha que sea, con la perspectiva miserable de un demócrata pequeño-burgués que sueña con “democratizar” el Estado y “socializar” la economía capitalista...! Pero a esa juventud no le interesa apenas más el mundo de Carrillo que el actual. Para levantarla, para suscitar su heroísmo, su sacrificio, su educación, su selección, para formar así la espina dorsal de las masas trabajadoras en lucha, hay que trazar ante la juventud toda la tarea histórica del proletariado, ese mundo que los obreros tienen por ganar y que merece afrontar las dificultades y los riesgos de una lucha.

Pero veamos el mundo de Carrillo. Para meter de contrabando la eternidad de la burocracia, Carrillo comienza por defender la eternidad de la democracia. Parte en busca de un modelo de democracia sin clases, y lo encuentra muy lejos de Moscú y de sus colegas del Kremlin... en la asamblea de las tribus iroquesas de Norteamérica, tal como la estudió Morgan, y como la comenta Engels en su libro *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*.

¡He aquí una democracia sin aparato estatal y sin clases! —nos dice Carrillo—. ¡He ahí la prueba del error de Lenin cuando decía que la democracia en el socialismo se extinguirá porque sigue siendo una *limitación* de la libertad! Lenin atacaba la charlatanería sobre la “democracia en general”, porque de contrabando introducía el Estado, degradando el comunismo, y servía además de base para conciliar con la democracia

burguesa, con el Estado capitalista. Carrillo, exactamente al contrario, para defender al Estado burgués, para suavizar la degradación stalinista del socialismo, quiere sustituir a todo precio el objetivo del *comunismo* por el de la *democracia* en el programa histórico de la clase trabajadora. Desde este punto de vista, utiliza tramposamente las palabras de Engels cuando se refiere a los pueblos primitivos, diciendo que en aquel período “la democracia espontánea se hallaba en pleno florecimiento”.

Engels se refiere a la inexistencia de un verdadero Estado, de una maquinaria social de represión en manos de una clase. Por ello habla de “democracia espontánea” y la opone a la opresión organizada y esclavizadora de la sociedad burguesa “democrática”. Pero Engels se cuida mucho de presentar esa “democracia espontánea” como una sociedad sin violencia ni coacción, cuando toda ella estaba sometida a la coacción de una elemental lucha por la vida. En la organización social de los pueblos primitivos aún no había llegado la diferenciación social y la violencia de las desigualdades al punto de necesitar una maquinaria especializada de represión. Las decisiones, el orden, los castigos, se discutían y ejecutaban *colectivamente*. De acuerdo. Pero ¿es ese el modelo del comunismo? ¿Es siquiera un argumento en prueba de que la democracia existirá en la sociedad sin clases? Lenin dice: la democracia es una *limitación* de la libertad, siempre presupone una coacción, por eso será de clase en la sociedad de clases, pero también por eso se extinguirá con el comunismo, con la verdadera y concreta libertad. El ejemplo de Engels, el de los iroqueses, en lugar de negarlo, lo confirma. Esa democracia “espontánea” se basaba en el bajísimo desarrollo de las fuerzas productivas sociales, que mantenían a los pueblos a un nivel de supervivencia. No sólo el desarrollo social aún no había cristalizado en clases, sino que *tampoco permitía el desarrollo de sus individuos*. Así funcionaba la democracia espontánea sin aparato represivo. Al analizar esas sociedades primitivas y su desarrollo, lo que prueba Engels precisamente es que el Estado y las otras instituciones burguesas no han existido siempre, y desaparecerán de nuevo en la historia. Pero si el Estado es un producto de la sociedad de clases, la democracia primitiva es una organización de la sociedad *sometida a las necesidades más elementales*, y que, por lo tanto, debe someter a sus individuos y a sus componentes. Al desaparecer las clases desaparecerá el Estado, pero no para restablecer una democracia, ni la de los iroqueses, ni la de los burgueses, ni ninguna otra, sino para saltar al reino de la libertad, en que el desarrollo de las fuerzas productivas elimine también el carácter violento de los conflictos entre el desarrollo de los individuos y el de la sociedad. Restablecer “otra forma democrática” de restringir la libertad sería lo mismo que restablecer la tribu... o, ¿por qué no entonces los castigos corporales, o la esclavitud en la que se basaron muchas democracias primitivas?

Pero no nos engañemos. Carrillo no está intentando instaurar una “democracia espontánea”, sino colar de contrabando a los burócratas. A la hora de concretar, dice:

“Esta concepción del Estado y de la lucha por democratizarle presupone la renuncia, en su forma clásica, a la idea de un *Estado obrero y campesino*; es decir, de un Estado montado de nueva planta trayendo a sus oficinas a los obreros que están en las fábricas y a los campesinos que trabajan la tierra, enviando a ocupar su plaza a los funcionarios que hasta el momento trabajan en las oficinas. De otra parte, un Estado así no ha existido nunca más que idealmente. Incluso donde la revolución ha triunfado por un acto de fuerza, la burocracia, con alguna excepción, ha seguido

siéndolo y los nuevos funcionarios han adquirido rápidamente muchas de las mañas de los antiguos.”⁶⁸

Es decir: ¡siempre hubo y siempre habrá burocracia! Entonces, ¿a qué hablar de los iroqueses, si en realidad Carrillo está pensando en la tribu del Kremlin, y el futuro de los funcionarios y militares franquistas? La burocracia es inevitable, viene a decir Carrillo, y es mejor dejar en pie el Estado burgués y “reformarlo”; allí donde se ha instalado una burocracia sobre las conquistas socialistas, se trataría, según él, de “democratizarla”, pero en modo alguno de instalar un gobierno obrero y campesino, una auténtica dictadura proletaria, y de avanzar hacia la completa extinción del Estado a través de la construcción socialista.

Una vez aclarado el ejemplo tramposo de los iroqueses, no queda nada en pie de la argumentación de Carrillo. Tan sólo la contradicción entre el programa marxista y la realidad de la URSS. De esto hablan a todas horas Carrillo, Claudín, el mismo Mandel, pero ninguno de ellos para aclarar a los trabajadores *en qué consiste* esta terrible negación. Al contrario, hablan y hablan para negar o revisar el programa obrero.

Pero hay *otra realidad* tan brutal y hoy tan visible como la realidad de la dictadura de Stalin y Breznev. Y es que la dictadura de Stalin no surgió tan pacífica y tan linealmente de la revolución bolchevique, como se deduciría de los argumentos de Carrillo. Para que esa “realidad” stalinista se impusiese a las “ideas” leninistas, tuvo primero que imponerse *a la realidad revolucionaria*: primero falsificando el programa de Lenin por medio de la teoría y la práctica de la “construcción del socialismo en un solo país”; luego, a través de una durísima lucha en el partido contra los bolcheviques leninistas agrupados por León Trotsky, en la que decenas de miles de revolucionarios de vanguardia fueron silenciados, aislados, reprimidos, asesinados...; luego, extendiendo la lucha a toda la vida del país, con los campos de concentración y exterminio, hasta la liquidación física de la “vieja guardia bolchevique”, de la generación de los camaradas de Lenin... Esta *realidad* indiscutible, probada hoy después de la mentira y el silencio de la propaganda stalinista, es una realidad que no suscita ningún problema para Carrillo. Carrillo ve y agita “la contradicción entre las ideas de Lenin sobre el Estado y el socialismo, y la realidad de la URSS”, pero no quiere ver *con qué violencia* esa realidad fue levantada por Stalin sobre la destrucción política y física del partido de Lenin, y sobre el envilecimiento de la sociedad revolucionaria. El contraste entre la dictadura del proletariado y la dictadura de Stalin no es una contradicción entre “la teoría y la práctica”, como pretenden nuestros filósofos stalinistas y semistalinistas, sino una batalla en la arena de la lucha del proletariado. Y cuya violencia demuestra que la *realidad* de Stalin no se impuso al *programa* de Lenin de manera natural, lineal y espontánea, como una triste “decepción”, sino de manera brutal, policíaca, falsificadora, como una *traición* y como el primer paso de una contrarrevolución en la sociedad soviética.

El socialismo en un solo país y la burocracia stalinista

Carrillo define el Estado soviético en los siguientes términos ambiguos:

“La cuestión es si ese Estado, ya no capitalista, no es una fase intermedia entre el Estado capitalista y el Estado socialista auténtico...”⁶⁹

⁶⁸ Carrillo, “Eurocomunismo” y Estado, *ibid.*, pág. 97.

⁶⁹ Carrillo, “Eurocomunismo” y Estado, *ibid.*, pág. 208.

Una fase *intermedia*, apunta Carrillo. Pero esta definición esquiva el problema auténtico: ¿qué relación guarda esa fase con el avance de la revolución proletaria? O, dicho de la manera más gráfica, ¿en qué dirección camina esa fase *intermedia*? ¿Es *intermedia hacia* el socialismo, o *intermedia hacia* la restauración capitalista?

También Mandel recurre al mismo género de fórmulas ambiguas, tales como “una sociedad de transición entre el capitalismo y el socialismo”, o “un sistema postcapitalista”, que evitan tener que situar el lugar de estos regímenes y de sus contradicciones desde el punto de vista de la revolución, del *avance hacia la revolución*. El régimen de la URSS contradice de manera evidente el programa de Lenin, el “modelo” o la “norma” del programa revolucionario marxista, pero Trotsky ya señaló que “la norma está definida en función de la victoria del proletariado internacional”, y no para un país aislado y que surge de un extremo atraso a través de la victoria de los obreros. Entonces, el verdadero problema teórico y práctico no es esa contradicción evidente; el verdadero problema es si el régimen de la URSS representa una *refutación del programa*, un fracaso revolucionario como los revisionistas pretenden, o una *traición* al programa, como pretendemos los continuadores del bolchevismo, los trotskistas. Dos posiciones pueden tomarse. La primera: que el régimen de la URSS sería una *etapa* obligada de la evolución hacia el socialismo, una etapa que puede ser deformada, odiosa, desviada, pero en todo caso apuntando hacia el socialismo. Si se está de acuerdo en esto, de una manera u otra se rechaza el programa leninista, o se revisa, o se difama el socialismo. La segunda posición alternativa: que el régimen de la URSS sería una *regresión* en el camino iniciado por octubre de 1917, una regresión que *todavía* no es la restauración capitalista, que *todavía* coexiste con las conquistas socialistas (propiedad estatal, planificación centralizada, monopolio del comercio exterior), pero que *las desnaturaliza y las amenaza de día en día*. Esta es la posición de la IV Internacional, de su programa, que se basa en el programa leninista, y partiendo de él se enfrenta a la burocracia parásita de la URSS. Pero, en todo caso, las caracterizaciones de Carrillo y Mandel eluden cuidadosamente la cuestión principal, diciendo que se trata de regímenes “intermedios”, “transitorios”, pero sin responder a la cuestión. ¿Hacia dónde?

Claudín, más radical en las frases, claudica también ante la burocracia del Kremlin al eludir la situación que el stalinismo ocupa en la marcha hacia el socialismo. Claudín niega que los Estados del Este de Europa tengan nada de obreros. ¡Terrible caracterización! Pero con semejante dureza verbal no pretende en realidad atacar a la burocracia stalinista. ¡Al contrario incluso!: Claudín niega el carácter obrero o socialista de la misma dictadura del proletariado establecida por los bolcheviques en 1917, y niega cualquier valor a las conquistas socialistas de esa revolución, dejando, en cambio, entender que esos regímenes stalinistas avanzarían hacia el socialismo sin necesidad de una revolución obrera. El punto de vista “radical” de Claudín y de tantos otros intelectuales que consideran el régimen stalinista como una variante del capitalismo, en realidad es el punto de vista de un demócrata pequeño-burgués, que desprecia las conquistas colosales de una revolución obrera que ha determinado y determinan aún toda la historia del proletariado internacional... “sólo” porque el *reparto* y las *formas políticas* no son democráticas en manos de una burocracia que las usurpa en provecho propio. Un combatiente pondría el acento en la contradicción entre las inmensas posibilidades abiertas en esos países por la *expropiación* económica y política de la burguesía y el hecho, contradictorio, de que una burocracia de parásitos haya levantado encima de esas poderosas bases *un régimen de desigualdad y de opresión*; un combatiente señalaría tal contradicción para echar abajo a esa burocracia y liberar las conquistas obreras. Pero Claudín, un intelectual stalinista desmoralizado, se contenta con poner “etiquetas” que oscurezcan

esa contradicción, haciendo a la burocracia el inmenso favor de aparecer como el órgano natural de la revolución bolchevique. Todo se aclara, sin embargo, cuando al final resulta que Claudín no propone una verdadera revolución en la URSS..., pues tampoco lo propone para los países capitalistas. En definitiva, el terrible radicalismo verbal de Claudín se aplicaría con unas reformas “democráticas”, con las cuales aceptaría el poder de esa casta parásita enemiga de la revolución. La corriente pequeño-burguesa que define a la URSS como “un capitalismo” (o un “capitalismo burocrático”) sigue eludiendo el problema fundamental: ¿representa ese régimen una *regresión* en la lucha por la dictadura del proletariado, una traición a la Revolución de Octubre, o es un paso histórico obligado, aunque “desagradable”, que contradiga o invalide el marxismo, el leninismo? Esta disyuntiva separa, más aún en la acción que en la teoría, a los dos campos en lucha en la URSS y en Europa del Este. Los anarquistas de salón (teóricos del “capitalismo burocrático”), los stalinistas arrepentidos (como Claudín), los stalinistas iniciadores del “antileninismo” (como Carrillo) y los falsos trotskistas (como Mandel) se sitúan en la lucha como *reformistas* del régimen stalinista, al que consideran como una fase u otra del camino emprendido por Octubre del 17, y en esto coinciden con ciertos sectores de la misma burocracia gobernante. En cambio, la IV Internacional, al igual que los miles y miles de bolcheviques y obreros soviéticos que dieron su vida por la defensa de Octubre en los campos de exterminio de Stalin, considera ese régimen como un *retroceso*, una *amenaza*, una *traición*. Aunque Mandel pretenda ignorarlo, el libro donde Trotsky saca el balance y define las perspectivas de la URSS lleva un título suficientemente claro y expresivo: *La revolución traicionada*. Eso es el stalinismo.

Las explicaciones que Carrillo y Mandel nos suministran no son las explicaciones de una traición, por lo tanto, sino las explicaciones de lo que ellos llaman “el fenómeno stalinista”. Y tales explicaciones se convierten en una casi justificación del poder del Kremlin, como dotado de una base objetiva en el camino de la revolución. Dice Carrillo:

“En los esquemas establecidos por Marx y Engels no se tenían en cuenta, además de las dos fases citadas –socialismo y comunismo– otra en la que el poder del Estado creado por la revolución tuviera que acometer la realización de la *acumulación capitalista originaria*, indispensable para montar la moderna producción (...)

“Hay que plantearse si el tipo de Estado que se ha desarrollado en la Unión Soviética, y muy particularmente el sistema dictatorial ligado al nombre de Stalin, con todos sus excesos, sus atropellos y arbitrariedades, no es precisamente la consecuencia de esta función que consiste en realizar la *acumulación originaria*...”⁷⁰

El stalinismo, en definitiva, consistiría en un régimen político de “excesos y arbitrariedades”, pero tales excesos y el régimen definido por ellas correspondería nada menos que a una tarea histórica necesaria en el avance hacia el comunismo. La *acumulación originaria* de los capitalistas fue la expropiación brutal, cruel, violenta y despótica que precedió al pleno despliegue de la producción capitalista. Pero Carrillo pretende convencer a alguien de que la *acumulación* de recursos en manos del Estado obrero, la expropiación de la burguesía y la *acumulación* de la pequeña economía pasaba por una feroz represión del proletariado, la destrucción del partido de Lenin, la absoluta liquidación de la democracia *obrera*... Carrillo, colega de Breznev, enseña aquí su oreja de

⁷⁰ Carrillo, “Eurocomunismo” y Estado, *ibid.*, pág. 205.

representante español de los intereses del Kremlin. Desde un punto de vista teórico, esas líneas son una completa falsificación: la acumulación de los medios de producción y recursos en manos del Estado obrero, e incluso las reformas del campo y de la pequeña propiedad acometidas por los obreros en el poder en un país atrasado, no representa *ninguna fase distinta* de la primera fase de la sociedad socialista. Marx señaló con toda claridad que lo que caracteriza a esta primera fase, socialista, del comunismo es *el mantenimiento del sistema burgués de contabilidad y reparto*, y la *acumulación de recursos* en manos del proletariado para promover el desarrollo de las fuerzas productivas. De ahí la necesidad de un Estado de obreros armados que subsiste durante un período y que se extingue sólo gradualmente en función de ese desarrollo social. Pero, en cambio, lo que caracteriza a la URSS, por el contrario, es que el desarrollo de sus fuerzas productivas ha exacerbado sus contradicciones sociales y políticas, ha conducido a un desarrollo de la burocracia y de su parasitismo social, a una intensificación de la opresión policíaca, a una mayor presión del imperialismo sobre el país, y todo ello, a su vez, *amenaza y desequilibra* el desarrollo del aparato productivo. Esa burocracia stalinista, por tanto, no puede ser considerada como el órgano “natural” de una acumulación primitiva. Es un tumor maligno, un parásito monstruoso que ha llegado en condiciones concretas a adueñarse del poder político sustituyendo la democracia soviética por su aparato policíaco. Así usurpa en su provecho las conquistas obreras, *frenando* y sometiendo al imperialismo el desarrollo de las fuerzas productivas del país, fuerzas productivas puestas en marcha por la Revolución de Octubre, al arrancarlas de manos de la burguesía y de la nobleza.

Volvamos con Mandel, ya que es necesario ver el paralelismo completo entre la política de Carrillo y la de Mandel: el burócrata Carrillo no hallaría modo ni manera de dar aires “antistalinistas” a su refrito revisionista, si no contase como cuenta con el *constante apoyo teórico* del renegado del trotskismo, de Mandel. Comentando el libro *La solución de recambio*, de Rudolf Bahro (representante del ala reformadora de la burocracia stalinista), dice Mandel:

“... (Bahro) vuelve a la concepción leninista inicial, según la cual hay que distinguir tres fases en la sociedad postcapitalista: la fase de transición, la fase socialista (primera etapa del comunismo) y la fase comunista. Para él, la URSS, la RDA y los demás países del “campo socialista” se encuentran todos aún en la primera fase, la fase de transición (...)

... en lo esencial, esta es la misma tesis que la defendida contra viento y marea por los marxistas revolucionarios.”⁷¹

Suficientemente claro. Mandel repite prácticamente el truco de Carrillo sobre una fase previa al socialismo, o intermedia, y encima pretende que esta sería la “concepción leninista”. No hay una línea en Lenin que permita atribuirle esta teoría de las “tres fases” de la sociedad socialista, sino que, al contrario, establece una diferenciación clara entre la fase *de transición al socialismo* (o fase *socialista*, o primera etapa del comunismo, etc.) y la del *socialismo completo* (o *comunismo*, o segunda etapa del comunismo, etc.), es decir, entre la fase en que sobrevive el *derecho burgués*, el Estado como dictadura del proletariado, los restos de otras clases, es decir, la lucha por las condiciones materiales, sociales, políticas y culturales para el comunismo, y la etapa de la extinción del Estado dentro de una sociedad que ha salido de la simple lucha por la existen-

⁷¹ Ernest Mandel, *Crítica del eurocomunismo*, *ibid.*, pág. 117.

cia. La otra fase, previa, se la han inventado los revisionistas de todo tipo para otorgar un papel histórico no reaccionario ni regresivo al stalinismo, un papel intermedio entre el capitalismo y el socialismo. En la realidad, y en los análisis de Trotsky y de la IV Internacional, el stalinismo surge en la etapa transitoria, socialista, como un *retroceso* que aleja del socialismo cada vez más a la sociedad soviética y a los Estados dependientes de ella, y los somete cada vez más a la presión imperialista y a la amenaza de restauración del capitalismo.

Pero ¡alto ahí!: algún lector quizá se incomoda por esta crítica a Mandel. Por ejemplo, algún defensor de Mandel, o simplemente alguien confundido por sus astucias verbales, puede alegar que la fase intermedia a la que Mandel alude no tiene que ser necesariamente stalinista. Cierto. ¡Ya lo sabemos! Más exactamente aún: Mandel quiere precisamente “democratizar” esa fase, a esa burocracia, ese régimen. Lo que Mandel reprocha a la burocracia es su “monopolio político”, su “gestión”, sus “métodos”, sus “privilegios”, y quiere corregir todo esto. Pero Mandel, *exactamente como Carrillo*, sitúa a esa burocracia, con sus excesos, sus privilegios y su brutal régimen, *en el camino de la revolución y en el campo de la clase obrera*. Y ahí precisamente reside el fondo del asunto y la falsificación de los revisionistas.

Estos falsos análisis no entran siquiera en el problema fundamental de la revolución, que es el papel del Estado y de cada Estado en la lucha de clases, y no entran en ello porque *son análisis profundamente nacionales*, que sitúan las contradicciones de la sociedad soviética, su marcha, y el conflicto entre la burocracia y la clase fuera de la lucha entre el proletariado mundial y la burguesía, que sigue dominando directamente el mundo fuera de la URSS.

En su libro, Carrillo roza de pasada la cuestión:

“Stalin, muerto Lenin, reconoce durante un tiempo que es imposible construir el *socialismo completo* en un solo país. (...) ¿Qué relación hay entre esa idea, abandonada después, (...), y las características del Estado construido en la URSS?”⁷²

La pregunta es tan prometedora que, ¡ay!, parece mentira que Carrillo mismo no la conteste después de hacerla. Pero Mandel, de fáciles entusiasmos tratándose de respetables figuras de la teoría como Carrillo, grita loco de alegría en su libro:

“En dos ocasiones, por lo menos, Carrillo cuestiona explícitamente la teoría del socialismo en un solo país.”⁷³

Y, en efecto, la “cuestiona”, pero sin responder a la “cuestión”. Sin embargo, entenderemos mejor a Mandel tomando nota de qué es lo que él entiende por la teoría del socialismo en un solo país y la lucha de los trotskistas contra ella. Así la define Mandel:

“... el carácter utópico y reaccionario de la tesis sobre la posibilidad de llevar a término la construcción del socialismo en un solo país.”⁷⁴

¡Atención al truco!: hay que fijarse en ese “*llevar a término*”, perfectamente idéntico al socialismo “*completo*” de que habla Carrillo. Los revisionistas afirman en

⁷² Carrillo, “Eurocomunismo” y Estado, *ibid.*, pág. 207.

⁷³ Ernest Mandel, *Crítica del eurocomunismo*, *ibid.*, pág. 86.

⁷⁴ *Ibid.*, pág. 123.

realidad que no es posible construir “completo” el socialismo o “llevar a término” su construcción, como si en cambio fuese posible construirlo en un 15 por 100, o en un 63 por 100, o “a medias”... Y para ellos el “stalinismo” sería este “socialismo a medias”, que sí es posible construir “en un solo país”. La lucha política en el partido bolchevique, tras la muerte de Lenin, en torno a la cuestión *teórica y práctica* del “socialismo en un solo país” no fue esta discusión académica y falsa sobre qué parte o qué fase del socialismo podría construirse. Fue la lucha entre quienes defendían *al partido proletario contra la burocracia del Estado obrero nacional* (defendiendo el punto de vista del *proletariado internacional* y su revolución) y quienes, por el contrario, *subordinaban el partido y terminaron por destruirlo en el interés de esa burocracia nacional* y, en definitiva, de su entendimiento, siquiera fuese momentáneo, con el imperialismo mundial. La adopción de la tesis stalinista sobre la posibilidad de construir el socialismo en un solo país (entero o a medias) fue la victoria *en el partido y en la Internacional Comunista* de la fracción de Stalin como portavoz del interés de la burocracia nacional, frente al interés del proletariado representado por la Oposición de Izquierdas de León Trotsky. Como escribe el mismo Trotsky:

“En los primeros tiempos del régimen soviético, el partido sirvió de contrapeso a la burocracia (...), el partido estaba siempre en lucha abierta o velada con la burocracia. (...) La victoria de Stalin resultó asegurada por el servicio definitivo que prestó a la burocracia.”⁷⁵

Es decir, al adoptar la teoría y la práctica del socialismo en un solo país, la fracción de Stalin entregó el partido a la burocracia nacional del Estado obrero, cuya perspectiva de entendimiento con el capitalismo mundial se iba reforzando en las derrotas del proletariado europeo en aquellos años. Veámoslo con más detalle.

Partiendo de la contradicción entre la realidad del régimen de la URSS y la norma definida en el programa leninista, Trotsky respondía que “la norma está definida en función de la victoria del proletariado internacional”. En efecto, la extinción del Estado, e incluso el *despliegue* de la democracia obrera están en relación con la amplitud territorial de la victoria obrera y con el desarrollo material y cultural del proletariado vencedor, y de una forma plena son sencillamente inconcebibles sin la victoria sobre los principales imperialismos y sin la desaparición de las fronteras nacionales. ¡No hay fronteras sin burocracia! El proletariado no tiene patria. La burguesía es nacional por su organización social como clase. La burocracia también es nacional como el Estado, es decir, como la última herencia de la sociedad de clases en los primeros pasos de la sociedad sin clases. La revolución comienza por la destrucción del *Estado burgués nacional*, de la organización de clase de la burguesía. Pero el primer paso del proletariado victorioso es su constitución como clase obrera dominante y armada *en el territorio del Estado nacional*; y la extinción del Estado obrero así constituido presupone la extensión de la revolución a numerosos países y la progresiva unificación del proletariado y de las fuerzas productivas que ahora domina. Mientras el imperialismo subsista, el Estado obrero, lejos de extinguirse, es el órgano de lucha del proletariado contra la clase mundialmente dominante, y el órgano que debe distribuir en el interior los frutos de una producción nacional limitada y más o menos aislada. Pero incluso ese primer paso hacia la extinción del Estado que es *el despliegue de la democracia soviética*, depende en su grado y en su evolución de la extensión de la revolución y del desarrollo de la sociedad revolucionaria. El aislamiento revolucionario implica, *en el mejor de los casos*, el manteni-

⁷⁵ León Trotsky, *La revolución traicionada*.

miento de una maquinaria estatal nacional subordinada a la sociedad, de una “burocracia” nacional subordinada a la democracia obrera, al menos momentáneamente.

Lenin describió una vez como “Estado burgués sin burguesía” a estos últimos restos de la vieja maquinaria estatal burguesa que existen durante una etapa dentro del Estado-Comuna de los obreros en armas, dentro de la democracia obrera armada, cuando la sociedad no sale de la escasez o la escasez se prolonga por el aislamiento. Trotsky decía que esta maquinaria residual venía a ser el órgano *burgués* de la democracia obrera, el sector estatal no totalmente disuelto en la sociedad obrera, sino separado por funciones especializadas. En este sentido la burocracia del Estado obrero nacional, incluso en la medida en que es una herencia del pasado, un residuo en vías de desaparición, puede definirse como el órgano burgués de la dictadura de clase del proletariado en sus primeros pasos. “Evidentemente –dice Trotsky–, lo que tiene un sentido decisivo es el *grado* de este carácter burgués y la tendencia general del desarrollo.”⁷⁶ Es decir, que lo decisivo es aquello de lo que Mandel no habla: que el stalinismo indica una tendencia a *aumentar* el carácter burgués de este órgano hasta deformar y amenazar de muerte las conquistas obreras en las que se funda el Estado soviético, y que el *grado* alcanzado es aquel en que la democracia obrera soviética ha sido liquidada, y en que el aparato policíaco que la sustituye y que usurpa las conquistas se ha integrado a la defensa del orden mundial capitalista para defender en el país sus propios privilegios. De tal manera que, por ejemplo, la extensión de las conquistas socialistas a la Europa del Este o a China después de la guerra, en lugar de reducir el cáncer burocrático y de desplegar la democracia soviética y la igualdad social, agudizó más aún las tensiones sociales y políticas, porque ese “órgano burgués”, la burocracia, ya sólo cederá su poder y sus privilegios por la fuerza.

El programa de Lenin analiza la cuestión desde el punto de vista histórico de la revolución mundial, y desde este punto de vista la pervivencia de este “órgano burgués” del Estado obrero es completamente episódica. Pero en la realidad de estos cincuenta años, *su pervivencia se ha convertido en la principal fuente de salud para el imperialismo decadente y en un cáncer de todo el movimiento obrero.*

¿Cómo? Las derrotas de los trabajadores europeos, el agotamiento del proletariado ruso, aislado en un país campesino, debilitado por los sacrificios de la guerra civil, crearon condiciones *muy circunstanciales, muy concretas y especiales*, pero suficientes para dar a ese “órgano burgués” del naciente Estado obrero unas fuerzas y unas dimensiones que le permitieron desafiar y vencer a la democracia soviética (consejos, sindicatos, comités..., pero, *ante todo*, al mismo partido bolchevique, principal y última garantía de la democracia soviética). Así pudo usurpar en su propio interés las conquistas de la revolución, el poder del Estado y, con él, la propiedad y la producción estatales. Comenzó por elevarse sobre la sociedad soviética como su *gestor*, como el árbitro de sus conflictos, pero esa burocracia terminó por enfrentarse a la sociedad como la capa social privilegiada en medio de la penuria general. Más tarde, las perspectivas de la revolución mundial empezaron a representar serios riesgos y amenazas para esta capa nacional privilegiada en su país, satisfecha y conservadora. La colaboración con el imperialismo llegó a parecerle la única garantía sólida de sus ventajas materiales..., al menos mientras no logre ir más lejos y echar por la borda todas las conquistas socialistas y repartírselas en propiedad privada como el botín de la contrarrevolución. Por lo tanto, al principio, las derrotas de la Internacional Comunista y los errores de las jóvenes direcciones comunistas de los países de Europa contribuyeron al avance de la burocracia estatal de la URSS hacia el control del poder y del partido, en lucha contra la Oposición de Iz-

⁷⁶ León Trotsky, “¿Un Estado no obrero y no burgués?”, publicado en *En defensa del marxismo*, Barcelona, 1977, pág. 250.

quierdas bolchevique-leninista dirigida por León Trotsky. Pero después de hacer adoptar al partido y a la Internacional la teoría y la práctica del “socialismo en un solo país” (primera versión histórica de la “coexistencia pacífica” de la burocracia con el imperialismo), los stalinistas, liberados de todo control y destruyendo el partido de Lenin, convirtieron esa Internacional Comunista en un instrumento del interés particular de la burocracia nacional del Kremlin, y destinado a mantener la posición de esta burocracia dentro del orden imperialista mundial. Esa fue ya la Internacional “Comunista” y el PC que conocerían los obreros españoles en la guerra civil, y ese es el PC de Carrillo, que hoy, de nuevo, hemos visto sostener a la Monarquía de los herederos de Franco: un instrumento del Kremlin y de sus planes.

El aparato burocrático del Estado, al levantarse por encima de la clase obrera y destruir la democracia soviética, se empezó a transformar, por tanto, en una capa social nacional privilegiada dentro del orden capitalista, y se convirtió, paso a paso, como dice Trotsky, en el “mecanismo de transmisión de la presión del capitalismo mundial sobre las conquistas de la Revolución de Octubre”, deformándolas, degradándolas y amenazándolas. El órgano “burgués” de la dictadura del proletariado, al levantarse sobre el partido y los soviets, al burocratizarlos y destruirlos como instrumentos del proletariado, se hizo una agencia del imperialismo enquistada en las conquistas de la revolución, como un parásito deformante y, en definitiva, mortal.

Reforma democrática o revolución política

Ahora hemos llegado al fondo de lo que Carrillo, Mandel y Claudín quieren ocultar cuando definen al stalinismo *simplemente* como un régimen de desigualdad y opresión por parte de una burocracia: quieren ocultar el carácter mismo de esta burocracia, su lugar en la lucha de clases, el de *una agencia del imperialismo que amenaza las conquistas socialistas y las degenera con su parasitismo*. De este modo, los revisionistas pueden defender la idea vana de una “democratización” de esa burocracia, cuando en realidad se ha hecho necesario aplastarla por medio de una *revolución política*, a fin de volver en esos países a la ruta del socialismo abandonada hace cincuenta años. El programa de la IV Internacional formula así la alternativa:

“El pronóstico político tiene un carácter alternativo: o la burocracia, *transformándose cada vez más en el órgano de la burguesía mundial dentro del Estado obrero*, derribará las nuevas formas de propiedad, y precipitará al país en el capitalismo; o la clase obrera aplastará a la burocracia y abrirá una salida hacia el socialismo.”⁷⁷

Se trata, pues, de una verdadera revolución, parte integrante de la revolución mundial, de la lucha contra el imperialismo, a quien representa en última instancia la burocracia del Kremlin, y a quien está unida concreta e inmediatamente por sus intereses frente a la revolución obrera. Pero Carrillo, por ejemplo, dice:

“La cuestión es si ese mismo Estado [el de la URSS, A. R.] no está exigiendo del partido y de la sociedad soviética una seria y profunda trans-

⁷⁷ Programa de transición de la IV Internacional, escrito por León Trotsky y adoptado por la Conferencia de fundación de la Internacional en 1938. Página 24 de la edición LIRCI.

formación para convertirle en una auténtica democracia obrera. En el tipo de Estado socialista que preveían los fundadores.”⁷⁸

“Una seria y profunda transformación.” Pero ¿se trata de la revolución? Para Carrillo, de ninguna manera. ¿Y para Mandel? Mandel *tiene que hablar* de revolución, pues su papel de ala izquierda de la Cruzada antileninista así se lo dicta. Pero hemos visto que el problema de la revolución, en una u otra forma, es el del poder del Estado. Desde este punto de vista, cuando Mandel pasa a precisar esa revolución, ese poder, hasta un niño puede entender que se trata de una vulgar “reforma” para *compartir el poder de la burocracia o para controlarlo*, y desde este punto de vista no hay ninguna diferencia fundamental entre la posición del stalinista Carrillo y de las del falso “trotskista” Mandel. En su libro dice:

“... la perspectiva de la lucha por romper el monopolio burocrático del poder, por instaurar el poder de los trabajadores, por la revolución política.”⁷⁹

La tarea no sería *aplastar* a la burocracia, destruir su aparato policíaco, su poder... sino “romper su monopolio” o que los trabajadores compartan o controlen el poder con los burócratas. Eso no tiene nada que ver con una revolución de ninguna clase, con ningún *cambio de poder*, sino que es una reforma defensiva y, encima, ilusoria. Ciertamente, la *opresión política* y la *desigualdad social* son las manifestaciones más agudas de la degeneración burocrática, pero *sin extirpar por la fuerza* el tumor, el cáncer burgués y proimperialista de la URSS, es decir, el aparato burocrático policíaco, político y militar del Kremlin y sus aparatos satélites del Este de Europa, no hay vuelta posible a la democracia soviética. El programa de transición de la IV Internacional, que Mandel usurpa con el solo fin de falsificarlo, le responde cumplidamente al establecer la relación entre la lucha contra la opresión y la desigualdad y la necesaria *revolución* y aplastamiento violento de la burocracia:

“... El nuevo auge de la revolución en la URSS comenzará sin ninguna duda, bajo la bandera de la LUCHA CONTRA LA DESIGUALDAD SOCIAL Y LA OPRESIÓN POLÍTICA.”⁸⁰

Y después de formular las reivindicaciones transitorias del programa, precisa aún la tarea:

“Es imposible realizar este programa sin el derrocamiento de la burocracia que se mantiene por la violencia y la falsificación. Sólo el levantamiento revolucionario victorioso de las masas oprimidas, puede regenerar el régimen soviético y asegurar la marcha adelante hacia el socialismo. Sólo el partido de la IV Internacional es capaz de dirigir a las masas soviéticas a la insurrección.”

Se trata, pues, de una revolución. La IV Internacional ha definido la revolución en la URSS (y Europa del Este) como una revolución *política*, es decir, que no altera el régimen de propiedad ni, por lo tanto, representa el paso del poder de manos de una

⁷⁸ Carrillo, “Eurocomunismo” y Estado, *ibid.*, pág. 208.

⁷⁹ Ernest Mandel, *Crítica del eurocomunismo*, *ibid.*, pág. 53.

⁸⁰ Programa de transición, *ibid.*, págs. 25 y 26.

clase a otra. Significa, en cambio, la victoria de los obreros sobre una *casta burocrática* surgida de sus filas, pero actualmente parásita de las conquistas del Estado obrero. Y esta victoria regenerará el Estado obrero al mismo tiempo que lo volverá a colocar en el camino de la revolución mundial y de su propia extinción. Pero ¿eso quiere decir, como pretende Mandel, que no se trataría propiamente de una revolución, y que su contenido sería simplemente una modificación democrática del régimen político (o del régimen económico, en contra de los privilegios y abusos)? Es decir, desde el punto de vista fundamental de la revolución que es el del Estado, ¿qué quiere decir una revolución política y en qué se diferencia del programa de libertades y control que Mandel o el mismo Carrillo proponen para Europa del Este?

En el capitalismo, el aparato estatal se basa en las instituciones burguesas, ante todo en la propiedad privada capitalista, que el Estado salvaguarda con su fuerza. Por tanto, entre el régimen social y la burocracia estatal no hay ninguna *contradicción* fundamental, sino una unidad más o menos completa: el interés del capitalista y el del gobernante son profundamente los mismos, salvo los detalles, y la revolución social tiene que *destruir* la maquinaria estatal burguesa para abolir las instituciones capitalistas del Estado, como la propiedad privada, y comenzar a expropiar a la clase burguesa. Pero en el Estado obrero, por burocratizado que esté, hay una *contradicción* entre el aparato y las principales instituciones del Estado: las conquistas socialistas se expresan en esas instituciones (propiedad, producción y monopolio comerciales estatales), y por eso se puede seguir hablando de Estado *obrero* incluso en su enorme degeneración; pero esas conquistas no se asientan realmente en el aparato estatal, sino, *ante todo*, en la conciencia de las masas obreras profundamente unidas a esas conquistas y profundamente hostiles a los burócratas que las usurpan en propio beneficio y porque la anulación de la democracia soviética impide a los obreros hacer uso de sus conquistas; al mismo tiempo, y en contradicción, el interés del aparato burocrático apunta hacia la destrucción progresiva de la propiedad estatal para asegurar los privilegios de los burócratas y sus familias. De este modo, *la maquinaria estatal administrativa-política-policíaca* (el cuerpo de altos funcionarios del partido, de la administración territorial, de la economía, la policía y el ejército) está en contradicción con el carácter *obrero* del Estado burocratizado, y más aún con el renacimiento y el despliegue de una democracia soviética, de un Estado de obreros en armas basado en las conquistas socialistas. Y esa contradicción aguda solo puede resolverse por *la violencia y la destrucción completa* del aparato burocrático, de ese “órgano burgués” hipertrofiado, de ese cáncer burgués en el Estado obrero. Por eso se trata de una auténtica *revolución*, aunque de una revolución *política*, es decir, en el poder y no en las bases sociales de clase de ese poder.

La cuestión es también que, junto al aparato burocrático, subordinadas a él, anuladas en la práctica y profundamente burocratizadas, existen organizaciones integradas al Estado obrero, tales como los sindicatos y los comités, que pueden y deben ser revitalizadas y desarrolladas por la revolución como órganos de la democracia soviética, completados por nuevas organizaciones de la clase, y en particular por el renacimiento de auténticos *soviets revolucionarios*. Despreciar todas las instituciones del Estado burocratizado por su actual función, y no ver sus posibilidades revolucionarias, sería aún más grave que abandonar los sindicatos en los países capitalistas alegando la verdad elemental de que sus aparatos dirigentes se han integrado a la defensa del Estado burgués. La verdadera lucha consiste en enfrentar esas organizaciones, con una nueva dirección, depuradas y regeneradas, a la maquinaria burocrática del stalinismo. A través de este choque surgirá de nuevo la democracia de los obreros armados, el auténtico Estado-Comuna de la dictadura de clase del proletariado.

Los movimientos revolucionarios de Europa del Este siempre apuntaron en esa dirección y han confirmado este programa. De la profunda oposición entre la burocracia y las conquistas socialistas han surgido en todas las crisis revolucionarias de Europa del Este los órganos de la democracia proletaria en acción, y de un modo excepcionalmente energético: comités y consejos revolucionarios, a distintos niveles, que se han apoyado en las conquistas socialistas y las han *reclamado* para sí en nombre de la clase. Al mismo tiempo, *siempre* la revolución llegó al punto crítico y se detuvo, cuando se puso a la orden del día el enfrentamiento entre la democracia revolucionaria y el aparato burocrático del poder de los stalinistas. Los trabajadores del Consejo Obrero Central de Budapest, o más tarde los obreros checos bajo la ocupación del 68, o, en fin, los delegados de los comités obreros del Báltico en Polonia del 71, se encontraron sin la *dirección*, sin el programa y el partido, para acometer el enfrentamiento radical y definitivo entre la democracia revolucionaria obrera renaciente y el aparato stalinista aún en pie total o parcialmente. Por esta razón, o se impuso un compromiso con el aparato, como en la Hungría de 1956 o la Polonia de 1971⁸¹, o se cayó en la ilusión de “democratizar” el aparato como en la Polonia de 1956 o en el XIV Congreso clandestino del PC Checoslovaco...⁸² Y todos estos casos demostraron a su vez que la revolución tenía que *retroceder* y que la democratización era *imposible*, sin llegar a destruir completamente la maquinaria política y policíaca de la burocracia stalinista.

Ese es el actual problema del proletariado de Europa del Este, y de esta manera *se une* al de los obreros de los países capitalistas. El problema de la revolución es el del poder, el del Estado, el de los soviets obreros y el del partido y el programa necesarios para abordar hasta el final esa batalla. Incluso es cada día más visible para esos trabajadores la unidad de los problemas y de las soluciones contra el capitalismo y la burocracia. El necesario renacimiento y despliegue de la democracia soviética en la URSS y en Europa del Este está unido al problema de la dirección y el método de la lucha obrera contra los Estados capitalistas. Se trata exactamente de un *retorno a Lenin* por encima de la traición stalinista, destruyendo su poder en el Este y su dirección sobre la clase obrera mundial, frutos ambos de una traición. Pero cuando aún había y hay que dirigir en este sentido los esfuerzos y los balances de los obreros avanzados, y en particular los de Europa Oriental, y cuando se trataba de precisar que ese *retorno a Lenin* es, en concreto, la lucha de la IV Internacional, entonces lanzan los mismos stalinistas desprestigiados, como Carrillo, con la ayuda de los renegados del trotskismo, como Mandel, un falso programa y un falso balance, que intenta unir a los obreros del Este y del Oeste en los prejuicios democráticos y en el respeto al poder establecido. Es un *desarme*.

Desarmar la revolución política y proteger al Kremlin en crisis son los fines de esa política de reforma que es la lucha “contra el monopolio de la burocracia”. Más aún, esa reforma no se diferencia gran cosa de las políticas de “Unión Sagrada” a la española, donde lo único que se reforman son las relaciones entre el poder y la oposición, de manera que gobernantes y “reformadores” se unen para resguardar el aparato estatal de los asaltos de las masas. El programa de Carrillo para Europa del Este no busca siquiera seriamente una democratización, sino más concretamente un *compromiso* entre el poder y ciertas fuerzas legalizadas o legalizables a condición de integrarse en la defensa del

⁸¹ En noviembre del 56, tras la ocupación del Kremlin, los obreros del Consejo Central se entrevistaron con Kádár para lograr un compromiso determinado por una situación sin salida, faltos de dirección. En 1971, cuando Gierek, después de la caída de Gomulka, se entrevistó con los huelguistas del Báltico, los comités dijeron: “Démosle dos años más”. No había aún otra perspectiva.

⁸² En 1956, en Polonia, el stalinista “de izquierda” Gomulka logró canalizar la revolución salvaguardando el aparato del partido y del Estado hasta 1970, en que lo derribó el levantamiento obrero del Báltico. En 1968, los trabajadores acogieron en una de sus fábricas la reunión clandestina del XIV Congreso del PC de Checoslovaquia y eligieron una nueva dirección formulada por partidarios de Dubček.

orden. Mandel precisamente quiere entrar en esa operación; por eso ataca el “monopolio” de la burocracia que le cierra el paso. Carrillo distanciándose del aparato, Claudín como intermediario hacia la socialdemocracia, y Mandel intentando captar a la izquierda de Europa del Este, forman el *punte entre el Kremlin y la oposición reformista de Europa oriental* para llegar a un pacto frente a los riesgos de la revolución que madura. Es decir, entre Mandel, el PCE y el Kremlin, las diferencias actuales solo son *de grado*, pues todos buscan el compromiso que salve al stalinismo. He aquí tres declaraciones convergentes, suficientemente explícitas:

En 1977 Mandel aún reprochaba a Carrillo:

“Pese a que insiste mucho en el “pluralismo político” en Occidente, pese a sus referencias a la “democracia obrera” para la URSS, no hay ninguna referencia precisa a la necesidad de abolir, en la URSS, en las “democracias populares”, en la República Popular de China y en todos los Estados obreros, el régimen de partido único.”⁸³

En diciembre de 1978, desde la tribuna del club burgués Siglo XXI, Pilar Brabo, del aparato del PCE, le contesta:

“El partido único en estos países –incrustado en el aparato del Estado– no es un instrumento de la clase obrera, sino un instrumento inercial al servicio de la capa de burócratas. La ausencia de libertades impide a la propia sociedad dotarse de mecanismos de participación y, por tanto, de autocorrección de los fallos del sistema.”⁸⁴

Pilar Brabo busca la “autocorrección” del stalinismo para evitar la revolución. ¿Muy audaz en sus frases? No. *Dos meses antes* el mismo aparato stalinista, en una reunión en Budapest de los secretarios de los Comités Centrales de los partidos stalinistas en el poder, adoptó una resolución al respecto:

“... en proporción a la trayectoria histórica concreta y a las distintas particularidades nacionales puede aceptarse la existencia operativa de uno o varios partidos en un país concreto [está hablando de países del Este, A. R.].”⁸⁵

Las diferencias de unos y otros son de grado. Se trata de un reajuste defensivo del stalinismo en crisis, y en este reajuste se integra el “debate” de todos los cruzados antileninistas por encima de sus matices.

* * *

El antileninismo o, como también podríamos llamarlo, la *revisión democrática del leninismo*, finalmente oculta el verdadero balance del stalinismo. En el fondo es una *crítica democrática del stalinismo*, y desde el punto de vista de la acción no propone más que democratizar la burocracia del Kremlin. No representa la posición del proleta-

⁸³ Ernest Mandel, *Crítica del eurocomunismo*, *ibid.*, pág. 88.

⁸⁴ Conferencia de Pilar Brabo, según *Mundo Diario*, 21 diciembre 1978.

⁸⁵ Según agencias, *El País* del 28 de octubre de 1978.

riado internacional, de sus experiencias y de su rearme para una nueva crisis revolucionaria, sino que representa el punto de vista de la conciliación entre el proletariado que se radicaliza y el aparato del Kremlin que entra en crisis. Y esta conciliación, a su vez, se enmarca dentro de las necesidades de reforzar *la colaboración contrarrevolucionaria entre los Estados imperialistas y los burócratas de Moscú* para llevarla más lejos que jamás en la historia ante la maduración de una nueva época revolucionaria.

El programa “democrático” que los Carrillo, Mandel, Claudín y los otros cruzados del ejército pequeño-burgués ofrecen en el Oeste contra la burguesía y en el Este contra la agencia burocrática del imperialismo es *desarmante* para la clase obrera. Está en tal desproporción con la dureza de los combates actuales y de las experiencias de las masas, que produce más escepticismo que ilusiones. Los obreros necesitan conquistar su *independencia de clase* (de programa, de métodos y de organización en la lucha) frente al Estado burgués y al poder burocrático aliado de la burguesía. Esta independencia se concentra en la dirección, en el partido. Y estamos llegando a una serie de conclusiones a través de esta polémica contra el revisionismo.

Se ha ido demostrando que el partido revolucionario no es un partido “político” en el sentido corriente del término, ya que no es una institución de la *democracia burguesa*, sino la dirección consciente de la *democracia proletaria*, o, mejor aún, el estado mayor de la separación y la ruptura de la democracia obrera con la democracia burguesa para instaurar la dictadura de clase del proletariado. No es un medio de “tomar el poder” del Estado capitalista, sino un medio de destruir ese Estado enfrentándole el *poder* del proletariado organizado y armado como clase independiente. Y esto introduce un segundo aspecto del mismo problema. El partido revolucionario no es tampoco un partido “nacional”, ya que su fin no es el acceso al poder y la reorganización de los Estados nacionales, sino la constitución de la clase trabajadora en reorganizadora de la sociedad *sobre los escombros de los Estados capitalistas nacionales*. La clase obrera es internacional, se constituye como clase y construye su dictadura de clase en el mismo proceso de su independencia frente *al Estado burgués y al marco nacional de la sociedad burguesa*. El stalinismo no es un desarrollo del programa de Lenin, ni siquiera una deformación, sino la ruptura con ese programa, adoptando la teoría y la práctica del “socialismo en un solo país” como expresión de los intereses de la burocracia nacional del Estado de la URSS, fortalecida por las derrotas de los trabajadores en Europa.

La lucha de la IV Internacional, que surgió de la defensa y el desarrollo del programa bolchevique en contra de la traición stalinista, es el verdadero balance positivo, el único que los trabajadores pueden sacar para seguir avanzando en su lucha. El programa de la IV Internacional es el desarrollo del leninismo en contra de la burocracia, es decir, la incorporación de *una revolución política* en los países de las conquistas socialistas, como tarea integrante y decisiva del progreso de la revolución mundial y también de la recuperación política, moral y organizativa del proletariado de todos los países después de la *traición* de su vieja dirección. Es decir, la vieja consigna de la resistencia a los burócratas, “¡retorno a Lenin!”, coincide y se concreta con la lucha de la IV Internacional. Ese es el balance.

Los trabajadores españoles en 1936-39 fueron derrotados, y eso cuenta mucho hoy cuando los problemas de una nueva revolución se levantan ante ellos otra vez. Es necesario ver que no falló el proletariado, sino su dirección. Pero era también necesario demostrar que esa dirección de fracasados, los Carrillo, Díaz, Pasionaria y Líster *no representó nunca al proletariado, sino a una burocracia nacional, la del Kremlin, separada del proletariado por intereses particulares y de casta que la unen, en cambio, al orden imperialista*. Así se perdió la revolución anterior: Stalin defendía la propiedad privada en España, y el PCE era uno de sus instrumentos, junto a la diplomacia y junto a

la policía política (GPU). Stalin luchaba contra el fascismo en España tan sólo en la medida en que no ponía en peligro su alianza con los imperialismos inglés y francés, es decir, casi en ninguna medida, y sin dejar por eso de buscar un arreglo con Hitler. En 1939 se sucedieron la caída de Madrid y el pacto Stalin-Hitler. De nuevo hoy, la “Unión Sagrada” entre los militares franquistas, el PSOE y el PCE-PSUC, traduce fielmente la colaboración entre Washington y Moscú para defender al Estado capitalista de España.

El balance auténtico, necesario, conduce a la IV Internacional y a los problemas de su lucha durante todo ese período difícil. Entraremos en ellos. En realidad, cada etapa de la crisis del stalinismo empujaba a los luchadores más avanzados en esa dirección. Hungría y Polonia en 1956, Checoslovaquia en 1968, Polonia de nuevo en 1970-71, junto a las traiciones a la lucha obrera de los países capitalistas, ayudaron a los trabajadores y a su juventud a volver los ojos hacia la IV Internacional, a sacar *ese* balance del stalinismo, a rearmarse de *ese* modo, volviendo al auténtico bolchevismo continuado por la Internacional de León Trotsky. Y cada etapa de la revolución fue una etapa en el desarrollo de la IV Internacional. Por eso fue necesaria para los mismos stalinistas la operación de Carrillo, Mandel y compañía. Carrillo se “distanció” un pelo del Kremlin para seguir controlando a los obreros y desviar sus preocupaciones hacia un balance *falso y desmoralizador*, el antileninismo, y hacia un desarme hecho de *prejuicios democráticos*. ¡Pero eso sería imposible sin Mandel! Todas las experiencias conducen a un solo balance: pasó la hora del stalinismo, “la medianoche del siglo”, llega la hora de la IV Internacional, del retorno a Lenin. Entonces, Carrillo tiende la mano a Mandel para que sus falsetes revisionistas tapen la voz auténtica de la IV Internacional.

LA IV INTERNACIONAL CONTRA EL CENTRISMO

Lugar del centrismo en la lucha de clases

Carrillo tiende la mano a Mandel. Un capítulo de su libro antileninista “*Eurocomunismo*” y *Estado* lleva el siguiente y prometedor título: “*La experiencia española. El caso de Trotsky*”. Este capítulo intenta ser una reconsideración histórica y actual de las relaciones entre los stalinistas y “el trotskismo”, y es uno de los engranajes de la actual maquinaria política de Carrillo: exactamente como su teoría revisionista sobre el aparato estatal burgués, o como su crítica democrática de la burocracia de la URSS y de Europa del Este. Pero tampoco ahora se trata de una simple maniobra. Hay una lógica poderosa, reflejo de la lucha de clases, que conduce todo balance o supuesto balance del stalinismo a abordar de un modo u otro los problemas de la existencia y de la lucha de la IV Internacional contra los usurpadores del poder proletario en la URSS. Esa lógica obliga a Carrillo a referirse al “trotskismo”, y en su libro lo hace en los siguientes términos:

“... al formarse el Frente Popular, cuando en el tablero soviético y en el seno de la IC la lucha contra el trotskismo estaba en su apogeo el Partido Comunista acepta la inclusión de los trotskistas españoles en el Frente Popular, e incluso colabora con ellos durante un período en el Gobierno de la Generalitat de Cataluña.”⁸⁶

¡Doble falsedad! La primera: el “desmemoriado” Carrillo ha olvidado que la verdadera posición del PCE, y la suya propia en particular, es la que reflejan estas palabras de José Díaz:

“Es un grave error considerar a los trotskistas como una fracción del movimiento obrero. Se trata de un grupo sin principios, de contrarrevolucionarios clasificados como agentes del fascismo internacional. El reciente Proceso de Moscú ha demostrado, a la luz del día, que el jefe de la banda, Trotsky, es agente directo de la “Gestapo”. En su odio contra la Unión Soviética, contra el gran Partido bolchevique y contra la Internacional comunista, se dan la mano con los fascistas. Por eso la firme actitud del Partido Comunista, al negarse a convivir en ningún organismo con los trotskistas, es completamente justa, y nosotros la aprobamos con todas sus consecuencias.”⁸⁷

⁸⁶ Carrillo, “*Eurocomunismo*” y *Estado*, *ibid.*, pág. 148.

⁸⁷ José Díaz, *Informe al Pleno del Comité Central del PCE el 5 de marzo de 1937*, es decir, antes de mayo del 37. El texto se encuentra en *Tres años de lucha*, Barcelona, 1978, con un prólogo del desmemoriado Carrillo de 1972. Después de mayo del 37 sólo el tono cambió; Pepe Díaz exigía ya: “¿Qué hace el Gobierno que no los trata como a tales fascistas y los extermina sin consideración?” (*Discurso en el Capitol el 9 de mayo*): llamamiento al asesinato.

La segunda falsedad, la más importante: *se trata del POUM*, y no de los trotskistas. La firma del pacto electoral del Frente Popular por el POUM y su posterior entrada en el Gobierno burgués de la Generalitat fueron considerados por Trotsky y por la IV Internacional como una *traición* al proletariado⁸⁸, que hizo *definitiva* la ruptura entre el POUM y los trotskistas. Ciertamente que la propaganda stalinista llamaba “trotskista” al POUM, pero de ese mismo modo presentaba también a todos los grupos y sectores del movimiento obrero que manifestaban una independencia siquiera solo relativa, o alguna forma de resistencia frente a los designios del aparato del Kremlin. Más exactamente, la sombra de una *independencia de clase* frente a la burocracia era inmediatamente identificada por Stalin y los suyos como *trotskismo*. Incluso reprimiendo y asesinando a disidentes de cualquier matiz, la burocracia combatía ante todo al trotskismo.

Pero en realidad trotskista (es decir, de la IV Internacional) sólo era y sólo es la vanguardia marxista, que expresa esta *independencia de clase de manera consecuyente y completa*, y que, por lo tanto, se opuso entonces al pacto del Frente Popular y a colaborar con el Gobierno burgués de la Generalitat. El POUM representaba al grupo intermedio, oscilante, centrista, en la revolución española, cuyo destino es confundir con sus indecisiones, en lugar de imprimir una dirección clara a los esfuerzos de las masas. En lugar de hablar *concretamente del POUM*, Carrillo prefiere una vez más falsificar burdamente la historia, y meter en el Frente Popular a los “trotskistas españoles”, que históricamente estaban *fuera y, además, en contra*. Y es que la falsedad tiene aquí también un fin político: las líneas de Carrillo antes citadas, y toda su reconsideración del “caso Trotsky”, están dirigidas a la atención del señor Mandel, de la LCR, del Secretariado Unificado y, en general, de los actuales usurpadores centristas de la bandera de la IV Internacional... ¡Y estos tampoco son trotskistas, sino precisamente los modernos herederos del POUM!, con la diferencia de que Mandel y compañía, al contrario de Nin y sus camaradas, *comprometen la bandera usurpada de la IV Internacional*, y añaden así confusión sobre confusión. A ellos, y no a los trotskistas, se dirige Carrillo y les dice, hablando en plata: “podemos y debemos colaborar esta vez, vosotros y nosotros, como ya lo hicieron en los años treinta”.

Por si el lector considerase esta afirmación demasiado aventurada, pongamos sobre la mesa casi una prueba: *en ningún momento Mandel, incluso cuando se ha referido explícitamente en su libro a este capítulo del de Carrillo* –y hay que suponer que lo ha estudiado con lupa–, *intenta ni por asomo desmentir su doble falsedad*; y, en cambio, evita cuidadosamente responder con la verdad: que los trotskistas españoles no tuvieron nada que ver con los traidores centristas que se incorporaron al Frente Popular y al Gobierno de la Generalitat. ¡Que el lector saque sus deducciones de este silencio de Mandel ante la propuesta implícita de Carrillo! Pero nadie puede negarnos el derecho a pensar que Mandel está dispuesto a colaborar con Carrillo, como Carrillo con Mandel, en nuevos pactos de colaboración de clases.

¿Quién es, entonces, este Mandel? ¿Qué representa exactamente? ¿Cuál es el balance de la IV Internacional hoy, cuya continuidad se disputan distintas corrientes del movimiento obrero, e incluso los stalinistas meten baza en esa discusión? Y, de otro lado, ¿cuál fue el papel concreto de los auténticos trotskistas españoles en la revolución de 1936? La lucha contra el revisionismo antileninista, desde las primeras líneas de esta polémica, poco a poco nos ha ido conduciendo al autor como a los lectores a toda esa serie de preguntas que pueden concentrarse en una sola: ¿cuál es entonces el balance

⁸⁸ Trotsky, *Carta a un amigo español*, 22 de enero de 1936.

actual de la IV Internacional, nuestro propio balance, dentro de este balance general del stalinismo?

En 1938 se fundó la *IV Internacional (Partido Mundial de la Revolución Socialista)*: en la víspera de la guerra imperialista, y mientras la revolución española aún se batía en retirada. Levantó su bandera para realizar un marco independiente donde los obreros revolucionarios pudiesen agruparse de nuevo, abandonando las banderas del fracaso y la traición, a fin de aprovechar todas las posibilidades de nuevos movimientos revolucionarios y de prepararlos luchando contra la guerra imperialista. Su programa dice: "... la crisis histórica de la humanidad se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria". Todo el espíritu del bolchevismo, del leninismo, de la continuidad de su lucha contra la barbarie burguesa y el oportunismo en el movimiento obrero se concentra en esas valientes y precisas palabras. Y explica aún a los trabajadores que habían vivido decepción tras decepción: "... El paso definitivo de la Internacional Comunista del lado del orden burgués, su papel cínicamente contrarrevolucionario en el mundo entero, particularmente en España, en Francia, en los Estados Unidos y en los otros países "democráticos" ha creado extraordinarias dificultades suplementarias al proletariado mundial."⁸⁹ El nuevo partido se dispone a afrontar esas dificultades, que combinan una profunda desorientación de toda una generación de obreros y combatientes, y una persecución sangrienta y sin cuartel de los revolucionarios por los gangsters de la GPU stalinista. Pero la proclamación de la nueva Internacional, su independencia de clase frente a la burocracia stalinista (el nuevo aliado histórico de la burguesía imperialista) será la condición de la victoria en los próximos combates, en tan duras condiciones políticas. Por esta razón el programa de fundación combate enérgicamente al centrismo en sus diversos matices, pues el centrismo y las oscilaciones de los viejos cuadros de la oposición al stalinismo, de Nin, de Serge, de Rosmer, de Pivert, de Souvarine, de Sneevilet o Vereeken... , de tantos otros indecisos entre la traición de los aparatos y la difícil lucha de una nueva Internacional, constituyeron un obstáculo muy importante en el avance hacia un nuevo partido y una amenaza constante contra su independencia.

El acto mismo de la proclamación de la Internacional en 1938, de una Internacional que ya entonces "existe y lucha y no tiene necesidad de ser proclamada", según dice su propio programa, no fue un acto arbitrario. La historia de los años precedentes es la de un combate que convierte la fundación de 1938 no sólo en una victoria contra el centrismo y por la independencia de la clase, sino en una victoria casi personal de Trotsky, que desde 1935 urgía a sus camaradas a proclamar la nueva Internacional.

Todas las etapas críticas del movimiento obrero han permitido el desarrollo de esas corrientes que los revolucionarios llamamos centristas, intermedias, y que se separan de la vieja dirección traidora y desprestigiada, pero rechazando la idea de una ruptura completa y de una acción revolucionaria independiente entre las masas. Tales grupos se forman como "izquierdas" de los partidos oportunistas, PCs o PSs, rehuyendo mientras pueden la separación del aparato, y rehuyéndola con tanta más fuerza cuanto más claramente la ruptura les sitúe ante la responsabilidad de hacerse cargo independiente de la radicalización revolucionaria de las masas. Cuando, sin embargo, la ruptura se les impone (rara vez son ellos los que la organizan), intentan reducirla a un ámbito nacional, para restarle significación y para tener abierto el camino de vuelta. Así y todo, incluso en su ruptura evitan sacar consecuencias definitivas de la traición de los dirigentes, y su fuerza es directamente proporcional a la confusión reinante en las crisis del movimiento obrero. Por esa razón, la época dorada de los centristas suele ser el primer avance indeciso, titubeante, del movimiento revolucionario, que ya comienza a chocar

⁸⁹ *El programa de transición, ibid.*, págs. 1 y 2.

con los viejos partidos pero no logra aún deshacerse de ilusiones y prejuicios. En esas etapas, el centrismo parece el protagonista, porque sencillamente refleja mejor o peor la idea de muchos obreros de *agruparse para obligar a los dirigentes oportunistas a ir más lejos*. En todo caso, el centrismo se corresponde con la idea confusa y extendida de que las nuevas tareas (que empiezan a verse como tareas revolucionarias) deberán realizarse con viejos instrumentos (los partidos oportunistas, sus aparatos conservadores y sus ideas gastadas): todavía domina la tendencia a evitar o retrasar la conclusión más radical, la de construir un partido proletario independiente, basado en las fuerzas y en la conciencia de los mismos trabajadores y en la entrega y rigor de su vanguardia. Esta etapa intermedia crea, por así decir, la base objetiva del centrismo. En cambio, cuando la revolución o la reacción dan algún paso enérgico, cuando la niebla se empieza a disipar, los centristas generalmente son arrojados en los brazos de aquellos burócratas de quienes se habían separado bajo el empuje de las masas y de su juventud.

Esos rasgos identifican a la gama variadísima de centristas, la mayor parte de los cuales tiene una existencia efímera. Sin embargo, *el centrismo en tanto que corriente internacional integrada por una variedad de grupos dispares* ocupa todo el período de crisis y de transición en el movimiento obrero, cuando un cambio de dirección está planteado, y se constituye en un obstáculo para el avance de la nueva dirección. Su carácter de clase es intermedio entre las burocracias pasadas al lado burgués de la barricada, convertidas ya en agencias pequeño-burguesas del capital imperialista (la socialdemocracia y la burocracia stalinista), y el proletariado que necesita afirmarse como clase independiente. El sentido histórico del centrismo es obstaculizar esa *independencia* del proletariado, trabarla por lazos de ilusiones y de conciliación con las burocracias, impedir que encuentre su *expresión política consciente en una Internacional de clase*.

Desde 1933, fecha de la derrota sin combate de la III Internacional ante Hitler en Alemania, la construcción de esa nueva Internacional se puso a la orden del día. La reacción obrera ante el triunfo fascista fue enérgica en Francia, en España, en los Estados Unidos, y reanimó y radicalizó a los grupos de oposición de los partidos reformistas y stalinistas: nuevas fracciones y nuevos grupos surgieron. La Oposición de Izquierdas Internacional, que había mantenido vivo el programa bolchevique leninista y enfrentado a la dirección stalinista de la III Internacional, asumió inmediatamente las conclusiones de la decisiva derrota alemana: separar el destino del proletariado del de la traidora burocracia del Kremlin, construir una IV Internacional. La diferencia entre esta conclusión y la simple oposición al stalinismo y al reformismo es la diferencia entre lo consecuente y la inconsistencia, entre el “izquierdismo” y el programa revolucionario. Así comienza una delimitación en el interior del movimiento obrero, en la que Trotsky y sus camaradas van a intentar primero arrastrar al mayor número de grupos y fracciones de oposición hacia la fundación de la IV Internacional, ayudándoles a evolucionar, y en la que acabarían (cuando Stalin ha puesto en el cuello de los obreros el nudo corredizo de los “frentes populares” con la burguesía) por romper con todos los que retrasaban o impedían la proclamación de un partido proletario internacional. La Conferencia de fundación de 1938 fue el resultado de esa batalla política.

De todas aquellas corrientes centristas que se opusieron a la IV Internacional solo quedan hoy algunos rastros...

El centrismo, sin embargo, no ha desaparecido: ha cambiado de forma. Su existencia en los años treinta se basó en la presión del movimiento obrero y en sus indecisiones iniciales ante la nueva Internacional. El POUM fue su expresión más acabada, su cima, y su desgraciado final señaló la quiebra histórica de ese centrismo que terminó de desaparecer durante la guerra mundial, incapaz ya de mantener una posición independiente. El centrismo contemporáneo, en cambio, aunque es una prolongación de aquel,

basa su existencia en la traición de la dirección de la IV Internacional en 1950-53 y en la crisis consiguiente. Su expresión principal es justamente el Secretariado Unificado de Mandel y los otros grupos centristas surgidos de la crisis de la Internacional revolucionaria, y que usurpan su bandera.

Desde este punto de vista, la victoria decisiva e irreversible de 1938, en el terreno de la delimitación del partido y su programa frente al Kremlin, no llegó a impedir un resurgimiento del centrismo en sus formas más confusionistas, dentro de las filas del partido revolucionario. Más aún, la existencia del partido fue seriamente amenazada, y su crisis se prolongó veinte capitales años de la lucha de clases. Hemos ido viendo cómo Mandel vuela a socorrer a los stalinistas como Carrillo, a ayudarles a recomponer su fea imagen para una política de nuevas traiciones; pero tenemos que ver también por qué Mandel ha podido e incluso puede desempeñar un papel semejante y comprometer así a la IV Internacional. Sin este balance, ningún trabajador, y sobre todo ningún combatiente de las últimas generaciones, puede entender la persistencia de la dirección stalinista cuarenta años después de sus más terribles traiciones y veinte años después de la revolución del proletariado de Hungría contra el Kremlin.

En realidad la lucha de la IV Internacional contra el centrismo se libró en los años treinta, *también en sus propias filas*, y dirigida particularmente por Trotsky. Desde 1935, Trotsky dio ese contenido político a su esfuerzo por convencer a sus camaradas de la urgencia de proclamar la Internacional. Tardó tres años en lograrlo. Quienes pretendían posponerla eran igualmente los abogados del POUM y del centrismo en general, dentro de las filas del nuevo partido: su tendencia a retrasar la decisión irreversible era, en realidad, una tendencia a no romper definitivamente los lazos con los centristas, pero a su vez tales lazos conducían al terreno de la lucha de clases. Concretamente, la revolución española también está atravesada por la lucha en las filas trotskistas, entre Trotsky y los abogados del centrismo.

En 1938 fue proclamada la Internacional; en 1940 Trotsky fue asesinado por orden de Stalin. Más adelante veremos cómo aquella tendencia centrista, en ciertas condiciones históricas concretas de la lucha entre los trotskistas y la burocracia stalinista, llegó a hacerse con la dirección de la IV Internacional y emprendió su liquidación a cuenta de una alianza con el stalinismo. Pero antes hay que ver cómo los problemas de una revolución viva, por ejemplo la revolución española, se expresaron a través de esta lucha por la construcción del partido revolucionario, y en cierta medida se jugaron ahí mismo.

Una escuela revolucionaria para la nueva Internacional

Desde el comienzo de la revolución española en 1931, León Trotsky le consagró una atención regular y en varias etapas central: “La reeducación de los cuadros del comunismo internacional debe hacerse a partir de la experiencia viva de la revolución española”, escribe a Nin en una carta de mayo del 31. Y las distintas etapas de esta revolución cubren un período crítico de la lucha de clases mundial, aquel que mejor puede aclarar los problemas actuales, porque fue el período del giro histórico del movimiento obrero:

- en 1931, cuando cae la Monarquía, los revolucionarios luchan aún por cambiar el rumbo y la dirección de la III Internacional;
- en 1933-34, cuando la República burguesa española está en franca crisis, entre el fascismo y la revuelta obrera, los revolucionarios deben romper

definitivamente con la III Internacional, que ha sacrificado sin protestas al proletariado alemán;

- desde 1935-36, en que la crisis española va a desembocar en la revolución y la guerra civil, ante la impotencia del Frente Popular, los centristas como Nin y sus camaradas están separándose de los trotskistas y renunciando a la IV Internacional bajo la influencia de esos “frentes populares”;
- en 1938, cuando los trotskistas llegan a proclamar la IV Internacional, la contrarrevolución stalinista domina la retaguardia y está preparando la victoria de Franco, quitando de en medio uno de los últimos obstáculos a la guerra mundial imperialista.

La fundación de la IV Internacional está, por lo tanto, íntimamente unida al papel respectivo de todas las tendencias y fracciones del movimiento obrero en esta revolución española, terreno privilegiado y vivo de la lucha contra el centrismo.

En un capítulo anterior queda expuesto el papel del POUM, es decir, del centrismo, ante la revolución y el poder: el POUM evitó el enfrentamiento entre la revolución y el poder durante meses; cuando el choque se produjo titubeó, y el poder reforzado por los cínicos agentes del stalinismo aplastó al POUM. Pero ese papel era ya la consecuencia de una previa ruptura política de Nin y sus camaradas españoles con los bolcheviques-leninistas.

La crisis de 1931 ofreció de nuevo una de las raras posibilidades de que la vanguardia obrera de la Península saltase por encima del aislamiento y el atraso históricos del país, y se alzase a la altura de las tareas del movimiento obrero internacional, para poder dirigir a las masas hacia la victoria. La debilidad del grupo stalinista en España podía incluso facilitar la tarea de construir el Partido Comunista sobre bases leninistas y auténticamente revolucionarias bajo el impulso de los trotskistas. Pero esa tarea tenía una condición: que los revolucionarios no se dejasen vencer por el espíritu provinciano, localista, conciliador, que el movimiento obrero español ha heredado de las tradiciones pequeño-burguesas de la socialdemocracia y el anarquismo, por ese espíritu estrecho que Maurín supo encarnar y transmitir a un gran sector de la vanguardia obrera.

Los revolucionarios no estuvieron a la altura de la tarea. Nin, desde el primer momento, eludió la delimitación y la educación de los cuadros revolucionarios a través de una lucha intransigente de oposición del programa bolchevique a la práctica stalinista. En su lugar se orientó desde su llegada a España hacia las combinaciones de grupos de oposición heterogéneos, y en particular hacia una alianza con la oposición pequeño-burguesa del PCE, con el grupo de Maurín. Trotsky no ahorró esfuerzos para combatir esta tendencia de Nin, para convencerle primero, y para enfrentar luego contra tales concepciones a los militantes de la Oposición de Izquierda. En 1931-32, la política de Nin de subordinación a la oposición centrista comprometió los esfuerzos por *dirigir* a partir del programa bolchevique la reorganización del comunismo español, que se ahogaba en una crisis permanente⁹⁰; en 1934-35, esta misma política impedirá utilizar las posibilidades de dirigir hacia la IV Internacional la intensa radicalización de la juventud socialista⁹¹; y en esos dos momentos clave, *el stalinismo logró sentar las bases de su*

⁹⁰ En 1932 la dirección stalinista de la Comintern elimina de la dirección del PCE al “grupo Bullejos”, y comienza a construir un aparato disciplinado en España, donde el comunismo se agitaba entre escisiones e intentos variados de unificación.

⁹¹ En 1934 las Juventudes Socialistas se inclinan hacia posiciones revolucionarias y comienzan a interesarse por la idea de una IV Internacional, pero, siguiendo a Carrillo, se acabarán uniendo al aparato stalinista en vísperas de la guerra civil.

aparato, por débil que fuese aún la influencia del PCE en las masas. Mientras, y a través de esas dos ocasiones perdidas, la vanguardia revolucionaria era disuelta por Nin en ese tinglado amorfo que se llamó “Partido Obrero de Unificación Marxista”. Incluso en su nombre recogía la ilusión permanente y casi consustancial de los centristas de todos los tiempos, que consiste en construir un partido como un conglomerado de tendencias “de izquierda”; en la vida, la ilusión de una “unificación marxista” era más bien la sustitución de una dirección surgida de la lucha por un asilo de “cuadros” decepcionados por los aparatos. Los titubeos y las traiciones del POUM durante la guerra civil tienen aquí su origen; pero también lo tiene el desarme de los combatientes revolucionarios españoles. Solamente ya en agosto de 1936, comenzada la guerra civil, fue posible recomenzar otra vez la construcción de una sección española de la IV Internacional a partir de una docena de revolucionarios. Un año después eran perseguidos sin piedad, asesinados como Moulin y Wolf, encarcelados como Munis, aunque en tan duras condiciones su trabajo continuó y progresó. Sin embargo, ese año que transcurre entre agosto de 1936 y junio de 1937 define el marco en el que esta sección tuvo que intentar responder a la traición del POUM, y construir una dirección para la revolución en plena guerra civil. Desde el punto de vista político, ¿en qué consistía la lucha de construcción de esta nueva dirección?: en la lucha de la IV Internacional contra el confucionismo y la traición del POUM ante los problemas decisivos de la revolución en marcha. Esta lucha, en las condiciones dadas, era enormemente difícil, como todo trabajador puede comprender. Y, así y todo, la principal dificultad no estuvo en las condiciones, sino en las concesiones al POUM por parte de los ocasionales “compañeros de viaje” de la IV Internacional, que confundían así las tareas de la lucha de clases, a fin de defender a Nin y sus camaradas dentro de las filas de los revolucionarios. La cuestión es de una gran importancia actual, pues la construcción de un partido revolucionario hoy incluye el necesario balance de los problemas de la sección bolchevique-leninista en la guerra civil. Y ocurre que hoy, como en 1936-1938, los defensores y continuadores del POUM, como el historiador pseudo-trotskyista Broué y como Mandel, actúan a cubierto de la etiqueta de “trotskistas” para falsificar los problemas del poder a fin de defender la posición del centrismo y desarmar a los revolucionarios. Veamos cómo se planteó en el verano de 1936 el problema del poder en el bando republicano, y cómo los abogados contemporáneos y los actuales del POUM lo falsificaron para confundir las tareas de la IV Internacional y frenar la construcción de su sección española.

El 19 de julio la revolución obrera había derrotado a los militares en las principales capitales del país. Al día siguiente, en Barcelona, Lluís Companys, presidente de la Generalitat de Catalunya, recibió a los dirigentes anarquistas; reconoció que el poder estaba realmente en las manos de los obreros revolucionarios, y que, por lo tanto, dependía de la actitud de la dirección anarquista. Numerosos historiadores han querido presentar esta conversación como si en ella el delegado catalán del Gobierno burgués de Madrid hubiera ofrecido a García Oliver, Santillán y compañía, gratuitamente, la dictadura del proletariado... y como si estos hubiesen rechazado la propuesta por un prejuicio apolítico. Todos los datos históricos precisados desde entonces confirman el carácter fantasioso de esta interpretación. Naturalmente, los primeros en sembrar la leyenda fueron los propios anarquistas (para tapar el carácter del acuerdo al que llegaron realmente con Companys, como vamos a ver), pero los centristas pseudo-trotskyistas, como Broué, la han amplificado apoyándose en las confusiones de los mismos revolucionarios en 1936. En realidad, Companys se limitaba a continuar la política de la víspera, la que condujo a la formación del comité de enlace Generalitat-CNT, la colaboración entre los anarquistas y el Gobierno republicano. Companys expuso la evidencia de que el poder republicano no iba a poder mantenerse en pie sin el apoyo de los anarquistas. A conti-

nuación pasó a exponerles *la forma* de esta colaboración, ya que la dirección anarquista *todavía* no había preparado a sus bases para una descarada entrada en el Gobierno del Frente Popular, como haría meses después y a través de una seria crisis en sus filas. Para salvar esa dificultad, Companys no sólo *propuso de su iniciativa* formar el que se llamó “Comité de Milicias”, sino que hizo pasar a los anarquistas a una habitación en la que esperaban la respuesta de la CNT, para integrarse a tal comité, los representantes de todos los partidos republicanos. En este comité, el delegado de la Generalitat, como símbolo y concreta expresión del mantenimiento del poder en las mismas manos, se reservaba el derecho de designar al comandante militar.

El “Comité de las Milicias” fue formado como el órgano de la colaboración institucionalizada, de la *subordinación* de la revolución a la delegación catalana del Estado burgués republicano, gracias al compromiso entre anarquistas y catalanistas. No fue nada más y nada menos que eso.

Inmediatamente la CNT y el POUM pasaron a explicar que tal comité representaba un verdadero Gobierno obrero, una especie de soviet, un órgano de la revolución, mientras que el Gobierno central no sería más que una cobertura o tapadera oficial, de carácter casi decorativo. Intentaba ocultar su subordinación a la República desarmada, pero fue este “Comité de Milicias” quien *inició*, antes que el Gobierno, y a cuenta de él, los primeros ataques contra la independencia de los obreros, contra sus comités y contra sus expropiaciones y órganos de control, que comenzaron a ser así intervenidos en nombre de la Generalitat y del poder burgués.

En todo caso, en esta política de la CNT y el POUM tenemos el origen de una perniciosa ilusión que dominó los primeros y decisivos meses revolucionarios hasta ser desmentida por el mayo sangriento de 1937: la ilusión de que el Estado burgués “se había volatilizado” y la revolución disponía de su propio órgano de poder, en particular a través de ese “Comité de Milicias” y su “Consejo de Economía”. Defendida por todos los abogados del POUM, esta idea alcanzó a los mismos trotskistas españoles. G. Munis, que dirigió el grupo de los bolcheviques-leninistas, escribía años después, al sacar el balance de la revolución:

“Sin que él mismo supiera cómo, sin propósito consciente, el Comité Central de Milicias se convertía en un Gobierno revolucionario y su aparato en un rudimentario aparato de Estado proletario.”⁹²

¿Qué era este rudimentario aparato del que habla Munis? Fueron precisamente las comisiones y subcomisiones formadas por los dirigentes oportunistas, encargadas de tareas económicas, políticas, de orden público, etc., y que en realidad se ocuparon de ir *arrebatando funciones* a los órganos revolucionarios surgidos de la base, de la actividad revolucionaria de las masas. Tales comisiones, en lugar de un “aparato de Estado proletario”, fueron las palancas de la reorganización del Estado burgués de Catalunya, en torno a la Generalitat, y a través de la subordinación de comités y la anulación de sus funciones autónomas en la guerra, la industria y la lucha de retaguardia.⁹³

A partir de esa lamentable ilusión en el “Comité de Milicias”, el problema decisivo del poder, el del Estado y la revolución se iba esfumando. Trotsky, ante todo, luchaba, con los medios de que disponía (la Generalitat, presionada por el cónsul de Stalin en Barcelona, le cerró la posibilidad de entrar en España), contra esa idea que impedía a los obreros preparar *la toma del poder por métodos revolucionarios*. El POUM, al con-

⁹² G. Munis, *Jalones de derrota, promesa de victoria: España 1930-39*, México, 1940, pág. 250.

⁹³ El libro de Semprún-Maura *Revolución y contrarrevolución en Cataluña*, Barcelona, 1977, aporta numerosos datos sobre el papel del Comité.

trario, predicó la transformación pacífica del poder republicano en poder obrero. Y la influencia negativa de la posición de este sobre los revolucionarios españoles puede reconocerse en los errores de Munis, cuando dice:

“... Gráficamente puede decirse que España era burguesa y capitalista el día 18 de julio de 1936, proletaria y socialista el día 20 de julio de 1936...”

“... De la sociedad capitalista quedaba únicamente, bamboleándose al borde del abismo, la coalición llamada Frente Popular. Su gobierno era una sombra vana, cifra inmaterial de poder capitalista...”⁹⁴

La tarea del “Comité de Milicias” era precisamente la de dar una fuerza material a esa “cifra”, al Gobierno burgués, sosteniéndose mediante la subordinación de las masas a él, y mediante la reorganización efectiva del poder militar, económico y político. Pero, insistiendo aún en la amplitud de esta confusión y de su lugar en la lucha de los trotskistas españoles, veamos lo que dice el informe de M. Casanova, revolucionario trotskista alistado en las Brigadas Internacionales:

“A propuesta del presidente Companys se creó en Cataluña el Comité Central de las Milicias Antifascistas. Formalmente, era un órgano de la Generalitat; en realidad, era el único poder efectivo en Cataluña en el primer período. El Gobierno de la Generalitat era una apariencia tolerada porque las organizaciones obreras no tuvieron el coraje de liquidarlo.

“Y sin embargo, fue esta apariencia de poder, la Generalitat, quien se impuso al poder del pueblo y de los Comités” (M. Casanova, *L’Espagne livrée*, págs. 17-18).

La ilusión de Casanova le hace sinceramente sorprendido de que “una apariencia de poder” se imponga al “verdadero poder”. Pero la paradoja proviene de que *la Generalitat se apoyaba contra los comités en el “Comité de Milicias” y las organizaciones políticas que lo componían*, y que desde él actuaban para someter la revolución al Estado burgués. Por ejemplo, su decreto de “colectivizaciones” en realidad lo que decidió fue la *intervención de la Generalitat* en la industria *previamente* expropiada y el control burgués de la Banca, que quedó excluida de toda reivindicación obrera.

Ese “Comité de Milicias” no tuvo que ser destruido, sino que, más sencillamente, a finales de septiembre del 36 se transformó en el Gobierno oficial de la Generalitat con similares composición política y funciones. Su tarea como Comité estaba cumplida: proteger el Estado burgués con la colaboración de CNT y POUM durante la primera ola revolucionaria.

La teoría sobre la “volatilización del Estado burgués”, sobre el “Comité de Milicias” como poder proletario, y sobre el carácter supuestamente “pacífico” de la revolución obrera en el bando republicano constituía la expresión política del centrismo, de la política del POUM (que le condujo a la abierta traición de entrar en el Gobierno de la Generalitat). La sección española de la IV Internacional se tenía que preparar como dirección revolucionaria luchando contra tales ilusiones, preparando el levantamiento obrero, defendiendo la independencia de clase de los obreros revolucionarios. Pero los trotskistas españoles quedaban entre dos fuegos. Cuando Trotsky y el Secretariado In-

⁹⁴ G. Munis, *ibid.*, págs. 231 y 234.

ternacional, en ayuda de los revolucionarios españoles, atacaron la traición de Nin, los abogados del POUM en las filas de la Internacional respondieron en estos términos:

“Consideramos este artículo [de Trotsky, A. R.], lo mismo que la actitud general de nuestro Buró y de la sección francesa sobre el POUM como sectarios y nefastos, y si nos tentasen las palabras sonoras, diríamos que son criminales...” (Vereeken y Renery, dirigentes de la sección belga, en su revista *La lutte ouvriere*, mayo 1937, citado por P. Broué⁹⁵).

¿No es esto un sabotaje vergonzoso de la revolución? Vereeken, Renery, Sneevliet y muchos de los cuadros que acompañaron en aquellos años a la naciente internacional, oscilando entre ella y el centrismo, atacaban por la espalda a la sección española, acusaban a sus militantes en la batalla de “sectarios e incapaces”, a fin de cubrir la traición del POUM, de quien no se querían separar. Reprochaban a la dirección internacional el haber “creado en Barcelona un grupo bolchevique-leninista independiente sin fuerzas ni influencia”, y que su actividad estuviese “orientada hacia la construcción de un partido revolucionario fuera del POUM”: he aquí cómo la revolución española peleaba también en las propias filas de los revolucionarios, y cómo la cuestión de la IV Internacional concentraba el problema del poder proletario en España. Al mismo tiempo, la falsificación de esta batalla por parte de los pseudo-historiadores pseudo-trotskistas, como Pierre Broué, se ha convertido en un medio para la ocultación de las lecciones de la revolución y para la revisión del programa revolucionario. Pierre Broué es el más caracterizado continuador de aquella banda de defensores del POUM que obstaculizaron e incluso sabotearon desde el interior la construcción de la IV Internacional, en particular en la revolución española. Pierre Broué ha consagrado lo esencial de sus trabajos “históricos” sobre la revolución española a estas dos tareas: presentar la ruptura de la IV Internacional con el POUM como una desgracia, como el fruto de incomprendiones, e incluso de una provocación stalinista; y presentar el “Comité Central de Milicias” como un órgano revolucionario apto para la toma del poder. Para ello no tiene el menor reparo en “ignorar” la documentación histórica, en falsear hechos y en “sugerir” interpretaciones en manifiesta contradicción con los hechos. En su historia de *La revolución y la guerra de España* describe así la función del “Comité de Milicias”:

“... su base en el país estaba constituida por los “comités-gobierno”, los poderes locales y revolucionarios de los que era, al mismo tiempo, la expresión suprema.”

Y más adelante:

“Organismo político de poder, a la vez legislativo y ejecutivo, Gobierno Obrero de la revolución obrera, el Comité Central se dio la estructura necesaria.”⁹⁶

Del órgano *expresamente* encargado de someter los comités al poder burgués, Broué hace nada menos que el Gobierno obrero “expresión suprema” de esos comités de base. Pero dice también:

⁹⁵ P. Broué, selección, notas y presentación del libro *La révolution espagnole, 1930-1940*, de León Trotsky, París, 1975.

⁹⁶ P. Broué y É. Témime, *La revolución y la guerra de España*, Madrid, 1977, págs. 147 y 148.

“El comité central encerraba la posibilidad de transformarse (...) en un verdadero gobierno obrero. Tal era, en el mes de agosto de 1936, la posición del POUM, y verosímilmente la de Trotsky.”⁹⁷

Curiosamente (curiosamente, porque se trata de una total invención), los amigos franceses de Mandel, los de la LCR, dicen algo así cuando afirman:

“Igualmente, cuando Trotsky se dirigía al POUM, desde julio de 1936 hasta septiembre de 1936, en Cataluña, lo que él criticaba más vivamente no era que el POUM tolerase a los republicanos burgueses en el Comité Central de Milicias, ya que eran solo rehenes, sino el que el POUM no luchase por transformar este organismo que era un frente de organizaciones, en un real ejecutivo elegido de las milicias de base, en un real ejecutivo soviético.”⁹⁸

¡Con qué descaro hablan los renegados del trotskismo en nombre de Trotsky y prestándole su propia opinión! ¡Con qué descaro y con qué absoluta falta de pruebas! Aunque al lector le parezca increíble, ni Broué ni la LCR han podido dar hasta hoy la menor prueba de que aquella fuese la política de Trotsky: sencillamente lo afirman, y ¡ahí queda!, aunque el prudente Broué matice que era “verosímilmente” la de Trotsky y realmente la del POUM. Sin embargo, lo único que tenemos como expresión de la política trotskista al respecto es el artículo de Moulin, escrito antes de su asesinato a manos de los stalinistas, que fue publicado en el órgano central de *Quatrième Internationale*, y que el mismo Broué reconoce como una de las *fuentes de información sobre España de Trotsky*. Y ese artículo dice claramente:

“Desde el principio de la revolución, el proletariado, falto de una dirección revolucionaria, no ha cesado de retroceder ante la burguesía. Comité Central de las Milicias como subcomisión de la Generalitat (a finales de julio), Consejo Económico para contener, es decir, para canalizar y romper la iniciativa de las masas (mediados de agosto)...”⁹⁹

Por lo tanto, estaba bien clara la posición de la dirección internacional, bien claro que no era la del POUM ni la de Broué, y ¿por qué la de Trotsky sería otra? Broué y compañía le atribuyen sin pruebas la del POUM, la de Vereeken y los otros abogados del centrismo, la de Munis y los otros camaradas españoles confundidos por la presión del centrismo y por el sabotaje de los Vereeken, etc., pero *se la atribuyen a Trotsky porque es la del mismo Broué y la de la misma LCR*. En realidad, aquí no está en discusión la táctica a seguir en el momento, sino la *apreciación del problema del poder revolucionario*. La cuestión táctica está superada por la historia y enterrada; la cuestión del poder es la más actual del movimiento obrero de hoy mismo, es la cuestión *del programa* atacado por todos los oportunistas, es la cuestión *del partido* necesario para volver a luchar, la cuestión *de la independencia de clase* sometida a las alianzas contrarrevolucionarias de burgueses y stalinistas. Lo que caracteriza *indiscutiblemente* la posición de Trotsky en esos meses decisivos, y que se identifica con su esfuerzo por una IV Internacional y una dirección revolucionaria para los obreros españoles, es la lucha constante

⁹⁷ P. Broué, en León Trotsky, *La révolution espagnole*, *ibid.*, pág. 320.

⁹⁸ *Ce qu'est l'OCI*, París, 1977, pág. 83.

⁹⁹ *Quatrième Internationale*, nº 3, marzo-abril de 1937, citado por Broué, en L. Trotsky, *La révolution espagnole*.

contra la idea reaccionaria de una toma “pacífica” del poder sin enfrentamiento con el poder burgués, *representado y defendido episódicamente por el PCE, el PSOE y la CNT*:

“El POUM reclama –dice Trotsky– “la convocatoria de un Congreso de delegados de los sindicatos obreros y campesinos y de los combatientes”. Por la forma, parece que se trata de un congreso de los soviets de diputados obreros, campesinos y soldados. Pero, por desgracia, es al Gobierno burgués-reformista a quien el POUM le propone respetuosamente que convoque semejante congreso, el cual, a su vez, sustituiría “pacíficamente” al gobierno burgués. ¡La consigna revolucionaria se ha convertido en frase hueca!”¹⁰⁰

Y también:

“Las jornadas de julio de 1936 –(...)– terminando, en gran parte por culpa del POUM, en un régimen de doble poder, es decir, un reparto provisional del poder entre el proletariado –los comités– y la burguesía representada por sus lacayos, dirigentes stalinistas, anarquistas y socialistas.”¹⁰¹

La cosa está bastante clara: para Nin, y también para Broué y para la LCR, el poder del proletariado pasaba por empujar a estos “lacayos”, “representantes de la burguesía”, a tomar todo el poder en sus manos o a dárselo a los órganos obreros, graciosa y pacíficamente; para Trotsky, la principal culpa de Nin fue no preparar al proletariado ni conducirlo para imponer su poder por la fuerza, en contra de los “lacayos” de la burguesía agrupados al principio en el “Comité de Milicias” y más tarde en el mismo Gobierno burgués de la Generalitat. Dicho de otro modo: los centristas de 1936, exactamente igual que los de 1979, han sustituido el objetivo obrero de la dictadura del proletariado destruyendo el Estado burgués, por el objetivo reformista de “un gobierno de las organizaciones de izquierda, o de las organizaciones obreras unidas” y, a fin de cuentas, un gobierno de los lacayos de la burguesía en el marco de la reforma del Estado capitalista. El programa de la destrucción del Estado burgués por la acción de masas es la base del partido obrero, de la IV Internacional, desde que fue traicionado por la burocracia del Kremlin; la política de un “gobierno de las organizaciones obreras” borra toda diferencia entre los revolucionarios y los centristas a la manera del POUM.

En la lucha de los revolucionarios por la conquista de las masas a su programa es necesaria la táctica de *frente único*: utilizar todas las contradicciones de cada etapa, de cada fuerza combatiente, para arrastrar a las organizaciones reformistas y stalinistas a golpear junto con los revolucionarios a la burguesía, en tal o cual terreno, y mientras se somete a constante crítica las indecisiones y traiciones de esas direcciones pequeño-burguesas. Pero esa táctica tiene como objeto *siempre la movilización de las masas independientemente de la burguesía*. Cualquier paso unitario de las masas, por limitado que sea, *siempre que* vaya en el sentido de enfrentarse al Estado burgués por medio de la movilización, de separar las fuerzas obreras de las fuerzas del Estado de la burguesía, y *siempre que* no comprometa la independencia de la dirección revolucionaria, debe ser impulsado y apoyado por los revolucionarios en tanto que un paso hacia los soviets,

¹⁰⁰ León Trotsky, *¿Es posible la victoria?*, 23 de abril de 1937.

¹⁰¹ León Trotsky, *La verificación de las ideas y de los individuos a través de la experiencia de la revolución española*, 24 de agosto de 1937.

hacia un gobierno auténticamente obrero, hacia la lucha por la dictadura del proletariado. Pero los centristas, *al contrario*, no hacen de la independencia de clase el criterio para la unidad, sino *de la unidad de los oportunistas* el criterio para dirigirse a la clase, e incluso el motor de sus luchas. Y ocurre que, en la inmensa mayoría de los casos, y en todos aquellos en los que el partido revolucionario no ha logrado desempeñar un papel activo y determinante en la unidad de las masas, esa unidad de los aparatos traidores se realiza *en torno al del Estado burgués*, para defenderlo y para anular la expresión política independiente y revolucionaria de las masas.

El “Comité de Milicias” no era un frente único *obrero*, ni la expresión ni un paso hacia los soviets ni hacia el poder revolucionario. Era el frente común de los *lacayos* “obreros” para dominar la revolución “en representación de la burguesía”, y “en gran parte por culpa del POUM”, como Trotsky señala; por culpa de su subordinación a este frente común con la Generalitat, la revolución de julio del 36 no conquistó el poder. El posterior levantamiento de mayo del 37 carecía igualmente de preparación, pues esa preparación consistía en enfrentar a las masas contra el bloque de sus dirigentes traidores, y, por lo tanto, *exigía ya* un partido de la dictadura del proletariado, de la IV Internacional. En el curso de ese enfrentamiento, el equilibrio de fuerzas de julio de 1936 hubiese encontrado una *expresión organizada y consciente*, auténtica, de doble poder entre las masas revolucionarias, de un lado, y los defensores de la República, del otro. Esa expresión soviética, de consejos obreros, nunca llegó a existir más que en la base, dispersa y desorganizada, y así no podía preparar el levantamiento de mayo.

En su *Historia de la revolución rusa*, Trotsky se ocupa particularmente de analizar la estrecha relación que existe entre el partido revolucionario (la conciencia organizada del poder obrero) y el desarrollo de una dualidad de poder entre las dos clases en lucha. Trotsky no separa *soviets* y *partido*, no separa la dualidad de poder entre el Estado burgués y los órganos obreros, de la lucha consciente del partido por la conquista del poder. Esta última lucha es la que da a los soviets un sentido, una centralización, un papel revolucionario, y de ella depende su desarrollo. El papel específico de los soviets en la revolución consiste precisamente en que *reúnan a las masas atrasadas alrededor de los proletarios revolucionarios* en un solo órgano de lucha capaz de representar a toda la sociedad obrera que *se empieza a polarizar en torno al programa y a la dirección de la dictadura del proletariado*. Separar los soviets del partido, no sólo en cuanto a su destino final, sino en cuanto a su existencia y a su desarrollo, es convertirlos en un órgano de colaboración de clases, de simple presión sobre el Estado burgués, y desnaturalizarlos completamente. Trotsky dice con gran claridad, refiriéndose al *aparente* doble poder entre el Comité Ejecutivo de los soviets conciliadores de febrero, dirigidos por la democracia pequeño-burguesa, y el Gobierno provisional imperialista de la burguesía liberal:

“... el doble poder del Gobierno provisional y del Comité ejecutivo tenía un carácter neto de reflejo. El doble poder de los liberales y de los demócratas reflejaba solamente un reparto de autoridad todavía invisible entre la burguesía y el proletariado. Cuando los bolcheviques echen a los conciliadores de la cabeza de los soviets —y esto en unos cuantos meses— la dualidad subterránea de poderes se manifestará, y será la víspera de la Revolución de Octubre.”¹⁰²

¹⁰² León Trotsky, *Histoire de la révolution russe*, París, 1950, primer tomo, página 258.

... y en Cataluña, esta dualidad era muchísimo más subterránea, localmente dispersa, sustituida políticamente por la abierta colaboración del Gobierno oficial y el “Comité de Milicias” contra los comités obreros.

Es decir, que la expresión de la dualidad del poder entre obreros y burgueses, el carácter de los soviets como órganos de la revolución obrera, *depende directamente de la lucha del partido proletario por el poder*. Esta enseñanza es la que Broué y compañía quieren borrar: para ellos los soviets no tienen mucho que ver con la lucha del partido contra el Estado burgués y contra los conciliadores, sino que procederían *de la pura unidad de los conciliadores*. ¡Ese era ya el error político que Trotsky combatía, al proponer, desde 1931, que los comunistas impulsaran en todas las ocasiones la formación de juntas obreras, de soviets o de consejos (es decir, que luchasen por *sacar* la movilización obrera fuera del marco de la democracia burguesa, sin esperar a ulteriores etapas de la crisis revolucionaria)! Y en la misma dirección luchaba contra la teoría de Nin de que podrían formarse soviets en pacífica coexistencia con el Gobierno PCE-PSOE-CNT-Republicanos. Luchaba, porque los revolucionarios españoles, el mismo núcleo trotskista de Barcelona, podía ser víctima de tales ilusiones, tanto más cuanto las hacían suyas los “Broués” de los años treinta, los compañeros de viaje centristas de la IV Internacional, los Vereeken, Serge, Sneevliet, etc. El mismo responsable de la sección bolchevique leninista, Munis, escribe:

“En la Rusia de 1917, el doble poder social de destrucción del viejo Estado y creación del nuevo fue consciente y poderosamente auxiliado por el partido bolchevique. Pero en España se consumó el mismo proceso no sólo sin auxilio de ninguna organización, sino con auxilios deliberadamente adversos por parte del reformismo y del stalinismo, inconscientemente adversos, aunque en menor grado, por parte del anarcosindicalismo y del centrismo poumista.”¹⁰³

No; ese doble poder ni se consumó (?), ni se centralizó, ni siquiera pudo desarrollarse después de julio de 1936.

Tales ilusiones espontaneístas no podían ayudar a construir la principal, la auténtica herramienta: el partido. Pero ¿qué decir entonces de quienes cuarenta años más tarde convierten este error de apreciación en *casi una teoría*, y encima la apoyan en falsificaciones presentadas como estudios históricos? Broué y sus amigos presentan el “Comité de Milicias” como un órgano soviético, mientras insisten en la ausencia de un partido bolchevique, diciendo cosas como esta: “jamás antes, en la historia de las revoluciones proletarias, una situación de doble poder había opuesto tanta fuerza de los órganos soviéticos a tanta debilidad del Gobierno burgués.”¹⁰⁴ ¿A dónde va toda esta falsificación?: a negar *la lucha del partido* contra la sociedad burguesa y su Estado, a negar *la lucha del partido* por los soviets, a presentar la aparición de los soviets como un hecho espontáneo, objetivo, y *compatible* con la subordinación de la vanguardia al marco de la democracia burguesa.

Al fin y al cabo, Broué milita en una organización pseudo-trotskista, la OCI, que desde 1972 se ha arrodillado y sometido completamente al marco democrático, parlamentario y sindical de la República francesa. ¡Es entonces normal que hable de los consejos obreros, de la democracia proletaria, como de un cataclismo espontáneo y casi milagroso, en lugar de como una tarea política y práctica del partido revolucionario, y

¹⁰³ G. Munis, *Jalones de derrota...*, *ibid.*, pág. 231.

¹⁰⁴ “España 1936-37: Comités, milicias, doble poder”, artículo sin firma publicado en *Informations Ouvrières* del 5 de enero de 1977, revista dirigida por Lambert.

una delimitación fundamental de su lucha contra el Estado burgués, contra sus lacayos y contra los conciliadores! Pero este problema en 1936-37 concentraba la lucha por la sección española de la IV Internacional, y en buena medida la lucha misma por la fundación de la IV Internacional. Trotsky pudo escribir tras las Jornadas de mayo de 1937:

“La desgracia es precisamente que la CNT no quería el poder. La desgracia es que la dirección del POUM se adaptó pasivamente a la dirección de la CNT. La desgracia (de un formato mucho más modesto) es que Vereeken, Sneevliet y Víctor Serge se adaptaron pasivamente a la actitud del POUM.”¹⁰⁵

Esta era, efectivamente, la cadena y la sucesión precisa de los eslabones que ataban al Frente Popular a los proletarios que en julio del 36 formaban comités y milicias, y que en mayo del 37 se levantaron para cambiar el curso de la guerra y con él el destino de la revolución. Así se engarza su lucha con la que tenía lugar para fundar una IV Internacional. En 1938, Vereeken, Sneevliet, Serge, como tantos otros cuadros centristas, perdían la batalla y se proclamaba la IV Internacional. De que el problema no quedó resuelto definitivamente tenemos la prueba viviente en la actividad de Broué y de Mandel, los actuales continuadores de los Vereeken y los Nin, a escala reducida. Y es que, después de la muerte de Trotsky, de los restos de aquella tendencia renacería en el interior de la IV Internacional una corriente liquidadora, la misma que ahora se dispone a entenderse con Carrillo y compañía.

Una victoria parcial del stalinismo

Mientras esa lucha se desarrollaba, Stalin desencadenaba el mayor ataque de la historia contra la continuidad del movimiento obrero. En Moscú se juzgaba y exterminaba a la “vieja guardia bolchevique”. En todo el mundo, la GPU asesinaba a los trotskistas. Trotsky llegó a quedar como último superviviente de la generación de revolucionarios que dirigió el Octubre soviético (salvo, claro está, el asesino de todos los demás: Stalin): el último lazo vivo y combatiente entre la nueva dirección revolucionaria (aún en formación) y la vieja escuela del bolchevismo. Pero esa realidad tenía otro aspecto: el terror de los campos de exterminio se abatía sobre los revolucionarios soviéticos. La lucha de la oposición de izquierda de la URSS quedó aislada, encerrada en los campos y las prisiones, de modo que solo la actividad del mismo Trotsky la integraba ya a la lucha del proletariado mundial y de su vanguardia revolucionaria.

En esta etapa, las contradicciones de la lucha de clases de nuestra época alcanzaban, por lo tanto, un punto crítico. No solo se enfrentaban oleadas sucesivas de movilización obrera, antes y después de la guerra, a no menos constantes traiciones y sabotajes de los dirigentes; además de eso, en el propio terreno de la vanguardia, la principal victoria, la fundación de la IV Internacional, que estableció un programa y una dirección para la independencia de clase del proletariado, tenía lugar mientras las filas de ese partido eran cercadas y diezmadas por ataques, provocaciones y asesinatos stalinistas. Los Procesos de Moscú, que Carrillo y muchos otros de los que aplaudieron entonces presentan ahora como una “locura” sin sentido, y en los que “el principal acusado era Trotsky”, tenían un fin político y preciso: defender al stalinismo de la IV Internacional, cortándola de la vieja generación obrera y revolucionaria. Ante la magnitud de ese ata-

¹⁰⁵ León Trotsky, carta a J. Rous el 22 de octubre de 1937.

que, que coincidió estrictamente con el lanzamiento de los “frentes populares” con la burguesía, las filas centristas y los elementos intermedios iban cediendo y apartándose de la IV Internacional. No solo claudicando ante la política stalinista, sino muchos poniéndose bajo la protección política de la socialdemocracia o de la misma burguesía. ¡No era tan fácil ir hacia el proletariado, buscar su apoyo al programa revolucionario, organizar su lucha, como la IV Internacional! Y mientras los viejos cuadros se apartaban o caían, los nuevos cuadros de una juventud que se levantaba con coraje tenían que aprender y que avanzar en esta difícil escuela. Indudablemente, el asesinato de Trotsky por el militante PSUC-GPU Ramón Mercader, enviado por Stalin, tuvo que ser un golpe durísimo para la batalla que estaba librando el nuevo partido. Y en estas condiciones afrontó la IV Internacional la guerra y la posguerra europeas.

En marzo de 1951, Michel Pablo, entonces secretario de la IV Internacional, escribía en la revista del partido:

“La realidad social objetiva, para nuestro movimiento, está compuesta esencialmente del régimen capitalista y del mundo stalinista. Por lo demás, se quiera o no, estos dos elementos constituyen simplemente la realidad objetiva.”

Y además:

“... el impulso revolucionario de las masas levantadas contra el imperialismo se añade como fuerza suplementaria a las fuerzas materiales y técnicas que combaten al imperialismo.”¹⁰⁶

Estas líneas, que han llegado a ser relativamente conocidas entre los jóvenes y trabajadores que se han interesado en los últimos años por la historia y la crisis de la IV Internacional, se hacen *definitivamente claras en el marco de los problemas de la revolución proletaria y de su partido*, tal como los abordamos en la lucha contra el oportunismo. Esas líneas renuncian a *la independencia de clase del proletariado frente a la burocracia* del Estado de la URSS, y directamente empujan a la IV Internacional hacia su liquidación política, al intentar hacer de ella un apéndice centrista del stalinismo, de la misma manera que el proletariado sería una fuerza *suplementaria* de la burocracia del Kremlin. Pablo añadía:

“La transformación de la sociedad capitalista en socialismo ocupará probablemente un período histórico de algunos siglos que se llenará entre tanto con formas y regímenes transitorios entre el capitalismo y el socialismo, necesariamente alejados de las formas “puras” y de las normas.”¹⁰⁷

¡Con qué claridad aparecen ahora estas líneas como el pensamiento y la política de Mandel y compañía, *concentrados* en una tesis sobre el carácter inevitable y necesario de la burocracia stalinista en tanto que etapa, y, por lo tanto, sobre la subordinación del proletariado a la reforma o evolución del stalinismo! La crisis de la IV Internacional en 1950-53 aparece ahora como el eslabón entre la resistencia de los centristas a la proclamación de la Internacional en 1938, y las actuales posiciones del centrismo que se disfraza de “trotskismo”, a la manera de Mandel. La claudicación de Mandel ante la

¹⁰⁶ M. Pablo, *¿A dónde vamos?*, citado en J. J. Marie, *El trotskismo*, Barcelona, 1975, pág. 99.

¹⁰⁷ *Ibid.*, pág. 100.

política de Carrillo procede directamente de la traición de Pablo y otros dirigentes de la IV Internacional (entre los cuales el mismo Mandel) durante los años cincuenta.

En otro texto, *La guerra que viene*, Pablo concluía esa línea de pensamiento y acción:

“A fin de integrarse en el movimiento de masas real, de trabajar y de permanecer por ejemplo en los sindicatos de masa, las “astucias” y las “capitulaciones” no solo son admisibles, sino necesarias.”

La liquidación de la IV Internacional comenzaba en tanto que organización, después de haber amenazado su naturaleza: la independencia del proletariado frente al Kremlin en la lucha contra la burguesía. Mandel y compañía asumían en la historia el papel que hoy desempeñan: auxiliares pequeño-burgueses de los aparatos, que cubren su hostilidad a la IV Internacional, usurpando su bandera. Un sector de esta corriente, dirigido personalmente por Pablo, se disolvió simplemente y renunció al mismo nombre de la IV Internacional, llevando la línea hasta el final. Sin embargo, Mandel y compañía no iban a llegar tan lejos, ante todo porque las fuerzas realmente trotskistas comenzaron inmediatamente a reorganizarse en la crisis de 1950-53 para defender, continuar y, finalmente, reconstruir la IV Internacional como partido mundial de la independencia de clase del proletariado.

La primera cuestión que surge es la siguiente: ¿Cómo es posible que los centristas, con los que había roto la IV Internacional, resurgiesen y dominasen su propia dirección después de la guerra? ¿Qué representó entonces la fundación de 1938? ¿No queda un tanto en cuestión después de la crisis? Este análisis sería completamente superficial. El carácter irreversible de la fundación de la IV Internacional en 1938, en tanto que una *delimitación* del partido contra el centrismo, y a fin de asegurar la independencia del proletariado ante la agencia stalinista de la burguesía, se ha *demostrado* porque cada vez ha servido de base política para que las fuerzas auténticamente obreras se agrupasen contra los elementos liquidadores y las direcciones que traicionaban. Esa fundación de 1938 ha sido cada vez la base de la continuidad del combate de los trotskistas, durante la crisis de su propio partido, y la base sobre la cual en 1976 hemos reconstruido la IV Internacional como centro mundial de independencia de clase del proletariado.

El centrismo de Mandel no expresa un fracaso de la IV Internacional, sino más bien una adaptación del centrismo al hecho irreversible de la fundación de la IV Internacional: el centrismo contemporáneo es, ante todo, este intento de suplantar a la Internacional utilizando sus señas formales de identidad.

Pero eso, claro está, tiene su historia y su explicación. Los centristas pueden rendir hoy grandes servicios a los stalinistas que se lavan las manos mientras preparan nuevas derrotas (Carrillo y compañía), porque en más de una ocasión esos centristas llegaron a dominar la dirección de las organizaciones trotskistas. Ese es el origen de su usurpación. En 1950-53, los revolucionarios franceses, ingleses y norteamericanos se opusieron a la dirección liquidadora de Pablo-Mandel, y se agruparon en un Comité Internacional sobre las bases políticas de la defensa de la IV Internacional contra el revisionismo y el liquidacionismo. Rompieron con la “dirección” ocupada por los centristas, y comenzaron a reorganizar las secciones y el partido en torno a este Comité Internacional que se convirtió en esta lucha en el continuador de los principios y de la organización de la Internacional fundada por Trotsky. En cambio, aún estaban lejos esas direcciones obreras y revolucionarias de afrontar el contenido de esa crisis, *las bases de ese gravísimo y casi mortal resurgimiento del centrismo en la IV Internacional y en su misma dirección*. Lógicamente, las relaciones entre los continuadores del trotskismo (el

Comité Internacional) y los centristas liquidadores (el Secretariado Unificado de Mandel-Hansen, después) eran entonces confusas, y se iban definiendo por tanteos en la lucha, y no a partir de un plan político consciente. El Comité Internacional no llegaba a situar claramente su propio papel en la lucha de clases, ni el de Mandel y compañía, pues para hacerlo tenía aún que situar exactamente el significado de la crisis de 1950-53 dentro de la lucha de la clase obrera y de su vanguardia. Y eso sería ya en 1972. Antes resurgía constantemente el problema del significado de la crisis de la posguerra, pero las direcciones lo iban abordando por aproximaciones sucesivas en función de las intervenciones en la lucha de clases.

La crisis del stalinismo, sobre todo a partir de la revolución húngara de los Consejos de Obreros en 1956, fue el factor decisivo que permitió a los trotskistas abordar el problema del partido en otras condiciones y apoyándose en nuevas fuerzas, en nuevas brechas hacia la conquista de las masas. Las nuevas generaciones obreras empezaron a separarse del aparato stalinista, en todo el mundo, mientras comenzaba el proceso de la revolución política en Europa del Este. En los años posteriores, mientras Mandel y su Secretariado Unificado se convertían en la cobertura pseudo-trotskista de toda la gama variada de centrismos que florecían en esa inicial radicalización de la clase obrera, de sus cuadros y de su juventud, el Comité Internacional fue proyectado por la misma situación *hacia la reconstrucción de la IV Internacional* apoyándose en la revolución política de Europa del Este y en la revuelta de la juventud proletaria: el empujón mayor lo recibió de 1968. Pero hay que decir que *fue proyectado* hacia adelante por la situación, ya que desde el principio su avance era al mismo tiempo una *renovación* de sus filas, sus cuadros, sus métodos, en la que las organizaciones más fuertes (la americana de Hansen y la inglesa de Healy) irían quedando atrás, desplazadas, y finalmente romperían, mientras, en cambio, se formaba la sección húngara y se comenzaban a establecer las bases de la reconstrucción de la IV Internacional entre la juventud francesa, este-europea, española, latinoamericana...

Pierre Lambert, Stéphane Just y el mismo Pierre Broué, junto a nuestro camarada el revolucionario húngaro Michel Varga (Balázs Nagy) aparecen en la dirección de este impulso por la independencia revolucionaria del proletariado frente al stalinismo y la conquista de la juventud para este programa. Y ese fue el impulso que sentó las bases, que fijó las piezas clave para abordar la reconstrucción de la IV Internacional: las secciones del Este de Europa, la campaña mundial por una Internacional Revolucionaria de la Juventud. Salvo que... Lambert, como Broué y Just, eran más los *prisioneros* de este rápido proceso que sus dirigentes determinados. Incluso orientándose, en una gran presión de la maduración revolucionaria de Europa, hacia la lucha contra el stalinismo y por la conquista de la joven generación obrera, *nunca* habían llegado a definir hasta el final las tareas de la crisis y de la reconstrucción de la IV Internacional, nunca habían abandonado *otra línea* superpuesta, línea de conciliación, orientada hacia la discusión con Mandel y compañía para una eventual reunificación, y hacia la construcción de los partidos por acumulación “de cuadros” de la izquierda socialdemócrata y stalinista. Esa contradicción estalló en 1972, cuando hubo finalmente que elegir entre los dos caminos.

La historia de la formación de la actual sección española de la IV Internacional, el PORE, en sus primeros años, que coinciden con ese crítico período de la reconstrucción de la IV Internacional, es testimonio de ese *doble papel* de la dirección Lambert-Broué-Just, convertida por la radicalización de 1968-1971 en un polo de reagrupamiento de la lucha contra el stalinismo y el centrismo, empujada a abordar la reconstrucción de la IV Internacional para organizar esa lucha... mientras sus íntimas convicciones y antiguas ataduras políticas la inclinaban ante todo a negociar con sus viejos amigos centristas. El primer núcleo del Partido Obrero Revolucionario se formó en España en 1970-

71: los viajes y los llamamientos a la juventud de todos los países para participar en la reconstrucción de la IV Internacional influyeron directamente en la crisis del movimiento obrero español, confrontado a las luchas de masas contra el Consejo de Guerra de Burgos a los militantes de ETA, es decir, a una intensa radicalización de la lucha obrera contra la dictadura, que reclamaba perspectiva y dirección. Así se formó la Fracción Trotskista del grupo COMUNISMO, que se unió a la reconstrucción de la Internacional, durante la preparación de la gran concentración de jóvenes en Essen, en julio de 1971, por los Estados Unidos Socialistas de Europa y por una Internacional Revolucionaria de la Juventud. Y lo notable y contradictorio del caso es que, días después de la concentración de Essen, primera aparición pública en la arena internacional de un grupo de jóvenes trotskistas españoles, estos últimos dirigían a Lambert y Just (a la dirección de la OCI francesa) una carta de protesta en la que se decía:

“... Añadamos a esto lo sorprendente del hecho de que las Juventudes Comunistas Ibéricas [juventudes del POUM, A. R.] desplazasen a la Fracción Trotskista como representantes de la juventud española: en primer lugar, hay que concluir que aún no dais en vuestro trabajo suficiente importancia a la construcción de una organización trotskista en España, como centro de todo vuestro trabajo internacional sobre España; en segundo lugar, en los meses siguientes hemos podido confirmar nuestra seguridad de que las JCI al igual que el POUM, como organización no existen en España...” (Carta de la Fracción Trotskista de Comunismo a la OCI en julio de 1971).

Los trotskistas españoles tenían que criticar a Lambert y Just su visible orientación hacia la reconstrucción del POUM. En los meses siguientes, de avance en la lucha por la construcción del partido en España, y de luchas importantes a escala internacional, esta orientación de Lambert, Just y Broué quedaría oculta, en segundo plano, por la preparación de la Pre-Conferencia Internacional que iba a fijar el momento y el marco de la reconstrucción de la IV Internacional. Un año después, en julio de 1972, cuando se reunió la Segunda Sesión de esa decisiva Pre-Conferencia Internacional, el grupo español había pasado por una dura escuela, había combatido al grupo inglés que abandonó la reconstrucción de la IV Internacional, y además preparaba ya una amplia lucha fraccional en la organización española del Secretariado Unificado de Mandel, la LCR, a la que dejaría a lo largo de 1973 reducida a un desorientado y desmoralizado grupo. ¡Hay que imaginarse el asombro de los trotskistas españoles en la Pre-Conferencia al descubrir que, después de todo y por sorpresa, Lambert y Just proponían la disolución del Comité Internacional de Reconstrucción de la IV Internacional! Fue la ruptura: Lambert, Just y Broué “se liberaban” de ese Comité Internacional formado en la lucha contra los revisionistas liquidadores de 1950-53, e impulsado hacia la reconstrucción de la IV Internacional por la revolución política de Europa del Este y la radicalización obrera y juvenil contra el stalinismo. En el terreno de la construcción del partido en España, unos años después se podía advertir el viraje en toda su magnitud, así como *la filiación política* de ese viraje: en 1976 *el portavoz de la OCI en España, Màrius Lleget, en una fabulosa demostración de travestismo político, se presentaba ante la prensa como responsable del Comité Ejecutivo del POUM centrista*, y hablando de esta guisa:

“Las acusaciones que nos lanzan de trotskismo por parte de algunos se parecen extrañamente a las que el stalinismo nos lanzó antes, primero verbalmente y después pasando a la agresión física y a la liquidación.”¹⁰⁸

Al parecer, para el amigo español de Lambert y Broué las “acusaciones de trotskismo” equivalen a las de “agentes de Franco” utilizadas por Pepe Díaz y Carrillo contra los trotskistas y los mismos poumistas. Y el entrevistador resumía finalmente las palabras del travestí político Lleget:

“... “somos marxistas revolucionarios”, concluye Màrius Lleget. “Y este término ya fue usado por Lenin, por el POUM en los años treinta y por Trotsky”. No quieren apellidos a su marxismo. Y creen que los demás grupos de esta línea irán integrándose en el POUM. “Con algunos ya hay conversaciones”.”

He aquí, de manera gráfica, el contenido de la ruptura de 1972, el regreso a las posiciones de los abogados del POUM contra la IV Internacional, y a su método de sustituir el partido proletario por un asilo de cuadros “de la izquierda”. Sin embargo, fracasó la operación de amalgamar a todo el centrismo español en torno al POUM (de la misma manera que otras operaciones semejantes fracasaron en Europa del Este y América Latina), y el travestí ha regresado a su piel de militante de la OCI. Unificar al centrismo en el POUM es una operación condenada por adelantado al fracaso después de la derrota de 1939, que se levanta cada vez en el camino de una “reconstrucción del POUM”. El centrismo de nuestros días *tiene que camuflarse, falsificar su filiación política, adaptarse al hecho irreversible de la fundación de la IV Internacional por los trotskistas*. En resumen, tiene que usurpar la bandera del bolchevismo más consecuente, de la misma IV Internacional, y apoyarse en sus únicos puntos de apoyo serio, que son el dominio centrista de la dirección de la IV Internacional en 1950-53, y el Secretariado Unificado formado por Mandel a través de esa acción revisionista y liquidadora. Y Lambert y Just, en España como en cualquier otro país, se orientan hoy pura y simplemente hacia la reunificación de sus fuerzas con las de Mandel.

Lo que estalló en 1972 fue la contradicción latente en toda la crisis de la IV Internacional desde 1953, entre el ala revolucionaria continuadora de la fundación de 1938 y de carácter independiente de la IV Internacional, y el ala centrista, partidaria de volver hacia atrás y de reagrupar al conjunto de los grupos intermedios. Es decir, que estalló en 1972 el problema de la crisis de los años cincuenta en torno a la naturaleza misma del partido del proletariado. En la sesión de la Pre-Conferencia de 1972 se advertía ya el gran peso de las nuevas secciones de Europa del Este, así como de las jóvenes secciones y cuadros atraídos por la reconstrucción y formados en la lucha contra Mandel y compañía. Pero justo antes se había separado la sección inglesa de Healy y pesaba en el ambiente la amenaza directa de una retirada de la sección boliviana de Lora: las viejas direcciones resistentes desde el 53 se iban retrayendo y retirando. En Francia, el stalinismo se orientaba hacia el Frente Popular, y la ilusión de un gobierno de la “Unión de la Izquierda” empezaba a intoxicar la vida política francesa. Entonces, con una gran claridad determinada por la gravedad de la situación de la lucha de clases, se iluminaron los dos caminos ante los que debían decidir los reconstructores de la Internacional: la *reconciliación* con los liquidadores del 53, o la *ofensiva* final contra ellos; la *reunificación* de los centristas y de todos los grupos intermedios y de sus cuadros, o la *recons-*

¹⁰⁸ Semanario *Mundo* del 30 de octubre de 1976, *El POUM: marxistas revolucionarios*.

trucción del partido mundial mediante la conquista de la juventud a través de la lucha contra el stalinismo. En el conjunto de la lucha de clases, esto quería decir: adaptación a la presión del stalinismo y a las ilusiones en una etapa democrática y gradual de avance de las masas, u orientación hacia la revolución proletaria, hacia la lucha por el poder. Entonces, en la tensión de esta Pre-Conferencia histórica de 1972, muchas cosas se aclararon de golpe: se vio como lo más natural del mundo que las secciones este-europeas, y también jóvenes grupos como el español o el marroquí, todos ellos formados en la movilización de la juventud y en la lucha contra el stalinismo y el centrismo, apoyasen a la Liga de los Revolucionarios Socialistas de Hungría en su defensa del Comité Internacional y de su desarrollo hacia la reconstrucción del partido mundial. Se vio claro también que la única política propia de Lambert y Just era *conservar los lazos* con Lora, quizá con Healy, y establecer otros nuevos con Mandel y Hansen: su política era crear un “marco de discusión” de todas estas “figuras” y apenas nada más. Pero se vio claro, sobre todo, que Lambert, Just y Broué habían sido los prisioneros, los rehenes de la dinámica del Comité Internacional, y no sus verdaderos dirigentes, y que la falta de una auténtica dirección bolchevique había sido la principal debilidad de la IV Internacional a través de la crisis abierta en 1953. Es decir, el Comité Internacional había sido un paso, pero ya insuficiente, mientras su misma existencia ataba las manos de Lambert y Just en la sucesión de maniobras que era para ellos “la reconstrucción de la Internacional”. ¡Qué contradicción!: todas las nuevas fuerzas y secciones de la Pre-Conferencia procedían de la lucha del Comité Internacional, de su arranque entre 1962 y 1972 hacia la reconstrucción de la IV Internacional, y, sin embargo, la última de las direcciones “históricas” que quedaba de los tiempos de Pablo quería, ante todo, deshacerse de ese marco internacional. Una profunda renovación de la Internacional, difícil, pero absolutamente necesaria, estaba ya a la orden del día, y ese era ya un aspecto de la reconstrucción de la IV Internacional sobre las bases de su fundación en 1938.

Casi desde entonces se vio también la voluntad de Lambert y compañía de *sacrificar* las secciones del Este (¡veremos con qué métodos!) y la Internacional de la Juventud, las dos palancas decisivas de la reconstrucción, a fin de facilitar el reagrupamiento general de los centristas.

De esta manera, la nueva crisis llegó al fondo de los problemas de 1950-53 planteados por la dirección Pablo-Mandel. Al fin y al cabo, Lambert y sus amigos justificaban la claudicación aludiendo a la “profundidad de la crisis pablista”, es decir, de la crisis desencadenada por el centrismo revisionista y liquidador de la dirección Pablo-Mandel. Pero de esa “profundidad” no deducían la consiguiente necesidad de *profundizar* la lucha contra el centrismo, sino, curiosamente, la posibilidad de entenderse con el liquidador Mandel, con el oportunista Guillermo Lora, etc. Más en concreto, daban a entender que esa “profundidad de la crisis pablista” tendría sus raíces en debilidades propias a la Internacional y a su naturaleza, quizá del carácter *prematuro* o *inmaduro* de la proclamación de 1938. En todo caso, volvían a las posiciones de los abogados del POUM en los años treinta, y con el mismo contenido: disolver a la IV Internacional en combinaciones centristas.

Los textos de la sección húngara y de los otros grupos de Europa del Este sí que entraron a fondo en las raíces, el contenido y la profundidad de la crisis “pablista” de 1950-53:

“... los camaradas de la OCI solo conciben la historia de la IV Internacional y su crisis en sí mismas. El texto de la OCI lo expresa claramente al hablar del pablismo y decir que “las causas deben buscarse en nuestro pasado”. Y reducen este pasado a la vida interna de la IV Internacional.

Aquí es donde mejor puede verse que los camaradas de la OCI separan en realidad la historia y la crisis de la IV Internacional de la lucha de clases. Olvidan el real significado de la IV Internacional sin plantearlo en toda su dimensión histórica y mundial. Porque el punto de partida esencial es que el problema central de nuestra época es la larga lucha entre bolchevismo y stalinismo, lucha en la que está en juego la dirección del proletariado. En esta lucha comenzada ya por Lenin, el stalinismo pudo infligir numerosos golpes serios al bolchevismo. Pero la lucha por la IV Internacional, su proclamación, mostraron que el bolchevismo es indestructible, y que continúa. Desde entonces, el combate entre el bolchevismo y el stalinismo se concretó en la lucha entre el stalinismo y la IV Internacional, que *es* el bolchevismo vivo. Se trata también del *mismo* proceso, de la *misma* lucha, aunque haya tomado formas diferentes. El pablismo no tiene un carácter autónomo, fuera de esta lucha fundamental. Al contrario, sólo es concebible en función de este combate histórico y mundial entre el bolchevismo y el stalinismo.”¹⁰⁹

Las raíces de la revisión pablista deben buscarse en esta lucha implacable que no acabó en los Procesos de Moscú y los asesinatos de Barcelona, sino que el Kremlin llevó hasta el asesinato de Trotsky y que intensificó aún en los años posteriores:

“Hay que señalar que para Trotsky su asesinato sería la prueba de la debilidad del stalinismo y no la del bolchevismo, de la IV Internacional. La historia le dio la razón, cinco años más tarde, cuando la guerra estalló. Pero la duda de Trotsky en cuanto a las repercusiones de semejante golpe sobre la IV Internacional nos dan materia de reflexión. ¡Incluso cuando todavía no sabía que toda la generación de Octubre sería aniquilada! Como a menudo señalamos, la persona de Trotsky representaba la continuidad del bolchevismo con sus experiencias. Pero también era el lazo de unión con esa continuidad encarnada en el partido trotskista de la URSS (...). Y su asesinato significó un terrible golpe del stalinismo a los mismos cimientos de la IV Internacional, que completó la exterminación del partido trotskista de la URSS. Ya durante la guerra se manifestaron las primeras consecuencias de esta relación de fuerzas entre el bolchevismo y el stalinismo, modificada por este último a su favor. La IV Internacional, a causa de la inexperiencia de sus militantes –dicho de otra manera, en ausencia de Trotsky– no pudo enraizarse en el movimiento obrero y resistir la dislocación, a pesar de los esfuerzos de sus militantes. Al mismo tiempo, basándose en la aniquilación de toda la oposición y del partido trotskista de la URSS, el stalinismo pudo presentarse ante la clase obrera internacional como el defensor de la URSS, de la herencia de Octubre del 17. La IV Internacional se encontraba excluida de los grandes acontecimientos. Ahora bien, pese a todo, la revolución se desarrollaba y el stalinismo estaba obligado, para mantener su control sobre el proletariado, a continuar la destrucción de la IV Internacional. En Europa del Este, donde justamente la revolución se desarrolló hasta la apropiación de la burguesía y el derrocamiento de su poder, el stalinis-

¹⁰⁹ *Por el mantenimiento del Comité Internacional*, texto de la Liga de los Revolucionarios Socialistas de Hungría y del Comité de Organización de los Comunistas (trotskistas) de Europa del Este, de octubre de 1972.

mo lanzó una amplia campaña de liquidación física de los partidos y las organizaciones trotskistas, y luego de todos los oponentes reales o posibles. No es posible ver esta campaña más que como una guerra civil contra el bolchevismo, contra la IV Internacional.

Pensamos que la liquidación de la IV Internacional en Europa del Este, combinada con el asesinato de Trotsky, era una victoria –parcial pero muy importante– del stalinismo sobre la IV Internacional, rompiendo la unidad organizativa mundial de esta última. Esta ruptura constituye la base material sobre la cual el pablismo pudo desarrollarse. Es de considerable importancia que los primeros signos de revisionismo en el interior de la IV Internacional, que más tarde encuentran su expresión completa en el pablismo, apareciesen paralelamente a esta destrucción en Europa del Este y, en consecuencia, con la afirmación del dominio del stalinismo en el movimiento obrero.” (*Ibid.*)

En la base de la crisis de 1950-53 y de sus consecuencias sobre la lucha de clases internacional se encuentra esta *victoria parcial* del stalinismo, que logra cortar la vida orgánica del partido, los lazos organizados de su lucha internacional con las masas y los combatientes contra el poder de la burocracia stalinista. Naturalmente que este hecho, por duro que fuese, no alteraba el programa revolucionario que empujaba a la lucha contra el stalinismo, pero sí que ayudó a todos los ataques contra el programa, sí que empujó hacia arriba a las corrientes menos consecuentes, a los cuadros más conciliadores. Muchas de las ideas y tendencias combatidas y vencidas en la lucha por la proclamación de la IV Internacional en 1938 empezaban a reaparecer bajo su bandera y en su misma dirección, impulsadas por cada golpe del stalinismo contra los combatientes bolcheviques. Cuando Pablo declaró que “la realidad social objetiva... está compuesta esencialmente del régimen capitalista y del mundo stalinista” no hacía más que claudicar y poner su política al servicio de quienes liquidaban a los trotskistas de la URSS y de Europa del Este.

En 1972 la posición de los continuadores de la Internacional era ya clara, inequívoca:

“Es esta ruptura de la unidad fundamental de la IV Internacional la que constituye la base y la raíz del pablismo. Es por lo tanto el agente del stalinismo, porque es un producto material de la obra destructora de aquel contra el bolchevismo.” (*Ibid.*)

Resumiendo. La usurpación de la bandera de la IV Internacional por centristas como Mandel se explica, en primer lugar, por esos golpes brutales del stalinismo contra el partido que *entregaron la dirección* a elementos conciliadores y revisionistas, dispuestos a someter la Internacional a la política del Kremlin en la posguerra. El Secretariado Unificado de Mandel tiene ese origen y está desde entonces ligado al stalinismo a través de todos los intentos de reformarlo o presionarlo: la reforma del aparato del Kremlin, la presión sobre él, es desde 1950-53 la razón de existir del grupo de Mandel, y es esta razón de existir la que le otorga un papel “oficial” destacado en la actual Cruzada antileninista de Carrillo y compañía. Pero esa usurpación de nuestra bandera se explica también porque, bajo la presión de aquellos mismos ataques stalinistas, los cuadros que se agruparon para reconstruir la IV Internacional no vieron las raíces de la crisis y no comprendieron que el Secretariado y las organizaciones de Pablo y Mandel se

convertían en instrumentos indirectos del control de la burocracia del Kremlin sobre la clase trabajadora.

Ciertamente, la reconstrucción de la IV Internacional consistió desde el principio en una lucha por la *independencia de clase* del proletariado respecto al stalinismo y en el camino hacia su propia dictadura de clase, y desde este punto de vista se atacó la política liquidadora de Mandel y compañía, pero por tanteos, de manera gradual y, en general, intensificada por el mismo avance de la lucha obrera: la revolución húngara de 1956, los problemas de la revolución cubana, el avance decisivo de 1968. Esa lucha era incompatible con cualquier clase de tentativa de reconciliación con el centrismo de Mandel. Pero los cuadros que emprendieron la reconstrucción nunca dejaron de tantear las posibilidades de un acercamiento. De ese modo se dio la paradoja de que la crisis del stalinismo fue, desde la revolución húngara de 1956, *siempre más de prisa* que la reconstrucción de la IV Internacional, que iba a tener que deshacerse aún de un lastre de ilusiones y herencia centristas. Y cada paso en la reconstrucción implicaba *siempre* el abandono de alguna de las direcciones de 1950, que tomaban el camino de vuelta hacia las calmadas aguas del pantano centrista: 1962, el SWP americano; 1971, el WRP inglés... En 1972, en el umbral de la compleja etapa que ahora vivimos, la tensión llegó al límite, bajo la doble presión de una ofensiva obrera internacional, cuyos frutos estaban a la vista, en el terreno de la construcción de un partido revolucionario, y el contraataque de burgueses y stalinistas que refuerzan aceleradamente su colaboración y sus maniobras para detener la maduración revolucionaria. Las últimas direcciones “históricas”, la de Lambert y la del boliviano Lora, tomaron también el billete hacia el centrismo. La etapa final de la reconstrucción tuvo, pues, que ser asumida y dirigida por un puñado de revolucionarios de Europa del Este y de jóvenes cuadros que, en 1976, pudieron declarar la IV Internacional reconstruida y centralizada sobre la base de los principios de la independencia de clase del proletariado establecidos en 1938. Los costes de esta larga lucha han sido, indiscutiblemente, elevados, y las fuerzas militantes de la vanguardia son la prueba, pero sólo esta lucha permite hoy afrontar como aquí se plantean los problemas de una nueva revolución de los obreros.

Reconstrucción y reunificación

En la crisis de la IV Internacional se delimitaron esos dos caminos, que determinaban la lucha actual. El primero nos condujo a las conclusiones y a la batalla que el lector está juzgando y que se están viviendo en las luchas de las masas. Los que, de hecho, adoptaron el camino de una reunificación centrista de todos los residuos de la crisis de la IV Internacional en las filas del Secretariado de Mandel intentan ocultar o disimular el contenido de las cosas, presentando el problema como de fuerzas numéricas. Pero la “reunificación” ni siquiera llega a compensar las pérdidas sufridas por cada uno de los grupos centristas que negocia la reunión general. En lugar de ese aspecto, debemos ocuparnos del central, que es el significado preciso de esa “reunificación” en el terreno de la lucha de los obreros.

El partido obrero es la expresión de su lucha por la dictadura revolucionaria de clase; el partido obrero es concretamente la expresión *independiente* de esa lucha, *independiente del stalinismo*. No se puede cambiar la naturaleza del partido, y de sus relaciones con otros agrupamientos políticos, sin alterar en la misma medida las condiciones de la lucha obrera por su poder. La “reunificación” adoptada por Lambert, Just y Broué, con respecto al grupo de Mandel, tiene como contenido concreto la adopción del punto de vista revisionista y liquidador sobre la lucha de la clase obrera contra el Estado

de la burguesía. Y, lo mismo que en 1950-53, se trata de subordinar la lucha obrera a la colaboración entre el Estado burgués y la agencia stalinista del imperialismo.

En septiembre del 79, Stéphane Just ha publicado un largo artículo “a propósito de una posibilidad teórica y de la lucha por la dictadura del proletariado”.¹¹⁰ Este artículo está manifiestamente destinado a las discusiones para la “reunificación” con el Secretariado Unificado de Mandel. Además, y por esa misma causa, es un nuevo “manifiesto del revisionismo” equivalente a aquel ya citado artículo de Pablo en 1951, *¿A dónde vamos?*, que desencadenó la crisis de la Internacional en la posguerra. Pablo había anunciado “siglos de transición” y de burocracia en razón de excepcionales circunstancias históricas que, según él, otorgaban un papel relativamente progresivo al stalinismo. De otro modo, Just vuelve a este mismo problema, en nombre de la dirección de la OCI. La “posibilidad teórica” sobre la que Just se interroga desde el mismo título de su texto es la contemplada en el Programa de la IV Internacional como eventualidad excepcional: que los “partidos pequeño-burgueses, sin exceptuar a los stalinistas, puedan llegar más lejos de lo que ellos quisieran en el camino de una ruptura con la burguesía”. Just se extiende sobre todas las combinaciones excepcionales que han tenido lugar durante la crisis de la IV Internacional, comenzando por las revoluciones china y yugoslava, siguiendo por la formación de los Estados obreros burocratizados de Europa del Este, y llegando a los casos de Indochina y Cuba. Y al fin de este largo viaje Just se interroga sobre esa “posibilidad teórica”, para concluir que, en lugar de *excepción* histórica, será la *regla*, que en lugar de una combinación particular (una desviación circunstancial del curso del proceso de la revolución mundial), constituye la norma de la estrategia revolucionaria. Y dice:

“La batalla política por la ruptura con la burguesía, por un gobierno de los partidos obreros solos, sin ministros que representen a las organizaciones y partidos burgueses, se identifica a la acción política por la movilización de las masas, a la organización como clase del proletariado, a la lucha por la revolución proletaria, precisamente porque se amolda a la manera en que las masas pueden concretamente avanzar.”¹¹¹

La redacción es retorcida, pero la tesis oportunista se enuncia claramente: la lucha por un “gobierno de los partidos obreros” (se refiere a los partidos pequeño-burgueses de los que habla el Programa de la Internacional) *se identifica* a la lucha por la revolución, por la dictadura del proletariado, según el autor. No nos engañemos: *se identifica* quiere decir que la puede *sustituir* en la práctica política. Sería buscarle cinco pies al gato si no fuese porque esa tesis generaliza y resume no sólo todo el artículo de Just, sino también la política actual de la OCI francesa, del Secretariado Unificado de Mandel, que, en todos los países y circunstancias, se puede definir así: *llevar al poder a los partidos pequeño-burgueses*, stalinistas en particular, dentro del marco del Estado capitalista, en tanto que supuesta etapa intermedia hacia la dictadura del proletariado.

Dado que esta tesis revisionista constituye la expresión política de la adaptación de los centristas a la colaboración de clases entre el stalinismo y el Estado imperialista, y también la línea en torno a la cual negocian su “reunificación”, hay que detenerse sobre ella. Los centristas, como Just, en primer lugar deforman la consigna transitoria del Programa adoptado en 1938, en el cual se dice:

¹¹⁰ “A propos d’une possibilité théorique et de la lutte pour la dictature du prolétariat”, Stéphane Just, *La Vérité*, n° 588, septiembre de 1979.

¹¹¹ *Ibid.*, pág. 294.

“La tarea central de la IV Internacional consiste en liberar al proletariado de la vieja dirección, cuyo espíritu conservador está en completa contradicción con la situación catastrófica del capitalismo en su decadencia, y es el principal freno del progreso histórico. La acusación capital que la IV Internacional lanza contra las organizaciones tradicionales del proletariado, es la de que tales organizaciones no quieren separarse del semicadáver político de la burguesía.”¹¹²

Y añade un poco más adelante:

“Nosotros exigimos de todos los partidos y organizaciones que se apoyan en los obreros y los campesinos, que rompan políticamente con la burguesía y tomen el camino de la lucha por el gobierno obrero y campesino. En este camino les prometemos un completo apoyo contra la reacción capitalista. Al mismo tiempo desarrollamos una agitación incansable alrededor de las reivindicaciones transitorias que deben constituir, en nuestra opinión, el programa del “gobierno obrero y campesino”.

¿Es posible la creación de este gobierno por las organizaciones obreras tradicionales? La experiencia del pasado demuestra, como ya lo hemos dicho, que esto es por lo menos poco probable. No obstante no es posible negar categóricamente “a priori” la posibilidad teórica de que, bajo la influencia de una combinación muy especial de circunstancias (guerra, derrota, crac financiero, ofensiva revolucionaria de las masas, etc.) los partidos pequeño-burgueses, sin exceptuar a los stalinistas, pueden llegar más lejos de lo que ellos quisieran en el camino de una ruptura con la burguesía. En cualquier caso, una cosa está fuera de dudas: aun en el caso de que esta variante poco probable llegara a realizarse en alguna parte, y un “gobierno obrero y campesino”, en el sentido indicado más arriba, llegara a constituirse, no representaría más que un corto episodio en el camino de la verdadera dictadura del proletariado.”¹¹³

Para la etapa de la preparación política de la insurrección, la etapa de la conquista de las masas al programa de la dictadura proletaria, se define esta reivindicación transitoria de “un gobierno obrero y campesino”, que figura en el Programa de la IV Internacional, redactado por el mismo Trotsky. El valor de esta consigna consiste en que plantea el objetivo del poder *en los términos todavía imprecisos en que millones de trabajadores, influenciados por las direcciones pequeño-burguesas*, pueden abordarlo cuando se encuentran confrontados a él sin disponer de una dirección que pueda conducir la acción revolucionaria que haría falta. En esos límites tiene tanto valor cuanto pueda suscitar la acción combativa de las masas, sus iniciativas diversas de preparación de la revolución, agudizar sus conflictos con los dirigentes que se niegan a dar los pasos más elementales hacia la expropiación económica y política de la burguesía. Su inconveniente es la imprecisión, que no es gratuita: hace falta aún que las experiencias precisen e iluminen la vía hacia un *auténtico* gobierno obrero, es decir, hacia la dictadura de los soviets o consejos proletarios. Hay que aclarar que la consigna de “gobierno obrero y campesino” no es simplemente una denominación popular de la dictadura del proletariado: deja en la sombra los elementos centrales del poder de la clase: la *demolición revolucionaria del Estado burgués*, la sustitución de su aparato burocrático por la orga-

¹¹² León Trotsky, *El programa de transición*, pág. 18.

¹¹³ *Ibid.*

nización democrática de la clase obrera en armas, la dirección del *partido del proletariado* sustituyendo a las direcciones políticas pequeño-burguesas ligadas al orden burgués. No se trata, pues, de otro nombre para la dictadura proletaria, sino de una fórmula imprecisa, pero *necesariamente imprecisa*, en correspondencia con la situación de las masas en cierta etapa de la revolución. Quiere decir: si los partidos oportunistas se apoyan en las masas para enfrentarse a los partidos burgueses y arrebatárles el poder, nos pondríamos de su lado contra la burguesía, llevando esa lucha a nuestra manera; y en la acción demostraremos su dependencia de la sociedad capitalista y probaremos que el programa de un gobierno de los obreros y los campesinos exige una dictadura de clase del proletariado y la destrucción completa del aparato estatal burgués. Esta prueba, en un momento u otro de la lucha, deben hacerla las masas, y el partido revolucionario debe organizarla, para lograr que la clase gire masivamente hacia la dictadura de clase y su partido.

En la consigna de “gobierno obrero y campesino”, por lo tanto, el contenido exacto de la dictadura obrera cede su lugar a la *idea general* de barrer del poder a los burgueses y de acumular el poder en las manos de quienes se apoyan en las acciones de los trabajadores. La experiencia es todavía necesaria para que el problema del poder pueda ser resuelto, y los revolucionarios impulsan la acción de amplias masas, incluso influidas por los oportunistas, para imponer un “gobierno obrero y campesino”. La consigna ofrece un amplio terreno común de lucha: “en este camino les prometemos (a quienes se apoyan en obreros y campesinos) un completo apoyo contra la reacción capitalista”, dice el Programa; y no hay tampoco compromiso con las direcciones pequeño-burguesas, al igual que los bolcheviques “rechazaron categóricamente, tanto entrar en el gobierno de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios, como cargar con la responsabilidad política de su actividad”; en fin, implica una “agitación incansable alrededor de las reivindicaciones que deben constituir, en nuestra opinión, el programa del gobierno obrero y campesino”, es decir las de la transición al socialismo mediante profundos ataques al derecho de propiedad.

El Programa es claro en lo que respecta al *valor* y a los *límites* de esa consigna transitoria de un gobierno obrero y campesino. Es, como Trotsky ha dicho, una *consigna algebraica* cuyas incógnitas serán despejadas en función de las experiencias de las masas y sustituidas por *cifras concretas*, respondiendo a las cuestiones de qué programa, qué método de lucha, qué dirección y qué composición para ese “gobierno”. Pero, además, la parte de imprecisión y la parte rigurosamente definida por los revolucionarios no pueden distribuirse de una vez por todas y de manera abstracta (como hacen los centristas cuando proponen “gobiernos del PC y PS” en todos los países y todas las situaciones). Dependen ambos factores de la relación de fuerzas entre las clases, entre las distintas direcciones dentro de la clase; dependen de las experiencias históricas nacionales e internacionales, y de las inmediatas... Así, por ejemplo, aunque desde abril hasta julio, y desde septiembre hasta octubre, los bolcheviques exigían “todo el poder para los soviets” que se encontraban bajo dirección menchevique, después de las persecuciones reaccionarias que siguieron a las Jornadas de Julio del 17, Lenin escribía:

“La consigna del paso del poder a los soviets tendría ahora un aire de “don-quijotismo” o de broma. Esta consigna, objetivamente, sería un engaño para el pueblo, le sugeriría ilusiones como si les bastase ahora a los soviets con desear tomar el poder o bien con decidirlo así, para conseguirlo –como si hubiese aún en el soviets partidos que no estén compro-

metidos por haber dado ayuda a los verdugos, como si se pudiese cambiar lo que ya ha ocurrido.”¹¹⁴

Más allá de la situación concreta, el método de Lenin consiste en plantear la lucha por el poder de los soviets, en función de las experiencias ya realizadas y las aún por realizar en las masas obreras, y no a la manera estrecha y claudicadora en que los centristas se subordinan a los partidos mayoritarios traidores. Y es ese mismo método de Lenin el que se generaliza en la consigna transitoria del “gobierno obrero y campesino” que figura en el Programa de la IV Internacional junto a la de los soviets.

El verdadero “gobierno obrero y campesino” no será más que un ejecutivo de los soviets, Consejos o Cortes obreros, pero las masas más amplias van a llegar a esta conclusión a través de aproximaciones sucesivas en la acción, y en la acción debe integrarse el papel dirigente de los revolucionarios. Los casos en que han podido o aún puedan establecerse “gobiernos obreros y campesinos” resultantes de una ruptura forzada pero no querida ni profunda de las direcciones pequeño-burguesas, burocráticas, con la burguesía, son, en cambio, excepciones episódicas en el curso de la revolución mundial y de la estrategia revolucionaria. Sólo con que Trotsky, al redactar el Programa de la Internacional, las presente como *rupturas* (inconsecuentes, episódicas y excepcionales), las delimita suficientemente de los gobiernos obrero-reformistas, de los gobiernos de gestión del capital y su Estado por burocracias “obreras”, como los gobiernos del laborismo inglés, de la socialdemocracia alemana o escandinava, o como el Gobierno de Largo Caballero de 1936, al que Trotsky designaba claramente como “el Gobierno burgués”, y que con la participación anarquista y poumista se encargó de la liquidación de las conquistas de la revolución. Y es aquí donde comienza la falsificación de Just y compañía, para confundir el Programa de la IV Internacional con el centrismo de un Nin. Pero el Programa dice, además:

“Cuando la Internacional Comunista de los epígonos trató de hacer revivir la fórmula de *dictadura democrática de los obreros y de los campesinos*, enterrada por la historia, dio a la fórmula de *gobierno obrero y campesino* un contenido completamente diferente, puramente “democrático”, es decir burgués, *oponiéndola* a la dictadura del proletariado. Los bolcheviques-leninistas rechazaron resueltamente la consigna de “gobierno obrero y campesino” en su interpretación democrático-burguesa.”¹¹⁵

Es decir: ni Just, ni tampoco Pablo, ni siquiera antes Nin, fueron los primeros en falsificar esa consigna, sino que los mismos stalinistas intentaron darle un contenido democrático-burgués, *opuesto* a la dictadura del proletariado, sin rebasar el marco del Estado burgués. Y los trotskistas lo condenaron y lo condenaos como un intento oportunista de oscurecer y desviar la lucha por la dictadura del proletariado y la naturaleza independiente de su partido. La consigna de un “gobierno de los partidos obreros solos”, que Just generaliza, y que siguen también Mandel, Healy y los otros centristas, es la sustitución de la consigna algebraica transitoria de un gobierno obrero y campesino, por *la precisión traidora y falsa* de un gobierno de lacayos del capital en el marco del Estado burgués y llegado a él por los medios “pacíficos y democráticos” que ofrece la clase enemiga. La experiencia del 36-39, como todas las grandes experiencias revolucionarias, han condenado semejante “vía hacia la revolución”, que en 1936-37 fue la del centrismo español y mundial.

¹¹⁴ Citado por León Trotsky en su *Histoire de la révolution russe*, París, 1950, tomo II, pág. 333.

¹¹⁵ *Programa de transición, ibid.*, pág. 17.

Si el valor revolucionario de la consigna reside en ciertos elementos algebraicos dejados a la experiencia, los oportunistas la desvirtúan al *concentrarlos por oposición a la dictadura proletaria*. ¿Con qué programa? En las elecciones francesas del 78, Lambert y Just pretenden que “la cuestión del programa de gobierno es una falsa cuestión”. ¿Quién lo dirige? En las nueve décimas partes del mundo, Lambert, Mandel, Healy... responden: “el PC y el PS”, incluso en etapas caracterizadas por una desconfianza de las masas en sus jefes a partir de duras desilusiones y traiciones. ¿En qué marco? Infalliblemente, en la “democracia”, responden todos ellos. ¿Por qué vía? “Por elecciones”, añaden, casi sin excepción...

¿Qué queda, pues, de la consigna transitoria? Por no quedar, no queda ni el nombre de gobierno obrero y campesino, ya que han generalizado la fórmula oportunista de “el gobierno PC-PS”. Debemos precisar así: los centristas han sustituido la dictadura del proletariado por el *gobierno democrático-burgués de reformistas y stalinistas, apoyados sobre una mayoría electoral*.

Podemos precisar más aún: la consigna del Programa está explícitamente destinada a romper la colaboración de clases, el marco del régimen pseudo-democrático burgués y la confianza de las masas en sus jefes oportunistas, y, por tanto, está destinada a suscitar y crear los soviets o consejos obreros. Implica la propaganda, la agitación y la lucha por los soviets, y el mismo objetivo de un gobierno de los obreros es un medio para organizar la acción independiente de la clase en órganos revolucionarios, a fin de imponer el gobierno de sus representantes. En cambio, Just desarrolla la tesis de que el “gobierno de los partidos obreros solos” es independiente de los soviets, sustituye a la lucha por ellos y, a fin de cuentas, habría que luchar por tal gobierno “en los límites del Estado burgués” y dejar la formación de los soviets a la espontaneidad de las luchas de clase. Dice Just:

“De las aspiraciones de las masas, de su voluntad, pueden surgir los comités obreros, los soviets...”¹¹⁶

“Pueden”... y puede que no. Se trataría de un proceso objetivo, y no de *una lucha*; la lucha es por “el gobierno PC-PS”. Y añade:

“E incluso si no se constituyen todavía tales organismos, pero la acción política del proletariado derriba al viejo gobierno y lleva al poder de un gobierno de los partidos obreros, o eventualmente del partido obrero que domina en el seno de la clase obrera, el proletariado dará un considerable salto político hacia adelante.”¹¹⁷

¡Se trata, pues, de una lucha puramente parlamentaria, y no de un “episodio en el camino de la verdadera dictadura del proletariado! Un ejemplo de ese oportunismo es la consigna de la LCR española de Mandel y Jaime Pastor, de un “gobierno PCE-PSOE”, a través de unas Cortes decorativas, en el marco de una Monarquía que corona e “institucionaliza” el aparato estatal franquista. ¡Tal gobierno, si llegase a existir, sería otra aberración traidora y desmoralizante de la “Unión Sagrada” de burgueses y burócratas, y no “una ruptura con la burguesía”! Pero no sólo en este caso, sino en general, tenemos derecho a preguntar en qué consistiría ese “salto político hacia adelante”, que pretende Just, y que al parecer no se expresa en la *independencia del proletariado frente al Estado burgués por medio de los soviets*, ni tampoco en la *ruptura* con los partidos pequeño-

¹¹⁶ S. Just, *ibid.*, pág. 293.

¹¹⁷ *Idem.*

burgueses traidores, ni, en fin, en la *expropiación* del capitalismo. Y Just nos responde: en que...

“... esta venida al poder les invita a ir más lejos, a continuar la vía abierta. Si los Consejos, los soviets, no han surgido aún, surgirán ineluctablemente en el curso de los desarrollos ulteriores.”¹¹⁸

Radicalmente falso. Los soviets solo surgirán en la medida en que las masas no esperen gran cosa de la colaboración entre sus dirigentes y el Estado capitalista, ni de los canales “pacíficos y democráticos” de su aparato parlamentario, ni de la posibilidad de conquistar el poder por tales caminos; surgirán en la medida en que, incluso luchando por un gobierno de las organizaciones mayoritarias, lo hagan con relativa independencia y buscando su propio terreno de lucha; surgirán en la medida en que los revolucionarios sean un elemento *activo* y no pasivo en este proceso, un elemento concretamente orientado en función de la lucha *por la dictadura de clase del proletariado*, es decir, por la destrucción del Estado burgués y su sustitución por los órganos autónomos de las masas. En cambio, el centrista Just, revisando el marxismo, dice que hay que “luchar por gobiernos PC-PS”... y el resto ya caerá por añadidura, sin que se sepa cómo ni por qué. En resumen: la consigna transitoria ha sido falsificada hasta convertirla en una *consigna democrática parlamentaria* en oposición a la dictadura de clase y en sustitución de la vía de los consejos obreros; la excepción episódica de un gobierno “de ruptura” de los oportunistas con la burguesía ha sido convertida en *la regla estratégica*: Just, Mandel y compañía han abandonado la dictadura del proletariado igual que los stalinistas, y se ocupan de “adaptar” el Programa de la IV Internacional a este abandono.

En 1951 Pablo había desencadenado la crisis de la IV Internacional interrogándose sobre las perspectivas políticas de una gran conmoción bélica mundial; y cediendo a la presión del stalinismo, que liquidaba a los revolucionarios trotskistas y sus partidos, se orientó hacia una transición al socialismo a través de la burocracia pequeño-burguesa del Kremlin. Veintitantos años después, Stéphane Just se interroga sobre las perspectivas de la actual crisis internacional y, dispuesto a negociar la “reunificación” con los seguidores de Pablo y Mandel, se plantea la misma cuestión de 1951:

“¿Es posible que en el curso del nuevo período de la revolución, de este período que verá multiplicarse las “circunstancias excepcionales”, de nuevo los partidos pequeño-burgueses, incluidos los stalinistas, sean obligados a ir más lejos de lo que querrían en la vía de la ruptura con la burguesía? Probablemente sí.”¹¹⁹

Es decir, la *excepcional* del Programa se va a “multiplicar”, y seguramente llegará a ser lo normal por obra y gracia de la situación objetiva. Una situación objetiva descrita así:

“¿Cómo se desarrollarán concretamente los acontecimientos? (...). Una cosa es cierta, sin embargo: tendrán una apariencia caótica.”¹²⁰

Y, a río revuelto, ganancia de pescadores:

¹¹⁸ *Ibid.*, pág. 293.

¹¹⁹ *Ibid.*, pág. 294.

¹²⁰ *Ibid.*, pág. 288.

“Las circunstancias excepcionales se multiplicarán (cracs financieros, ruina económica, crisis dislocante de los aparatos de Estado, ofensivas revolucionarias de las masas, etc.). Al mismo tiempo, sería lamentable creer que, en los países capitalistas, los partidos tradicionales, socialdemócratas y stalinistas, desaparecerán para dejar sitio a los partidos revolucionarios fundados sobre el programa de la IV Internacional.”¹²¹

¡Just pretende hacernos creer que cuando el Programa de Transición fue redactado por Trotsky y cuando consideró la “posibilidad teórica” de un gobierno “obrero y campesino” de los oportunistas como un “corto episodio excepcional”, Trotsky debía estar pensando que esos partidos “desaparecerían para dejar su sitio”! ¡Sencillamente ridículo! Pero es cierto que Trotsky habla de “cortos” episodios, y en esto reside la parte auténtica del problema que plantean los hechos de Europa del Este, Yugoslavia, China, Indochina y Cuba, muy diferentes entre sí, pero que en común constituyen las excepciones que se enmarcan en la posibilidad teórica descrita en el Programa de la IV Internacional, y que no invalida la regla de la lucha en todos los países por la dictadura del proletariado como clase, incluyendo la necesaria regeneración de los distintos regímenes burocráticos formados a partir de la degeneración stalinista de la URSS. Trotsky habla de cortos episodios. Pero todo el programa está fundado sobre *la lucha entre el bolchevismo y el stalinismo*, y no en la eventualidad de que el stalinismo “desaparezca y deje su lugar”. Esos episodios, y en Europa del Este y en China más que episodios, se explican por la combinación de fuertes movimientos revolucionarios de las masas, con una crisis del stalinismo profunda y prolongada..., y con una liquidación de los partidos trotskistas o próximos al trotskismo, por la cual *pasaron todas esas revoluciones sin excepción*, para ser controladas y deformadas. Pero lo que convirtió tales episodios “cortos” en largas desviaciones del curso revolucionario (aunque desde el punto de vista histórico y estratégico no sean más que episodios secundarios) fue *la crisis de la IV Internacional*, basada en tales ataques, la claudicación de Pablo y Mandel y el reforzamiento del centrismo. Esa victoria parcial del Kremlin en la posguerra deformó y debilitó la lucha del bolchevismo contra el stalinismo, y ocasionó un profundo desfase entre la crisis del aparato stalinista y la construcción efectiva de la IV Internacional. Y en el marco de este desfase, es decir, de la crisis prolongada de la Internacional, se “alargaron” estos episodios. Pero Just ignora este aspecto de las cosas: el apoyo de Mandel a Castro, a Hô Chí-Minh, a Tito, a Gomulka, pues piensa reunificarse con su grupo pseudo-trotskista, y desde esa óptica falseada sólo puede presentar las excepciones históricas como reglas, y la crisis de la IV Internacional como una simple “debilidad” objetiva, que no le permite expresar la independencia de la clase obrera en la acción, ni realizar el programa revolucionario.

En las líneas anteriores de Just sobre los partidos tradicionales, “que no desaparecerán dejando su puesto a la IV Internacional”, encontramos finalmente los ecos de las líneas de Pablo en 1951, cuando declaraba: “... la realidad social objetiva, para nuestro movimiento, se compone esencialmente del régimen capitalista y del mundo stalinista...” En los dos casos se concluye en el abandono de la independencia del proletariado frente al stalinismo, en la sustitución de la dictadura proletaria por una “transición” a través de gobiernos de la burocracia...

Finalmente, el lector empezará a ver con precisión el lugar decisivo de la lucha contra el centrismo dentro de esta polémica contra el revisionismo antileninista y la política de “Unión Sagrada” de burgueses y stalinistas. A través de esta consigna falsifica-

¹²¹ *Ibid.*, pág. 289.

da de un “gobierno PC-PS”, los falsos trotskistas van constituyendo el flanco izquierdo de la campaña contra la dictadura del proletariado, y van estableciendo sus lazos políticos de colaboración con Carrillo y compañía. Más exactamente, la consigna del “gobierno PC-PS” permite y cubre el acercamiento de los grupos centristas al stalinismo y al reformismo en todas las cuestiones teóricas y políticas de la lucha de clases. En torno a ella, esos distintos grupos y corrientes abordan su “reunificación” general, y además esa reunificación constituye casi una respuesta a las palabras de Carrillo llamando a una colaboración del mismo tipo de la que el POUM realizó en los años treinta.

En el otro extremo, la reconstrucción de la IV Internacional en 1976 abordó la depuración de los escombros oportunistas acumulados a lo largo de sus crisis de veinte años. Abordando el balance de su fundación y de su crisis, el balance también de las nuevas batallas de Francia y de Checoslovaquia, de Polonia y de Chile, de Portugal y de España, y formando los primeros elementos de una nueva generación de cuadros bolcheviques en la acción de masas, la reconstrucción ha restablecido el programa bolchevique y el partido mundial, después de tanta falsificación teórica y práctica de los centristas, que estaba desarmando a los obreros ante la intoxicación antileninista y la política de sumisión al Estado burgués y al poder del Kremlin.

El partido y la calumnia

El agrupamiento formado por Pablo y Mandel en 1951 ha sido, y es, un producto de la presión del stalinismo sobre la Internacional y de sus ataques, y en este sentido, un agente indirecto de su política. Sin embargo, salvo en momentos excepcionales, el stalinismo evitó *la colaboración directa y formal* con el Secretariado de Mandel. Pero tal como hemos visto, la actual maduración revolucionaria precipita todas las maniobras defensivas de sus enemigos y, entre otras, apunta hacia una adaptación de la táctica del stalinismo en su lucha contra el trotskismo: colaboración con los centristas, Cruzada antileninista, ataques contra los verdaderos trotskistas, incluso cubriendo la represión policíaca burguesa contra ellos.

Bajo esa óptica tenemos que analizar el sentido auténtico de esa “rehabilitación de Trotsky” por la burocracia del Kremlin, que Mandel reclama, y que Carrillo considera oportuna en su libro “*Eurocomunismo*” y *Estado*:

“Es más que tiempo de que se haga esta presentación objetiva del papel de Trotsky durante la revolución, lo que sería perfectamente congruente con una crítica del trotskismo, en tanto que tal corriente (...). ¿Qué razones pueden retardar hoy este reconocimiento? Por el contrario, la verdad ayudaría a comprender las complejidades de la lucha de clases y a dar una visión más clara de ellas a las nuevas generaciones.”¹²²

“A las nuevas generaciones”... no se les puede contar las mismas mentiras, no se les puede hablar de los “hitlero-trotskistas” o de los “trotsko-fascistas” sin más ni más: es la fuerza de la revolución política en Europa del Este, incluso antes de haber triunfado en ningún país. La utilización de las viejas calumnias y provocaciones levanta más simpatías que desconfianzas por los revolucionarios, cuando esas calumnias proceden de los Hussak o de los Carrillo. Desde este punto de vista, puede decirse que *Trotsky ha sido ya rehabilitado* de las miserables calumnias de Stalin, ante las nuevas generacio-

¹²² Carrillo, “*Eurocomunismo*” y *Estado*, pág. 150.

nes, y por la fuerza de los movimientos de las masas obreras contra la burocracia stalinista. Tales movimientos han sido más fuertes que ciertas falsificaciones históricas. Es un hecho indiscutible, y un indiscutible fracaso de la escuela de falsificación y provocación de Stalin, en la que se formó el mismo Carrillo durante los años treinta. Ante este hecho, las peticiones de que el Kremlin “rehabilite a Trotsky” se convierten en una comedia siniestra en la que se permite a los asesinos lavarse las manos manchadas de sangre, mientras se corre el telón sobre los actuales métodos del Kremlin, e incluso sobre la utilización de sus viejos métodos por los centristas de nuestros días.

Porque es cierto que Carrillo *parece* haber cambiado “las botas del GPU por la pluma del teórico”: un cambio táctico impuesto por los nuevos tiempos. Pero ¿puede decirse, en cambio, que los *métodos* han cambiado fundamentalmente, sus métodos de lucha contra el trotskismo, contra la independencia de clase del proletariado? Más en concreto: es cierto que el stalinismo *ha retrocedido y ha modificado su táctica*, a partir de los distintos pasos de la revolución política en 1956, 1968, 1971 y 1976, y de su impacto sobre las nuevas generaciones e incluso sobre buena parte de la vieja militancia. Y antes de que Carrillo hablase en esos términos de Trotsky, la misma burocracia de Europa del Este ya daba el tono luchando “ideológicamente” contra el trotskismo. Porque Carrillo sólo reclama “una presentación objetiva del papel de Trotsky” que sería “congruente con una crítica del trotskismo en tanto que tal corriente”. Es decir, “rehabilitar” a Trotsky como “personaje de 1917” *para mejor combatir a sus seguidores y a su herencia: la IV Internacional*. Después de 1968 el aparato daba los primeros pasos en ese sentido, y en octubre de 1974 apareció en Hungría un extenso libro de 266 páginas, editado por la burocracia de Kádár y titulado significativamente *Los trotskistas de hoy*¹²³, es decir, en el espíritu que reclama Carrillo. En este libro el objetivo principal del ataque es el Comité Internacional de reconstrucción de la IV Internacional, sus esfuerzos por fundar una Internacional Revolucionaria de la Juventud, y la lucha de las secciones húngara y de los otros países del Este. Pero –¿ironía de la historia o significativa convergencia de actuaciones?... – cuando el libro apareció, el Comité Internacional había sido disuelto por Lambert, Just y Broué, el trabajo por la Internacional juvenil completamente abandonado por ellos, y eran justamente *las secciones del Este quienes continuaban y desarrollaban aquel combate*.

Veamos las cosas paso a paso. Hay una adaptación táctica de los métodos de la camarilla del Kremlin y de sus agentes: las calumnias extremas sustituidas por falsificaciones menos burdas y por un ropaje ideológico. Su retroceso, como su crisis, es real, y su posición, defensiva, y todo ello el resultado de *pasos adelante de las masas* contra el stalinismo. Pero *entonces* los burócratas han podido maniobrar, cambiar de táctica, utilizando aquella única victoria parcial contra el bolchevismo trotskista en 1950-53, es decir, *utilizando más seriamente que hasta entonces las posibilidades que les ofrece la existencia de grupos centristas que usurpan desde tiempo atrás la bandera de la IV Internacional*, y que están dispuestos a todo para deshacer a la auténtica Internacional trotskista y a sus reconstructores. En este contexto, el abandono de las vulgares calumnias contra Trotsky y el trotskismo en general se impone, y debe ser sustituido tácticamente por una “rehabilitación de Trotsky” (un cable hacia Mandel, Lambert y compañía) y por una distinción entre “buenos” trotskistas (los renegados centristas) y “malos” trotskistas (los verdaderos o simplemente los que no ceden al chantaje).

En general, esto no representa un cambio de método. Cada vez que la revolución alcanza un cierto punto crítico, el stalinismo no duda en volver a la más ciega y torpe brutalidad, por gastada que esté, y a la calumnia provocadora contra el trotskismo. En

¹²³ L. Fencsik, *A mai trockisták*, Ed. Kossuth, 1974.

Nicaragua, en Praga, en la misma URSS, las más cínicas calumnias antitrotskistas siguen acompañando la represión organizada por los burócratas en el poder. De otro lado, *el aparato define nítidamente incluso los límites* de ese entendimiento con los centristas. Por ejemplo, Carrillo añade que el “caso de Nin” fue un “caso de alta traición”; y todos los stalinistas, sin distinción, ante la Hungría de los Consejos Obreros de 1956, donde las masas cruzaron la barrera, emprendiendo una auténtica *revolución proletaria de masas*, no dudan ahí en mantener la pura calumnia sobre los revolucionarios ni sostener el recurso al terror por parte del Kremlin.

Pero ni siquiera esto aclara hasta qué punto continúan hoy los mismos métodos de Stalin y de Vischinsky bajo técnicas y coberturas modificadas. El acercamiento a los centristas es también una división de funciones entre unos y otros, muy similar a la que se establece entre los oportunistas y el aparato del Estado burgués en la colaboración de clases, y que engloba la provocación y la represión de “terroristas”, de “extremistas”... y de los “malos trotskistas”. Los miembros del PORE sabemos muy bien qué quiere decir Carrillo en sus líneas sobre Trotsky y el trotskismo: cuando fuimos a plantearle nuestra exigencia de legalización, nos respondió que “cambiásemos nuestros estatutos” como “lo había hecho todo el mundo”; es decir, que renunciásemos a ser trotskistas legalmente, avalando a la Monarquía, en la misma forma en que la LCR de Pastor y Mandel es perfectamente legal. Y en cuanto al primer aspecto, el de la división del trabajo entre stalinistas y centristas, la verdad es que la actitud “comprensiva” de Carrillo hacia el “caso Trotsky” coincide con la más odiosa provocación montada por los centristas contra la IV Internacional: la campaña de calumnias contra Michel Varga, que en 1972 dirigió la batalla contra el intento de Lambert, Just y Broué de abandonar la reconstrucción de la Internacional y de orientarse hacia una “reunificación” de los centristas.

El famoso historiador Broué tiene un papel muy destacado en este asunto, aunque jamás lo haya reivindicado personalmente entre sus méritos historiográficos. Él jugó el papel típico del historiador-falsificador al servicio del oportunismo y que termina de auxiliar-documentador de los provocadores. En 1972 era evidente, como antes se ha dicho, que Lambert estaba dispuesto a liquidar las dos principales conquistas de veinte años de combate por la reconstrucción de la IV Internacional: las secciones de Europa del Este y el trabajo internacional hacia la juventud. Pero no era fácil, o, mejor dicho, era imposible por métodos políticos, pues *constituían un todo*, un cuerpo casi único con la historia de la misma OCI francesa, de cada uno de los grupos revolucionarios formados en torno al Comité Internacional y en contra del Secretariado centrista de Mandel y compañía, e incluso con la formación de cada militante reclutado entre 1966 y 1972. La violencia de la traición de Lambert, por antiguas que fuesen las inconsecuencias en las que hundía sus raíces, exigía métodos “quirúrgicos” ajenos al trotskismo y al movimiento obrero en general, solo comparables (a la manera modesta en que Lambert pueda compararse con Vischinsky) a los que Stalin necesitó para liquidar a la vieja guardia a través del ataque criminal contra Trotsky y los bolcheviques leninistas. Pero además, el ataque de Lambert tenía una lógica implacable: al apuntar precisamente *contra las secciones del Este*, porque en ellas veía el mayor obstáculo a su acercamiento a los centristas y a su adaptación a la política de Marchais en Francia, *inevitablemente* tuvo que ir buscando sus armas cada vez más directamente en el arsenal stalinista. ¿Era obligado este camino, incluso partiendo ya de la grave traición de Lambert? En todo caso, cualquier otro camino hubiese llevado a una inmediata, clara y masiva escisión de la organización francesa en torno a ejes políticos... y Lambert lo sabía. La realidad es que la provocación sorprendió a todo el mundo, que la OCI la siguió entre oscilaciones, que el mismo Lambert pareció dudar más de una vez, pero finalmente el camino de la traición política a veinte años de fidelidad a la IV Internacional exigía falsificar y ca-

lumniar, mentir y provocar, agredir e incluso denunciar al enemigo. Y apenas tres meses después de la Pre-Conferencia de julio del 72, en la que las divergencias se hicieron públicas, exactamente el 23 de septiembre, comienza la operación.

Ese día Pierre Broué comunica a un militante checoslovaco (Etienne) una “hipótesis” que podría explicar, según el historiador, el desarrollo de la crisis: “la mano de la KGB”. Y añade que, en esa hipótesis, Michel Varga sería “el sospechoso”, y que él, Pierre Broué, *ya actúa como si la hipótesis fuese un hecho*. Simultáneamente, la misma “hipótesis” le llega por otro canal a la militante también checoslovaca Rosa. Es la primera etapa de una provocación manifiestamente concertada, pero que acabará en un sonoro retroceso de Lambert y Just, ya que se ven obligados a aceptar una comisión que investigue las afirmaciones de Broué, y tiene que publicar la siguiente declaración exigida por las secciones de Europa del Este:

“... Si... Scali (Pierre Broué) hubiese declarado que el camarada Varga es un agente de la KGB, debería ser denunciado como un traidor a la IV Internacional.”¹²⁴

¡Ellos lo han dicho! Sin embargo, la operación siguió entre bastidores, y los enviados de la OCI a través de la emigración y en los mismos países de Europa del Este comienzan a sembrar la desconfianza, la confusión, y a liquidar todo lo que pueden liquidar de las secciones y de los grupos de militantes yugoslavos, húngaros, intentando que circule la idea de que las secciones trotskistas “podrían ser la cobertura de la KGB o de la CIA”. Sin embargo, públicamente, Lambert, Just y Broué se limitan a preparar las bases para el relanzamiento de la operación en otro tono. Oficialmente, la OCI declara que “sólo hace caracterizaciones políticas”, aunque *jamás* reunirá la comisión que tenía que investigar las palabras de Broué. Pero el 16 de mayo de 1973, cuando ya ha tenido lugar la ruptura política, Lambert relanza la calumnia a través de las páginas de su revista *Informations Ouvrières, con un claro reajuste*: la acusación principal pasa a ser la de que Michel Varga sería un “agente de la CIA” (o un “agente doble”), pues *sólo de este modo Lambert puede utilizar para sus fines la permanente campaña stalinista contra los revolucionarios de Europa del Este*. Más aún, Michel Varga ya había sido oficialmente acusado por el Kremlin de “agente de la CIA” en todas las etapas de su vida de revolucionario en Hungría: en 1949, durante el tristemente célebre “proceso Rajk”, de nuevo en 1952, en 1956, en tanto que uno de los secretarios del Círculo Petöfi durante la revolución de los Consejos Obreros y, desde luego, después, como organizador de la oposición húngara en la emigración y de la evolución de un sector de ella hacia la IV Internacional, hasta la formación de una sección húngara, la primera sección trotskista de Europa del Este desde que Stalin liquidó la sección soviética de Trotsky.

A partir de esta etapa Lambert se ha convertido en un moderno Vischinsky, remendador de las viejas calumnias sobre la revolución política. ¿Y cuáles serán sus armas?: nada menos que la historia de esa evolución de la oposición húngara, tal como se refleja en sucesivas tomas de posición de Michel Varga durante los años cincuenta. *A causa de la crisis de la IV Internacional*, el proceso de la ruptura revolucionaria con la burocracia no es, y menos aún lo era en los años cincuenta, un proceso lineal, gradual, “sensato”, como les gustaría a quienes, por encima de todo, no quieren “comprometerse” frente al stalinismo. De otro lado, las dificultades de la emigración revolucionaria húngara continúan las de la misma revolución: aislamiento en el movimiento obrero

¹²⁴ Declaración de Pierre Lambert y François, en nombre del Buró Político de la OCI. “*Livre Blanc des Travaux de la Comisión d’Enquête (l’OCI de France mène une campagne de calomnies contre Michel Varga et la Quatrième Internationale)*”, pág. 84.

internacional, desorientación entre el imperialismo y el Kremlin..., es, ante todo, una dificultad para integrar su lucha en una situación mundial que Pablo y Mandel, por boca del primero, acababan de caracterizar como “compuesta del imperialismo y del mundo stalinista”, y que Just caracteriza veinte años después por la “debilidad de la IV Internacional”... Pero, además, en Hungría se trató de una auténtica revolución de las masas obreras, que trastocó brutalmente las relaciones de los luchadores proletarios con el Kremlin, sin que tuviesen un programa, teniendo que buscarlo por tanteos. Volver los errores de esa búsqueda en contra del honor revolucionario de esos luchadores y, peor aún, utilizarlos para una miserable calumnia, equivale a cerrar el paso a la IV Internacional en los países del Este. ¡Se trata de los tanteos de la misma revolución húngara, de errores del mismo proceso de búsqueda y de clarificación de la revolución y de sus fuerzas activas! En el fondo, la campaña contra Michel Varga representaba un ataque contra esa revolución de 1956, que Lambert y Just no osarían atacar directamente, aunque tampoco se caracterizan por haberla ayudado de ningún modo conocido durante 1956. La evolución política de Varga y de la Liga de los Revolucionarios Socialistas de Hungría es precisamente *la más consecuyente* de esas búsquedas, la que une la explosión revolucionaria de 1956 con la fundación de la sección trotskista. Cuando Lambert recalienta la vieja calumnia cocinada por los stalinistas contra la revolución política y la formación de secciones trotskistas, demuestra mejor que en todos los otros terrenos de la lucha de clases el contenido de su ruptura en 1972, idéntico al de Pablo y Mandel en 1950-53: la claudicación ante los stalinistas, un abandono del criterio de la independencia de clase. Solo la forma es más repugnante. Pero es que el tiempo no pasa en vano, y la traición implica cada día exigencias más bajas. Si en 1956 Lambert y Just fueron dejados atrás por la revolución húngara, y si los revolucionarios de Europa del Este tuvieron que acercarse, tanteando, hacia la IV Internacional, en 1972 Lambert y Just sabían que la lucha por la reconstrucción de la IV Internacional era incompatible con el acercamiento orgánico a los centristas y con el apoyo político a la “Unión de la Izquierda” de Marchais y Mitterrand.

El papel de Pierre Broué consiste en que conocía, porque había participado en él, todo este proceso de la formación de las secciones del Este, había sido un elemento más o menos activo de su evolución... y, sin embargo, fue quien inició y luego cubrió con el silencio y con falsificaciones la provocación montada por Lambert. Naturalmente, tanto Lambert como Broué reconocen hoy a la “oposición al stalinismo” de Europa del Este, pero, igual que Mandel y Pablo, en la medida en que la empujan a mantenerse en los límites “razonables” de la democracia pequeño-burguesa y de la reforma del aparato stalinista: es decir, en los mismos límites en los que Carrillo quiere captar y anular a la oposición del Este. La calumnia stalinista sobre Michel Varga no tiene, desde luego, más relación con los errores *políticos* oportunistas de los revolucionarios húngaros en 1957 que la que puedan tener las calumnias de Carrillo contra Nin, con la política errónea del POUM en mayo del 37. Es decir, ninguna; se trata de ataques a esas dos revoluciones. En ellos se definen los límites del falso “antistalinismo” de ambos calumniadores: “¡en todo caso, nada de revolución!..., ¡cualquier paso puede ser “sospechoso”!”, etc.

Pierre Broué tiene el bien miserable mérito de estarse transformando en el historiador de esta concepción policíaca de la historia, cuyo fin es cubrir el centrismo, presentando la ruptura de los revolucionarios con los centristas como una *provocación policíaca*, en lugar de como una necesidad de la independencia del proletariado frente al stalinismo y para poder vencer al Estado burgués.

Mientras Broué lanzaba la calumnia sobre la lucha política de Michel Varga, en 1972, ultimaba una recopilación de los escritos de Trotsky sobre la revolución española.

Es importante esta cuestión, porque ayuda a aclarar por qué mecanismos políticos Lambert y sus amigos recurrieron al método de una calumnia policíaca. ¿Cuál era en 1972 la principal novedad del libro de Broué? La abierta simpatía por el POUM y su hostilidad por la sección española y por la dirección internacional de los años treinta no son en el “trotskista” Broué ninguna novedad, sino una larga evolución política. Más nueva era la presentación de un triste Trotsky reducido a “espectador de los acontecimientos”..., un poco a la manera en que Just ve el futuro de la IV Internacional en la revolución. Pero lo auténticamente nuevo en el libro es una sucesión de notas “aclaratorias” que en su conjunto intentan presentar la ruptura entre Trotsky y el POUM como injustificada, desgraciada, no querida, y concretamente como una *provocación de la GPU* (naturalmente, en forma de “hipótesis”). Semejante tesis o hipótesis, en realidad ataca los fundamentos mismos de la IV Internacional, constituida a través de esa ruptura con los grupos intermedios y, sobre todo, con el POUM y sus abogados, Landau, Vereeken, Serge, Sneevliet, etc. Veamos una de esas notas:

“Es ciertamente interesante que Well, precisamente, lanzase la consigna de expulsar a Landau [militante austriaco, amigo político de Nin y como este asesinado por los stalinistas en la guerra civil española, A. R.], aunque Well se alinee luego cuidadosamente tras las posiciones de Trotsky en los últimos tiempos de la crisis. Se sabe, en efecto, que el falso Roman Well y su hermano, conocido entonces bajo el nombre de Senin, eran en realidad dos agentes de la GPU.”¹²⁵

Aunque fue el centrista Landau quien rompió con el trotskismo, Broué ha dejado caer la “hipótesis” de que la ruptura podía venir de una provocación. Sobre la crisis que enfrentó a Trotsky con Nin en 1933, y en la que jugó un cierto papel el militante de la sección española Lacroix, quien se reclamaba de las posiciones de Trotsky en contra de las de Nin (aunque ni Trotsky ni la dirección internacional lo apoyasen), Broué desliza la apreciación siguiente:

“Georges Vereeken defiende, en un manuscrito inédito, la tesis según la cual Lacroix era también un “agente stalinista”.”¹²⁶

Y como Broué es un “historiador objetivo”, se limita a deslizar la “tesis” del centrista Vereeken como “hipótesis” del historiador supuestamente trotskista Broué. Todo el libro rezuma alusiones similares, más o menos explícitas. Respecto a la ruptura definitiva entre Trotsky el POUM, en torno a la participación poumista en el “frente popular” y el Gobierno burgués de la Generalitat, Broué introduce la siguiente nota “aclaratoria”:

“Vereeken... subraya... el papel desempeñado... por el agente stalinista Marc Zborowski, alias “Etienne”,... que durante cinco años no cesó de contribuir a transformar los matices en tendencias, las tendencias en fracciones, las fracciones en querellas personales y en rupturas”. En una hipótesis similar pensaba Víctor Serge cuando declaraba que los traductores “exageraban” el estilo de Trotsky. En el curso de un debate público organizado en París por el Círculo de Estudiantes Marxistas, Wilebaldo Solano, dirigente de la JCI durante la guerra civil, secretario general del

¹²⁵ *La révolution espagnole*, París, 1975, pág. 242.

¹²⁶ *Ibid.*, pág. 244.

POUM en la emigración, retomaba esta hipótesis, preguntándose si la GPU no habría trabajado en el mismo sentido “creando dificultades entre el POUM y la IV Internacional, entre el POUM y Trotsky, entre Andreu Nin y Trotsky”. Sin que deba ser excluida, esta hipótesis de una intervención de Etienne para envenenar las relaciones no se basa por el momento en ningún hecho preciso.”¹²⁷

¡Así se escribe la historia! Es una “hipótesis”, o más concretamente la hipótesis de Vereeken, Solano, Serge, de los centristas, para cubrir la lucha política de principios de la IV Internacional contra el centrismo en la revolución española. Pero Broué “actuaba como si fuese cierta”, y poco después la OCI lanzaba *una campaña financiera para reconstruir el POUM en España*, a fin de contrarrestar la influencia de la sección de la IV Internacional, el PORE. Es decir, aunque no se basase sobre ningún hecho preciso, era una “hipótesis” como la calumnia que Broué lanzaba simultáneamente contra su camarada Michel Varga, para oscurecer la lucha política que se desarrollaba por la reconstrucción de la IV Internacional contra el centrismo. La cuestión es que el mismo *proceso político* que llevaba a Broué a reescribir la historia de la fundación de la IV Internacional, deformando y falseando la revolución española y luego justificando al centrismo por medio de una calumnia sobre la IV Internacional (cuya *política*, según Broué, había expresado el interés de la GPU), preparaba el método cínico que Lambert y compañía iban a emplear en sus propias filas contra Michel Varga. La delimitación de principios frente al centrismo, necesaria para reconstruir la IV Internacional como una dirección capaz de dotar de independencia de clase al proletariado, de separarle de la dirección stalinista y de conducirlo a la batalla revolucionaria contra la burguesía... iba a ser tachada de “provocación de la CIA”. Es el método de Stalin-Vischinsky, el de los procesos de Moscú, el del juicio al POUM en 1937, el del asesinato de Trotsky... y a beneficio de la burocracia del Kremlin igualmente. Ignorar el peso de esta calumnia *sobre el desarrollo concreto* de la reconstrucción de la IV Internacional sería como ignorar el peso de la lucha contra el “trotsko-fascismo” por parte de Stalin y su banda, en la etapa de la fundación de la IV Internacional. Y Lambert no logrará silenciar su provocación antiobrera tantos años como Stalin y su discípulo Carrillo las suyas.

Pero el “nuevo rostro” de Carrillo se beneficia de esa disposición de los centristas usurpadores de la bandera trotskista a servirse de los sucios métodos de Stalin para seguir usurpándola. Son *rigurosamente inseparables* las frases de Carrillo sobre la “rehabilitación de Trotsky”, de las negociaciones de todos los centristas para participar “reunificados” en la política que impulsa el Kremlin, así como de la utilización de los mismos métodos de provocación y calumnia contra los reconstructores de la IV Internacional sobre sus bases de 1938. Se trata, en conjunto, de un *reajuste*, y no de un abandono de los métodos policíacos del Kremlin. De un lado, la política de “Unión Sagrada” en torno al Estado burgués permite avanzar en la colaboración de los stalinistas y de la policía del Estado burgués en la persecución de los “extremistas”, a cubierto de la campaña llamada “antiterrorista”. Sin que la KGB deje la escena, esa colaboración contrarrevolucionaria con el Estado burgués la releva de muchas tareas, y eso es tanto más necesario cuanto el aparato del Kremlin no está en condiciones políticas de repetir *en la misma forma* su terrorismo contrarrevolucionario internacional de los años treinta. De otro lado, la disposición de los centristas que se “reclaman de la IV Internacional” a recurrir a lo que sea contra los continuadores y reconstructores de la Internacional, le

¹²⁷ *Ibid.*, pág. 336.

permite a Carrillo hablar de “rehabilitar a Trotsky”, sin dejar de atacar al “trotskismo como tal corriente” y de cara a “las nuevas generaciones”.

VI

LA JUVENTUD OBRERA EN EL RETORNO A LENIN

El proletariado y su juventud.

La fuerza de choque de la renovación del movimiento obrero

Dentro de la clase trabajadora, dentro de sus movimientos políticos y de sus luchas, en el interior del mismo proceso de evolución de la conciencia de clase, e incluso dentro de la situación material de las masas, *la juventud representa, lógica y naturalmente, el futuro de la totalidad de su clase*. La situación social, la lucha, las inquietudes y los agrupamientos de la joven generación obrera nos suministran la principal guía para advertir cuáles son en cada momento histórico las tendencias y las perspectivas hacia donde se encamina toda la clase trabajadora.

Más de un lector dirá que, en tal caso, el panorama es sombrío: el paro de los jóvenes es creciente, crónico, casi absoluto y completamente desesperanzado; el capitalismo escupe literalmente a los jóvenes fuera de la producción y de la vida social; pero su lucha y sus inquietudes tampoco encuentran un apoyo sólido en las tradiciones del actual movimiento obrero ni un marco en sus organizaciones aún dominadas por los dirigentes oportunistas; sus reagrupamientos se forman y se disgregan de manera espasmódica, sin llegar a cristalizar en verdaderos movimientos revolucionarios. Efectivamente, un tal panorama, contemplado pasivamente, pintaría el futuro del proletariado con las tintas más negras, pues no sólo condenaría al capitalismo, incapaz de absorber ya una generación más, sino incluso al movimiento de lucha de la clase obrera, imposibilitado de integrar y de absorber la savia renovadora de su juventud. Pero el fallo no reside en la juventud, sino precisamente en adoptar ante ella y ante la clase obrera en general un punto de vista pasivo. Dicho de otra manera, la situación de la juventud anuncia un futuro profundamente pesimista para la clase, *sólo* si admitimos que el movimiento del proletariado no ha de cambiar, no tiene que cambiar, y si no se comprende que el necesario cambio de dirección, de perspectiva, de método en la lucha obrera, es simultáneamente el proceso de incorporación de la joven generación a su lucha. Desde el punto de vista revolucionario, de la IV Internacional, las actuales relaciones entre la juventud y el movimiento obrero representan concretamente el fracaso histórico de las direcciones oportunistas, del stalinismo y la socialdemocracia, que prolongan su agonía sin futuro aumentando la confusión de las masas obreras. Aquí, todo lo que nos dice la actual situación de la juventud es que el proletariado carece de futuro con sus actuales dirigentes. Pero ese es el punto de partida del programa de la IV Internacional, y para quienes estamos preparando una nueva revolución proletaria, los problemas de la juventud son tan sólo los problemas de la necesaria maduración de la clase y de sus luchas para los enfrentamientos próximos, son los problemas de la lucha del bolchevismo contra el stalinismo: el stalinismo no puede movilizar otra generación obrera, lo mismo que el capitalismo tampoco puede asegurarla siquiera una existencia de esclavos asalariados; en cambio, la IV Internacional basa todas sus esperanzas de profunda renovación

revolucionaria del movimiento obrero en la conquista de esta juventud que sólo puede ser de parias o de revolucionarios proletarios bolcheviques.

La lucha de clases no tiene nada de lineal, de simple acumulación de luchas y de fuerzas. Las dos clases en lucha no son bloques monolíticos (y esto sin contar las clases intermedias), sino que se encuentran en proceso de continua diferenciación y transformación internas, proceso que forma parte también de la lucha de clases, ya que es algo así como el rearme y la organización continuos de dos ejércitos obligados a librar batallas cada vez más duras. El proceso a través del cual el proletariado se enfrentará al Estado de la burguesía para destruirlo es, al mismo tiempo, un proceso de reorganización interior de la clase obrera, de manera que la gran mayoría de las masas lleguen a agruparse tras la dirección de sus sectores más activos y conscientes, que en los períodos de “calma” o de reacción aparecen, en cambio, aislados y perdidos en las masas. En definitiva, la preparación y la realización del enfrentamiento con el Estado centralizado de la burguesía, simultáneamente se desarrolla como reagrupamiento de la clase alrededor del partido fundado sobre el programa de la revolución y cuyas fuerzas se construyeron y construyen como selección de lo más avanzado de la clase. Y en el terreno del movimiento obrero, la conquista de la independencia de clase de los trabajadores frente a la burguesía y a sus agentes se expresa en una sucesión de luchas de *delimitación y agrupamiento*, de *nuevas delimitaciones* y *nuevos reagrupamientos*, hasta que la conciencia del programa se convierte en una fuerza material y cohesionada de combatientes, apta para llevar a las masas al choque contra el poder centralizado de la burguesía.

Más aún: toda la época actual, época imperialista del capitalismo y época revolucionaria del proletariado, desplaza el centro de gravedad de los problemas importantes de la lucha de clases hacia el interior de las mismas filas obreras. La reacción social, económica y política de nuestra época, sus continuas explosiones de barbarie brutal o refinada, son la expresión del agotamiento de la burguesía, que después de un ciclo, de un intervalo, se encuentra cada vez abocada a la vía de la masacre, la guerra, el fascismo, la corrupción. Y, al mismo tiempo, junto a estas explosiones violentas de la barbarie burguesa, el único y constante medio de prolongar su decadencia, e incluso de preparar nuevas sangrías, *es la corrupción sistemática de los jefes oficiales del proletariado*: la transformación de los viejos partidos obreros en instituciones conservadoras controladas por aparatos que actúan como agencias de la burguesía en el seno del proletariado. La lucha de clases, en esta etapa que oscila entre la revolución y la barbarie desde 1917, ha desplazado su centro de gravedad a las batallas y movimientos cuyo terreno es la conciencia y la organización del proletariado, para librarse de las agencias enemigas que inutilizan su lucha, y para convertirse en el enterrador del orden existente, del cadáver viviente y descompuesto del imperialismo. “La crisis de la humanidad –como dice el Programa de la IV Internacional– se reduce a la crisis de la dirección del proletariado”, y las tareas de la lucha de clases se ordenan, en realidad, en torno a la construcción del partido, que es el eje de toda acción o progreso de las masas frente a la burguesía.

Pero este aspecto decisivo de todos los procesos internos a las filas obreras, el de la conquista de la dirección de la clase por el partido de los obreros revolucionarios y la derrota consiguiente de los lugartenientes “obreros” de la burguesía *no debe ser reducido a una transmisión de ideas*. Es decir: no consiste en un convencimiento gradual e intelectual de los individuos de la clase obrera a las ideas contenidas en el programa de la revolución. No. Es una profunda transformación de todas las relaciones hasta entonces existentes en el interior de la clase, un proceso de crisis y de sacudidas políticas, y de desplazamientos relativos del papel que cumplen las distintas direcciones, organismos e incluso capas sociales del proletariado. Señalemos, por ejemplo, que esa preparación revolucionaria de la clase implica *la destrucción de los grandes aparatos* de los

partidos traidores; esa preparación también necesita *transformar los sindicatos* hoy dirigidos por reformistas y stalinistas en instrumentos de la lucha por el poder y de la construcción del socialismo; significa, además, *eleva la conciencia de la clase* al nivel de clase dirigente y dominante, sacando con millones de obreros las lecciones de pasadas traiciones y fracasos y deduciendo consecuencias para las futuras luchas; y que se trata, en fin, de *educar a una nueva generación* que llega a la lucha buscando su sitio en ella, y de seleccionar entre el número de los combatientes a su sector más abnegado y consciente, a *su vanguardia* dirigente capaz de latir con las masas sin dejar de estar siempre delante de ellas y mirando más lejos, hacia el objetivo histórico de la revolución socialista mundial.

El simple enunciado de esta transformación necesaria del movimiento obrero sugiere inmediatamente algo más que una discusión de ideas. Todo huelguista conoce esa transformación *apuntada o insinuada* en los cambios en la conciencia, la dirección y la organización de cualquier huelga o lucha obrera un poco larga. A una escala incomparablemente más amplia y radical, histórica, tendremos que pasar por esas fases que todo obrero ha visto apuntarse en cada lucha limitada: tendremos que pasar por el descrédito de los dirigentes oportunistas; tendremos que atravesar difíciles momentos de desorientación de algunos sectores obreros y tentativas de los elementos intermedios (“centristas”) de relevar a los dirigentes desprestigiados sin cambiar fundamentalmente sus objetivos y sólo ligeramente sus métodos; tendremos que pasar por el avance enérgico de fuerzas de refresco procedentes de los nuevos luchadores de la juventud obrera, que se han ido creciendo con la experiencia mientras otros se gastan o se fatigan en esta lucha de todos; en fin, y sobre todo, se trata de la renovación de programas, de organizaciones y de dirigentes a través de esos diversos procesos. ¡No habrá poca diferencia entre el proletariado que llegará al poder y el que hoy lucha! Y, al mismo tiempo, será básicamente *el mismo proletariado*, es decir, los mismos trabajadores y jóvenes que apenas hoy comienzan a tomar conciencia de sus fuerzas y que con otra dirección política asumirán el destino de toda la sociedad en sus manos. ¿Qué hay entre un momento y otro? Una reestructuración de todos los elementos vivos y fuerzas diversas que componen la clase, una reestructuración en torno al partido de la independencia de clase del proletariado, y a expensas de los partidos que expresan el interés de la burguesía o de burocracias “obreras” unidas por intereses al orden burgués y a su Estado opresor. Es decir, para realizar su poder y derribar al Estado burgués hace falta que la clase obrera venza a sus enemigos “interiores”, a los agentes stalinistas y reformistas, que supere los prejuicios conservadores que han fomentado sus jefes pasados del lado del orden burgués y los elementos centristas, e incluso que supere el peso a veces desmoralizante de derrotas anteriores con una nueva generación de combatientes revolucionarios.

En este sentido se podría llegar a decir, forzando un poco las cosas, que la revolución proletaria necesita de una “revolución” en el propio proletariado para constituirse en una clase apta para su revolución. Salvo que los métodos de esta “revolución” entre comillas no son los de la acción de masas, la insurrección y la dictadura de clase, sino los de una abierta y libre confrontación política dominada precisamente por las necesidades de la lucha contra el capitalismo, su Estado y sus agentes. Pero aunque esa “revolución” interna en las filas proletarias tenga sus propios métodos (conquista, defensa y ampliación de la democracia proletaria en el interior del movimiento obrero), no por eso es menos real en tanto que transformación o renovación revolucionaria.

Y también tiene, por así decir, su fuerza de choque propia, y ese es precisamente el papel de la juventud, lo que la sitúa *en todo período crítico*, en el primer plano de los acontecimientos en el interior del movimiento obrero, en las crisis de los viejos partidos, de la formación de la vanguardia de las masas. Sólo la juventud puede suministrar fuer-

zas, *de forma masiva*, para tarea de tal amplitud como la de renovar la dirección (y con ella los métodos, cuadros y organizaciones), para erradicar viejos prejuicios paralizantes, hacer avanzar la disposición combativa de las masas y construir un nuevo partido apto para nuevos tiempos, para los tiempos que corren hacia una batalla sin cuartel entre la burguesía ayudada por sus servidores “obreros”, y la masa del proletariado.

Así, en cuanto la lucha de clases llega a un punto en el que los siguientes pasos requerirían una renovación en las filas obreras, entonces las relaciones entre el movimiento de la juventud y el movimiento obrero se sitúan en un primer plano. Durante este período ningún país como Italia muestra las contradicciones de esta juventud cuando afronta la encrucijada sin un norte: de un lado, terrible paralización (momentánea, pero terrible) ante el poder burgués, de un movimiento obrero gigantesco y en lucha constante, pero con todas las salidas cerradas por la política realmente criminal de Berlinguer, de un “comunista” que actúa como un funcionario más del Estado capitaneado por la Democracia Cristiana; de otro lado, radicalización masiva de la juventud obrera y estudiantil, que alternativamente logra arrastrar a sectores de la clase sin saber a dónde conducirlos, y cae en la pasividad, o sirve de vehículo a la provocación organizada por el Estado y cubierta por el “antiterrorismo” stalinista. En los demás países, durante estos años, los ritmos, las formas o la amplitud del fenómeno varían, pero en nada cambian sus elementos centrales: la fuerza creciente de las masas sigue acelerando la crisis de los Estados de la burguesía (y los regímenes burocráticos de los países de las conquistas socialistas); en ese cuadro se desarrollan sucesivas ofensivas obreras más o menos profundas; mientras esas masas no encuentran dirección revolucionaria, en un punto u otro tropiezan con el peso paralizante de los dirigentes traidores, de los prejuicios que han sembrado durante decenios, y si en la ofensiva la nueva dirección no comenzó todavía a tomar el relevo de las direcciones gastadas, cuando baja el ritmo de la lucha la juventud queda cortada de las masas. Y a su vez ese corte hace que los revolucionarios no puedan seguir apoyándose sobre ella de cara a reanimar y acelerar el movimiento obrero. La juventud, entonces, tiende a destacarse, pero incluso cuando cuenta con la simpatía de las masas, no llega a moverlas, y menos todavía a contrarrestar la influencia de los partidos oportunistas. Más aún, nuevos oportunistas que se llaman “maoístas”, “anarquistas”, “autónomos”, o incluso falsamente “trotskistas”, se ocupan especialmente de que esta radicalización de la juventud no choque con las viejas direcciones, sino que se desarrolle como medio de presión sobre ellas, o, en todo caso, al margen y sin disputarles su influencia sobre la clase.

Pero lo que este desarrollo de los movimientos de jóvenes está demostrando (y muchas experiencias anteriores ya lo habían demostrado) es que en realidad *el papel decisivo de la juventud* no consiste en que el movimiento de masas necesite “una juventud”, una “vanguardia juvenil”, sino en que necesita una dirección política, una vanguardia revolucionaria, un partido obrero. Y que, por lo tanto, tampoco puede existir un movimiento de la juventud que no se sitúe claramente *dentro* de los problemas de la clase y de su maduración revolucionaria: la juventud solo puede ser un movimiento activo, si es el de *un sector de la clase*, el sector llamado a *renovar sus luchas*, sirviendo de soporte y de marco para construir una nueva *dirección obrera*: la IV Internacional. La “revolución” interna que el movimiento obrero necesita no es una lucha de generaciones, sino de programas políticos y de partidos por la conquista de la confianza de los obreros. Y es ahí, y sólo ahí, donde la juventud puede encontrar su lugar político y definir su papel como movimiento específico. La renovación del movimiento obrero requiere, ya que no es tan sólo ideológica, la fuerza de masas de la radicalización de su juventud organizada autónomamente, audazmente, pero también requiere la asimilación del programa revolucionario por la joven generación y la transformación de su impulso re-

belde en esfuerzo consciente de construcción del partido del proletariado. La historia ha dado siempre un papel indiscutible a la juventud de la clase obrera, por mucho que los burócratas se lo hayan querido negar. Pero no es un papel distinto al de la clase, sino el de pionera y constructora de su partido revolucionario. Todos los otros intentos han terminado en la desmoralización, la aventura o la domesticación. Y si hoy el problema se diferencia en algo, es en sus mayores dimensiones, reflejo de una mayor contradicción entre las tareas que le corresponden al proletariado en su totalidad y la influencia relativa de su corriente revolucionaria sobre las generaciones más veteranas.

Renovación, revisión y continuidad

Se equivocan los muchos que piensan que los oportunistas no se ocupan de la juventud, o no la ponen en un primer plano. Realmente hacen las dos cosas, pero a la manera oportunista. Si pudiesen prescindir de la juventud, la borrarían de la faz de la tierra, y en los últimos años han aprovechado mil ocasiones de demostrar su hostilidad a ella, y su voluntad de colaborar con el capitalismo en la liquidación de la juventud. Mientras el paro juvenil no lleve a una explosión revolucionaria, beneficia especialmente a los burócratas, pues separa a los jóvenes de los sindicatos y de las grandes organizaciones de masas que se apoyan necesariamente en la industria. Mientras el prestigio de los aparatos entre las masas obreras les ha permitido a los burócratas controlar y disciplinar a los jóvenes, su actividad se caracterizó por un paternalismo autoritario nefasto para la educación combativa de los jóvenes; hubo momentos incluso en que llegaron a apoyar su burocratismo en una glorificación de la “inexperiencia” de los jóvenes, en contra de los auténticos sentimientos de clase, experiencias de lucha, e incluso de la formación revolucionaria de los proletarios de la vieja escuela de la lucha de clases. Pero los últimos decenios han excluido la misma posibilidad de semejante política. Cuando el peso del stalinismo sobre la clase obrera se debilitó, las juventudes de los PCs y de la socialdemocracia chocaron con sus dirigentes, crearon fracciones, dieron pie a nuevos grupos... Después de 1968, la política stalinista hacia la juventud comenzó a cambiar: el movimiento de radicalización de la juventud era la base masiva de existencia de corrientes centristas, intermedias de diverso tipo, y representaba ya la posibilidad de un desarrollo impetuoso de la IV Internacional: los primeros éxitos estaban a la vista. El aparato empezó, de un lado, a buscar esa colaboración formal con los centristas de la que nos hemos ocupado antes; pero, de otro lado, a colaborar con el Estado burgués en continuas provocaciones y represiones contra los movimientos radicales de jóvenes. Las organizaciones “juveniles” de los burócratas van quedando reducidas a asociaciones culturales-recreativas anémicas. Todo ello puede dar la apariencia de que “los burócratas oportunistas no se ocupan de la juventud”, pero es tan sólo una apariencia. El carácter anémico de esas asociaciones “juveniles” stalinistas y reformistas, lo mismo que la colaboración del aparato con los centristas (directamente o en el seno de los movimientos pequeño-burgueses feministas, ecologistas, nacionalistas), o, en fin, las campañas de “antiterrorismo” reaccionario, constituyen *una política sistemática de conjunto contra la juventud* que, a la vez, la encuadra, la influye, la desvía, la aleja de la clase, la provoca a la acción aislada, la reprime y la recupera..., es decir, que la encierra en un ciclo de destrucción. En ese ciclo tienen un lugar preestablecido tanto el policía como el burócrata sindical, tanto el provocador como el ideólogo de una “nueva estrategia”, tanto el centrista como el dirigente burocratizado de la “juventud comunista”... Con sus acciones respectivas, el movimiento de la juventud queda sustituido por un círculo vicioso sin salida, separado de la clase trabajadora.

El cambio de táctica de los stalinistas como Carrillo hacia la juventud consiste en poner por delante de las otras políticas la de *cortar* toda posibilidad de renovación del movimiento obrero a partir de sus últimas generaciones. La tarea la comenzó Stalin con el exterminio de la vieja guardia bolchevique, es decir, con *un ataque a la continuidad*; precisamente con un intento de que la IV Internacional no llegase a un contacto masivo con las nuevas generaciones, con un intento de barrer bajo los pies de los jóvenes los primeros peldaños por los que ascender en la comprensión y en la práctica del programa revolucionario. Sobre la base de tal ataque, el stalinismo pudo agrupar a millones de jóvenes en los últimos años treinta y los primeros de la posguerra europea, *usurpando violentamente la bandera de Octubre, del leninismo*. En ese proceso se construyó el PC español, por ejemplo, burocrático y conservador desde su origen, que fue el encuadramiento de la juventud socialista radicalizada, pero canalizada hacia el aparato del Kremlin por la “lucha contra el trotskismo” y la liquidación del partido de Lenin en la URSS. Más que una renovación, aquello fue la deformación política de una generación por un “leninismo” fosilizado, falsificado, completamente desnaturalizado para uso de funcionarios conservadores de la colaboración de clases. La línea actual de Carrillo sigue adelante en el mismo camino de cortar a la juventud de la continuidad de la lucha obrera, pero es una adaptación a nuevos tiempos, a una etapa de crisis del stalinismo. Por esa razón la línea de Carrillo no se presenta como una “ortodoxia” (a la manera de Stalin), pues sería fácilmente desenmascarada y derrotada, sino como una *renovación*, es decir, tomando nota de la crisis y de las búsquedas que la juventud emprende todos los días. Pero respondiendo a ambas con una *revisión*, con una profundización de la ruptura existente entre el bolchevismo y las nuevas generaciones revolucionarias, entre la sucesión de experiencias obreras acumuladas y las nuevas tareas a emprender.

La revisión antileninista de Carrillo no es ni siquiera una adaptación defensiva a la influencia de las corrientes radicales pequeño-burguesas sobre la juventud. Es también una causa. Tales corrientes feministas, nacionalistas, anarquistas, por regla general y de manera natural, no llegan a dominar a la juventud obrera más que como una moda pasajera, y encuentran su medio natural y limitado entre los estudiantes, intelectuales y sectores más atrasados de la clase trabajadora. A este desarrollo natural se le debe añadir, de todos modos, una primera corrección histórica: cuando los centristas se apoyaron en sectores de la pequeña burguesía radicalizada (estudiantes, cuadros, intelectuales) sin una política de principios, se empezó a producir una mutua penetración entre el centrismo pseudo-marxista y las corrientes propias de la pequeña burguesía intelectual. El Secretariado Unificado de Mandel siempre expresó en su política esta adaptación al nacionalismo, al feminismo, al guerrillerismo, al vanguardismo estudiantil, al ecologismo, que ante todo reflejaban su coexistencia paralela y pacífica con el aparato del Kremlin; pues mientras dejaban al stalinismo el dominio sobre el movimiento obrero de masas, los centristas buscaban “la periferia”, un apoyo en sectores de la pequeña burguesía o en cuadros conformistas y pasivos del movimiento sindical. Sin embargo, *el mayor impulso a las corrientes pequeño-burguesas* ha venido del mismo aparato del Kremlin, y muy concretamente a través de la Cruzada antileninista. El *revisionismo* como método, que Carrillo defiende con convicción desde las primeras páginas de su libro “*Eurocomunismo*” y *Estado*, impulsa todas las variantes del pensamiento, de la política y de la organización de la pequeña burguesía, las “rejuvenece” y les da un carácter oficial. Lo que los centristas como Mandel habían iniciado, toma grandes dimensiones con stalinistas como Carrillo. Y así podemos contemplar a una Teresa Pàmies, del aparato del PSUC, convertirse en una especie de portavoz de “la dona catalana”, aunque ese camuflaje lo había adoptado también en la guerra civil, “cuando era capitana” y amiga de Mercader, el asesino de Trotsky. Como podemos ver a dirigentes del grupo de Mandel animar la forma-

ción de “frentes homosexuales”. Todas las variantes de la desorientación de la pequeña burguesía se benefician de la revisión carrillista.

Las “juventudes comunistas” son una asociación moribunda, pero, al mismo tiempo, un aparato de propaganda del feminismo, el ecologismo, la droga, la “contracultura”, los movimientos homosexuales, y del espíritu nacionalista más estrecho, más provinciano. Todo esto *directamente*, y, desde luego, sin que resuelva ni la más mínima de las reivindicaciones nacionales, ni democráticas, ni de la mujer..., sino directamente como subordinación a la mentalidad y a los métodos e incluso a la descomposición de la pequeña burguesía. Pero, además, *indirectamente*, el antileninismo de Carrillo ha favorecido un nuevo florecimiento del anarquismo, de la socialdemocracia, del sindicalismo y del terrorismo, es decir, de todas las variantes pequeño-burguesas del movimiento obrero anterior al bolchevismo. El aparato puede abrir, por medios directos e indirectos, una serie de válvulas de escape de la presión de la juventud sobre el movimiento obrero, y profundizar el corte entre la juventud y la continuidad revolucionaria de la lucha de la clase obrera.

Pero este giro termina por producir una demostración: en el ciclo infernal de radicalización, alejamiento, aventura, provocación, represión, desmoralización, recuperación, que está produciendo, la juventud se dispersa después de cada uno de los grandes movimientos de la clase, pero también puede sacar un balance: si no se organiza en tanto que sector de la clase para luchar por la solución de la crisis de dirección del proletariado, solo será un juguete del Estado burgués, de sus servidores pequeño-burgueses o de aventureros sin principios. El revisionismo comienza a aparecer como una falsa y traidora respuesta a un problema que sigue sin solución: *el de la renovación necesaria de la lucha proletaria*; esa falsa respuesta no facilita las relaciones entre la masa obrera y las jóvenes generaciones: las agrava, las hace casi imposibles, conduciendo a un desarme de los viejos luchadores y a una provocación contra la juventud combatiente.

¿En qué tendrá que consistir, entonces, esa renovación política que los jóvenes buscan? ¿Cuál es su partido o su movimiento?

Todo lo que es auténticamente *nuevo* se apoya en el pasado, para no repetir los errores, para aprovechar todos los aciertos y conclusiones, para generalizar las enseñanzas y poder ir aún más adelante. La renovación del movimiento obrero es una constante contrastación del pasado y de sus conquistas con las nuevas batallas y los nuevos combatientes. La continuidad y la renovación son dos aspectos del avance histórico y contradictorio del proletariado hacia la revolución. Pero ambos aspectos están concentrados en el partido revolucionario y su programa. Cada conquista del movimiento de las masas, en los terrenos material, social, político o teórico, está concentrada, en definitiva, en el partido cuyo programa y cuya vida consiste en *la defensa intransigente de toda conquista obrera, en tanto que un punto de apoyo para la revolución proletaria mundial*. Y esa es la relación exacta entre el programa de la IV Internacional y el bolchevismo, y la Revolución de Octubre. Los jóvenes, en particular, lo mismo que el partido revolucionario, solo pueden concebir *la defensa de las conquistas obreras*, la continuidad histórica de la lucha, desde el punto de vista activo, revolucionario, que es *el de su desarrollo y su superación*. Otro punto de vista, conservador o revisionista, las arroja fuera del movimiento concreto de las masas proletarias y de la construcción de su partido. Eso es lo que hoy vemos. Por ejemplo, los jóvenes no pueden aceptar la dictadura del proletariado desde otro punto de vista que el del aplastamiento de la resistencia de los explotadores y en el camino de la extinción del Estado opresor; cuando el burócrata, falsificando o revisando a Lenin, le dice que *el Estado es eterno*, el joven se lanza a la rebeldía individual mientras pueda seguir siendo joven en una sociedad decrepita. La nueva generación puede tomar a cargo suyo la defensa de las conquistas socialistas como un *punto de*

apoyo para una revolución política radical que acabe con los burócratas y levante de nuevo los consejos obreros en armas; pero si el centrista o el burócrata le dice al joven trabajador que se trata de una pura “defensa” de esas conquistas, es muy probable que ni siquiera vea en qué son conquistas: ¿Pleno empleo? ¡Eso era para la otra generación; nosotros vamos al paro!, puede responder un joven yugoslavo o soviético; ¿economía planificada?, o mejor ¿desorganización burocrática de la producción!; ¿monopolio del comercio exterior?, ¿monopolio de la camarilla del Kremlin, opresión económica nacional!, etc. El burócrata “razonable” o el centrista dotado de “realismo” le insistirá también en la importancia de las libertades democráticas, de la organización de sindicatos, e incluso de la utilización de los parlamentos. Cualquier joven luchador lo entenderá muy bien si se le dice que el proletariado en todos esos terrenos *mantendrá su completa independencia* frente al Estado burgués y a sus métodos, utilizando todas las posibilidades para organizar a las masas en soviets o consejos para destruir al Estado burgués; pero burócratas y centristas le dirán, en cambio, que “la democracia” debe ser su programa, su marco y casi su fin..., y el joven puede preferir incluso a los terroristas, al menos hasta ver de cerca la provocación en la que puede caer y a sus beneficiarios. La *revisión* de Carrillo impulsa a la vez esas falsas respuestas de oportunistas, y esas falsas salidas para los jóvenes: eso es la Cruzada antileninista, y así aparta a la juventud del desarrollo político concreto de la clase obrera. La *revisión* del pasado cierra el futuro. La relación política entre las conquistas del movimiento obrero y las perspectivas de su desarrollo revolucionario, hasta cierto punto, se pueden personificar en las relaciones entre los cuadros del movimiento obrero, de un lado, y la juventud proletaria, del otro. La actual ruptura entre ambos (es decir, la falta de renovación del movimiento proletario) refleja una situación en la que las luchas todavía no se organizan sobre un programa que *integre las conquistas socialistas y las experiencias dentro de un plan revolucionario mundial*; dicho más claro, sobre el programa de la IV Internacional.

La renovación del movimiento obrero no es, pues, una “novedad” o un “invento”, sino la conquista de la clase trabajadora al programa revolucionario. Se apoya en la continuidad del partido obrero, y se opone a la *revisión* carrillista, continuación de la vieja falsificación de los epígonos Stalin y compañía. Por esta razón, a diferencia de todos los oportunistas que cultivan cínicamente las búsquedas espontáneas de la juventud, y sobre todo de los ideólogos pequeño-burgueses, la IV Internacional se dirige a los jóvenes llamándoles a *renovar* el movimiento obrero *volviendo a Lenin*. Y no hay contradicción. La vuelta a Lenin no es una vuelta “al pasado”, ni al pasado stalinista del actual movimiento obrero, ni tampoco al viejo leninismo anterior a la traición de Stalin. Es un armamento de la juventud para el futuro, un encuentro entre el partido continuador de Lenin, la IV Internacional y la generación que tendrá que ponerse a la cabeza de las masas proletarias durante la revolución. La consigna del *retorno a Lenin* populariza la tesis básica de que la continuidad revolucionaria está en la base de la necesaria renovación del movimiento, porque sale al paso de una *larga ruptura* de la continuidad: la que organizó brutalmente Stalin, la que se prolongó con la crisis de la IV Internacional, y la que llega al abierto revisionismo de Carrillo y compañía. Esta ruptura es el principal obstáculo a la renovación del movimiento obrero, y el puente es la conquista de la juventud al programa de la IV Internacional. Es un programa que ya enriquece al leninismo con las más duras experiencias de la historia, las de la “medianoche del siglo”. Ganando a la juventud al bolchevismo, tiene que superar en todos los terrenos a todas las internacionales anteriores, dará al marxismo y a la acción obrera una amplitud sin precedentes y abordará problemas desconocidos en relación con la organización de una victoria socialista mundial. Es completamente justa la aspiración de los jóvenes a dejar atrás la obra de los bolcheviques, y es reaccionaria la idea de los enanos burócratas y

centristas que combinan la “canonización” de los viejos revolucionarios con la falsificación de su obra. Pero ¿será Carrillo con su ramplona revisión al servicio de un Breznev y de un Juan Carlos quien responderá a la entrada en la historia de otra generación de obreros? Es necesario dejar atrás *incluso* a los bolcheviques, pero eso solo lo harán quienes logren levantarse sobre sus hombros. En definitiva, la IV Internacional solo logrará desplegar *su verdadera dimensión* política, organizativa y teórica, al ganar a la juventud en masas con su indiscutible aportación: ahí se funden la continuidad del partido y la renovación del movimiento, es decir, la tarea de los jóvenes revolucionarios proletarios.

Anarquismo y bolchevismo

Una de las primeras consecuencias de la política del IX Congreso “antileninista” del PCE fue la evolución de un numeroso sector de la juventud obrera hacia el anarquismo. Las repetidas y flagrantes traiciones de Carrillo, y de González, volvieron a poner a un sector de la clase obrera y de su juventud ante un viejo dilema: ¿anarquismo o bolchevismo? La Cruzada antileninista del aparato del PCE ayudó indirectamente a los santones del anarquismo español (anarquistas de ministerio y anarquistas del sindicalismo “vertical”) a traer miles de jóvenes a su lado. Sólo el crecimiento empezó a revelar la inutilidad del anarquismo: cuanto mayor era el interés de los jóvenes y los obreros, más inútil parecía su esfuerzo. La influencia de los anarquistas empezó a decrecer en cuanto fueron capaces de reunir a más de cincuenta mil trabajadores dispuestos a escucharles y en cuanto tuvieron que organizar la acción de unos miles de jóvenes activistas. Hasta cuatro años después de la muerte de Franco, y hasta pasados tres años de legalidad, los jefes anarquistas no consiguieron reunir el primer Congreso de la CNT. Y en ese plazo ya se había cumplido el resurgir, el ascenso “incontenible”, el cenit y la decadencia de la influencia anarquista sobre la juventud obrera. Aquí hay que dejar de lado, momentáneamente, el papel de la CNT como *sindicato* que representa un problema más amplio que la cuestión concreta de la influencia del anarquismo, del apoliticismo y del antipartidismo sobre la juventud trabajadora y su evolución. En el momento del Congreso de la CNT esa *influencia* anarquista sobre la juventud había cubierto un ciclo y se había consumido en la más absoluta inutilidad. Pasó sobre la escena política como un meteoro: la vaciedad de su doctrina, la inconsecuencia de todos sus actos, la falta de prestigio de sus jefes, no pocos lastrados por traiciones demasiado evidentes a sus propias ideas, y la inexistencia de una corriente capaz de dirigir o de unir a todas las demás, impidieron a los jefes anarquistas aprovechar un movimiento profundo, de base, que les levantaba demasiado por encima de su estatura política. En seguida se desinfló el globo. Pero el movimiento profundo, de base, el que llevó a los jóvenes a reavivar el cadáver insepulto del anarquismo, merece ser tomado muy en serio; necesita respuestas claras, ya que es un dato permanente de la situación política. Dentro de la juventud fermenta la maduración revolucionaria actual, y se encuentra frente a traiciones descaradas de los dirigentes oficiales, quedando ante el dilema de avanzar hacia el bolchevismo, o retroceder hacia el anarquismo.

No se trata de que los jóvenes obreros, de manera clara y consciente, se planteen el problema en esos términos. Sino que, de todos modos, o avanzan en la dirección en la que se fundó, se reconstruyó y lucha hoy la IV Internacional, o, en cambio, recaerán en los viejísimos prejuicios anarquistas, antipartido y apolíticos, que el proletariado español viene arrastrando desde sus primeros pasos como movimiento obrero y sin haber logrado nunca, ni momentáneamente, deshacerse de ellos.

Para situarnos en el mismo terreno que esos trabajadores y jóvenes defraudados por la política oficial de “Unión Sagrada” y seducidos por el “apoliticismo” anarquista, planteamos la disyuntiva entre bolchevismo o anarquismo. Pero digamos en seguida que se trata de un falso dilema en el fondo. El problema real consiste precisamente en que el anarquismo no es, de ninguna manera, ni de lejos, una alternativa a la repugnante farsa de la política burguesa ni a la traición cínica de los partidos oportunistas del movimiento obrero. El anarquismo es la renuncia, pasiva y estéril, del movimiento obrero a resolver los problemas reales, que *son políticos* porque son los de la destrucción del Estado burgués y la organización del poder proletario, y que *son de partido* porque son los de la dirección y el plan o programa para realizar esos objetivos. Cada vez que la clase obrera española, en su historia, se ha situado en la falsa alternativa entre los partidos pro-burgueses y el antipartidismo anarquista, ha terminado por ceder trágicamente el terreno ante la contrarrevolución capitalista.

El anarquismo español es un residuo del pasado, del pasado campesino de los obreros en Aragón y Andalucía, del pasado artesano de los obreros catalanes, del pasado individualista de la clase obrera de un país atrasado. Pero un residuo difícil de superar y en el que el proletariado recae y recaerá en tanto los revolucionarios no lleguen a construir un auténtico partido bolchevique que dé a las masas obreras confianza en su capacidad para adueñarse del poder, y barra la desconfianza primitiva hacia el poder, propia del campesino indefenso. De una manera u otra, todos los partidos oportunistas –y por más lejos que estén sus “teorías” de la anarquista– se han adaptado y han cultivado esta mentalidad “apolítica” de los obreros españoles, dificultando una auténtica conciencia de clase. El mismo PCE stalinista, durante los años de la clandestinidad, y siempre en la historia de las Comisiones Obreras, se cuidó de fomentar la diferencia entre *lo sindical* y *lo político*, en fomentar el *obrerismo* para defender el oportunismo de sus líderes sindicales frente a la juventud más radicalizada, y en general preparó el terreno sobre el que se desenvuelven los anarquistas. El oportunismo sólo puede adaptarse a la mentalidad pequeño-burguesa anarquista.

La socialdemocracia, ni la clásica ni la de nuestros días, es decir ni la de Pablo Iglesias ni la de Felipe González, podía ser un antídoto contra los prejuicios anarquistas. Pero al menos en el interior del socialismo internacional se formaron Rosa Luxemburg, Lenin y Trotsky; en él coexistieron y luego se separaron los revolucionarios y los reformistas, y, lógicamente, aisló y redujo la influencia anarquista en la mayor parte de países. Pero en España el socialismo se caracterizó SIEMPRE por una profunda subordinación al republicanismo burgués, a su ala centralista, y por una constante división entre un partido de abogados y parlamentarios, el PSOE, y un sindicato reformista de colaboración de clases, la UGT. De este modo, las aspiraciones frustradas en el movimiento obrero hacia una independencia de clase sindical, hacia la acción de masas, hacia el federalismo de los pueblos oprimidos peninsulares, pasaron al margen del socialismo y dieron vida al anarquismo. El anarquismo entró con una excepcional influencia entre los trabajadores en el período de la revolución proletaria inaugurado por Octubre del 17, en el que los bolcheviques se separaban del reformismo para construir el arma, el partido mundial del proletariado revolucionario.

En el resto de Europa la traición de la II Internacional Socialista en la guerra del 14 al 18 hizo resurgir el anarcosindicalismo y otras variantes del anarquismo en muchos países. Pero, en general, la lucha de los bolcheviques por la construcción de la III Internacional integró en los nacientes partidos comunistas las mejores fuerzas procedentes del sindicalismo revolucionario en Francia, o del anarquismo en Italia, de grupos similares de Alemania, etc. Esto no quiere decir que el problema fuese resuelto, y ese resurgir de ideas anarquistas está presente en aquellos años en las distintas tendencias no bol-

cheviques del movimiento obrero, desde los grupos centristas hasta las fracciones izquierdistas de la joven III Internacional. Y si después de la traición de Stalin las mismas tendencias anarquistas reaparecieron, en casi todo el mundo habían sufrido un período de adaptación: su forma ha sido distinta, y en todo caso el anarquismo ya ha sido incapaz de reorganizarse con una fisonomía definida a escala internacional. El espacio intermedio entre los aparatos burocráticos y los revolucionarios ha quedado ocupado por los grupos y corrientes *centristas*. A veces tales grupos han tomado aspectos del viejo anarquismo, desarrollan sus teorías, pero su característica principal suele ser más bien su dependencia política de una u otra fracción stalinista, o de las burocracias china, yugoslava, cubana, o de la socialdemocracia. En fin, sobre todo giran en torno a las fracciones centristas formadas de rupturas de la IV Internacional. El anarquismo, más que como una corriente, aparece en este momento como una colección de persistentes prejuicios pequeño-burgueses que impregnan las teorías de los grupos centristas, en la medida en que abandonan el marxismo bajo el peso de las traiciones del aparato stalinista. El Programa de Transición de la IV Internacional describía así esa regresión política:

“Unos descubren la inconsistencia del marxismo, otros proclaman la quiebra del bolchevismo. Unos responsabilizan a la doctrina revolucionaria de los crímenes y errores de quienes la han traicionado; otros maldicen la medicina porque no asegura una curación inmediata y milagrosa. Los más audaces prometen descubrir una panacea y, entre tanto, recomiendan que se detenga la lucha de clases. Numerosos profetas de la nueva moral se disponen a regenerar al movimiento obrero con ayuda de una homeopatía ética. La mayoría de estos apóstoles se han convertido ya en inválidos morales antes aún de entrar en el campo de batalla. Así, bajo la apariencia de “nuevos caminos”, no se ofrecen al proletariado más que viejas recetas enterradas desde hace mucho tiempo en los archivos del socialismo anterior a Marx.”¹²⁸

“Viejas recetas anteriores a Marx” presentadas tramposamente como nuevos caminos. Aquí tenemos la forma en que la *revisión* intenta desplazar una necesaria renovación del movimiento obrero que tendría que basarse justamente en la continuidad de su lucha revolucionaria. La bancarrota política y moral del centrismo resucita retazos de ideología anarquista, ofreciéndolos como bandera de juventud. A lo que bastaría añadir el papel de Carrillo y compañía, es decir, las *voces del mismo aparato stalinista en crisis*, que animan a seguir tales caminos y a profundizar el *corte* entre el bolchevismo y las nuevas generaciones, enviándolas siglos atrás.

En España es donde esa tendencia ha ido probablemente más lejos, pero donde también ha desarrollado sus contradicciones mortales con más claridad, ya que en ningún otro país existían tradiciones particulares, de excepción, para una “resurrección” anarquista.

El anarquismo español prolongó y prolonga sus días, por encima de las condiciones históricas fundamentales, gracias al aislamiento nacional español, que la Internacional Comunista no logró romper en su día y que después se agudizó con el stalinismo. (Sólo la participación enérgica de la revolución española en la construcción de la nueva Internacional superará ese aislamiento permanente y sus consecuencias de retraso político del movimiento obrero ibérico.) La clase obrera española ha vivido en una casi total clandestinidad, periódicamente rota por la lucha del proletariado español, que ha logra-

¹²⁸ León Trotsky, *Programa de transición, ibid.*, pág. 27.

do salir a la superficie apoyándose en grandes conmociones internacionales que le han incorporado a los movimientos del proletariado mundial: en 1868-1874, en 1910-1923, en 1930-1939, de nuevo hoy: ¡cortos paréntesis entre sucesivas dictaduras, mientras los obreros no impongan la suya! Pero ninguno de esos breves paréntesis de lucha obrera abierta, y siempre revolucionaria, fue suficiente hasta hoy para soldar su unidad con el movimiento obrero internacional *a través de un partido*. De este modo, el anarquismo, ese residuo del pasado más remoto, ha seguido prolongando sus días en una clase obrera cuyo desarrollo político ha estado limitado por la clandestinidad y por fronteras nacionales muy cerradas.

La teoría del anarquismo, básicamente, es un rechazo de la conquista del poder, es decir de la necesidad de destruir el Estado burgués y de sustituirlo por el Estado surgido y formado de los propios obreros armados y movilizados contra el capital (los soviets, comités, consejos o Cortes de delegados obreros). En su lugar, los anarquistas proponen “abolir” el Estado, negándose a reconocer que el Estado burgués no se deja “abolir” pacíficamente, ni los capitalistas dejarán de intentar recuperar su poder mientras no hayan sido dominados, expropiados y vencidos como clase, a escala internacional y por el pueblo en armas. Pero ¿cuál es el fondo de la cuestión?, pues, al fin y al cabo, Marx, Engels y Lenin siempre han afirmado la necesidad de *destruir* el Estado actual, y también la progresiva extinción de un Estado auténticamente obrero. Más aún, Engels y Lenin han señalado con fuerza el perjuicio ocasionado al socialismo por las críticas de los oportunistas al anarquismo, ya que esas críticas adoptaban el punto de vista traidor de una defensa del Estado burgués y de la burocracia. La verdadera cuestión es que los anarquistas *no reconocen plenamente la lucha de clases*, la necesidad de organizarla hasta sus últimas consecuencias, hasta la constitución de *una dictadura de clase* de los explotados durante todo el tiempo que los antiguos explotadores estén en condiciones de resistir. El anarquismo es una etapa intermedia, inconsecuente, teñida de ideas políticas de la pequeña burguesía, en la formación de la conciencia de clase, pues se detiene a medio camino y se diluye en un vago *humanismo*. Es una variante del liberalismo burgués adaptada a la mentalidad de los oprimidos, pero que detiene la conciencia y la organización de la clase a las puertas de su conclusión principal: *dictadura de los obreros, partido para imponerla*.

La actual lucha de clases se hace tan intensa que el problema del poder, es decir, de qué clase domina el país por la fuerza, es el que determina todos los demás. Y esa evidencia convierte a los anarquistas regularmente en peleles de las fuerzas que luchan entre sí por el poder. Pero, al mismo tiempo, esa teoría anarquista ha podido aparecer simultáneamente como vehículo idóneo de la protesta popular “contra los gobiernos”... en tiempos de paz. Y se ha revelado inútil y muerta en otras dos situaciones posibles, las decisivas: la primera, *la revolución*; cuando la revolución salta a la calle, *siempre* los anarquistas han participado en gobiernos y en luchas en torno al gobierno, pero en las que no estaban preparados ni habían preparado a la clase obrera; como los anarquistas retrasan mientras pueden la lucha de los obreros por el poder y obstaculizan la delimitación de un camino independiente proletario hacia el poder, *infalliblemente* llegan al momento decisivo de la revolución como quinta rueda de las combinaciones gubernamentales burguesas. La segunda situación en la que el anarquismo hace aguas sin remedio son los períodos de feroz *represión*; en tales casos, los anarquistas suelen cubrir su bancarrota diciendo que la represión se ha cebado especialmente sobre ellos; hay no poca verdad en esa afirmación, pero ni siquiera la mitad que en esta otra: nadie está tan mal preparado para los períodos de represión como los anarquistas (si se exceptúa a la socialdemocracia parlamentaria). Unos y otros tienen su *época dorada* siempre en los paréntesis “democráticos”, “pacíficos”. Solo a su calor ha florecido la propaganda anar-

quista, y eso ya lo dice todo de una corriente que se pretende “revolucionaria”. Pero tales paréntesis constituyen ya las *excepciones* y no las reglas de la época imperialista del capitalismo.

Ocurre en realidad que *nunca* (y nunca, *sin excepción*) los anarquistas fueron independientes de las combinaciones del poder burgués en momentos decisivos; siempre subieron a última hora al carro de los partidos “democráticos” burgueses en sus combinaciones más lamentables.

Contra el Gobierno burgués de la Primera República española se sumaron a las Juntas del movimiento aventurero pequeño-burgués cantonalista, aceptando funciones puramente administrativas y completamente subordinadas a la política de la pequeña burguesía radical. Con ella colaboraron en una estúpida aventura que liquidó la República y se la entregó en bandeja a los generales monárquicos.

En 1917 la CNT se alineó detrás del llamado “Movimiento de Renovación”, dirigido por el demagogo radical Lerroux, el financiero catalán Cambó y el industrial republicano Melquíades Álvarez, a fin de instaurar un régimen liberal burgués.

En 1931 la CNT de nuevo participó “como observadora” en el Pacto de San Sebastián, pero en realidad interviniendo en las elecciones del 31 como fuerza electoral obrera de la coalición republicano-catalanista-socialista. Es también sabido que la CNT votó “extraoficialmente” por el Frente Popular del 36, sin definir ninguna posición independiente. La entrada de la CNT-FAI en el Gobierno republicano del otoño del 36 no fue, pues, una excepción, sino la norma y la culminación de un largo proceso histórico, tan largo como la misma historia del anarquismo español.¹²⁹

Cada una de estas aventuras terminó de manera lamentable para la clase obrera, abriendo períodos de reacción más o menos profundos y prolongados: la restauración monárquica de 1874, la dictadura de Primo de Rivera desde 1923, el fascismo de Franco desde 1939. ¿Cómo es posible que el anarquismo haya resurgido cada vez después de tan desgraciados balances? Sólo hay una respuesta: aquellos balances que no llegan a *crystalizar* en nuevos partidos y programas, que no se enriquecen y generalizan con las experiencias del proletariado internacional, que, por tanto, no llegan a incorporarse a la construcción del partido mundial de los obreros, acaban por aletargarse y se pierden en la sucesión de las luchas y las generaciones de luchadores. Y el aislamiento en que recayó la clase obrera española tras cada una de esas derrotas multiplicó las dificultades para sacar tales balances, para superar el anarquismo y enlazar con el desarrollo del bolchevismo leninista. El PCE, como vimos, no representó nunca el partido leninista de los obreros españoles; pasó de ser un pequeño núcleo aislado, dividido en la clandestinidad, a ser el aparato stalinista de Pasionaria y Carrillo, desarrollando una línea pequeño-burguesa bajo la protección de la GPU y apoyado en la intervención de Stalin y de la URSS en la guerra civil.

El intento más enérgico de resolver este constante problema histórico fue el de la Oposición de Izquierda Internacional, en su etapa de construcción de la IV Internacional. Pero no llegó a triunfar. Su grupo dirigente, el de Andreu Nin, en lugar de combatir el espíritu nacional y conciliador, se dejó arrastrar por él, una vez más, cuando ya se empezaba a librar una lucha entre el stalinismo y el bolchevismo por ganar la dirección de las masas obreras españolas, que aún permanecían provisionalmente influenciadas por anarquistas y reformistas, por las viejas corrientes del siglo pasado. Durante la Segunda República burguesa la clase obrera recorrió una etapa de su lucha oscilando efectivamente entre el socialismo reformista del PSOE y el anarcosindicalismo de la CNT, pero la crisis de la República y la maduración de la revolución iba superando estas vie-

¹²⁹ Los precedentes y la evolución de la CNT en torno al problema del poder están excelentemente recogidos en el libro de César M. Lorenzo *Los anarquistas españoles y el poder*.

jas recetas. Con los anarquistas, la clase obrera se encontró el 19 de julio de 1936 con las armas en la mano y a las puertas del poder: el anarquismo *se lo cedió a los burgueses*; los obreros que habían ganado la insurrección habían perdido la revolución. Entre el 19 de julio de 1936 y el mayo del 37 vimos también a los trabajadores ante el dilema de la política republicano-burguesa del PCE-PSUC y de Stalin, o de una revolución social sin el poder político, que predicaban los anarquistas, desde dentro mismo del gobierno burgués: el grupo de Nin, disuelto en el POUM, se limitaba a dar consejos a la dirección de la CNT, evitando cualquier enfrentamiento político, apareciendo como fuerza de segundo orden en las querellas entre los anarquistas y los stalinistas, y en las que, evidentemente, no entraba el problema de *la conquista del poder por la clase*. En mayo del 37 vimos a los obreros armados dominar por segunda vez las calles de Barcelona y las fábricas. Pero esta vez los anarquistas ministros no solo defendieron el poder burgués, sino que llamaron al desarme; los obreros perdieron las armas... y buena parte de la confianza en sus propias fuerzas. Y el desarrollo del pequeño grupo stalinista, el PCE, que a través de la guerra civil llega a convertirse en “partido de masas” *durante el proceso mismo de la preparación de la derrota ante Franco*, es la historia del fracaso completo del anarquismo. Y la prueba de que la verdadera alternativa para el movimiento estuvo siempre, desde 1926, entre el stalinismo pro-burgués y contrarrevolucionario y el bolchevismo revolucionario de los trotskistas. El anarquismo era un gran “bluf” incapaz de resistir una lucha seria.

Pero esa subordinación del POUM a la CNT oscureció este balance en su momento. Y cuando los anarquistas españoles llegaban a lo que debía ser el final de su historia, es decir, a defender al Estado burgués republicano desde sus sillones ministeriales y en frente de una insurrección obrera, mofándose de sus “principios” para los tiempos de paz, resultó que también el POUM llamó a los obreros sublevados a dejar las armas ante la contrarrevolución republicano-stalinista. En 1936-37 el anarquismo había hecho todo lo posible para cavar su propia fosa. Y, sin embargo, la IV Internacional, traicionada por Nin y sus camaradas, era muy débil para sacar conclusiones de valor práctico inmediato para la vida de las masas: no había, pues, enterrador para darle el merecido reposo eterno al cadáver viviente del “anarquismo de ministerio”. No es raro que intente resucitar en estos días.

Pero, así y todo, ¿no podría decirse que el PCE habría ya desplazado a la CNT al llegar a ser un partido de masas obreras? Esta afirmación es superficial. La fragilidad del mismo aparato del PCE entre los trabajadores se ve especialmente en el terreno de los sindicatos de masas. El PCE *nunca* llegó a dominar ni a crear sindicatos de masas como en Alemania, Francia o Italia. Su primera base sindical masiva han sido las Comisiones Obreras, pero estas Comisiones se han formado más en la escuela de la oposición interna al sindicato fascista de Franco que en la organización de movimientos obreros independientes. El sindicalismo español ha seguido constituyendo una importantísima reserva del anarquismo, de donde sólo le desplazará un partido proletario revolucionario. Entre 1910 y 1930 el anarcosindicalismo se fue incrustando en el movimiento obrero español como la teoría de *una “neutralidad” del movimiento obrero (y de los sindicatos) ante el Estado*. Bajo esa forma expresa regularmente (en los paréntesis democráticos, semi-democráticos y más o menos pacíficos) la protesta y canaliza la revuelta, sin conducir las hacia la revolución, gastándolas en huelgas y acciones inconexas. Es decir: con su “neutralidad” hostil hacia los Estados en general, refleja de manera pasiva e inútil esa *desconfianza instintiva hacia la maquinaria estatal y el poder* en general, propia del campesino y del pequeño burgués atemorizados, pero que llega a contagiar no pocas veces la mentalidad misma de los obreros más radicales en los momentos de confusión

política. Por este camino el anarcosindicalismo ha sido otra vez el canal de la búsqueda juvenil, y el de su frustración.

Sin embargo, incluso en estos períodos “pacíficos” en los que el anarquismo rebrota apoyándose en los sindicatos, su vida consiste en una continua crisis dominada por las *presiones y las tendencias que van hacia la colaboración de clases, a la colaboración con el Estado capitalista*. No hay negación más flagrante del principio anarcosindicalista (la “neutralidad” del movimiento obrero frente al Estado) que la historia entera de la CNT. Es semejante a la historia de las sociedades cristianas con respecto al “sexto mandamiento”: viven sencillamente violándolo y arrepintiéndose. Ya desde 1917, el grupo de Seguí empezó a inclinar a la CNT hacia la adopción formal de la tesis de la colaboración con el Estado: la dictadura de Primo de Rivera cortó brutalmente esta incipiente evolución política. Pero, a su vez, los “solidarios” de Durruti y García Oliver iban a evolucionar hacia confusas vías insurreccionales y de dictadura anarquista. Después de 1931, la crisis se reprodujo agravada. De un lado, el grupo de Pestaña se lanzó hacia la colaboración abierta con la República; pero la FAI, que se formó como secta secreta para controlar el sindicato y evitar por igual el avance de los reformistas pestañistas que de los revolucionarios, acabó sentándose en los sillones ministeriales muy poco después: la tendencia *objetiva* era, lógicamente, más sólida que los principios y las intenciones platónicas de los anarquistas.

Y, a su vez, la actual “resurrección” anarquista es una repetición agravada y a escala reducida de ese florecimiento periódico del anarcosindicalismo en las épocas relativamente “pacíficas”, y de sus desgarramientos internos. La Cruzada revisionista de Carrillo puso viento en sus velas; se benefició también de la actividad desmoralizadora de los centristas, y pudo canalizar inquietudes de una nueva generación separada del bolchevismo. Pero, al mismo tiempo, el anarquismo renace como un *freno*, y no un impulso al desarrollo del viejo sindicato de clase, la CNT. Cada nuevo miembro que ingresa, cada nuevo paso realizado, empuja a una tendencia de sus círculos dirigentes *hacia el gobierno*, hacia la colaboración de clases..., y la otra tendencia *hacia la clandestinidad*, es decir, hacia la sustitución total o parcial del sindicato por la propaganda de minorías activistas. Indiscutiblemente, la tendencia más fuerte es la primera, la que va a subordinar la CNT a las direcciones burocráticas del movimiento obrero (stalinistas y reformistas) y a su política de colaboración de clases con el Estado burgués. El *anarcosindicalismo*, neutral y apolítico, yace asesinado bajo los sillones ministeriales de Federica Montseny y García Oliver, y los intentos contemporáneos de rejuvenecerlo combinado con la radicalización juvenil y las búsquedas intelectuales de los centristas pequeño-burgueses han inflado el globo solo lo suficiente para demostrar que no había más que aire. El sindicalismo revolucionario de nuestros días, es decir, la *independencia activa* de los sindicatos frente al Estado capitalista, su participación autónoma en las tareas revolucionarias de la clase trabajadora, solo serán asegurados por dirigentes dispuestos a destruir el Estado de la burguesía y a sustituirlo por el poder de la clase organizada en vanguardia política (*partido*), en *soviets* (Consejos o Cortes obreros) y *sindicatos* (organizaciones de la democracia obrera en la lucha económica). La lucha en torno a la independencia de los sindicatos frente a la legislación imperialista del trabajo se libra desde hace tiempo entre las burocracias más o menos incorporadas a la defensa del Estado burgués “democrático” o “fascista” y los revolucionarios continuadores del bolchevismo. La ideología anarquista *oculta* esa lucha, la oscurece y la frena. Lo puede hacer apoyándose en, y profundizando, la ruptura entre el bolchevismo y las nuevas generaciones, que es en parte una herencia nacional y en parte el resultado de una crisis de dirección del proletariado mundial aún no resuelta. El retorno a Lenin de la juventud

obrero debe cerrar el paso definitivamente a la recaída periódica de los obreros españoles en los prejuicios pequeño-burgueses del anarquismo.

Método de lucha y programa obrero

El mismo escenario del resurgir de viejas recetas pequeño-burguesas como sueltas alternativas a la traición stalinista y supuestos “nuevos caminos” para la generación actual enmarca también el desarrollo del *terrorismo*. El terrorismo ha llegado a entrometerse en la lucha de las masas obreras, ocupando un destacado lugar en la escena política nacional e internacional, y en la evolución de la juventud trabajadora. ¿Cómo comenzó este proceso? Distintos factores se entrecruzan en este resurgimiento de la violencia individual o de minorías, de la “resistencia armada”, de la “propaganda por el hecho”, etc. Aquí también el primer factor a señalar es la descomposición pequeño-burguesa de los grupos centristas que, a lo largo de los años sesenta, animaron irresponsablemente todas las teorías y prácticas de la pequeña burguesía nacionalista, estudiantil, y se adaptaron a ellas: la guerrilla latinoamericana, las acciones de ETA o del IRA, de la OLP fueron ensalzadas no solamente por los intelectuales radicales de toda Europa, sino también y sobre todo por Mandel y compañía. Los centristas veían en tales métodos y corrientes políticas una manera de “presionar” sobre las viejas direcciones sin tener que construir un nuevo partido obrero, un modo de “radicalizar” a las masas sin tener que cambiar su programa..., y los centristas intentaron *adaptar* (es decir, falsificar) el marxismo a estas corrientes pequeño-burguesas y canalizar a través de ellas el movimiento de la juventud para influir sobre los viejos partidos. De la descomposición progresiva de los grupos centristas orientados hacia esa vía surgieron los núcleos iniciales del actual terrorismo. Naturalmente que hoy Mandel y compañía intentan hacernos olvidar el papel que desempeñaron él y otros “teóricos marxistas” más o menos respetables en el alumbramiento y crianza de la fiera...

En segundo lugar, la burguesía fue generalizando, internacionalizando y coordinando los métodos de *la provocación policíaca*. El terrorismo ofrecía, en efecto, una cobertura adecuada para las provocaciones a través de la infiltración policíaca. Esta actividad hubiese sido vulnerable y fácil de desenmascarar ante los obreros; pero en cuanto los partidos llamados “comunistas” comenzaron a defender teórica y políticamente el papel del Estado, de la policía y del ejército, la provocación policíaca comenzó a quedar también disimulada y relativamente protegida de las miradas de las masas, de las investigaciones de los parlamentos y de las denuncias de la prensa. Los oportunistas comenzaron a gritar hipócritamente que “detrás del terrorismo se encuentra el fascismo”, o que “el terrorismo de izquierdas y el de derechas se unen”, y toda clase de frases cínicas que atacan en realidad a los luchadores y simpatizantes equivocados y lanzados por este camino, pero que *cubren discretamente la fuente de las provocaciones*: el aparato estatal, los servicios especiales de los Ministerios del Interior, Defensa y Presidencia. En los años setenta, la provocación clandestina constituye una actividad cada vez más importante en las funciones regulares del Estado burgués (sobre todo, del llamado “Estado democrático”). Gracias al silencio cómplice de las fuerzas políticas oficiales, todos los Estados y embajadas pueden disponer de redes clandestinas, de policías paralelas regularmente ocupadas en el montaje de provocaciones que simulan, infiltran o incluso utilizan la actividad de grupos terroristas o la simpatía que esa actividad puede despertar entre los oprimidos. Ese ha sido otro de los factores de la publicidad y el desarrollo del terrorismo, y es la razón de que todas las frases de los oportunistas sobre los “hilos oscuros” que moverían el terrorismo *nunca lleguen a aclarar absolutamente nada*.

El tercer factor es la difícil y aislada radicalización de la juventud obrera frente a la política de “Unión Sagrada” que bloquea las salidas de la movilización obrera, e incluso de la crisis social del capitalismo, y que ofrece tanto terreno a los “ensayos” de los centristas pequeño-burgueses desmoralizados como a la cólera desesperada de la juventud y en fin, al camuflaje de la pura provocación burguesa o stalinista. Centristas y burgueses venían coincidiendo en el interés de multiplicar el eco del terrorismo; los primeros, para presionar a los partidos stalinistas a ir “hacia la izquierda”; los segundos, para ocultar la revolución detrás del terrorismo y complicar la maduración revolucionaria de la clase trabajadora. Numerosos sectores de la juventud se vieron arrastrados por esta trampa, metiendo en ella su combatividad.

Ya convergían estos distintos factores hacia un resurgir del terrorismo, pero ninguno de ellos iba a ser el decisivo: el salto principal tuvo lugar *tras* la Cruzada antileninista de Carrillo, y particularmente después del lanzamiento conjunto por burgueses y stalinistas de la campaña internacional “contra el terrorismo”. Solo esas campañas crearon las condiciones para *manipular con fines reaccionarios el justo instinto de defensa de la clase obrera*, ahogando en ello las fuerzas de la juventud más combativa. La “Unión Sagrada” de los dirigentes de la oposición oficial con el poder nunca ha intentado terminar con el terrorismo (suponiendo que se pueda acabar con el terrorismo de otra manera que *organizando* a las masas proletarias para la revolución, en piquetes, destacamentos de lucha, milicias obreras); gobernantes y “oposición”, exactamente igual que las bandas de Blas Piñar, lo que han querido es *utilizarlo* para sus fines políticos. La campaña de solidaridad con el Estado burgués frente a los “terroristas y desestabilizadores” hizo políticamente rentable el terrorismo para los gobernantes y sus lacayos: desde entonces no hubo ocasión en la que la burguesía necesitase apretar las filas de la oposición detrás del poder, y en la que faltase la excusa oportuna del atentado terrorista. Acogida entre discursos sonoros, la sangre de algún servidor del Estado debía tapar los más sucios pactos y traiciones o justificar las leyes pura y simplemente antidemocráticas y terroristas.

En resumen: ha sido precisamente la colaboración “antiterrorista” entre el movimiento obrero dirigido por los oportunistas y el poder capitalista el factor que dio utilidad política a los atentados, en tanto que excusas para un *rearme terrorista del Estado burgués llamado “democrático”*. La “democracia” queda así reducida a un ideal abstracto y común del poder y de los traidores al proletariado, un ideal sólo aplicable a ellos mismos y parcialmente, de tal modo que hoy la “democracia” no es más que el nombre idealizado de la vulgar colaboración de clases. Pero las leyes, los derechos, las formas y los órganos que han definido históricamente a la democracia burguesa pueden ser tranquilamente sustituidos por las leyes especiales, las policías paralelas y la simple arbitrariedad del “antiterrorismo”. Para defender la sagrada “democracia” burguesa frente a los “terroristas”, los capitalistas, los stalinistas y los reformistas deciden finalmente alejarla del mundo infame de los vivos, ponerla en un altar, y sustituirla en las necesidades ordinarias por el vil terrorismo policíaco.

Este es el fondo del problema: sin la campaña “antiterrorista” de colaboración de clases, de subordinación del movimiento obrero a la policía burguesa, el terrorismo se hundiría bajo el peso de su impotencia y por el empuje revolucionario de un movimiento independiente de las masas contra el Estado; pero con la colaboración “antiterrorista” de burgueses y stalinistas, la manipulación del terrorismo es un medio de reforzar el poder.

Sin embargo, sería un error reducir el terrorismo a una provocación, o confundirlo. Porque la gran confusión, lo que *permite* camuflar una provocación como si se tratase de una acción de los oprimidos, es el apoyo que la juventud y no pocos trabajadores

dan a los métodos terroristas, activa o pasivamente. En este sentido, la provocación se limita a manipular un justo y fuerte instinto de defensa de las masas, que quieren responder con más energía a la brutalidad policíaca y a la cobardía de las direcciones oportunistas. El terrorismo existe, ante todo, como *corriente política* cuya influencia entre la juventud debe ser políticamente combatida desde posiciones *obreras*, es decir, leninistas y revolucionarias. El “antiterrorismo” de Carrillo, González y compañía no puede combatir esa influencia, mientras que ayuda objetivamente a la provocación policíaca destinada a reforzar los medios represivos del Estado.

El terrorismo, como línea política, confunde dos cosas distintas: el armamento de los oprimidos con las acciones armadas minoritarias. Actúa como si el armamento de las masas resultase linealmente, gradualmente, del desarrollo de las acciones de minorías, y no del avance de la conciencia y la organización de las masas. El armamento de los oprimidos frente al Estado, para destruirlo y sustituirlo por la dictadura proletaria, es una necesidad *absoluta* del proceso revolucionario. Constituye uno de los ejes constantes de la crítica de los revolucionarios contra el oportunismo, de una constante lucha entre los trabajadores contra la conciliación y los prejuicios pacifistas sembrados por los lacayos de la burguesía, una lucha abierta, política, de masas... antes que clandestina, armada y minoritaria. Pero precisamente la lucha *política y abierta* para arrancar de las masas todo prejuicio pacifista y democrático-burgués, para combatir a los dirigentes conciliadores, para organizar el partido y los otros órganos revolucionarios (soviets, milicias) es *la lucha que los terroristas abandonan*, la que sustituyen por simples acciones clandestinas de minorías, o por una labor de resistencia y sabotaje al poder. Más aún, este abandono de la lucha política hace que, por lo común, los terroristas lleguen a combinar la acción armada más negativa para el avance de la conciencia obrera con la difusión de los mismos prejuicios pacifistas y democráticos de los oportunistas. El sospechoso GRAPO realiza su terrorismo en nombre de “la lucha por la coexistencia pacífica”; ETA mantiene el terrorismo en nombre de sus exigencias “para la pacificación de Euskadi”. Su lucha armada es la expresión de esos programas de reforma y negociación, y no del programa de la revolución obrera.

Los partidarios de una “lucha armada inmediata” (en realidad, de golpes terroristas de minorías) responden a estas críticas con un revelador argumento. Dicen que *el poder* no dejaría a los revolucionarios luchar abiertamente por el armamento de los obreros, ni menos aún a las masas armarse; en fin, como última baza suelen añadir que los oportunistas se oponen a esta lucha en los sindicatos y entre las amplias masas. Tales argumentos muestran la verdadera y poco revolucionaria convicción por la que un terrorista es un terrorista, un partidario de “acciones armadas inmediatas”. No ven las posibilidades para las masas de avanzar en su conciencia, no quieren afrontar políticamente a sus actuales dirigentes traidores, no reconocen el papel del proletariado industrial en todo movimiento de masas sólido y en todo partido revolucionario, no ven las mil ocasiones limitadas que la huelga, la manifestación, el enfrentamiento con la policía o con las bandas fascistas ofrece para impulsar entre los oprimidos la convicción y la organización efectiva del armamento. Los partidarios de la “lucha armada inmediata” la ven sencillamente como una *protesta*, una *represalia*, una *propaganda*, una *resistencia*, o como una *presión* sobre el poder burgués o sobre las fuerzas políticas que se disputan el poder. Por adelantado, renuncian a la destrucción revolucionaria del Estado capitalista por la clase obrera organizada, movilizada y armada *como clase*, es decir, elevándose hasta su dictadura *en todos los terrenos*: conciencia, organización y fuerza de sus armas. Independientemente del apoyo que recibe de la juventud trabajadora, el terrorismo sigue siendo la expresión de una subordinación política a la pequeña burguesía y a sus presiones sobre el Estado capitalista, con el que tampoco llega nunca a romper.

ETA es el caso más característico, porque se trata también del más auténtico. Representa la evolución de un sector de la juventud trabajadora e intelectual que, apoyándose en un sentimiento de masas del pueblo vasco, intenta mantener una “lucha armada” de largo alcance. Pero esa lucha tiene su propia dinámica: para no desaparecer bajo la represión, la provocación o la manipulación, los luchadores nacionalistas de ETA no podían limitarse a contar con la simple simpatía popular; en primer lugar, su programa nacional debió ser completado con objetivos “sociales”, “obreros”; en segundo lugar, había que organizar políticamente este apoyo. Pero, a su vez, de ahí iba a surgir un fuerte movimiento de masas que, a través de confusiones y contradicciones, también iba adquiriendo dinámica propia no totalmente controlada por los dirigentes de ETA. En cuanto el movimiento alcanzó amplitud, sus debilidades políticas y sus contradicciones pasaron al primer plano: ¿qué programa? ¿Debe subordinarse la acción de las masas simpatizantes a la lucha armada de la minoría, o esta última al avance de las masas? Los elementos obreros tienen que chocar con los aventureros pequeño-burgueses, y las aspiraciones de las masas trabajadoras con las combinaciones políticas propiciadas por los grupos armados. No se puede pasar desde una simple *resistencia* o *protesta*, que siempre puede ser obra de minorías cuando se arrojan bajo la simpatía de un pueblo, hasta una *victoria revolucionaria* que, en cambio, tiene ya que ser obra de masas inmensas, unidas por sentimientos *de clase*, conscientes a través de un *programa*, organizadas y armadas por una *dirección política* que haya ganado su confianza e incluso las haya formado hasta cierto punto a su imagen, mediante una lucha política, pública e intensa. Y esto los terroristas no pueden siquiera proponérselo.

En este terreno, los terroristas son parientes políticos de los anarquistas, y ambos expresiones de la pequeña burguesía, impotente ante el Estado imperialista. ETA, como los anarquistas, puede llegar a una situación en la que debe definir el futuro en nombre de grandes masas; pero tiene que contentarse con fijar condiciones al poder burgués y centralista para retirarse de la lucha, o bien intentar una participación en combinaciones con otras fuerzas políticas, como un apéndice de la burguesía vasca aliada de los partidos oportunistas. En realidad, un sector nada despreciable de la vieja dirección de ETA en tiempos de Franco se ha ido convirtiendo en filial izquierdista de la política reaccionaria del PNV burgués. Pero ese sería el destino de la *totalidad* de ETA ante una eventual ofensiva revolucionaria que enfrentase a los obreros contra la monarquía española obligando a todas las direcciones políticas a definirse sobre el problema central de la revolución: el del poder, el del Estado. La idea de un Estado vasco es tan inseparable del terrorismo individual como la dictadura del proletariado es inseparable de la organización obrera independiente en comités, consejos, soviets o Cortes obreras. Y la idea de un Estado vasco (aunque se le dé un tinte “obrero” o “social”) se convertiría durante una crisis revolucionaria en el lazo mortal entre los financieros de Bilbao y los trabajadores de Euskadi, y llegaría a reconvertir los restos de ETA en la policía privada de la burguesía vasca.

En última instancia, del mismo modo que el anarquismo catalán no podía separar el destino de los obreros del de los políticos republicanos catalanes, tampoco ETA podrá separar el destino del pueblo trabajador vasco del de los burgueses clericales del PNV. Y, a su vez, los nacionalistas burgueses dependían y dependen completamente de la colaboración política entre el partido stalinista de Carrillo y los gobernantes reaccionarios de Madrid, entre el Kremlin y el imperialismo. La juventud, siguiendo a los terroristas, a los nacionalistas, a los anarquistas, a los buscadores de recetas milagrosas, no ha logrado ni logrará escapar siquiera del cerco que tiende la colaboración entre los enemigos del proletariado. Un cambio de “método” no puede tampoco resolver una cri-

sis histórica que necesita cambiar de *programa*, construir una nueva *dirección*, volver a Lenin construyendo la IV Internacional.

*

Imposible predecir cuándo y cómo la clase trabajadora, empujada por sus propias acciones sucesivas, por sus experiencias y por sus combatientes, se va a encontrar ante esas batallas que no toleran aplazamientos ni retiradas. Tendrá que luchar, esté preparada o no; tendrá que prepararse bajo el fuego de la lucha. En todo caso, no es ese importante pero imprevisible dato el que determinará el ritmo de la nueva revolución proletaria sino este otro, el que mide su *preparación*: la formación, teórica y práctica, de la joven generación del proletariado que tiene que levantar a la IV Internacional, que suministrar los cuadros bolcheviques, que renovar completamente el movimiento de masas, en sus perspectivas, sus concepciones, sus métodos y sus organizaciones.

Históricamente es la tarea principal: el retorno del proletariado a Lenin a través de la juventud. Pero esta tarea revela una última contradicción: los jóvenes no se formarán ni templarán nunca adaptándose a los cuadros y maneras de un movimiento obrero oficial marcado por años de ataques stalinistas contra el programa y la continuidad del bolchevismo. Y la IV Internacional puede ofrecerles un programa y una dirección que eleven constantemente su conciencia, una lucha que movilice toda su energía; pero lo que no podría hacer en esta etapa histórica de crisis prolongada de la dirección revolucionaria sería *sustituir o ahorrar a los jóvenes revolucionarios* su propio esfuerzo por superar las consecuencias teóricas, políticas, morales y organizativas de esa crisis histórica de la dirección obrera. La entrada de la nueva generación en la lucha ya no constituye “sólo” un proceso natural dentro del movimiento de las masas, sino un conflictivo proceso organizado de lucha política. La juventud tiene que *abrirse su camino* de retorno a Lenin, y sólo este esfuerzo convertirá a la IV Internacional de carne y hueso en lo que tiene que ser de acuerdo con su programa y su historia. Los revolucionarios tienen que ponerse a prueba para resolver esa contradicción, que ante todo exige una audacia casi ilimitada; para saber plantear a la juventud las tareas revolucionarias en su amplitud histórica y en su conexión viva con la acción diaria, de tal manera que se cree y se mantenga un espíritu de lucha irreconciliable contra el capitalismo y sus lacayos, de fraternidad internacional de clase, e incluso de ese heroísmo de los oprimidos tan cínicamente atacado hoy por el espíritu pequeño-burgués de los conciliadores; pero audacia también para ofrecer y defender la *autonomía* de acción de la juventud revolucionaria organizada, sin la cual los recursos de iniciativa, de crítica y de discusión propios de la juventud combatiente quedarían anulados o frenados. A lo largo de los años de lucha, de crisis y de reconstrucción de la IV Internacional, todas las que han pretendido ser sus direcciones han sido sometidas a esta prueba por las sucesivas ofensivas de las masas, en las cuales la juventud se revolvía contra las viejas direcciones oportunistas. A través de tales experiencias, sólo un método se ha demostrado capaz de impulsar la construcción de la Internacional, el retorno a Lenin del movimiento obrero, y es la construcción de la Internacional autónoma de los jóvenes obreros revolucionarios, concebida como una escuela de comunismo en el combate, la Internacional Revolucionaria de la Juventud, cuyos primeros pasos se dieron en la Conferencia de Scarborough (Inglaterra) en 1970, en la concentración de Essen (Alemania) en 1972, y en la conferencia fundacional al pie del Muro de Berlín en 1976. La batalla más difícil y la más importante, la batalla por la juventud, está, pues, abierta entre los ideólogos de la decadencia imperialista, y

los marxistas, los revolucionarios proletarios. Hemos respondido con las armas de la crítica teórica a los cruzados antileninistas pequeño-burgueses, pero la juventud la extenderá a las calles, las fábricas, las barriadas, a todos los lugares donde viven y luchan los trabajadores.

VII

LA PERSPECTIVA

Enseñanzas de una encrucijada decisiva

Un corto pero intenso período de la lucha de clases ha estado completamente dominado por los problemas políticos que forman los ejes de esta polémica. Lo podríamos llamar el período de la “Unión Sagrada” española o el del “fenómeno eurocomunista” en todo el mundo, y más precisamente serían los años culminantes del contraataque que emprendieron burgueses y stalinistas tras los primeros síntomas y embates de una profunda marea revolucionaria: Checoslovaquia, París, Polonia, Chile, Portugal, España...

Pero ese corto período es decisivo, y sus problemas políticos no son circunstanciales: en ellos aparecen *todas las grandes cuestiones* de una crisis histórica de la dirección proletaria, que arranca de la traición stalinista y que arrastra el movimiento obrero sin llegar a resolverla. Se trata de su balance y de su solución. Y el lector verá que sólo el balance de la lucha entre el bolchevismo y el stalinismo aclara los contornos de los problemas confusamente vividos en el período de la “Unión Sagrada” y del antileninismo. Pero, además, los grandes enfrentamientos revolucionarios que cerrarán o comenzarán a cerrar esta etapa no liquidarán de un plumazo ni las políticas oportunistas ni las fuerzas reaccionarias de la Cruzada antileninista. Más probable es lo contrario: que las primeras luchas revolucionarias en Europa, en vez de terminar con esas *tendencias*, hagan que se precipiten hacia la misma dirección en la que apuntan, convirtiéndose sus contorsiones en convulsiones agudas, y sus contradicciones en desgarramientos explosivos. Esas *tendencias* hacia una integración de las burocracias oportunistas y de los elementos pequeño-burgueses centristas al rearme contrarrevolucionario del Estado, del poder, se acelerarán al principio de una ofensiva más decidida de los obreros. Incluso los elementos, los cuadros y las direcciones que ante un giro brusco y revolucionario de la situación, quisiesen dar marcha atrás en su política reaccionaria, se sorprenderían de la profunda degradación de sus movimientos y aparatos políticos, de la rigidez de los lazos trabados entre ellos y el régimen burgués, y que serían *súbitamente descubiertos* por la crisis revolucionaria. Y, en tal caso, la posibilidad misma del avance del proletariado se confunde con la realización del balance de las viejas direcciones y la reorganización de la clase en torno a la construcción de una dirección revolucionaria, leninista. Este balance y esta construcción tendrán que ser los elementos más activos de todo progreso de las masas.

Desde tal punto de vista, la lucha contra la “Unión Sagrada” de burgueses y stalinistas y contra la Cruzada reaccionaria antileninista que la cubre, no son tareas circunstanciales, sino la *espinas dorsal* de la próxima ofensiva de las masas, que va a tener que vencer nuevas y más graves variantes de estas mismas coaliciones de las fuerzas enemigas y oportunistas.

Cambio de régimen, revolución y Cortes obreras

Todas las fuerzas políticas analizadas en el curso de esta polémica contra Carrillo entrecruzaron sus caminos durante los últimos años de Franco y los meses que siguieron a su muerte. A través de la polémica ha aparecido la realidad del llamado “cambio de régimen” español. Esas fuerzas, desde decenios atrás, se integraron en distintas formas a la defensa del orden burgués, y ese orden es lo que habían defendido, ante todo, en la guerra civil misma. La crisis española, después de los otros grandes movimientos de masas en Europa después de 1968, precipitó ya una evolución, un acercamiento de todos ellos para la defensa del orden europeo. El encuentro entre Nixon y Breznev en 1971 abrió el camino al más alto nivel. La Cruzada antileninista de Carrillo fue el toque de clarín de la reacción teórica y política para desarmar a los obreros.

En el Estado español, el año 1976 fue todavía un año de tanteos. La amenaza revolucionaria estaba en la calle; aunque Franco había muerto, un sector del aparato de Estado, después de tener que renunciar a mantener “en vida” el cadáver de El Pardo, se resistía aterrorizado a cualquier acuerdo con la oposición, por muchas garantías que diese esta al capital. Durante ese año las dos alternativas, los dos caminos coexistían: un gran movimiento de huelgas, de asambleas, de comités, de coordinadoras... y, en la cúspide, las negociaciones entre los herederos de Franco y los dirigentes traidores. Pero solo la lucha viva podía decidir el camino, y en la lucha el proletariado cargaba con muchas cuentas viejas que despachar con sus dirigentes, su pasado... En 1977 se precipitaron las cosas: la burguesía, el Kremlin y su agencia española, el PCE, decidieron ante todo salvar el Estado, impedir una ocasión revolucionaria en Europa. Ese fue el significado de sus llamamientos conjuntos a “la serenidad” en la semana de Atocha. La “Unión Sagrada” se realizó, y en torno al único aparato estatal existente, el mismo que Franco levantó, seleccionó y formó mediante la guerra civil y la dictadura. Las “reformas” míseras que iban a discutirse quedaban en todo caso subordinadas a la *defensa de este aparato franquista* por parte de todas las fuerzas políticas que entraban en el juego, impulsadas desde Washington y Moscú.

Pero, así y todo, ¿se trató de un “cambio de régimen”? Esta cuestión no es tan inocente ni tan neutral como la plantean los oportunistas. Y la mejor prueba de que no es tan evidente como la plantea el “sentido común” manipulado de la pequeña burguesía es que en todos los momentos *críticos* esos mismos oportunistas se encargan de decir a las masas que “aún no hay una verdadera democracia”, que “aún hay franquismo”, etc. Pero, además, ¿cuándo tuvo lugar el cambio, si es que lo hubo? Todas las fuerzas políticas comenzaron por resistirse, y en un momento u otro, distinto para cada una de ellas, a “reconocer el cambio”. Todas las fuerzas, menos los revolucionarios de la IV Internacional. El PSOE lo declaró allá por el 77. El PCE, tras la aprobación de la Constitución del 78. La LCR, tras su Congreso previo al referéndum constitucional. La cuestión es política, y no aséptica: cada fuerza “reconocía el cambio”, en la medida que se integraba a la defensa de las instituciones fundamentales del régimen, y más concretamente de la *Monarquía*. El reconocimiento del “cambio”, incluso en el mejor de los casos, equivale a declarar *una tregua* frente a la Monarquía franquista, y a considerar como cauces “democráticos” de lucha las instituciones de conciliación organizadas alrededor del Estado franquista. Pero el mismo Franco, incluso sin rey y mientras buscaba o formaba uno a su medida, *conservó siempre la Monarquía* como garantía de la continuidad de la dictadura y de su aparato contrarrevolucionario a través de las situaciones, los tiempos y las personas. Como garantía, concretamente, de su aparato militar y policíaco, de su apoyo sobre la Iglesia católica, de la unidad centralista española, de la reglamentación e intervención fascistas del trabajo. Todo ello vive con la Monarquía. El rey, su descen-

dencia y sus poderes quieren decir *concretamente* que el aparato franquista, a través de la Corona, sustrae la autoridad sobre esas cuestiones centrales del régimen y del poder a cualquier institución representativa como las Cortes. Y, a la inversa, toda *institución representativa* existe en la medida que acepte que las cuestiones fundamentales del Estado para la oligarquía franquista y sus jefes políticos, militares y religiosos quedan *fuera de su competencia*, representadas por el rey y garantizadas por la fuerza. Por eso el régimen sólo puede *parecer* representativo, democrático, mientras las libertades, los derechos, las leyes formales no se utilicen *contra él*, sino solamente para reforzarlo. Eso es completamente visible: ninguna cuestión importante y ningún momento crítico han podido ser abordados ni ser resueltos en las Cortes, en la lucha política y ni siquiera a la luz pública. El régimen de la “Unión Sagrada” es, por naturaleza, el de las negociaciones clandestinas entre el poder y los partidos, el de la mentira oficial aceptada por “la opinión”, el de las concesiones y las traiciones. En él, el “consenso” y el “pacto” son la base de cada decisión política, por oposición a las reglas de la democracia más burguesa. Estas manifestaciones visibles revelan la condición de su existencia: el régimen entero existe *gracias* a que todas las fuerzas políticas reconocidas e incluso simplemente legales participan en una “Unión Sagrada” en torno al aparato estatal franquista y a la institución monárquica que lo representa. Eso explica la circunstancia de que el régimen de “Unión Sagrada” se niegue desde hace tres años a reconocer la existencia legal de la IV Internacional, del PORE.

La realidad de este régimen surge, aquí o allá, en los mismos escritos y discursos de Carrillo. Por ejemplo:

“Cuando se critica al gobierno porque en él participan personas que se iniciaron a la política en el régimen anterior, a nosotros no nos importa tanto eso como la valoración de clase.”¹³⁰

¡Pero tampoco Carrillo se refiere a las personas, sino a la definición *política* del régimen! No se trata simplemente de “personas iniciadas a la política (?) en el régimen anterior” (?), sino del carácter *franquista* del Gobierno, de su partido UCD y del régimen entero. Lo asombroso es que Carrillo defienda la permanencia de los franquistas con el argumento de que es más importante su “valoración de clase”, su carácter *burgués*. ¿Importante para qué? El argumento es archi-falso, ya que del carácter *burgués* del régimen habría que deducir la independencia de la clase, mientras Carrillo deduce una colaboración rastrera; y, sin embargo, del carácter de clase de todo régimen, gobierno o Estado en el capitalismo no se deduce que la *forma* del Estado, es decir, el régimen político, carezca de importancia. Todo régimen burgués, sea cual sea su *forma*, es una *dictadura* del capital que la clase obrera debe derribar por la fuerza. Pero la forma es importantísima, ya que la cuestión del Estado no es una cuestión “teórica”, sino, ante todo, *práctica* y de lucha. ¡Y ahora resulta que quienes se presentan a sí mismos como defensores de “la democracia” dicen, ante un régimen de verdad que les trae sin cuidado la forma política, y la disuelven en la supergeneralidad del “carácter de clase”! Y es así como tenemos en España centristas, como la LCR, que proponen un gobierno obrero *bajo la Monarquía*, e incluso stalinistas como Carrillo, para quien lo importante no es el *franquismo* del régimen, sino su “valoración de clase”... ¡Hay que ver de todo!

La cuestión de las *formas* del Estado es decisiva cuando se aborda como el *proceso práctico y concreto* de su destrucción. Y, por esta causa, solo quienes luchan por su entera destrucción se ocupan seriamente y sin concesiones de las *formas* del Estado,

¹³⁰ Carrillo, *El año de la Constitución*, Barcelona, 1978, pág. 21.

del tipo de régimen, que reflejan distintas relaciones de fuerzas entre las dos clases enemigas, e incluso una distinta disposición de las fuerzas de cada clase bajo el sistema burgués. Y, en concreto, la ausencia de “cambio de régimen” quiere decir, por encima de todo, que ni siquiera las miserables instituciones representativas existentes provienen de un levantamiento obrero o de un enfrentamiento con el aparato del Estado, sino que proceden de un *pacto previo*.

No se puede decir que no haya contado la fuerza de las masas. Ha contado, y mucho; pero esa fuerza *no se ha probado* en una batalla parcial, la del régimen político, ni esa batalla ha podido tampoco establecer una relación de fuerzas, reflejarla claramente en la forma del Estado, en los derechos obreros, en la descomposición del aparato burgués... y ese retraso del enfrentamiento por medio del pacto y antes de que los obreros probasen su fuerza es lo que ha frenado la evolución política posterior.

El de la “Unión Sagrada” es, por lo tanto, un régimen *híbrido*, que no proviene de un cambio mediante el enfrentamiento entre las clases para definir nuevas relaciones de fuerza, sino de la descomposición de un régimen, y de un pacto para remendarlo y evitar el enfrentamiento. Es *híbrido*, no puramente fascista, porque el aparato franquista se encuentra protegido por una fachada “democrática” que lo oculta parcialmente de la vista del pueblo.

Lo contradictorio de la situación es que la *fachada* seudodemocrática (libertad *condicional* de partidos, Cortes monárquicas *de conciliación*, reconocimiento *reglamentado* de los sindicatos, “autonomía” vacía de los órganos regionales y de las nacionalidades) no es gratuita. Refleja, aunque de manera falsa, la presión, la fuerza de la clase en la calle, en las fábricas; la tiene que reflejar para retrasar la *prueba de fuerza*, el enfrentamiento revolucionario. Mientras, el aparato construido por Franco y representado por Juan Carlos sigue en pie, podrido, pero en pie, y en continuo reforzamiento, sin que tampoco mida sus fuerzas con las de las masas. ¿Cómo puede mantenerse una situación tan compleja, en la que la clase obrera y el aparato represivo y militar burgués son incompatibles, pues la clase actúa abiertamente y el Estado sigue siendo básicamente franquista, totalitario? ¿Cómo puede presentarse esa situación explosiva como “una democracia”? Sencillamente, sobre la base de una *colaboración de clases* constante y profunda que falsea todos los datos de la lucha de masas y de la vida política real del país. La *fachada* seudodemocrática, el camuflaje del aparato franquista aguantará mientras la colaboración de clases se refuerce y se institucionalice. Dicho de otro modo, la apariencia de democracia *formal* durará mientras la clase *renuncie* a utilizarla independientemente, para sus propios fines, sin conciliación.

Está condenada a perecer. El paréntesis se cerrará, y todo consistirá en quién se impone: la primera variante, la menos probable, pero la que Carrillo ha ido preparando, consiste en que el régimen se hunda en una larga putrefacción que arrastre a las fuerzas políticas de una variante de colaboración de clases a otra cada vez más próxima de las dictaduras paternalistas semifascistas, interrumpidas por golpes militares; la segunda variante es que el “cambio de régimen”, la conquista de las libertades por la fuerza, se plantee de nuevo y se realice por acción de las masas reorganizadas para comenzar la revolución proletaria. Y esta variante, a su vez, se resume en la lucha por la organización de la clase trabajadora *independientemente del Estado*.

Es decir, que la revolución proletaria comenzará por intentar llevar al final un cambio de régimen. ¿Cómo? Por medio del choque entre los obreros y la Monarquía. Y el desarrollo de este enfrentamiento será el de la formación de *Cortes obreras*, de los consejos obreros o soviets, y la preparación de la clase dentro de tales Cortes obreras para tomar el poder en sus manos.

Hay muchos grupos que, en términos generales, defienden los consejos obreros. Pero “en términos generales” todo el mundo puede defender cualquier cosa. Hay criterios infalibles para distinguir a los *efectivos luchadores de la dictadura proletaria* y de sus consejos. Son los siguientes, que se deducen de toda la clarificación del marxismo frente a los revisionistas:

a) En primer lugar, su contenido es el de una *oposición* al Estado burgués. Y eso no sólo exige que los consejos obreros se determinen por su lucha por *derribar a la Monarquía*, sino que, además, solo aparecerán en la medida en que se consideren la *representación auténticamente democrática de los obreros y del pueblo*, en lugar de cedérsela a las instituciones del Estado burgués, sea monárquico o republicano. Dicho de otra manera, los consejos obreros solo surgirán en España como *unas Cortes obreras*, como unas auténticas “Cortes” de los oprimidos, como los órganos obreros de un real “cambio de régimen”, como los órganos de la *democracia obrera* llamados a sustituir a sus impotentes y conciliadoras homónimas burguesas. Quien no defiende unas Cortes obreras sólo defiende los consejos obreros y la dictadura del proletariado de una forma platónica o, más seguramente, mentirosa.

b) En segundo lugar, los consejos o Cortes obreras solo se desarrollarán hundiéndose sus raíces en el movimiento de las masas, en su acción por independizar sus movilizaciones y sus organizaciones de los de la burguesía. Las movilizaciones en España definieron hace tiempo la forma principal de este movimiento: los comités de huelga, sus asambleas y sus coordinadoras. Pero ocurre hoy que tales comités han sido reglamentados, parcialmente incorporados al régimen, aislados entre sí en sus empresas y separados de las asambleas, para formar los actuales “comités de empresa”. Los anarquistas y los centristas llegan hasta a llamarlos “comités-Suárez” y a asimilarlos al sindicato fascista con sus “enlaces y jurados”. Se trata de uno de esos excesos verbales del anarquismo y del centrismo, tras los que se esconde la pura pasividad política. Esa asimilación de los “comités de empresa” del régimen actual al verticalismo franquista es superficial, de pura forma, y parte del principio típicamente centrista que define la actitud política a partir de las apariencias, y *no en función del desarrollo del combate*. Ese prejuicio les impide ver que el régimen tiene que apoyarse en los comités, e integrarlos al Estado, porque tales órganos habían surgido y se habían desarrollado *independientemente* entre 1971 y 1977, de manera amenazadora. Su reglamentación es el primer paso hacia su liquidación, y mientras están sometidos a la ley de la Monarquía no son otra cosa que apéndice del régimen.¹³¹ Pero ¿de qué manera se someten y se integran? Incluso su sujeción a las leyes y reglamentos, muy parcial, por cierto, en las grandes empresas, se realiza *a través de las direcciones oportunistas*, del PCE, del PSOE, de los centristas mismos. Y, al mismo tiempo, cada acción importante de las masas, cada huelga un poco dura, cada batalla política pone a la orden del día no solo la ruptura de estos comités con el régimen, sino también su coordinación independiente y, sobre todo, su *renovación* en la asamblea, la lucha por la dirección del movimiento. No se trata de buscar nuevos comités, sino de modificar profundamente el papel, la dirección e incluso la forma de los actuales a través de la lucha por su ruptura con el régimen y su coordinación hacia las Cortes obreras. Todo indica que los soviets, los consejos obreros en España, las Cortes obreras surgirán de la coordinación local y la federación nacional de comités de huelga y de empresa empujados a la lucha política y renovados en ella. Des-

¹³¹ De la misma manera que Lenin describió, después de julio de 1917, a los soviets dirigidos por los mencheviques, como órganos de conciliación, y se planteó durante un corto paréntesis la posibilidad de *evitar* los soviets en la lucha por el poder, y organizarla a través de comités de empresa y de otros órganos obreros donde los bolcheviques podían avanzar más rápidamente hacia la dirección de las masas. Fue la lucha misma la que zanjó la cuestión, al impulsar los obreros otra vez los soviets y permitir la renovación.

de este punto de vista, quien dice luchar “por los consejos obreros” y se lava las manos ante los actuales comités de empresa, dejándolos atados al régimen por medio de sus direcciones, no es un combatiente revolucionario, sino un peso muerto.

No es posible saber cuándo ni cómo, pero todo avance de las masas españolas pasa por la ruptura de la “Unión Sagrada” y conduce a una reorganización en torno a dos polos: el aparato franquista, de un lado, y los comités, consejos y Cortes obreras, del otro. Cuanto más rápido, más enérgico, más consciente y dirigido sea el reagrupamiento obrero en este polo, menores serán los costes del enfrentamiento para los oprimidos y mayores serán las posibilidades de que sea victorioso. Este libro contra Carrillo debe ser considerado por los trabajadores como una *aportación* para acelerar la formación de las Cortes obreras y el hundimiento de la “Unión Sagrada”.

Hacia la dislocación del aparato del Kremlin

Pero la formación de las Cortes obreras es tan sólo la dimensión *masiva*, o, al nivel de la clase en su totalidad y en su marco nacional, de una más profunda y general modificación de naturaleza internacional, un cambio en la vanguardia, en la dirección y en la conciencia: la derrota del stalinismo y el renacimiento del auténtico bolchevismo.

Las Cortes obreras y los consejos son precisamente el *marco* en el que la acción de las más amplias masas y sus choques con el Estado burgués permiten, apoyan, amplían el cambio en la dirección del proletariado mundial. El avance de los consejos y el avance de una dirección bolchevique mundial no sólo dependen uno del otro, sino que ambos tendrán que *fundirse* en el proceso de la próxima oleada revolucionaria, porque su contenido será la derrota de la dirección de la burocracia de la URSS y de su aparato pro-burgués de partidos, y el desarrollo de la IV Internacional como dirección obrera contra el imperialismo.

Esta tarea es la del día. Las mismas posiciones de Carrillo, de Claudín y Mandel tienen un carácter netamente defensivo ante la gravedad de la crisis del aparato stalinista y de todas las direcciones que dependen de él, directamente, como sus agencias nacionales (los PCs) o, indirectamente, como los grupos intermedios centristas, incapaces de separarse de la política de los stalinistas. Las posiciones de Carrillo y de las otras direcciones pequeño-burguesas reflejan esta crisis y la degradación teórica, política y militante del aparato. Ahondando en esas posiciones hemos sacado a la luz las *relaciones concretas y materiales* que las unen a la sociedad burguesa y que explican su profunda degeneración oportunista que, además, es independiente de la voluntad de sus militantes y aun de la mayoría de sus militantes. Esas relaciones pasan *por el Kremlin*. Independientemente de tal o cual particularidad nacional o de sus relaciones con la lucha de clases están definidas por su dependencia respecto al Kremlin. Eso es lo que quiere decir *stalinista*; eso es lo que hace del PCE un partido *stalinista*. Esa relación entre los partidos obreros y la burguesía a través del Kremlin, de esa burocracia usurpadora, de ese cáncer burgués del Estado obrero, es la que *une e incluso integra* los partidos al Estado capitalista, a sus instituciones y a sus aparatos, y *tiende* a fusionarlos (comenzando por sus cimas dirigentes) con la pequeña burguesía y el funcionariado de los regímenes burgueses. La polémica sobre los objetivos y los medios de la revolución ha servido para desentrañar la raíz pequeño-burguesa de estos partidos y grupos y la necesidad de cimentar la independencia de clase sobre un nuevo partido continuador y renovador del bolchevismo, la IV Internacional. Pero hace falta concluir esbozando la perspectiva que abre el llamado “eurocomunismo” para esa lucha entre la IV Internacional y la burocracia del Kremlin por la dirección del proletariado de todos los países.

La Cruzada antileninista aparece ligada a tensiones entre los PCs de España, Italia y Francia, y el Kremlin. Pero esta relación no es tan directa como la presenta la burguesía. Por ejemplo, el PC portugués de Cunhal renegó muy rápidamente de la “dictadura del proletariado”, y sigue siendo infaliblemente fiel a las consignas más estrictas de la diplomacia del Kremlin. El PC francés de Marchais renegó igualmente y, a la hora de las decisiones más importantes, se ha revelado el bastión más firme del aparato stalinista en Europa occidental. En las elecciones del 78, cuando la crisis de la “Unión de la Izquierda” llegó a ser peligrosa para el mismo control de los aparatos sobre los trabajadores franceses, el PCF acabó sabotando su propia alianza con Mitterrand para defender la verdadera candidatura de Moscú: la de Giscard. En el caso francés y portugués, la Cruzada antileninista se ha desarrollado como una operación de desarme de los obreros ante el poder burgués, sin la menor relación de distancia respecto al Kremlin. Al contrario, para realizar la política misma del Kremlin. Pero también en los otros casos, cuando los portavoces más fieles de la burocracia de Moscú critican a Carrillo por “abandonar el leninismo”, lo primero que dejan bien claro es que hay que excluir la posibilidad de una dictadura del proletariado en Europa, y que en esto no hay la menor divergencia. Uno de esos portavoces de Breznev, un español, escribe:

“Es cierto también que en Europa no se dan en la actualidad las circunstancias que permitan a los partidos comunistas europeos en particular y a los países desarrollados en general, plantearse el problema de la conquista del poder por la vía insurreccional con la finalidad de implantar el socialismo. Intentarlo ahora sería descabellado. Por el contrario, la política de todos los partidos comunistas de los países socialistas los convierte en paladines de la coexistencia pacífica... (...).

Porque de ninguna de las tesis de la dialéctica materialista puede deducirse que precisamente en tal o cual momento histórico, en nuestra época, pongamos por caso, deberían darse las condiciones para el establecimiento del socialismo (...).

Entretanto, los partidos comunistas de cada país capitalista apoyados por la acción combativa de las masas populares, pueden impulsar el desarrollo de la revolución democrático-burguesa bien sea desde la oposición, o integrándose, como representante de la clase obrera, en un Gobierno cuya composición garantice la posibilidad de una gestión eficaz en tal sentido.”¹³²

De manera que el Kremlin es el primero en atacar *la tarea práctica* de la lucha por la dictadura del proletariado, y es quien define y apoya el marco general (la “coexistencia pacífica”) y la política de Carrillo (apoyo, desde dentro o desde fuera, a los gobiernos burgueses). *Desde este punto de vista*, el abandono del leninismo sirve al interés del Kremlin.

Pero es también cierto que el Kremlin desconfía del “abandono de los principales leninistas”. Se trata de una contradicción *real* de la crisis, que precisamente debemos analizar. Porque hay una cierta relación, que no es mecánica, que es contradictoria, entre el desarrollo de la Cruzada antileninista y el de la *crisis* del aparato internacional. La referencia “leninista” de los partidos del aparato burocrático del Kremlin es, en el fondo, una utilización fraudulenta de Lenin y de la Revolución de Octubre para maniatar a los obreros. Pero, aunque fraudulenta, esa referencia es *necesaria*, pues el control del

¹³² J. Luelmo, “Eurocomunismo” y *Estado o la desintegración del PCE*, Madrid, 1978, págs. 30 a 32.

aparato sobre el movimiento es inseparable de esta *usurpación de Octubre en la conciencia de los trabajadores*, al menos en última instancia. Puede objetarse que, para establecer alianzas con la burguesía y defenderlas de la revolución proletaria, a la burocracia de la URSS tanto le da que sus agentes nacionales se llamen “leninistas”, “socialistas”, “comunistas” o simplemente “liberales” o aun “cristianos progresistas”: es una especialidad del Kremlin utilizar agentes de todos los colores. Hay mucho de cierto en esa objeción que, además, *señala la tendencia* hacia donde va el aparato, en sus convulsiones, sacudidas y en su degeneración política. El mismo PSUC (Partit Socialista Unificat de Catalunya) fue fundado como un partido de unificación con los socialistas reformistas y nacionalistas, como un partido no-comunista, y siguiendo directrices de Stalin. Hay muchos otros casos similares, porque el fondo de tales partidos, como en el caso del PSUC, no está en su definición “ideológica” formal y cínica, sino en su pertenencia real al aparato del Kremlin. Pues bien, a pesar de todo ello, esa referencia burocrática y fosilizada al leninismo, falsificada por los propagandistas y pisoteada por la KGB, es más fundamental de lo que parece a primera vista, y su abandono es una etapa más en la liquidación de esos partidos. La referencia cínica al “leninismo” tiene un contenido concreto: es la garantía relativa de que esos partidos, en cualquier país, se apoyan sobre los obreros *precisamente a partir y en nombre de esa usurpación de las conquistas de Octubre*, y que, *por lo tanto*, esos agentes nacionales están obligados a guardar fidelidad al Kremlin, bajo pena de perder pie en las masas obreras. Al defender, de una manera burocrática y contraproducente, el “leninismo”, Breznev y su banda no defienden la revolución directa ni indirectamente; defienden precisamente *la usurpación* en la que se funda su control sobre el aparato internacional de los PCs, la disciplina y la integridad de este aparato que, a su vez, es absolutamente necesario para mantener *la dictadura nacional de la casta burocrática* sobre los obreros soviéticos y de Europa oriental. Desde este otro punto de vista, a Breznev y compañía les inquieta el “abandono del leninismo”, el “eurocomunismo” y la evolución de Carrillo, aunque procedan de la lógica y de las contradicciones de la política del mismo Kremlin.

Veamos ahora cómo aborda este problema el centrista Mandel para embarullarlo y dar un contenido “positivo” a la evolución de Carrillo:

“Así pues, el viraje del eurocomunismo no se ha producido en medida alguna por orden de Moscú, y ni siquiera de forma más o menos simultánea. Varios años separan el momento del viraje en países como Italia, Suecia, Francia y España, cosa que indica incontestablemente que han sido determinantes unos factores nacionales y no internacionales.”¹³³

Y añade en otro lugar:

“Es más: la “acumulación primitiva” de fuerzas y de posiciones por parte del movimiento obrero en el seno de la sociedad burguesa puede engendrar su propia negación. Puede transformar a las grandes organizaciones obreras, cada vez más burocratizadas, de fuerza de *contestación* de esta sociedad en fuerza de *integración* en ella, en la medida, precisamente, en que no tiende ya enteramente a la preparación teórica y práctica de un enfrentamiento...”¹³⁴

¹³³ Ernest Mandel, *Crítica del eurocomunismo*, *ibid.*, pág. 49.

¹³⁴ *Ibid.*, pág. 166.

Aquí Mandel *invierte* completamente las cosas, atribuyendo la corrupción política de los PCs a su desarrollo entre las masas obreras de los distintos países; según él, una política nacional reformista de desarrollo del movimiento obrero habría conducido “objetivamente” a una cierta integración al Estado burgués. Nada más lejos de la realidad. Las *relaciones* entre los PCs y el Estado burgués, por profundas que sean en tal o cual país, por mucho que hagan depender hoy el futuro de tal o cual burócrata y el futuro general del aparato, de su continuada *colaboración* en el aparato estatal burgués, *están determinadas ante todo por la política del Kremlin*. El Kremlin, a través de su alianza con el imperialismo (el “socialismo en un solo país”, la “coexistencia pacífica”), define el marco general de la actividad de todos los partidos nacionales. El Kremlin también, a través del aparato (dirigentes, agentes, reuniones oficiales y extraoficiales, “ayuda”, etc.), pone a todos los partidos al servicio de esa política, mediante alianzas nacionales con la burguesía para defender al Estado capitalista. Es el Kremlin quien arrastra a sus aparatos nacionales hacia su integración al régimen y al aparato estatal burgueses. Eso se comprende particularmente en el caso del PCE de Carrillo, que, a diferencia de los PCs francés e italiano, no ha pasado por un largo período de integración electoral, sindical, municipal, etc., a las instituciones de la “democracia” imperialista, de interpenetración entre su aparato y el del Estado burgués nacional. Al contrario: el PCE vivió en la clandestinidad y el exilio hasta este mismo momento, es decir, en las peores condiciones para una adaptación en función de “unos factores nacionales y no internacionales”. Y, sin embargo, Carrillo está en la vanguardia de la fracción llamada “eurocomunista” del aparato del Kremlin y es el abanderado de la revisión antileninista. Por factores nacionales, todo el mundo hubiese dicho que era el partido menos apto para convertirse en el pilar del Estado de los franquistas. Pero el Kremlin, sosteniendo la política de “reconciliación nacional” (e incluso, más aún, desde la misma política de la guerra civil), iba preparando a este partido de Carrillo para ser la pieza clave de la “Unión Sagrada” española en torno a Juan Carlos.

Otra cosa, distinta de lo que Mandel dice, es la lógica propia y explosiva de esta política *stalinista*, del Kremlin, del aparato. Efectivamente, esa política *tiende a ir más allá* de la disciplina hacia Moscú, tiende constantemente a amenazarla. Pero no es la lógica de las necesidades nacionales de una lucha democrática y de reformas, sino la lógica contradictoria de la política de la burocracia parásita de la URSS, que, al someter sus distintos partidos a la defensa del Estado burgués, crea tendencias *centrífugas*, establece lazos *directos* entre el aparato de cada PC nacional y las burguesías aliadas, dentro de la colaboración internacional entre el imperialismo y el Kremlin.

Mandel, en apoyo de su análisis nacional y falso, cita un importantísimo artículo de Trotsky sobre la crisis del aparato stalinista en vísperas de la última guerra mundial. Pero “modifica” ligeramente la traducción, elimina un importante párrafo y, sobre todo, falsea su contenido. Lo que dice Trotsky, correctamente traducido, es lo siguiente:

“Stalin ha reconciliado a los Partidos Comunistas de las democracias imperialistas con sus burguesías nacionales. Esta etapa ya está superada. La alcahueta bonapartista ya desempeñó su papel. A partir de ahora, los comuno-chovinistas tendrán que ocuparse de sus propios negocios, cuyo interés no siempre coincide con la “defensa de la URSS”...”

Aquí acaba Mandel. Trotsky dice luego:

“Quince años de purgas ininterrumpidas, de degradación y de corrupción llevaron a la burocracia de la ex Comintern a un grado tal de desmorali-

zación que es capaz y está ansiosa de empuñar abiertamente la bandera del social-patriotismo. Los stalinistas (pronto tendremos que decir los ex stalinistas) desde luego que no han descubierto América. Simplemente han recogido todas las típicas banalidades del oportunismo pequeño-burgués. Pero al propagarlas, les han inyectado el frenesí propio de advenedizos “revolucionarios” que han convertido la calumnia totalitaria, la falsificación y el asesinato en los métodos corrientes de “defensa de la democracia”...”¹³⁵

El artículo de Trotsky se sitúa en la perspectiva de una precipitación de esas tendencias de la crisis del aparato ante la inminencia de la guerra imperialista. Pero, sin embargo, *esas tendencias* son más profundas que el hecho inmediato de una guerra, y son fundamentalmente las mismas que se manifiestan en la crisis actual del aparato, y que se agudizan aun con las dificultades de la “coexistencia pacífica” de Moscú y Washington. Pero Trotsky pone en el centro de su artículo el papel de “alcahueta” que desempeña el Kremlin, y no una dinámica nacional. De esta manera, hace depender la crisis explosiva de los PCs, de su naturaleza stalinista. Mientras que Mandel, erróneamente, concluye diciendo que los partidos de Carrillo, Berlinguer y compañía avanzan hacia un “comunismo nacional”, intermedio entre el stalinismo y la socialdemocracia. ¡Exactamente lo mismo que pretende el propio Carrillo! Es un fraude. Weber, uno de los discípulos franceses de Mandel, escribe en uno de sus folletos:

“... ya no stalinista, todavía no socialdemócrata –y quizá nunca–, el PC italiano aparece como un partido obrero reformista de origen stalinista: un partido nacional comunista.”¹³⁶

Donde la degeneración burguesa del aparato del Kremlin se falsifica hasta presentarla como el camino hacia un comunismo independiente de Moscú, democrático y reformista. Mandel precisa:

“Nunca hemos dicho otra cosa: el proceso de socialdemocratización transforma a unos PC occidentales (y a algunos otros) en partidos socialdemócratas *clásicos*, no en partidos socialdemócratas como el de Helmut Schmidt o el de Wilson-Callaghan.”¹³⁷

Entre estas líneas de los centristas y las de Trotsky antes citadas lo único común es el hecho que se analiza: *el aparato del Kremlin se disgrega*. A partir de aquí, los análisis de Trotsky y de Mandel se oponen. Para el teórico del Secretariado Unificado, esa disgregación viene de condiciones nacionales, conduce a partidos obreros nacionales y es, además, positiva: no se trataría siquiera de la socialdemocracia corrompida por la política imperialista a la que se infeudó, sino de la “socialdemocracia clásica”, es decir, de aquella en la que Lenin, Trotsky y Luxemburg constituían el ala izquierda (Mandel ya se imagina a sí mismo como el ala revolucionaria de ese supuesto partido obrero re-

¹³⁵ León Trotsky, *Una lección reciente* (tras la “Paz” imperialista de Munich), 10 de octubre de 1938. Mandel, en francés, y su traductor en castellano, ponen “cada burócrata comunista” allí donde Trotsky realmente escribió “cada burócrata ex comunista”; y ponen “comunistas-chovinistas” e incluso a veces “nacional-comunistas” para referirse a los que Trotsky llama “comuno-chovinismo”, por similitud al “social-patriotismo”, es decir, traición patriótica al movimiento obrero.

¹³⁶ H. Weber, *Partido Comunista Italiano: los orígenes del eurocomunismo*.

¹³⁷ Mandel, *ibid.*, pág. 84. El traductor castellano suaviza a Mandel, que en francés dice “transforma a los PC occidentales”.

formista de Carrillo). Pero Trotsky, en cambio, describe muy bien ese “comunochovinismo” a lo Carrillo, de una manera que se confirma en el análisis de las posiciones y el significado de su Cruzada antileninista: es, como Trotsky lo presenta, el producto más degradado de la crisis del movimiento obrero. Pero, sobre todo, Trotsky se ocupa de la lógica destructiva de la política de Stalin. Y cuando explica que pronto habrá que decir los partidos “ex stalinistas” no sueña en partidos obreros nacionales, sino que prevé *la dislocación del aparato internacional del Kremlin y de sus distintos partidos*. Los hechos lo confirman cada día. Cuando esa distancia entre los partidos nacionales y el Kremlin llega a un cierto punto –y más aún si llega a la ruptura– es cuando mejor se ve que tales partidos, en realidad, solo pueden existir como ramas del aparato stalinista, y que *sus relaciones con la clase se basan en la usurpación de Octubre por Breznev*, y que al abandonarla saltarían en pedazos, se dividirían en fracciones de difícil control. Sus cimas tenderán a pasarse directamente a la socialdemocracia y a la burguesía; la base buscará nuevas líneas de acción; el Kremlin comenzará a reorganizar su aparato en torno a sus agentes más fieles; la gran mayoría se debatirá sencillamente en la confusión y la desmoralización. Y al revés también: cuando el mismo aparato quiere volver el proceso hacia atrás, exigiendo firme fidelidad a sus partidos (como ha sido el caso durante la invasión de Afganistán), se ha visto que incluso la marcha atrás ya no es posible sin grandes convulsiones en las filas y en el mismo aparato.

Partiendo de ahí, el Programa de la IV Internacional recogía, ya en 1938, la siguiente hipótesis:

“Muchos indicios permiten creer que la disgregación de la Comintern, que no tiene apoyo *directo en la GPU* precederá a la caída de la camarilla bonapartista y de toda la burocracia thermidoriana.”¹³⁸

Desde 1938 han cambiado no pocas cosas en relación con esta hipótesis del programa: la revolución política contra la burocracia es *un proceso ya iniciado*, en Berlín, en Hungría, en Checoslovaquia, en Polonia, y que madura en la propia URSS. Pero la dislocación del aparato internacional del Kremlin está también iniciada, y madura una nueva etapa explosiva, preparada justamente por esos movimientos revolucionarios. La crisis actual del aparato es un aviso cierto: un avance revolucionario sobre Europa estaría ligado a su dislocación. Eso es lo que hay detrás del “abandono del leninismo”. Mientras la “coexistencia pacífica” del Kremlin con Washington controla, bien que mal, la crisis y las luchas, el antileninismo es una adaptación al rearme terrorista del Estado burgués ante los próximos enfrentamientos. Pero, cada vez más, y decididamente en las previsibles explosiones revolucionarias, se revelará como el veneno burgués y anticomunista exudado por el aparato stalinista en sus convulsiones mortales.

Lambert analiza esta crisis de manera formalmente opuesta a la de Mandel. Pretende que el “abandono del leninismo” no representa apenas nada, a fin de cuentas: los partidos stalinistas siguen siendo stalinistas. Esta posición tan radical, como tantas otras de Lambert, sobre todo no compromete a nada. Lambert olvida que en 1938 Trotsky decía: “pronto tendremos que decir los ex stalinistas”; Mandel falsifica el análisis de Trotsky, pero Lambert lo ignora y calla. La perspectiva trazada por Trotsky no tiene nada que ver con la plácida hipótesis de Mandel sobre un “comunismo nacional”, sino que afronta la dislocación del aparato y las necesarias preparación y acción de la IV Internacional. La dislocación comenzó ya desde el final de la guerra, en direcciones diferentes, con los PCs de Yugoslavia, de Grecia, de los Estados Unidos... Pero la IV

¹³⁸ Programa de transición, *ibid.*, pág. 25.

Internacional, en ausencia de Trotsky, dirigida por Mandel y Pablo, fue *sorprendida* por los hechos que debían ser previstos y que estaban ya esbozados desde las distintas formulaciones del Programa de Transición. Y la crisis del stalinismo, en lugar de dar paso al reforzamiento de la IV Internacional, dio paso a un intento revisionista y liquidacionista encabezado por los mismos dirigentes.

Lambert, ante una nueva coyuntura crítica, sigue el camino que iniciaron Pablo y Mandel. Al decir que el “abandono del leninismo” no significa nada o casi nada, Lambert quiere decir concretamente que no está a la orden del día la dislocación del aparato del Kremlin, incluso en la perspectiva de grandes convulsiones revolucionarias. Ya vimos a Stéphane Just basar toda la perspectiva de la OCI francesa en la permanencia “bajo una forma u otra, de las organizaciones enraizadas en la clase obrera”¹³⁹ y en la “debilidad de la IV Internacional”.

Si Lambert, Just o Mandel dijese que el análisis de Trotsky no puede aplicarse hoy porque las experiencias de 1937-50 no servirían para la etapa actual, porque entonces se trataba de una guerra imperialista y hoy domina, en cambio la “coexistencia pacífica”, se estarían *desenmascarando ellos mismos*. En efecto, ahí reside el núcleo central de su concepción y, además, el punto común de sus posiciones, y común con las de Carrillo. El difícil equilibrio de la crisis del aparato stalinista se apoya en la “coexistencia pacífica”, y este equilibrio, por inestable que sea, falsea los datos y las apariencias de esa crisis, hace aparecer una crisis explosiva como una evolución gradual, un dato circunstancial como si fuese un hecho estable, etc. Y todos los oportunistas razonan en función de esa “coexistencia pacífica” incluso cuando *cruje* de tal modo que cualquier obrero consciente ve sus límites, sus contradicciones y hasta casi su inevitable fracaso. La siniestra colaboración del Kremlin con la burguesía puede seguir y seguirá; puede aun profundizarse en formas cada vez más cobardes y suicidas, como continuó y se profundizó en la víspera y en el curso de la Segunda Guerra Mundial. Pero eso no quiere decir que vaya a ser “pacífica”. No lo es ya; lo será cada vez menos. Las alianzas, los métodos, los regímenes de todos estos años, basados en la colaboración entre el imperialismo y el Kremlin, establecida concretamente al final de la guerra, se están agotando. Esa colaboración pasará a otros métodos, a otras alianzas, a otros regímenes políticos esbozados por la actual línea del Kremlin y del mismo Carrillo; pero pasará a través de convulsiones, de guerras, de enfrentamientos radicales..., y en ellos *el aparato stalinista se dislocará*.

Esa dislocación, en la medida en que la abordan, Lambert igual que Mandel, la analizan a partir de “la debilidad de la IV Internacional”, y cogiéndose a la ilusión de una prolongación de la “coexistencia pacífica” en crisis. Así prueban su dependencia indirecta respecto a la misma política del stalinismo. Pero la IV Internacional, la auténtica, ya desde Trotsky plantea las cosas al revés: la fuerza de la IV Internacional consiste en su capacidad para prever y preparar la dislocación del aparato stalinista, y para prepararse y preparar a los obreros, y ante todo a su juventud, para una brusca vuelta a Lenin de todo el movimiento obrero.

*

La conmoción del movimiento obrero mundial será superior a la de 1914-18. En el año 1933 la traición del Kremlin fue tan tremenda e irreparable como la de los social-

¹³⁹ Ver el artículo citado “A propos d’une possibilité théorique...”.

demócratas en 1914, y, sin embargo, su ataque sistemático y masivo a la continuidad del movimiento bolchevique llegó a salvarles por todo un período y a costa de las mayores derrotas de la historia obrera. Ahora cualquier avance del proletariado pasará por una conmoción en sus filas. La confusión política, al principio, será muy grande, y ya lo es bastante. Hará falta, sobre todo, una guía general, un rumbo para las masas de combatientes, que tardarán un cierto tiempo en agruparse bajo las banderas de la nueva Internacional. Esa guía general será el *retorno a Lenin*. Pueden ya describirse algunos de los síntomas que indicarán el acercamiento de nuevas victorias revolucionarias: miles de jóvenes tendrán que agitar las banderas del retorno a Lenin a las puertas de las fábricas, llamando a las de los sindicatos, señalando un camino a todo el movimiento de los obreros, mientras se forman y se templan; el aparato stalinista estallará, y los obreros tendrán que decidirse a rehacer todo el camino, a decir que las conquistas de Octubre son las suyas propias, su lucha y la lucha que sigue; los cuadros obreros buscarán un nuevo polo para reagruparse otra vez y renovar el movimiento de arriba abajo. Entonces la ola revolucionaria que se frena todavía a sí misma en las profundidades de la conciencia de las masas, tomará altura, impulso, y seguro que en su cresta llevará esta vez a la IV Internacional.

Marzo de 1980

Por el nombre de guerra de Aníbal Ramos se conoce en el movimiento obrero, desde hace diez años, a Arturo Van den Eynde, dirigente del Partido Obrero Revolucionario de España (sección de la IV Internacional). Nacido en Santander en 1945, se incorpora a la lucha obrera a partir del movimiento estudiantil contra el franquismo en Barcelona. Fue uno de los dirigentes del Sindicato libre de estudiantes de esta Universidad en 1966-67, y el portavoz del FLP-FOC en la Junta de Delegados del distrito. Después del estallido de las Organizaciones Frente en 1969, pasó a la actividad clandestina para construir un partido revolucionario. Participó en la fundación, dirección y escisión del grupo COMUNISMO: mientras un sector de la dirección se unió al Secretariado Unificado de Ernest Mandel y fundó la LCR, en marzo de 1971, Aníbal Ramos organizó desde el Comité Central del grupo una fracción opuesta que se unió a la reconstrucción de la IV Internacional y que condujo en 1974 a la fundación del PORE.